

Álvaro Bermejo

Como el bosque en la noche



PREMIO VALÈNCIA 2017
ALFONS EL MAGNÀNIM DE NARRATIVA

«Dos mujeres que vivirán en el recuerdo de los lectores.
Una profunda reflexión sobre lo mejor y lo peor de la condición humana».

CARE SANTOS, PREMIO NADAL 2017

Table of Contents

Prólogo

1. Campanadas a medianoche

2. El violín del Sacamantecas

3. Un crimen ritual

4. Los violines no vuelan

5. La mano cornuda

6. Pasión gitana

7. Encuentros en el cementerio

8. No apto para diabéticos

9. Zure aita, il da

10. Los poderes de la Piedra Imán

11. El hombre que sabe

12. Los designios de Dios y los de Garrincha

13. Me alegro de que estés muerta

14. Si bebes de este cáliz

15. Matarratas y Conjuros

16. El Arreglito

17. A sangre fría

18. Cogiendo al demonio por la cola

19. Mamá tampoco fue una santa

20. Nil Bastarda Carborundum

21. El diablo en el cuerpo

22. Bizcochito, ¡manifístate!

23. Tres hombres mató a cuchillo

24. La historia de Laverna la Bella

25. Alguien a quien amar

26. Tú como el gas, la muerte das...

27. Tres sobres amarillos y un Narcissus Noir

28. Carta para un muerto viviente

29. El Ojo de Caín

30. Aunque no me quieras... cástate conmigo

31. Dos cruces

32. El tesoro de Akerbeltz

33. Tres manzanas

34. La Mano de Dios

Epílogo Solo el final es lo que cuenta

Colofón

Agradecimientos

GLOSARIO DE PERSONAJES

El jurado del Premio València de Narrativa, presidido por el Diputado de Cultura de la Diputació de València Xavier Rius e integrado por los escritores Alicia Giménez-Barlett, Care Santos y Santiago Posteguillo y por la editora Eva Olaya, en representación de Ediciones Versátil, acuerda conceder dicho premio a la novela *Como el bosque en la noche*, de Álvaro Bermejo. El jurado ha valorado «su profunda reflexión sobre la condición humana a través de unos personajes femeninos potentes y muy definidos, con estilo y ritmo adictivos».

Institució Alfons el Magnànim-Centre Valencià d'Estudis i d'Investigació, 15 de junio de 2017.

*Para Antonio Sáenz de Miera, amigo y maestro.
Y para todos los de la compañía de teatro Samovar,
con quienes estaba a un día de nuestro último estreno,
cuando nos llegó la noticia de este premio.*

Prólogo

Emplazado en la Alta Navarra, cerca del Pirineo, Etxalar es el típico pueblecito encantador del que no sales en la vida o del que te vas para no regresar jamás. Sus casonas blasonadas inspiran respeto, tradición, orgullo de estirpe. Hombres de anchas espaldas, casados con matronas bien metidas en carnes, aunque sin urgencias carnales, las han levantado piedra sobre piedra. Incluso en los tiempos de prosperidad —así es su carácter—, trabajan duro y hablan poco. Tal vez tienen mucho que callar. Pero eso que no se cuenta, cuando cae la noche y la comunidad duerme, emerge como una mano muerta que escribiera su historia por ellos.

Y esta historia dice que ciertos días, los días invernales en los que asoma el sol, los fantasmas de dos ancianas pasean cogidos del brazo hacia el Lago de las Ánimas. A veces les acompaña un tercer fantasma dentro de su mansión, Belle Ombre, la de las bellas sombras. Las malas lenguas aseguran que una de ellas enloqueció cuando su madre asesinó a su padre, que la otra conjuraba demonios, que hablaba con los muertos y odiaba a los

vivos, que acabó suicidándose a causa de una maldición, y que todo eso surgía de las raíces de aquel caserón condenado.

Lo levantó, allá por el XVI, una hidalga tuerta con fama de bruja cuyo nombre —Laverna—, pocos se atreven a pronunciar. Esas rectas conciencias que jamás cortan el pan sin trazar la cruz sobre la hogaza, nunca olvidan santiguarse al pasar ante esta ruina. Alzada en las afueras, bajo esos gabletes verdecidos de musgo donde anidan los cuervos, Belle Ombre ya no es más que un vestigio del pasado a la espera de su momento para desaparecer. Se la ve maltrecha, devorada por la hiedra que trepa hasta sus chimeneas guiada por una férrea voluntad de destruirla, tal como sucedía en los tiempos de nuestra historia. Tiempos de posguerra, cuando el pueblo vivía sus años de esplendor a cuenta del contrabando, si es que la brujería, siglos atrás, no les deparó glorias mayores.

Acercaos uno de esos días en que el viento y la lluvia azotan las ramas de los robles contra sus postigos. Mirad a través de las ventanas polvorientas. Veréis ese corredor largo y estrecho como un féretro, la cocina de hierro forjado y, sobre su mesa, un cuchillo grande y mellado que parece latir como poseído por un hechizo. Quizá alguna terrible tragedia ahogó en sangre esta casa y el cuerpo seguía allá, bajo los rosales cubiertos por la paja

que se les pone para protegerlos del frío. Pero esta es apenas una parte de la historia. Quien sepa toda la historia os hablará de una presencia espectral que cuenta pieza a pieza la cubertería de plata, o se entretiene pasando un plumero por las teclas de un piano. Sube y baja la escala de sus notas negras, mientras se escucha el roce de unos pies arrastrados que bailan al compás de una triste canción. Entonces comenzaréis a entenderlo. Y también entenderéis por qué en el cementerio del pueblo solo crecen zarzas en torno a una lápida vencida, apartada de las demás, ante la que solo el diablo se detiene a rezar una plegaria.

En Etxalar se cuenta que ciertas noches, a la hora en que las yeguas patean inquietas en las cuadras, surge de esa tumba una luz que vaga por los campos y atrae a los caminantes del Viejo Linaje. Es el espíritu de los frutos yermos, es la anciana que se peina frente a un espejo oscuro sin saber que ya está muerta, es el cadáver apuñalado de un idiota que sigue sonriendo con sus ojos vacíos y un caracol dentro de su boca. Cuesta creer que todo esto pudiera haber sucedido en aquel paisaje de vacas recostadas y caballos pastando como corderos, un escenario idílico donde parecía que jamás pudiera llegar a incubarse el horror. Pero así fue.

Recuerdo aquella primera vez, frente a los muros de Belle Ombre. Era verano, hacía calor. Una salamandra agazapada en una grieta me miraba sin parpadear. Como si su mirada pudiera suspender el tiempo, como si su inmovilidad pudiera segregar una forma de protección sobre esas tres mujeres fantasmales, su dolor y su leyenda. O tal vez el fantasma era ella, con otra piel. La vieja piel de luna sobre la que comienza a escribirse esta historia.

1.

Campanadas a medianoche

Corría el invierno de 1964 —un invierno tan duro que creímos resucitar cuando llegó la primavera—, España aún vivía en blanco y negro, bajo el régimen franquista. Pero aquello, por más que implicara un cierto deshielo del nacionalcatolicismo, suponía todo un escándalo. Hollywood había aterrizado en la comarca, nada menos que con Orson Welles a la cabeza, para rodar *Campanadas a medianoche*. Si el guion rozaba lo delirante —un homenaje a ese John Falstaff en quien Welles veía un arquetipo de los vividores incorregibles, como él—, recrear la Inglaterra del XVI en la montaña navarra, y a dos velas, auguraba el descalabro. Pese a todo y contra todos, el gigante de Wisconsin nos legó una obra maestra.

«¡Oh, Jesús, las cosas que hemos visto! ¿Os acordáis de aquella noche tan loca en el prado de San Jorge?», exclama el pícaro vejestorio que abre la película. «No

hablemos de recuerdos, maese Shallow», replica Falstaff mordiendo una sonrisa desencantada. Sabía lo que decía. Aquel genio que tuvo la meca del cine a sus pies, a falta de presupuesto, se vio forzado a acampar con todo su equipo a las afueras de Etxalar, en el baldío comunal. Sobre el manto de nieve, sus *roulottes* dibujaban un círculo como el de las caravanas de los pioneros a la espera del ataque de los pieles rojas que, en este caso, coincidió con el asedio de los aborígenes.

Día y noche, por decenas, montaban guardia al acecho de aquellas prójimas de vestidos ceñidos y siempre escotadísimas, por más frío que hiciera. Había que ver a Jeanne Moreau. Con solo llevarse un cigarrillo a los labios dejaba en el aire un revuelo de amor libre y existencialismo. ¿Qué diremos entonces de esa rubia cañón, Marina Vlady, con esas piernas que no acababan nunca, sobre todo cuando se estiraba indolente bajo los focos como una pantera al sol?

Los curtidos lugareños perdían el oremus. Hasta Beltza, el carbonero, que no bajaba al pueblo más que en las fiestas, se garantizó una butaca de palco en el roble que asomaba al campamento. Allá arriba nunca faltaban el contumaz de Txepetxa —quien debía su apelativo no tanto al petirrojo autóctono como a la jiba que roturaba su lomo—, ni Sito Culoperdiz, el hijo sarasa de Culopollo, muy repeinado y todo efluvios, mitómano confeso. Esa noche, en la intimidad de su *roulotte*, y sin otras prendas que una muselina y unos tacones de aguja, la Vlady se

mecía al compás de la danza de Putifar ante un califa achacoso que, por su jeta de rosbif, solo podía ser John Gielgud. El rey del teatro shakesperiano enrojecía devorando con la mirada los pechos de la odalisca. Rediós, qué par de tetas bamboleantes, y estaban ahí, a su alcance. A Beltza se le salían los ojos de las cuencas. A Gielgud también. No tenía más que alargar la mano, pero la muy puta, cuando parecía a punto de caramelo, le marcaba un caderazo y se escabullía entre risotadas.

—Son divinas —maulló Sito rendido de devoción—. Cuánta clase, qué estilo...

—... para romperle el culo, no te jode. Con un buen alambre de púas la ataba yo a esa vedete, que se iba a enterar.

Las sutilezas de Beltza no daban para más. Menos mal que Txepetxa tenía mundo. Años atrás había faenado en la Ruta del Bacalao —la que subía hasta Terranova—:

—*Quía*, que no te engañen las americanas. Mira qué blancurria —apuntó elevando el mentón hacia la desvergonzada—, son como la leche cuajada.

—Sí, ya, pero con su buen par de domingos. Y fíjate qué musulamen. Pata negra.

—A medio curar y más sosa que chupar un clavo. Acuérdate de la Amparitxu, la que pasó de las *varietés* a un *puticlú*. Esa sí que tenía salero. «¿Cómo has podido caer tan bajo, hija?», le dijo el cura. ¿Y sabes qué le soltó?: «¿Qué dice, padre? Si estoy haciendo carrera:

antes levantaba una pierna y ahora levanto las dos».

Sito frunció su hociquillo sintiendo que se le encendían las llamas de la ira.

—Qué asco. Cómo podéis ser tan ordinarios. La Vlady es como un cisne...

La mandíbula de Txepetxa apuntó a una vaca sobre el pastizal.

—¿Un cisne? Qué sabrás tú... Ni diez años le echo para que se ponga como esa.

Apenas faltaba un cuarto para la medianoche. Las campanadas prometidas por la película se anticiparon cuando irrumpió en la escena un piquete de Acción Católica encabezado por tres numerarias de la Sección Femenina:

—¡Cerdos degenerados! ¡Otra vez pecando contra el noveno mandamiento!

—¿Qué noveno ni qué quinto ni qué hostias? —respondió Beltza transfigurado del negro carbonario al rojo púrpura—. ¡Miramos lo que no tenemos en casa!

—Pues toma, por lo que te falta. —El bofetón que iba para él se lo llevó Sito, el esmirriado—. ¡Amárrate los machos y a confesarte!

Pero no había manera. Una noche sí, y la otra también, el roble no dejaba de constelarse de rapaces. Hasta se habló de un conato de violación. Meros infundios: Joaquintxo Celarain, alias Chingurri, el sobrino del alcalde, no pasaba de ser un adicto a las masturbaciones solitarias, como atestiguaban su cara de lechuza y esas

ojeras profundas, color de herrumbre, el signo de los esclavos de Onán.

Welles conocía bien la antropología local desde diez años atrás, cuando vino a rodar un documental mítico para la BBC, *La tierra de los vascos*. La gente acabó adorándole, aunque nunca se acostumbró a llamarlo por su nombre. Pronunciaban «Güeyes» porque su aspecto recordaba a uno de esos bueyes que pastan cachazudos, con su boca malva y sus ojos como de mujer. «Güeyes bueyes, Güeyes bueyes», repicaba la cantinela de la chavalería a su espalda. Entonces, aquel coloso que regresaba del rodaje haciendo sonar su armadura de hojalata remedaba un mugido, estallaba en una carcajada y se metía otro trago. La procesión iba por dentro, igual que el calvario de sus actrices. Antes de que los roces lúbricos pasaran a mayores, buscando apaciguar al personal, negoció con su productora la proyección de otra de sus películas, *Macbeth*, en el casino local.

Nunca hasta esa noche se había proyectado nada en Etxalar, no había cines, y la televisión era un artículo de lujo. Tan pronto como tensaron la sábana que haría las veces de pantalla, otra, esta de nieve, comenzó a arreciar. No les importaba: todo el vecindario sucumbió al hechizo. Nines, la pequeña de las Echegaray, los veía agolparse como veía su propio aliento saliendo de su boca. Unos copos blancos se le posaron en el pelo. Tampoco los

sintió. A sus cuarenta años no conocía de la vida más que sus penas. En sus paseos se sentaba en el pretil de la iglesia, frente a las tumbas, y hacía por no verlas, pero no podía evitar oír el rumor del viento como si le dijera: «Así siempre, siempre así, hasta que te mueras». «¿Pero por qué?», se preguntaba, «¿por qué esta condena?». «Mujer, fea y vieja», parecían responderle los sepultados, «tres desgracias para las que no hay remedio».

—Entonces, por qué no me llevará Dios, aunque sea al infierno. —Tantas veces se lo había repetido, como su rebelión siempre postergada—: Cualquier día, cierro la maleta y me largo. Y por mis muertos que no volveré la vista atrás.

Atreverse a esa inmersión en el casino sin la tutela de su hermana, Juana, la primogénita, tenía algo de eso. Apenas empujó la puerta sintió un escalofrío. En aquel antro de libertinaje cargado por la humareda se habían dado cita todos los naturales del valle abarrotando las mesas y echándose al cuerpo su reserva habitual de licores fuertes. El runrún resultaba ensordecedor. Justo antes de que se apagarán las luces, descubrió una silla libre entre el inconfundible peinado a lo Garbo de Martina, la panadera, y la no menos inequívoca toquilla de Visitación. Si una beata como ella consideraba que no era pecado, Nines se incluyó en la dispensa y se apresuró hacia el hueco. La oscuridad súbita no facilitó las cosas, tuvo que soportar hasta un pellizco a traición entre los pitidos del respetable. La sintonía de la RKO impuso un

silencio reverencial y, como surgido del país de los sueños, allá en la pantalla apareció un jinete cruzando el espesor de las tinieblas.

Noche de tempestad en la vieja Escocia. Macbeth cabalga entre rayos y truenos. Tres viejas horrendas le aguardan en torno a un caldero. Sus lenguas silban como serpientes en sus bocas desdentadas. «Tres veces ha mayado el gato», susurra una de las brujas. «La arpía ha dado la señal», responde otra, y la tercera sentencia: «Demos tres vueltas alrededor de la caldera, y echemos las hediondas entrañas del sapo». Las voces se sincopaban en aquella escena de ultratumba. «Arrojemos la piel de la víbora. Entren en ella colmillos de lobo, el brazo de un judío, el hígado de un macho cabrío, la raíz de la cicuta... Hierva todo esto en el infernal conjuro».

Fue entonces, en el momento en que Macbeth vertía su mirada sobre las brujas. Una voz grave que no venía de la pantalla le tomó la palabra:

—Aunque la tempestad se desate contra los templos y el mundo todo perezca, respondió: ¿Por qué he de temer a Macduff? Puede vivir, pero no... No le dejaré vivir; desmentiré así a los espectros y me dormiré al arrullo de los truenos.

En cualquier otro escenario esa réplica hubiera puesto en pie al auditorio. Se trataba de Orson Welles declamando su papel con una copa de coñac saltaparapetos en la diestra y, en la otra, un habano formidable. Pero ¿qué tenían de especial esas pobres

brujas en un pueblo como Etxalar, a un tiro de piedra de Zugarramurdi y sus legendarios aquelarres? Nadie se volvió, nadie salvo Nines. Sus pálidos ojos azules se abismaron en los de aquel hombrachón monumental. Lo miró casi con miedo, y él le devolvió la mirada, a saber con qué intención. La puso muy nerviosa. Más que preguntar, farfulló a la defensiva:

—¿Cómo puede ser que ese fulano que parece el Cid Campeador, se rebaje a contarles su vida a... a semejantes pelandruscas?

Welles apuró un trago, mordió el puro y le intimó en su raquíptico castellano:

—Buena pregunta. Macbeth aún no sabe que está hecho de la misma materia. Por más que las desprecie, él y sus brujas se pertenecerán hasta el fin de los tiempos.

—Ande, ande —articuló Nines, en un susurro tenaz—, eso son películas...

Welles se enjugó la frente —el alcohol le sofocaba—, y pareció acariciarla con esos ojos centelleantes que le conferían el aspecto de un niño avejentado y malicioso:

—¿Sabe, señorita? Tras el «silencio se rueda» se oculta un lugar mágico, un país de ilusión que alberga todo el dolor del mundo.

—Pero no dejan de ser películas —perseveró Nines—. Aunque sean toleradas.

—Como la suya y la mía, joven. Algún día descubrirá que se precisa un buen número de vidas, reales o imaginarias, para formar un destino.

No era un problema personal. Ni en Hollywood, ni en Etxalar. Nadie entendía al genio. La película no gustó, demasiado intelectual para un público que no salía de *El último cuplé*, y cuyo ídolo local seguía siendo Luis Mariano. A Nines también le encantaba, guardaba sus discos como auténticas joyas. Sin embargo, aquel encuentro movió algo en sus entrañas. Era como si una estrella le hubiera tocado el corazón. El personaje —Macbeth—, desdoblado en el actor y director —Welles—, y los dos hablándole al oído en la intimidad de un cine. Alguien la llamaba, no sabía quién, alguien al otro lado de su pantalla en blanco. Semana tras semana, no dejó de acudir a las sesiones del casino. Ya nunca más cintas de Welles, demasiado complicadas, tampoco aquella que hubiera hecho las delicias de los réprobos —*Gilda*—, prohibida por el obispado bajo amenaza de excomunión, por más que el *striptease* de Rita Hayworth no pasara de un guante y un par de meneos.

Nines sufrió unos cuantos mientras avanzaba en la penumbra. Otra vez llegaba tarde, a media historia, y ya sin ninguna atmósfera reverencial en la sala. El populacho siempre acaba devaluando sus privilegios. Sobre la sábana tensada al fondo, un legionario francés encara a una Marlene Dietrich muy *vamp*. «Tú me ocultas algo». La alemana no puede aguantarle la mirada, el legionario comprende: «Lo has vuelto a ver, ¿eh?». Marlène no

contesta, él la zarandea de mala manera. «¡Confiesa, maldita, te has acostado con ese bastardo!». La bofetada no se hace esperar, ella le vuelve la cara, pero responde al fin: «Sí, he vuelto a verle. He vuelto porque le quiero». El legionario aprieta las mandíbulas. La ve poderosa, desafiante, una diosa del amor salvaje. Entonces, la coge por los hombros y busca su boca. «Mátame», le susurra ella, presta al sacrificio. Y según lo dice, Esperantxi, la cocinera del casino, levanta la tapa del puchero y cierra la réplica con su voz de becerro: «Sabes que aun después de muerta volveré por él», mientras hunde el tenedor para ver si los *mondejus* están ya cocidos. Es lo que tiene repetir la misma película todos los martes. Hasta hay quien amaga un bostezo en el momento de la puñalada. Todos los martes, sobre las siete y media, Marlène se la asesta al legionario cuando este intenta besarla.

—... El beso de *Tosca* —masculla Welles, nuevamente aposentado a su espalda.

Y, dos filas adelante, un tipo con pinta de gato despellejado apostrofa:

—Otro que la endiña. Y que grite ahora: «A mí la legión».

Se trata de Cipri Olaciregui, más conocido como El Matador, todo un profesional del asunto, pues se pasó la vida matando y matando..., aunque solo fueran sellos rechupados, en su estafeta de correos. Nines, arrasada por la emoción, le ignora. Sin verla, solo por su silencio, Orson, viejo brujo, parece buscarla con su voz sigilosa,

adentrándose en el misterio como si revelase un secreto de familia:

—Nunca habrá una mujer fatal como ella. Cuando mata, redime a sus víctimas. Y si hace el mal, es sin querer hacerlo. Su alma siempre será inocente.

Hay quien comprende y quien no. Y el que comprende es el que acaba peor. Nines apretó los labios, decidida a no volverse, dijera lo que dijese aquel demonio que parecía hurgar en su herida. Aunque no, claro que no. El americano no le hablaba ella, solo era la añoranza contenida en el «Rosebud» de su mirada, igual que esos perdedores que se disparan un tiro en la sien con una copa de champán en alto, tal como en otros tiempos hubieran abatido una escalera de color. Pero esa noche, mientras aguardaba el sueño, volvió a pensar en aquella mujer sin suerte cuyo destino se le antojaba tan próximo al suyo. Y era como si Welles siguiera hablándole al oído: «Te dicen que no puedes hacer esto, ni lo otro, todo son disparates. Muy bien, seguro que así llegarás a cumplir cien años. Pero un día descubrirás que la vida entera es un disparate y, entonces, ¿de qué te ha servido no haber cometido ninguno? Pues a la conclusión de no haber vivido, amiga mía».

En su mundo larvario, Nines Echeagaray no soñaba con las islas del azafrán y la canela. Solo con un hombre decente que viniera a redimirla con un beso de verdad, no

como esos del cine, siempre cortados, como si un beso pudiera ser tan peligroso como una infección. Comenzó a preguntarse de qué maldita película emergería su redentor. Y, sobre todo, cuándo, cuándo, cuándo... Se diría que las campanadas de aquella noche doblaban por ella.

2.

El violín del Sacamantecas

Así llegó el día en que el sortilegio del cine en Etxalar se deshizo, como si su gente nunca hubiera estado allá, como si no hubieran existido. Esa mañana, en el alba verdosa, luego color tripa de liebre, al poco de que el carro del lechero cargado de marmitas cruzara el prado comunal, la caravana de *roulottes* siguió su rodada dejando en el aire ese ahogo que nos advierte que la vida ha pasado sin dejar tras de sí más que las cenizas de los días felices. Etxalar volvía a su letargo bajo aquellos cielos plomizos. Campos nevados, calles desiertas, más agua, más barro. Nines lo llevaba mal, no soportaba esa vida lenta, venenosa como una fiebre endémica. Aquella película, *Campanadas a medianoche*, parecía cifrar un vaticinio. Siempre se ha dicho que esos repiques en el eje de las horas son los que anuncian que nuestro destino puede cambiar. Aunque sea con una puñalada, como en la historia de Marlène y el legionario. Pero ¿qué podía esperar una mujer como ella en un villorio como aquel? Lo suyo, no dejaba de repetírsele, era un maleficio.

La verdad es que el escenario ponía de su parte. En ese caserón siniestro arriba de la colina, con los cuervos en el tejado y un pentagrama de carámbanos colgando como los cirios invertidos de una misa negra, todo parecía hundirse bajo el peso de su decadencia. Nines había puesto un disco para animarse. Luis Mariano entonaba los dulces trinos de *El amor es un ramo de violetas* —«Cuando la felicidad al pasar te hace una señal / hay que coger su mano / sin esperar a mañana»—. Hervida en vaharadas de col rancia, las manos rojas por los sabañones, el pelo hecho una greña, volvió a gritar con esa rabia lindante en la desesperación:

—¡...Dónde coño has metido el violín del Sacamantecas!

Juana no contestaba. Estaría cambiándole la arena a Sultán, el gatazo que velaba por la castidad de las dos hermanas, o aseando a su anciana madre. Su casa podía ser un buen hogar para las almas justas, ella la habitaba como una condena. Belle Ombre —Bella Sombra—, cuántas pretensiones, las ínfulas de su difunto padre. Sí, todos los pueblos de la frontera entre España y Francia habían hecho del contrabando su quimera del oro. ¿Pero qué necesidad tenía de labrarle ese rótulo en francés? Espantaba a las visitas tanto o más que su lúgubre perfil, anclado frente a un pantano de aguas muertas al que llamaban el Lago de las Ánimas a causa de los vapores que se atorbellinaban con el viento del Pirineo y enlutaban hasta el azul del mediodía. De puertas adentro,

el luto era permanente.

—¿Me estás oyendo, Juana? ¡Que no encuentro el puto violín del Sacamantecas!

—¡A ver, esa boca! ¡Qué lenguaje es ese! —bramó al fin la invisible, desde arriba.

Nines se desesperaba revolviendo cajones, no precisamente en busca de un Stradivarius. Llamaban así a su mejor cuchillo, una obra de arte para virtuosos del crimen. La broma macabra afianzaba la complicidad entre las adustas hermanas Echegaray, a quienes, por otra parte, nadie había visto reír desde la muerte de su padre, y eso fue allá por el 42. Antes de que todo fuera a peor, en su infancia, hasta tuvieron una criada. Una *baserritarra*^[1] que respondía al nombre de Uxue, aunque en los papeles oficiales, por imperativo legal, solo figuraba su versión castellana: Paloma. La traducción le sentaba como un tiro a aquella volátil carnosita y rubicunda que no se andaba con remilgos cuando tocaba sacrificar un par de capones con las niñas trasteando entre sus faldas. Nines contemplaba al borde de las lágrimas esas pobres bestezuelas que, apenas un rato antes, cacareaban en su corral. Ya no eran más que dos cadáveres a los que la buena de Uxue acababa de decapitar de un tajo. Los animales, sus ojos vitrificados, parecían lanzarles miradas incriminatorias. De sus pescuezos manaba una sangre negruzca, casi coagulada.

—¡Y ahora, *ospa*! ¡Dejarme trabajar, que os rebano las orejas!

La amenaza parecía ir en serio. Las niñas salían a escape, huyendo de aquel cuchillo del mejor acero suizo —los privilegios del estraperlo—, cuya hoja de tres palmos ya estaba fileteando las pechugas de los capones.

—¿Crees que sería capaz de rebanarnos las orejas? — El susurro de Nines se afelpaba bajo la cama grande, donde buscaban refugio.

Su hermana Juana, la mayor, también la más avispada, jugaba a aterrorizarla:

—Pues claro que sí. El cuchillo que trajo *aitatxo* es igualito a ese con el que el Sacamantecas destripaba a sus víctimas para sacarles el sebo. Tiene música, pero solo pueden oírla los que van a morir... antes de que les rebanen las orejas.

El título quedó fijado para la eternidad. Como la gloria de Luis Mariano, que ahora atacaba otra canción dedicada, *Maitechu* —«para todas las Maites de España»—. Su voz atiplada —«voz de clavel varonil»—, pintaba amantes que proclaman su amor de rodillas y graban el nombre de su prometida en el dintel de su corazón. Nines volvió a quebrar el sortilegio con otro alarido:

—¡Juana, baja de una vez, ni que estuvieras con el *tantum ergo*!

Sultán dio un bufido y se escabulló entre las ristras de pimientos. Pero la otra, nada. Eso solo podía significar que tenía trabajo extra con su madre. Nines no se atrevía a subir, con solo pensarlo se ponía de los nervios. Entonces

lo vio: justo debajo del cuadrante que había ocupado el gato, ahí estaba el dichoso violín.

—¡Ya lo tengo, Juana! ¡Salgo un momento a por la hierba de los conejos!

Al final del pasillo por el que corrían a menudo cucarachas, entre la reproducción en falsa plata de *La última cena* y un escudo con las armas de los Echegaray, se alzaba un espejo leproso, el único que se había salvado del arrebato de su madre cuando decidió cubrir todos los demás con fundas de almohadas y pañuelos. A Nines no le gustaba mirarse, solo lo hizo por arreglarse el pelo. El azogue le devolvió la imagen de una cuarentona prematuramente envejecida, de cara de acelga y perfil caballuno, cuyo único atractivo se cifraba en sus ojos azul lavanda, un poco saltones, pero tan brillantes como amatistas, y también tan tristes como esas piedras de perdición. Ah, la felicidad, esa felicidad de azúcar glas que hacía destellar la niquelada dentadura de Luis Mariano. Si hubiera conocido la felicidad hasta podría haber sido una mujer guapa, no tanto como Jeanne Moreau o Marina Vlady, dónde vas a parar. Aunque, ¿no está escrito que la felicidad todo lo embellece? Pero no, Ángela Echegaray, Nines, no había conseguido un billete para ese viaje. ¿Cuántos años llevaba así, marchitándose sin ilusiones, huérfana de todo atisbo de alegría, como esas que firman «joven abandonada» en los anuncios?

La culpa era de su hermana, esa virgen fatua tan rígida como un paraguas, tan atirantada como el pelo que se

recogía sobre el cráneo con un pasador de carey. Todo para nada, porque no salía a la calle sin su sombrerito de medio luto y esos guantes que le cubrían las escamas de vitíligo, su estigma, piel de lagarto. Debía ser por eso que miraba a la gente con tanto rencor, como alguien que ha sido ofendido o cree que están a punto de ofenderlo. Por supuesto, no había asistido a las sesiones del casino, ni tolerado la menor mención acerca de la gente del cine en sus dominios. «Una recua de peripatéticas y aventureros, eso es lo que son». La descalificación valía para cualquier intruso que asomara a su verja, no en vano rematada en puntas de lanza. Con solo mirarla, se sentía ensartada por aquella voluntad tiránica cuyo único alivio parecía cifrarse en infundir un carácter universal a su amargura. La consecuencia era la fama de brujas que las adornaba. Un clásico en la comarca desde los tiempos en que el diablo se enseñoreó de todas las mujeres solas, raras o apartadas, entre el Baztán y Zugarramurdi. Entonces, naturalmente, ya nadie creía en esos cuentos. Pero como tampoco habían tenido ocasión de ver *Un tranvía llamado deseo*, lo que hubiera favorecido la analogía entre las hermanas Echeagaray y las Dubois, los raspas del pueblo reventaban a tirones la campanilla de su portal, gritaban «¡Sorgiñak, sorgiñak!» —«¡Brujas, brujas!»—, y, antes de que apareciera la escoba de Juana, salían chillando como estorninos.

Nines sabía que no era ninguna bruja. Simplemente le había tocado el garbanzo negro y nada se podía hacer contra eso. O tal vez sí. Su mejor amiga, Marifeli, se había casado con un contratista de San Sebastián. Y la otra, Fermina, resultó que era prima de Patxi Lacán, el íntimo de Luis Mariano, que se la llevó a París, aquel París de todos sus sueños. Solía mandarle postales de la Torre Eiffel. Pintaban un mundo resplandeciente, donde las mujeres conducían automóviles y vivían en casas equipadas con mil electrodomésticos que hacían el trabajo por ellas. Nines también había nacido para pasear por hermosas ciudades y dejarse cortejar por un caballero que le leyera poemas junto a la chimenea. Hasta el deshollinador le hubiera valido. Pero a sus cuarenta años cumplidos no había llegado a conocer varón en el sentido bíblico del término. A punto estuvo con Juan Cruz, el farmacéutico. Su hermana, siempre su hermana, abortó el noviazgo. Juana odiaba a los hombres, a todos los hombres. No podía tenérselo en cuenta, con todo lo que había pasado. Pero fue muy duro cuando Juan Cruz se casó con esa espingarda presumida de Irune —Trinidad en castellano, Trini para los íntimos—, la misma que veinte años después no podía pasarle un tubo de aspirinas sin mirarla de arriba abajo con una sonrisa alevosa, mientras el calzonazos de Juan Cruz apenas arrugaba una ceja como diciéndole: «Así es la vida, Nines, así es la vida».

La vida, como si pudiera llamar vida a esa mortaja de

nieve que parecía envolverla a cada paso. Cabeza alta, arriba los corazones, se dijo, arrebujaada en su bata y tiritando. Algún día también ella subiría al tren de París, y conocería a Luis Mariano, y lo mismo se la llevaba a Hollywood para devolverle la visita a Orson Welles. ¿No había rodado justo al lado, en Lesaka, el comienzo de *El cantor de México*? Demasiadas fantasías para el paisaje que tenía delante: las cruces del cementerio. Lúgubre, desde luego, pero era allá donde crecía la hierba más fresca.

Seguramente se encontraría con el simple de Crisanto, Santúa —el Santo—. Hablando con propiedad no se podía decir que fuera un completo idiota, aunque no había conseguido aprender a leer ni a escribir. Ni siquiera era capaz de pronunciar bien su propio nombre, las palabras se le caían de la boca. Había que verlo, con su cara exagerada, como si tuviera alguna facción de sobra, y esa mano que le colgaba como una gallina muerta. Asustaba. Y más aún la leyenda que le perseguía. Que si nació del cadáver de su madre, que por eso se había acostumbrado a vagar por el camposanto, como un espectro. Pero Nines era su debilidad. Desde niños se inventaba tonterías para hacerla reír y, puesto que en Crisanto la infancia era perpetua, treinta años después seguía perseverando en su peculiar manera de cortejarla. La gracia consistía en coger un caracol bien grande y comérselo crudo delante de ella. A cambio, Nines consentía que le diera un casto beso en la frente. Tras semejante prueba de amor, la pequeña

echaba a correr con las mejillas encendidas y la sensación de haber tentado al diablo a la sombra del cementerio. Crisanto apenas se dejaba ver fuera de él, tal vez para evitar que los chavales lo apedrearan, también porque le pagaban una pensión miserable a cambio de que mantuviera limpias las tumbas. Y allá estaba, montando guardia bajo la llovizna, con un saco de arpillera a modo de capuchón sobre el cogote. Al verla venir, ya cerca de la anochecida, su cara de perro perdido segregó una sonrisa imbécil. A Nines no se lo parecía. Aunque no tuviera convicciones acerca del cielo ni sed de la sangre vivificadora de Cristo, Santúa era un hombre y, como susurraban las malas lenguas, tenía algo de Garrincha, el heroico superviviente del maquis local. Nines se hizo la interesante. Segó unos manojos de hierba, los sepultó en su delantal, cuyos extremos había anudado a la cintura, y solo entonces levantó la mirada:

—¿Qué, ya te has pimplado las propinas del entierro de ayer?

Crisanto frunció un mohín y escondió su cabezota dentro del saco.

—Venga, cómete un caracol de los muertos y te dejaré que me des un beso.

El Idiota escardó la maleza y, tan pronto como pilló un molusco, lo engulló de un bocado. La trituración fue rápida, pero no menos repugnante. Escupió los restos de la concha y se barrió los labios con el revés de la mano.

—Ahora mi beso —farfulló con una mirada

extrañamente sombría.

Nines se dejó abrazar. Tenía un punto excitante sentirse entre los brazos de aquel mocetón con alma de niño. «Si Juana me viera...» se dijo atreviéndose a palpar el torso del Idiota. Esta vez, sin embargo, Crisanto no parecía conformarse con el beso en la frente. La apretaba con fuerza, le hacía daño. Su lengua había comenzado a lamer su mejilla cuando, de pronto, por la carretera que bordeaba el cementerio, pasó un automóvil con los faros encendidos. Parecía el Tiburón del farmacéutico, aunque también podía ser el *Cuatrolatas* de Zumbeltz. Los dos eran del mismo azul antracita, casi negros. La aparición acabó de poner nerviosa a Nines:

—¡Ya está bien! ¡Basta! ¡Suéltame ahora mismo, Santúa!

—Manoteó forcejeando con él—. ¡Te he dicho que me sueltes!

—No, hoy no... No te soltaré hasta que me des un beso como los de las películas.

Había hundido su zarpa bajo su bata, la hierba para los conejos resbaló sobre sus muslos. El viento barría en chapas de hierro blanco las montañas nevadas, la noche se aprestaba a caer. Aún recordaba la cinta que más le emocionó en el casino, *Historias de Filadelfia*. Desde entonces soñaba con verse paseando del brazo de Cary Grant por un bulevar muy elegante. Su complicidad carnal

se reducía a una leve presión sobre su mano. ¡Pero ese

bruto le estaba arrancando el corsé! El muy cerdo le magreaba las tetas, buscaba sus labios. Pensó en el caracol que acababa de engullir, esas babas verdosas en su boca. La única mano que le quedaba libre era la que apretaba su cuchillo por la espalda del Idiota.

Fue un arrebató, ella solo quería quitárselo de encima, nada que ver con la venganza de Marlène cuando apuñala al legionario. Al primer golpe, sin embargo, la hoja penetró en su carne con una facilidad demoniaca, como si el maldito cuchillo hubiera encontrado por sí mismo un hueco entre sus costillas. Los ojos de Santúa se abrieron como dos lunas muertas. Un grito ahogado en un coágulo de sangre y todo él comenzó a desmoronarse. Nines lanzó un aullido. Mientras caía, su zarpa de uñas negruzcas le estaba desgarrando la piel del brazo. Tuvo que darle un empujón para que le soltara, y así quedó el cadáver, tendido sobre un brezal del mismo color que la espuma escarlata que a floraba en sus labios.

Nines sintió la sacudida del pánico. Arrojó el cuchillo y echó a correr a ciegas entre los árboles que parecían crecer, agigantarse para impedirle el paso, como en una pesadilla. «¡Dios mío, qué he hecho, qué he hecho...!» — repetía a resolladas, llorando lágrimas que se volvíán espinas de hielo—. Una bandada de pájaros asustados alzó el vuelo desde lo profundo del bosque, y el rumor de sus alas semejaba el aplauso burlón de cien demonios dando palmas.

[\[1\]](#). Se dice de los que viven en el «baserri», el caserío. (*N. del A.*)

3.

Un crimen ritual

Tres vueltas de llave defendían el portón de Belle Ombre, allá donde los mirlos habían impreso sus huellas sobre la nieve, semejantes a pequeñas dagas. La inocencia del Idiota, la marca de su crimen. Nines cerró los ojos sintiéndose morir, giró la llave y fue como una alucinación. Orson Welles estaba ahí, una presencia invisible en el umbral, una voz cavernosa que le susurraba: «Te dije que el destino de Macbeth le encadenaba a sus víctimas, igual que el tuyo a Santúa. Ahora te buscará en su noche y tú le pertenecerás hasta el fin de los tiempos». Pálida, desencajada, atravesó el corredor como si su alma se estuviera deshaciendo en la caldera de las brujas. Sentada junto al fogón, con su gato a los pies, Juana se olió que a su hermana le había sucedido algo grave, pero se mantuvo impassible en su trono. Parecía una imagen

sepulcral pasando las páginas de un periódico atrasado con dedos cuidadosos, como si se tratara de un breviario.

—Qué, ¿sigue nevando ahí fuera? —articuló, la boca

torcida, sin levantar la vista.

Nines contemplaba el fuego con una mirada extraviada.

—Yo no quería... no quería...

Primero fue el gato, Sultán, sus ojos amarillos atravesándola con su fría malignidad. A Juana le bastó alzar una ceja. Nines se llevó las manos a la cara. La sangre se escurría entre sus dedos empujada por las lágrimas. El relato de los hechos fue directo y atroz, rendido con una desesperada franqueza. Juana no la interrumpió en ningún momento. Impávida tras sus gafas negras en ala de mariposa, el rostro, un laberinto de arrugas intrincadas, siguió acariciando a su gato hasta que su piel despidió unos tenues centelleos. Una vez que Nines concluyó su letanía, se puso en pie, abrió el grifo de la fregadera y le pasó un trapo:

—Venga, teatrera, que eres una teatrera, deja de hacer pucheros. Ya ves lo que se saca tonteando con esos hijos de Satanás. Tanto que te lo habré dicho...

Nines caminó hacia la pila como una sonámbula, dejó que el agua corriera entre sus manos, las palabras de Juana le llegaban como a través de un sueño:

—Hombres, hombres... Solo ha habido uno perfecto, y murió crucificado. —La monserga continuaba en su tono ríspido—. Todos los demás son unos cerdos, qué asco, con esa cosa que les cuelga entre las piernas. Solo quieren metérnosla hasta el garganchón, y luego allá cuentas. Si te he visto, no me acuerdo.

—Si *amatxo* se entera...

—No digas tonterías. Mamá no se va a enterar, ni tiene por qué enterarse.

—Es verdad, es verdad. Ya no sé ni lo que me digo.

—Tenemos que recuperar nuestro violín —le cortó su hermana, con la misma autoridad con que cerró el grifo—. Y tiene que ser ahora, en caliente.

Un estremecimiento helado recorrió el espinazo de la otra.

—No, no, mejor dejarlo... Quién sabe si...

Juana inspiró con fastidio, cogió a su gato por las tripas, se acercó a Nines y susurró en su oído masticando cada palabra:

—Escucha lo que te voy a decir y no lo olvides nunca. En esta vida solo hay dos certezas, *bihotza*: los fuertes sobreviven, los débiles mueren. Formar parte de la Escuadrilla de Defensores de Dios significa responder: «¡Sí, te salvarás!» a la pregunta desesperada, cuanto más desesperada mejor: «¿Aún podré salvarme?».

Se detuvo un instante para quitarse las gafas, clavándole sus ojos atormentadores —«¿has comprendido?»—. Nines temblaba como un nervio en carne viva:

—Que no, que yo no voy. El cadáver sigue ahí, las ánimas estarán rondando...

—Déjate de sandeces, sinsustancia. Ni el Idiota ni las ánimas pueden hacerte nada, pero el violín sí. Lleva tus huellas, las huellas de tus dedos. Es la prueba del delito, la que te puede empujar a la cárcel o a algo peor. Deprisa,

sube a cambiarte.

—¿Cambiar-me? —preguntó Nines sin salir de su aturdimiento—. ¿Por qué...?

—¿Te has visto la bata, desgraciada? Vas hecha un cuadro.

Al advertirlo estuvo cerca de caer redonda al suelo. Una mancha carmesí le subía hasta el cuello, y su antebrazo seguía goteando. La herida abierta por la garra del Idiota era más profunda de lo que parecía. Nines no podía mirarla.

—Ay, Dios, creo que me voy a marear...

—Qué poco vales, si esto no es nada. —Juana había acercado el botiquín de campaña, recuerdo de la guerra—. Un chorrito de agua oxigenada, otro de mercromina y... —Tenía el rulo de gasa en la mano, la de Nines seguía sobre la fregadera a la espera de que se la vendara—. Oye, ¿no llevabas ahí la pulsera que te regaló *aitatxo*, la que te trajo de Francia?

Nines sintió como si se vaciara por dentro, un cuerpo sin esqueleto.

—La llevaba, sí... —comenzó a farfullar—. Nunca me la quito ni para dormir...

—Entonces seguro que sigue en el cementerio. Joder, otra prueba de cargo. Corre, sube arriba de una vez y cámbiate hasta de bragas, que eres una calamidad.

Nines subió como si estuviera cayendo al infierno, estrangulada por aquella pulsera que llevaba sus iniciales con la fecha de su primera comunión. Juana la esperaba

abajo, con sus chirucas y las vendas preparadas.

—Con esto será suficiente —exclamó tras fijar la última tira de esparadrapo—. Coge esa linterna y venga, arreando, que llegamos tarde al concierto.

La noche se veía inusualmente clara, tal vez por la nieve que comenzaba a caer de nuevo. Sus pasos se hundían en el manto blanco. Todo era silencio, ni un alma a la redonda. Nines no dejaba de oír en su interior la melodía de la muerte. Un violín solista orquestaba la coreografía de los copos que fluctuaban en volutas perezosas, un enjambre de bailarinas en un país de las hadas terrorífico. El cadáver de Santúa, arrebujado en su saco, les saludó con su cara de patata trizada de hebras de hielo y la misma expresión alelada en sus ojos abiertos. La linterna rastreaba las sombras, a veces iluminaba el rostro dislocado del difunto. Nines sentía que la miraba, una mirada acusadora, a cada paso se sobresaltaba como un barbo con un anzuelo clavado en la mejilla. Se obligó a pensar solamente en su pulsera.

—Tiene que estar por aquí, aunque, no sé... igual se me cayó un poco más lejos.

—Pues espabila, lerda, que eres una lerda. Si nos pillan estamos jodidas.

No había acabado de decirlo cuando, de pronto, los cables del tendido eléctrico brillaron como filamentos de oro. Venía un automóvil. Juana apagó su linterna.

—Es el que pasó cuando estaba con Santúa —susurró Nines, agazapada bajo un ángel de piedra, como si volviera a ser la niña que jugaba al escondite entre las tumbas—. Otra vez el puto Culopollo.

Todo el pueblo conocía al farmacéutico por ese mote que no aludía tanto a sus posaderas, sino a la forma de su boca, una rajita fruncida, como de muñeca barata.

—¿Culopollo? ¿Estás segura?

—No del todo... No pude verlo bien.

—¿Será posible! ¿Cuántas veces tendré que decirte que abras los ojos?

El tono airado acabó por desquiciar a Nines:

—Mira quién habla, la que no se quita esas gafas de muerto ni en misa.

La mirada que le clavó hubiera podido fundir la nieve bajo sus pies:

—Cuidado con lo que dices, estúpida, que me vas a deber la vida.

Nines no pudo soportar la tensión, rompió a lloriquear:

—¡Vámonos, vámonos de aquí! El fantasma de Santúa se me está metiendo dentro y ese condenado violín no aparece. Ni mi pulsera tampoco...

—¿Ah, sí? Pues entonces, dime, ¿esto qué es? —La mano de Juana se alzó de entre las hierbas con un filo acerado cogido por la hoja—. ¡Música, maestro!

A Nines se lo cortó el llanto, pero el cadáver no parecía muy animado al baile. Seguía allí, los ojos vitrificados, la boca embarrada de nieve y sangre... y algo brillante en su

puño que solo advirtieron entonces, al volver a iluminarlo.

—¡Es mi pulsera, está ahí, ahí...!

—Perfecto, los dos pájaros de un tiro. Anda, píllala y nos largamos a toda mecha.

Lo intentó, intentó abrir aquellos dedos congelados que apretaban la pulsera como si no fueran a soltarla jamás. Juana la veía forcejear, harta de sus torpezas:

—¿Qué cojones te pasa? No me digas que no puedes.

Nines, arrodillada junto al cadáver, volvió un rostro implorante, el vendaje de su antebrazo teñido de sangre. También esa herida había vuelto a abrirse.

—Pues cortamos por lo sano y santas pascuas.

Sin vacilar, Juana agarró la muñeca del difunto y se aplicó a rebanarle los dedos ante la mirada horrorizada de su hermana. El violín del Sacamantecas respondió a su leyenda. Una hoja bien templada, un filo implacable. Un tajo más y la pulsera quedó libre. Arrojó los dedos cortados allá donde los cuervos y, según se guardaba la pulsera, fijó su mirada en una charca de la que se alzaba un lento burbujeo.

—Se me está ocurriendo la jugada perfecta para completar la faena, hermanita. Ahí hay un conejo blanco que se muere de ganas por saltar dentro de su chistera.

Nines la escuchaba como catatónica, la otra ya había entrado en acción. Se quitó una de sus chirucas, avanzó con toda cautela hacia la charca, sostuvo la bota del revés sobre las burbujas y, tras una breve pausa en suspenso, la hundió hasta el fondo con un movimiento fulgurante. El

conejo blanco se había convertido en un sapo verrugoso que luchaba por escapar de su mano.

—¿Para qué lo has cogido? ¿A qué viene esto ahora...?

Los ojos de la primogénita centellearon tras sus arlequinescas gafas negras.

—Vamos a jugar con ellos un poco. Al fin y al cabo, tu donjuán era un hijo de puta tan retorcido como las pezuñas del diablo. Y los de su cuerda no son mejores.

—No te entiendo —balbució Nines.

—No tienes nada que entender. Ábrele la boca.

—¿A quién? —Ella solo miraba al sapo, el índice de Juana le marcó el camino.

—¿A quién va a ser? Al fiambre, mujer, al fiambre.

Nines volvía a temblar, su hermana había perdido el juicio.

—Haz lo que te digo, cretina. ¡Y hazlo de una vez, rápido!

La pequeña abrió la quijada del cadáver al borde del colapso. Su hermana no se arredró ante los ojos acusadores del difunto. Dobló una rodilla e introdujo el sapo apretándolo contra la lengua del muerto. Las mandíbulas volvieron a cerrarse con un crujido.

—Y sanseacabó, esta no la abre ni Dios. Que ya sabes que del plato a la boca, a veces se cae la sopa —masculló amagando una sonrisa de través—. Cuando le hagan la autopsia pensarán que se trata de un crimen ritual, justo aquí, en el cementerio.

—¿Un crimen ritual?, ¿... por lo del sapo?

—Es el emblema de Akerbeltz,^[2] alma cándida. Y no olvides que nuestro pueblo linda con Zugarramurdi.

Había dejado de nevar, el frío se hacía más intenso. Veían su propio aliento congelarse en el aire, pero no era eso lo que hacía estremecerse a Nines:

—¿Y tú? ¿Es que no te acuerdas que los chavales de aquí nos llaman brujas?

—Precisamente por eso quedaremos fuera de toda sospecha. Nadie se toma en serio las gansadas de esos raspas, y nosotras somos dos señoritas respetables.

—Sí, sobre todo eso: respetables —musitó la otra, el cadáver a su espalda.

—No has hojeado el último número de *El Caso*, ¿verdad?

—continuó Juana, refiriéndose a la revista de sucesos más celebrada en la España de entonces.

—Lo que me faltaba, asomarme al diario de las porteras.

—Pues no viene mal hacerlo de vez en cuando. El otro día, en la página dónde me envolvieron las sardinas, venía un crimen semejante perpetrado en Valencia por una secta de chalados, todos de postín, parientes de un ministro nada menos.

—¿Te crees que eso puede cuajar aquí...? ¿Solo con un muerto y un sapo y...?

—Basta de palabrerías y a casa, que ya nos hemos expuesto bastante.

Regresaron a oscuras, la linterna apagada, cogidas del

brazo y apretando el paso para que no las alcanzase la tormenta, como dos sombras huyendo del infierno.

Llovió durante toda la noche, sin tregua, con esa perseverancia rayana en la obcecación de un dios empeñado en dictar su evangelio a golpe de diluvios. La piedra roja de las casonas de Etxalar parecía rezumar sangre. Solo era esa lluvia como un veneno del alma, la que se acuesta en capas de pizarra debilitando los corazones con esa sensación de que su mundo se hunde arrasado, no por los fuegos anunciados por las religiones del desierto, sino por una pertinaz labor de erosión y desgaste, tempestad sobre tempestad. Nada de todo eso parecía dislocar la permanente de Maritxu

Maizkurrena, cuyas bien cebadas grupas, su tez sonrosada y su doble papada afianzaban su expresión bovina. Cargada con dos bolsas de embutidos frescos, había bloqueado la puerta de la farmacia con su pie izquierdo y la campanilla no dejaba de repicar.

—¡Qué horror, qué horror! ¿Os habéis enterado? ¡Han matado al Idiota!

Juan Cruz, el farmacéutico, tenía algo de Alan Ladd. Si bien, dado su natural gallináceo, el parecido se limitaba al rictus estreñado estilo *Raíces profundas* y a ese tupecillo que comenzaba a clarear, aunque seguía siendo muy eficaz entre las desahuciadas. Nadie entendía cómo pudo casarse con el higo seco de Irune, y menos que nadie

aquella charcutera lenguaraz que no se decidía a entrar, mientras la campanilla seguía repicando. Culopollo parpadeó su desconcierto al compás:

—¿A Santúa? ¿Que se han cargado a Santúa?

—Como lo oyes, a ese santo bendito. Y de una puñalada por la espalda.

Iruñe compareció con un frasco de bicarbonato. Su expresión atónita se unió a la de la vecina que estaba atendiendo, Graxiana, la de la droguería Montecarlo —un nombre elegido en virtud de su parentesco, evidentemente solo fonético, con la rutilante estrella del Principado, Grace Kelly—.

—¡Jesús, María y José! ¿A dónde vamos a llegar? — Graxiana no podía reprimir su jaculatoria predilecta siempre que algo la escandalizaba, y ese algo era casi todo —. Esto es lo que nos ha traído el cine al pueblo. Tantas películas, tanta violencia... Qué razón tenía el padre Machimbarrena cuando dijo que el cine es la mayor calamidad que le ha caído al mundo —«¡mayor que el diluvio universal, más que la bomba atómica!»—. Nadie olvidaba las filípicas del orador sagrado, de quien se decía que hasta podía levitar, pero tampoco era cuestión de enredarse en catequesis.

—El asesino tiene que ser un sádico. Un bicho como el vampiro ese de no sé donde, el de los ojos saltones — abundó la charcutera, ajena a la lluvia que asperjaba su peinado, también al nombre de Peter Lorre—. Después de apuñalarle, le cortó tres dedos y le metió un sapo en la

boca. Un sapo vivo. Pobre Santúa.

—No me lo puedo creer... ¡Santo Dios, qué espanto!
—El bicarbonato que la farmacéutica vertía a través de un embudo en otro frasco estuvo cerca de desbordarse—. Pero pasa, pasa, mujer, que el soniquete ese me está desquiciando.

Maritxu frunció un mohín, como haciéndose de rogar. No podía entretenerse, su selecta clientela la reclamaba. En realidad, su única urgencia consistía en difundir la primicia por todo el pueblo antes de que se le adelantase Graxiana, que ya tenía su cuartillo de sales digestivas pagado y envuelto.

—Lo han descubierto los seminaristas que venían de Lecaroz, fíjate qué casualidad. Esa alma de Dios. Santúa ya estaba frío y más tieso que la mojama.

—Tanto rondar por el cementerio, tanto rondar por el cementerio... —Con las cejas repintadas a media frente y su arsenal de perlas Majorica prendidas del cuello a las orejas, la droguera semejava una pitonisa desprovista de su bola de cristal—. Si se lo tenía dicho, que vas a acabar convertido en el hombre lobo.

Maritxu se quedó mirándola:

—¿Por qué has dicho lo del lobo?

Graxiana impostó una sonrisa críptica:

—Por nada, ya ves tú... Figuraciones mías.

—Pues mira por dónde, los seminaristas cuentan que vieron un lobo negro arriba del cementerio cuando se tropezaron con el cadáver. Un lobazo enorme. Y cojo,

para más señas. Igual que Garrincha.

—A ese ni me lo mientes. Que cuando se entere...

—Se le va a revolver todo, ay, la desgracia llama a la desgracia.

Las dos comadres cruzaron una mueca conspiratoria.

—Así deja caer la semilla la mano del Sembrador. —Y tal como ella dejó caer la suya, apostilló—: Un sapo en la boca, tres dedos cortados...

—Y el lobo cojo arriba del camposanto. —Graxiana no vaciló en santiguarse—. Jesús, María y José... Cosa de brujas. O del demonio patudo.

Culopollo se encogió de hombros, esas historias no iban con él:

—Lo siento por las Echegaray. —La pupila de Maritxu se iluminó dilatada por el morbo—. Eran las únicas que le tenían un poco de consideración al Idiota. Sobre todo Nines. Creo que anoche los vi a los dos, cuando venía de Urdax.

—¿Que los viste? ¿Dónde los viste? —inquirió Graxiana, sin poder evitar un bizqueo nervioso—. No me digas que en el cementerio.

—Pues claro, ¿dónde va a ser? Si Santúa se pasaba el día entre los muertos.

—Y un cuerno, que bien que le daba al pimple tu santito donde Zumbeltz.

Irune tardaría en perdonarle su alusión a Nines —¿acaso seguía habiendo fuego bajo la ceniza?—. Juan Cruz carraspeó, más Culopollo que nunca, desviando una

mirada hacia la charcutera. Esta tampoco se apiadó:

—Para mí que las hermanitas también comulgan con Rascayú. Sí, sí... Que más de una vez he visto yo al tonto y a *la* Nines merendado entre las tumbas, y hasta haciéndose «sirris», los muy marranos. Un sacrilegio, un sacrilegio.

—Bueno, bueno, mejor si no liamos las cosas —volvió a intervenir la droguera, esta sí, piadosa a su manera—. Aunque sea por su pobre madre.

Maritxu, siempre pendiente de atesorar primicias, cogió la alusión al vuelo:

—¿Sigue tan delicada?

—Uf, eso pregúntaselo al viento. Palmira no ha vuelto a salir desde que murió su marido, y de eso hace como veinte años. Ni siquiera deja que la vea el médico.

—Vivir con una enferma tan rebelde tiene que ser un calvario. —La charcutera dirigió a la farmacéutica una mirada cargada de intenciones—. No entiendo cómo no se casaron, sobre todo la pequeña. De joven, Nines no era tan fea.

—Pero rara, lo que se dice rara...

Era el momento perfecto para que Maritxu arrojase uno de esos cuartos a espadas que constituían su razón de vivir, sin ninguna esperanza de redimirse:

—A lo que estamos, Juan Cruz, que agua pasada no mueve molino y la que nos importa viene con esta lluvia de sangre.

—Había hecho una frase. También ella era una lectora

contumaz de *El Caso*—. Si viste a la Nines de cháchara con Santúa, y en el cementerio, estás obligado a ir con la copla a los municipales. O a la Guardia Civil.

—Igual le estaba contando algo importante —puntuó la droguera—. Algo que podría ayudarles a resolver el intríngulis del crimen.

Harto de ellas, Culopollo adoptó un tono cortante:

—Nines es lo suficientemente adulta para contárselo por sí misma. Y si ella no lo hace, no voy a ser yo quien se retrate. Claro que si preferís ir vosotras —añadió elevando el mentón hacia su socia—, ya sabéis el camino.

La mandíbula de Graxiana crujió delatando el defectuoso ajuste de su dentadura postiza. Su némesis ya había cruzado la puerta, muy afectada por el desplante, con un gesto tan brusco que la campanilla sonó a rebato. El tiempo le haría tragarse sus palabras al insolente. En cuanto a las suyas, ya iba tarde para correr a informar a Margari, la mercera. Por más que siguiera siendo fiel a las medias sin costuras, ajena a los beneficios de las Berkshire, aquel desgarrón en la apacible vida del vecindario estaba pidiendo a gritos un zurcido de urgencia.

[2]. Literalmente, El Cabrón Negro, personificación del diablo en la mitología vasca. (*N. del A.*)

4.

Los violines no vuelan

El artista había plasmado a la mujer del cuadro en escorzo, acaso para atenuar el ojo que se cubría con un parche de pedrerías, a la manera de la princesa de Éboli. La severidad de su porte, como el vestido de terciopelo carmesí cerrado hasta la gorguera, conferían un matiz dramático a la calavera que sostenía entre sus manos con una expresión de lo más piadosa. El rictus de su boca, esa sonrisa que le alzaba apenas la comisura del labio, y más aún su mirada de un solo ojo, afirmaban todo lo contrario: soberbia, tiránica, altiva. Parecía una niña y podía tener cien años. O trescientos. El tiempo que llevaba ardiendo envuelta en esa cabellera llameante sujeta por un prendedor de perlas negras.

El tesoro que presidía la escalera interior de Belle Ombre no era ninguna bagatela. Se trataba de un óleo firmado por el primer maestro de Goya, cuyo padre había nacido en Ceráin, cerca de Etxalar. Debió ser un notable pintor tenebrista pues, pese a su hipnótica belleza, la dama del lienzo daba pavor. A ellas las confortaba. Su ilustre

antepasada, Laverna de Echegaray, mezcla de furia y tormento, pasaba por ser el espíritu tutelar de la familia. Aunque tenía sus caprichos.

Desde tiempos inmemoriales despertaba a sus deudos en la alta noche, aplicada en contar las piezas de su cubertería de plata —siete, nueve, trece, clac, clac, clac, un crujido como de huesos astillados—. Eso cuando no le daba por pasar el plumero sobre un clavicordio imaginario del que, sin embargo, se podía oír hasta el último de sus acordes. Mejor no importunarla. A Laverna no le gustaba que perturbaran sus rituales, aunque nunca bailaba sola. Según se contaba, antes de que apareciese en el valle y comprase la propiedad, allá por el XVI, el solar abrigó un convento benedictino. Los monjes espectrales seguían ahí, atentos a sus conjuros de tinieblas. Pero esta vez no eran los monjes ni las cuentas ni el clave, sino la mancha de humedad que avanzaba hacia el lienzo a medida que las lluvias seguían arreciando. Las paredes rezumaban, por más que las revocaranm volvían a aparecer placas verdosas. Esa noche, el verde había virado a un brutal rojo sangre. La sangre invadía su cuarto, el nivel subía y subía. Pronto alcanzaría su cama. Con los puños crispados bajo el mentón, arrebujaada entre las sábanas, Nines no conseguía sofocar su terror. Ahora la cama flotaba sobre una marea escarlata, navegaba como una balsa a la deriva hacia el terrorífico Lago de las Ánimas. Su grito rasgó la oscuridad. Pero tan pronto como se encendió la luz, la ola de sangre desapareció sin dejar huella. Juana había venido

a rescatarla, traía un vaso en la mano:

—Qué cruz, qué cruz tengo contigo... ¿Otra vez la tontería de tus pesadillas?

Bañada en sudor, los ojos febriles, Nines contempló el brebaje con recelo.

—No puedo dormir... En cuanto cierro los ojos vuelvo a ver a Santúa plantado en la tapia del cementerio, como diciéndome que me espera a las puertas del infierno.

—Quita, quita, peliculera, que ya ha pasado todo. Bébete esto, te calmará.

Ninesapuró el vaso. Le supo amargo, reprimió una mueca de desagrado.

—Y ahora a dormirte, cabecita loca —la serenó su hermana palmeándole la mejilla con su mano escamosa—. Que no tenga que venir más veces.

—No, por favor, no te vayas... Quédate un poco más.

Juana se sentó a los pies de su cama, la mirada vuelta hacia el bosque en la noche, hasta que su hermana acabó por rendirse al sueño. Al retirarse, una extraña sonrisa se dibujaba en sus labios. La misma con la que abrió la puerta, tres horas después, ya con Sultán a modo de parapeto en su regazo. El timbre venía sonando a intervalos regulares desde las nueve. Ella se lo tomó con calma. Le bastó un vistazo desde el lucernario para averiguar quiénes eran los inoportunos visitantes.

—*Egunon*, dichosos los ojos... —exclamó, los suyos blindados tras sus gafas negras—. No saben cuánto me alegre de su visita. Seguro que ha sido Jaungoikoa^[3]

quien les ha enviado. Veo en esto su mano protectora.

Los recién llegados le devolvieron una expresión cavernaria.

—*Egunon* —repuso el que iba delante.

El otro empinó su mandíbula, la ceja alta, en señal de alerta:

—¿Qué? ¿Podemos pasar?

Al asomarse Nines, desde la balaustrada de la planta noble, todavía un poco atarantada por el Luminal, sintió que su corazón daba un vuelco —¡Les ha abierto!—. Tambaleante, corrió hacia el electrófono y puso otro disco de Luis Mariano. Lo necesitaba. Hacía siglos que ningún descendiente de Adán rebasaba aquel territorio prohibido. «Los hombres son el demonio», repetía su hermana, «unos hijos de Satanás». Estos tenían toda la pinta de ser sus emisarios. Dos agentes municipales nada menos. ¡Estaba perdida! ¡Venían a por ella! Y sin embargo, Juana acababa de abrirles la puerta con una sonrisa de lo más natural:

—Pasen, pasen a la cocina. —Su voz se enlazó a los gorgoritos que descendían envueltos en cascadas de almíbar—. Con este frío pelón, estaremos más calentitos.

Nines no daba crédito, ¿a qué obedecía ese tono? Le faltaba experiencia de la vida, y también la astucia de su hermana. «Me alegro de su visita» es justo lo que uno ha de decir cuando piensa todo lo contrario. La estrategia perfecta para desconcertar a tu enemigo. Juana era maestra en eso. Si para ella los hombres suponían una

abominación, ¿qué decir de aquel lamentable Bastarrica, el cabo de la guardia municipal, bueno para nada, con esa nariz purulenta cuajada de varices y esa cara de menestral, el siervo de la gleba detrás del arado?

—Desde lo de Santúa vivimos aterrorizadas, agente, esto es un horror.

—Tranquila, Juana, que para eso estamos. —Bastarrica se había calzado la gorra en el sobaco. Una manera de hacer evidente que, pese a las cuatro neuronas que albergaba, su testa podía competir con cualquier globo terráqueo—. Y por favor, tutéame, mujer, que fuimos juntos a la escuela.

Ganada su confianza, Juana endureció su tono:

—Eso fue hace mucho tiempo, Bastarrica. Y la gente cambia con el tiempo.

—Yo a ti no te veo muy cambiada. Ya sabes, el buen vino...

—Pues yo a ti sí —le cortó la avinagrada—. Menudas bolsas que te cuelgan de los ojos, ni que estuvieras criando percebes. Si hasta te supuran. Claro, trabajas tanto...

La ironía coaguló la sonrisa del veterano y encendió la de su ayudante. El cabo le puso firme al tiempo que ponía las cosas en su sitio:

—Déjate de coñas, Juana, que el asunto es serio. Precisamente venimos a ver qué sabéis acerca del crimen de Santúa.

Aquel «venimos a ver qué sabéis» hizo que Nines,

parapetada en lo alto de la escalera, estuviera cerca de precipitarse al vacío.

—No veo en qué podemos ayudarle nosotras, agente — masculló Juana regresando al usted—. Últimamente no nos dedicamos a estrangular a los vecinos.

—Santúa no murió estrangulado. Lo apuñalaron.

La precisión apenas la movió a exclamar un gélido «Ah, fíjate, pues vaya...», que hizo más presente la melodía que bajaba de arriba.

—¿Es Luis Mariano? —intervino el auxiliar, un joven montañés flaco como una estría de rasgos indefinibles, pues, al mirarle, solo veías su labio leporino—. Bah, muy vasco, muy vasco, pero va como un verraco detrás de *la Carmen Sevilla*.

—Qué va a ir como un verraco, si es maricón — apostrofó Bastarrica, con su diplomacia habitual—. ¿Has visto cómo menea el culo cuando canta sus fandangos?

—Un respeto —les amonestó Juana—, que en esta casa no les consiento ese lenguaje. A mi madre le encanta, y punto. Además, supongo que no habrán venido para ver si Santúa se nos aparece en el recital de cuerpo presente.

—No, no, eso no... —El cabo bajó la cabeza por no ver la escena que estaba imaginando—. Andamos a la caza de pistas, gente que se lo cruzara el día de autos o por ahí. Y como vosotras... Bueno, ¿cuándo lo visteis por última vez?

—¿Cómo saberlo? —repuso Juana, dejando que Sultán saltara de su regazo, el animal empezaba a ponerse

nervioso—. Salimos tan poco mi hermana y yo.

—Pues hablando del rey de Roma...

Nines acababa de hacer su aparición estelar embutida en la chaquetilla color frambuesa que solía ponerse los domingos. Una prenda completamente en disonancia con la enagua que asomaba debajo, aunque muy a tono con los rulos de fantasía y la expresión ausente propia de quien abusa de los ansiolíticos.

—Pero bueno, Juana... —farfulló intentando remedar la etiqueta de su hermana—. Tenemos aquí a las fuerzas vivas, ¿y no les has ofrecido ni un café con leche?

Poco le faltó a la primogénita para darle con la cafetera en la cabeza. Sultán, encaramado arriba de la alacena, fijó sus ojos en su ama y lanzó un maullido preventivo. ¿Por qué? Pronto lo sabremos. Nines mantuvo la calma, aunque su manera de disponer las tazas seguía siendo la de una funambulista.

—¿La leche la prefieren caliente, ...o mejor del tiempo? —preguntó dirigiéndole al joven ayudante una descarada mirada de seducción.

Este, cuya timidez debía mucho a su belfo, en vez de «como usted quiera», acabó soltando un nervioso «e... el gusto es mío». Juana no dejaba de escrutar el sainete —«Si el imbécil de Culopollo se ha ido de la lengua, estamos jodidas»—.

—Mi hermana tiene razón, soy una desconsiderada: siéntense, por favor.

Bastarrica no esperó a que se lo repitiera, pero su

ayudante permaneció en pie, junto a la alacena donde ella misma, al regresar del cementerio, había guardado eso que miraba Sultán con una fijeza inquietante: el violín del Sacamantecas. Estaba ahí, a la vista, perfectamente reconocible tras el cristal esmerilado. «Este error no me lo perdonaré mientras viva» se dijo mordiendo su rabia, ella jamás cometía errores. Fuera, la lluvia seguía repicando a un ritmo regular.

—¿Antes, ya estaba así de gordo este gato? —apostilló Bastarrica subiendo sus ojos hasta lo alto de la alacena sin reparar en el cuchillo, solo en Sultán.

—Sí, no es muy deportista que digamos.

Nines lo dijo por hacer una gracia, pero Juana se vengó —no toleraba que nadie ridiculizara a su fiel acompañante —:

—Es lo que les pasa a todos los castrados —rezongó, su mirada fija en el orondo abdomen del cabo—. Los machos que entran aquí, ya saben a lo que se exponen.

Bastarrica reprimió un escalofrío, temiendo la emasculación, e intentó congraciarse:

—Apuesto a que es un sabio reencarnado. Cada vez que lo miro me siento inferior, salta a la vista que lo tiene todo clarísimo.

Vaya si lo tenía. Sultán volvió a maullar lanzándole una de esas miradas que dedicaba a los intrusos, como detestándolos. Entre tanto, la cafetera había comenzado a burbujear bajo el fuego de los pensamientos de Nines: «Tiene las manos de Santúa». No podía dejar de

escudriñar la manera en que el joven policía repicaba sus dedos sobre el mármol, como esperando el momento de abrir la alacena. «Es él, es Santúa que vuelve» se repetía cada vez más atacada. Veía la hoja del cuchillo atravesar su carne como si fuera mantequilla, y esas manos, esas manos desgarrándole el corsé. De un momento a otro el de la cara de liebre descubriría el violín y sería el acabose. Las esposarían como a dos criminales, atravesarían todo el pueblo bajo las miradas de los vecinos. Las insultarían, las desollarían vivas, la gente es tan mala.

Redobló sus esfuerzos para contener el pánico, la imagen de su padre se precisó en su memoria. También tenía unas manos grandes y fuertes. De hecho, era lo único que recordaba de él. Sus manos. Porque Juana, en un arrebato, quemó todas sus fotografías. Solo se había salvado la del retrato de boda, pero de esta no quedaba más que la mitad: su madre sentada, con las manos de su padre sobre sus hombros, y nada más. Las tijeras de Juana le habían amputado la cabeza. Nunca le perdonaría que hubiera cercenado sus recuerdos, la sonrisa, el rostro de su padre. ¿Y todo por qué? ¿Porque durante la guerra simpatizó con los rojos? El bueno de Antero no pasó de eso, mientras que muchos prohombres de la villa habían participado en las «sacas» que igualaban a los falangistas y a los quemaconventos. Para su madre, sin embargo, el mero hecho de comulgar con la Hidra de Siete Cabezas — como tildó a los de su cuerda el cardenal Olaechea—, ya era motivo para la excomunión. Una vez les sorprendió.

Ella, Nines, acurrucada en los brazos de su padre, él acariciándole el pelo, mientras escuchaban a través de Radio Pirenaica los sones de *Ay, Carmela*.

—¿Cómo te atreves, degenerado? ¡Te he dicho que no me toques a las niñas! —bramó la ronca voz de Palmira, al tiempo que la arrancaba de sus brazos con el anatema en los labios—: ¡No eres digno! ¡Vives en pecado mortal!

La música cesó. Veinte años de silencio. Tras la muerte del padre, en Belle Ombre no volvió a escucharse otra cosa que los discos de Luis Mariano —... y el clavicordio de Laverna, cuando tocaba—. Bastante habían sufrido la crueldad de la gente. Hijas de un rojo en un pueblo de requetés. Ni su acendrado ultracatolicismo les salvaba. Veinte años después seguían sentándose en el ala oscura de la iglesia, y nunca se iban sin que las siguiera un coro de murmuraciones. A Juana le daba igual. «¿Qué se creerán? Ni que se abanicaran con plumas de marabú». Pero ahora, ¿qué sería de ellas si acababan descubriéndolas? El odio, la cárcel, la ignominia absoluta.

—Ah, ya recuerdo... —continuó la mayor, impertérrita ante los policías que apuraban su café a pequeños sorbos—. Si hoy es martes, hará como una semana que fuimos al cementerio. A visitar la tumba de nuestro amado padre, naturalmente.

El cabo deslizó la frase hasta los oídos de su hermana:

—¿Te acuerdas si fue el martes, Nines?

—Pu... puede ser —apenas acertó a balbucir, la mirada coagulada en el violín delator—. También fui a por la

hierba de los conejos... Ayer, o anteayer.

—¿Y te cruzaste con Santúa? —siguió Bastarrica, con una indiferencia que bien podía ser solo aparente—. Algo te diría, ¿no? Si había alguien que, bueno, ya sabes...

—No recuerdo... Quiero decir que... —Los ojos de su hermana, opacados tras sus gafas, parecían taladrarla—: Que bueno, sí, algo hablé con él, como siempre, pero no me dijo nada de que se sintiera amenazado.

El terreno se estaba volviendo resbaladizo. Juana extremó sus cortesías:

—¿Una copita de pacharán, Indalecio?

—No, alcohol no —repuso el cabo, en plan incorruptible, sin afectar que le hubiera llamado por su nombre y no por el ultrajante apelativo, Pitarras, con el que se le conocía en la taberna—. Ni una gota, que estamos de servicio.

Mala señal: un borrachuzo como él solo rechazaría un trago si quien se lo ofreciera fuese un candidato al garrote vil.

—¿Seguro que no le viene nada más? —continuó el otro, atornillado a la alacena donde el violín del demonio parecía palpitar a la espera de ser descubierto—. A veces un indicio puede ser suficiente, una palabra basta...

«Una palabra tuya bastará para salvarme... —balbució Nines para sí, mordiéndose la lengua—. Y una mía para condenarme». Eso le dio fuerzas para armar una frase:

—Que yo recuerde solo hablamos de caracoles. Al infeliz le encantaban esos animalitos. La gente le daba

miedo, los chavales le tiraban piedras.

—Sabemos cómo se las gastan las rectas conciencias de este villorio, Nines. —Juana comenzó a hacer girar sus anillos, señal de peligro—: No soportan a los diferentes.

Bastarrica captó el mensaje, aunque a su manera.

—Pero si Santúa era un pedazo de pan. El que le apuñaló tiene que sentirse como si hubiera matado a un niño. A ese hijoputa no lo salva ni Dios.

—Ya... —Juana no dejaba de vigilar a su hermana, parecía a punto de romperse. Se apresuró a llevar las tazas al fregadero—. Ya sentimos no poder ayudarles más.

—Bastará con que encontremos el arma homicida — refrendó el otro pasmarote, ajeno a la hoja de metal que traslucía el vidrio esmerilado, a un palmo de sus ojos—. En los laboratorios saben hacer su trabajo y unas huellas no se borran fácilmente. Para cargarse a un hombre hay que darle con saña, así, así...

Su brazo alzado apuñalaba el aire, una y otra y otra vez. En la afiebrada mente de Nines se enredaban la excitación y el pánico, como si con cada golpe le desgarrara el virgo y la culpa, todo en sus entrañas. En eso, el disco de Luis Mariano se detuvo.

—La última era *Olé, torero, ¿no?* —graznó Juana—. Entonces es que se ha acabado.

—¿Tanto llevamos aquí? —Bastarrica se puso en pie como impulsado por un resorte—. Venga, Untxigorri, que estamos molestando.

Nada más cerrar la puerta, las dos hermanas se

desplomaron sobre sus sillas de respaldo recto. Nines temblaba de pies a cabeza.

—Lo he pasado fatal, fatal... El joven ha estado a esto de abrir la alacena. ¿Cómo pudiste...? ¿Cómo pudiste traerlo a casa? ¡Te dije que lo lanzaras al río!

—Es nuestro mejor cuchillo. Por uno como ese te pueden llevar veinte duros.

—¡Lo que nos va a costar es la vida! ¿Es que no has oído al cara conejo? «En los laboratorios saben hacer su trabajo». Pueden encontrar huellas invisibles, un glóbulo rojo, yo qué sé... ¡Tienes que deshacerte de él!

Pese al sedante, los nervios de Nines amenazaban con desatar una nueva crisis.

—Está bien, está bien... Lo haré desaparecer y, muerto el perro, se acabó la rabia. Venga, vamos a picotear algo, a ver si comiendo se nos pasa el susto.

Lo dijo sacando de la fresquera un queso de pastor con la textura de una piedra.

—Vaya, no nos queda vino. —Cierto, la botella que sentó entre los platos estaba en las últimas—. Habrá que ir donde Zubeldia. ¿Vas tú o voy yo?

—¿Cómo puedes pensar en comer con lo que estamos pasando?

—¿De qué sirve la desesperación, hermanita? —repuso la otra ya con el monedero en la mano—. Todo el mundo ha hecho algo malo en esta vida, tanto me da que sea haberse bebido el vino de misa o haberle metido un rejón a su amante. ¿Y qué te crees? ¿Que el puto Pitarras es un

ángel? Siete años lleva en el infierno desde que lo pillaron fornicando con una cabra, siete años quemándose hora tras hora, dos mil días con sus noches, una eternidad, y ahí lo tienes, tan pancho.

—No es lo mismo, Juana, no es lo mismo.

—Pues claro que no. Él lo hizo a conciencia —pobre cabritilla—, mientras que tú actuaste en defensa propia. Y además, no olvides que Dios te quiere.

—*Joé*, si esto es amor... Yo preferiría un poco de amabilidad.

—Cuidado con lo que dices, Jaungoikoa también ama el castigo. —La expresión de su cosanguínea le obligó a puntualizar—: Me refiero al de los réprobos. A ti solo te pide un poco de disciplina. Así que, venga, déjate de lloriqueos y sube a vestirme.

—¿Es que no estoy bien así?

Juana le lanzó una mirada feroz. Aquella chaquetilla de domingo sobre el camisón, las zapatillas de felpa, los rulos. Nines se estaba volviendo loca de verdad.

—Ponte el abrigo y algo alegre, que te dé otro aire. La boinita de cachemir, por ejemplo. Sí, esa que llevabas cuando ibas al instituto.

—¿Qué dices? Es una boina de colegiala, y encima roja. Ya no tengo edad para...

—¡Vale ya de chuminadas! Que sea roja, como si es fucsia y de lunares. Lo que importa es que te la vean, para que no se fijen en el vendaje.

No le faltaba razón, todas las cautelas eran pocas.

Importaba que se comportaran con naturalidad, conversar con Zubeldia, el de los ultramarinos, incluso gastar un poco más de lo habitual. El paseo relajó a Nines, hasta se puso a canturrear mientras disponía la mesa. Juana tajeaba, junto con el queso, un flamante chorizo de Pamplona. De pronto se hizo el silencio. La voz de su hermana, una voz mansa pero aterrada, le alcanzó por la espalda:

—El violín no está donde estaba.

—¿Cómo que no está? —Juana se llevó a la boca un corte de queso, sin volverse—. Mira bien, tiene que estar ahí. Porque este, seguro que no es.

Nines desvió un vistazo al que sostenía su hermana. En efecto, no era ese. Su desesperación se acrecentó mientras revolvía los estantes, frenética:

—No está, no está, no está...

—No puede ser, los cuchillos no vuelan, y los violines tampoco.

—¡Ay, Dios! ¡Mi pulsera!

Solo entonces se volvió Juana, fría, como era. Nines permanecía cataléptica frente a la repisa de las latas de Cola-Cao rotuladas con etiquetas de legumbres. Entre la de los garbanzos y la de las lentejas destellaba la pulsera de granates que le había arrancado Santúa el día del crimen. Tuvieron que cortarle tres dedos para arrebatársela. Desde entonces, no había vuelto a ponérsela.

—No puede ser, no puede ser... Yo nunca la dejo ahí.

—Será que ibas a limpiarla y con las prisas... Bah, no pasa nada, mujer.

—Sí pasa, claro que pasa. ¿Es que no te das cuenta? El que se ha llevado nuestro violín ha dejado mi pulsera para que lo sepa. Para que sepa que lo sabe todo.

—Joder con los pastillazos que te metes. Si es que... — Juana le lanzó una loncha de embutido al gato—. A ver, ¿has cerrado bien la puerta antes de salir?

—No lo recuerdo —vaciló Nines—. Aunque siempre que salimos para un momento...

—¡Eso era antes, pedazo de tarada! ¡Te dije que teníamos que extremar las precauciones! ¿Es que ya no te acuerdas de los coches que cruzaron por el cementerio mientras tú degollabas al Idiota?

—¡Yo no he degollado a nadie! ¡Fue un accidente! ¡Un accidente!

Juana volvió su mirada a la alacena, parecía reflexionar:

—Eso si no ha sido el del labio de conejo, el que iba de listo. Lo mismo mientras yo preparaba el café y tú estabas en pleno coqueteo...

—¡Solo trataba de ser un poco educada!

—Te he visto echarle los tejos. A tu manera de mosquita muerta, claro.

—¡Lo que hacía era vigilarle, no le he quitado el ojo de encima!

—¿Ni siquiera cuando has sacado la leche de la fresquera? Pues como no lo estuvieras vigilando con el

ojo del culo...

El sarcasmo de Juana extremó la desesperada lucidez de la pequeña:

—¿Y la pulsera qué? ¿Me vas a decir que ha subido a mi cuarto y ha cogido mi joyero y...? Lo que dices es un disparate, no tiene ningún sentido.

—Bueno, pues entonces piensa que ha sido el gato —se jactó Juana—. Porque si no han sido los polis ni Sultán..., ya solo nos queda Laverna.

El nombre prohibido cayó como un hachazo entre las dos. Nines palideció:

—Calla, calla..., no vaya a oírte. Ya sabes que Laverna no tolera ni que se la miente.

Juana descorchó la botella de un mordisco y sirvió los dos vasos hasta el borde.

—Solo era una broma, hija. Que susceptible estás, de mírame y no me toques.

—Se va a poner furiosa. Lo mismo esta noche...

Nines volvía a temblequar, la cabeza le daba vueltas. Apuró su vino de un trago.

—Come algo, que no es bueno beber con el estómago vacío. —Juana le empujó el plato—. Saldremos de esta, ya lo verás. Y si no, qué demonios, la cárcel tampoco es para tanto. Toda la gente importante de este país ha estado entre rejas.

Si lo decía por animarla, su hermana la escuchaba como si ya sintiera el tornillo del garrote en su cerviz. Juana se aplicó a disponer la bandeja del desayuno de su

madre: un café, una naranja, dos rebanadas de pan y una loncha de jamón de york.

—Hoy se lo subirás tú, que ya te vale de hacer rancho aparte.

—No, no... Te lo suplico, hoy no tengo fuerzas, no podría soportar su mirada.

—Basta, no sigas, doña Melindres —rezongó la mayor—. Subiré yo, como siempre.

Los peldaños crujieron uno a uno bajo sus pies. Una pausa y, al poco, otro disco de Luis Mariano, este de música vasca. A medida que se desgranaba la melodía, Nines iba traduciendo —«desde que nace el día, hasta que muere el sol...»—, la expresión ausente, embelesada, como si aquella voz redimiera sus pecados. Al poco Juana reapareció con la bandeja del café, el jamón y la naranja. Todo intacto.

Nines no hizo el menor comentario. Era lo habitual, incluso en tiempo de paz.

[3]. El Señor de Arriba, Dios. (*N. del A.*)

5.

La mano cornuda

No paraba de llover, día tras día, como una condena bíblica, sin un resquicio en el cielo por el que pudiera asomarse la mirada de Dios. Si las calles se veían anegadas, la subida a la colina se había convertido en un barrizal. Juana no paró de restregarse las chirucas sobre el alambre rizado hasta que Sultán vino por la golosina con que le premiaba por haberse portado bien. En la cocina, cerca de la hora del ángelus —que seguían por la radio—, Nines pelaba patatas bajo los efectos de los sedantes. Al verla aparecer masculló un «qué tal» y siguió a lo suyo, temerosa de que cualquier expresión poco afortunada llevara el fuego a la pólvora. Juana se aplicó a vaciar su cesta: el pan, una libra de *babarrunas*, un envoltorio de pescado y un bote de detergente. El montón de peladuras, entre tanto, no dejaba de crecer.

—¿Cuántas toneladas piensas cortar? Se supone que vas a hacer un puré para tres personas, no para un regimiento de regulares.

Ante la voz destemplada de su hermana, Nines se

limitó a señalar con la punta del cuchillo nuevo la cazuela donde iban cayendo los tubérculos:

—Ya ves. No hay tanto como parece. La patata vieja deja mucha purrela.

—Desde luego, sobre todo si quien la monda es un rinoceronte. ¿Has visto qué peladuras? Tienen más carne que el cerdo de la matanza.

El ángelus acababa de iniciarse. La meliflua voz del coadjutor provincial entonaba los primeros misterios gloriosos: «El Ángel del Señor anunció a María. Y concibió por obra y gracia del Espíritu Santo...». «He aquí tu esclava», estuvo a punto de repicar Nines. Tuvo que hacer un esfuerzo por sobreponerse:

—¿Has visto que patatas? Están llenas de ojos. Ojos que... —«Parece que te miran», iba a decir, sin poder quitarse de la cabeza los que asediaban sus noches. El ojo de Laverna, la que vivía bajo tierra, en la orilla tenebrosa del mundo, igual que Santúa. Rebanó con energía una monda larga y terrosa—. Alguna estaba podrida, y dos medio germinadas. Es increíble, con este frío.

—No es razón para pelarlas a mojicones. Mira. —Juana cogió una de las peladuras—. Con dos de estas hasta podría hacerme un sombrero.

Nines contempló ese que llevaba siempre, el de medio luto:

—Me gustaría verte con él.

—Pues mira que tú con esos rulos de cardar ovejas. ¿Quién te crees que eres? ¿La Divina Pastora?

Se lo preguntó sonriendo, pero hasta ella percibió el resentimiento que agriaba su voz. Nines prefirió ignorarla, bastante tenía con sus sabañones. Al volver la vista advirtió que del cesto que su hermana había dejado sobre la encimera sobresalían dos periódicos, uno dentro de otro. A la vista, el *Zeruko Argia* —*Luz del cielo*—, el semanario de los capuchinos, la única revista a la que se le consentía un epígrafe en euskera—. Y, envolviéndolo, la inconfundible mancheta de *El Caso*. Aquello suponía todo un acontecimiento. Juana no compraba un periódico jamás, le parecía tirar el dinero. Lo único que entraba en casa eran esos *Zerukos* atrasados que le guardaba Regina, la hermana del cura. Los misterios gloriosos cedieron a las rogativas: «Te pedimos, Señor, que nos infundas tu gracia», piaba el oficiante. Y el coro de beatas radiofónicas balaba: «Para que nos conduzcas a la resurrección por los méritos de su cruz y su pasión». Nines no podía apartar su mirada del cesto. Nada menos que *El Caso*. Y recién salido de la imprenta, no como esos números revenidos donde les envolvían las sardinas. Todavía sin atreverse a cogerlo —«Ruega por nosotros, santa Madre de Dios»—, apenas insinuó:

—Eso que traes, ¿es lo que parece?

—Tenía que comprarlo, estaba obligada —se justificó Juana—: habla de nosotras.

—¿Qué... has... di... dicho? —tartajó Nines, con el cuchillo en suspenso, como si fueran los siete puñales de la Dolorosa—. ¿Que *El Caso* habla de nosotras?

La primogénita segregó una risita ácida, de niña perversa, como si estuviera orgullosa de haber sido protagonista, a su manera, en aquel drama que había trascendido los límites de su comarca para llegar hasta Madrid. Nines la escrutaba hecha un manojo de nervios, hasta que la otra decidió dejar de martirizarla:

—Qué más quisieran —se jactó—, los muy panolis van tras una pista falsa.

—¿Puedo ver lo que pone? —articuló restregándose las manos en el delantal.

—Por supuesto, *bihotza*, lo he traído para ti.

Nines volcó las peladuras en la lata de la *txerrijana* — la comida para los cerdos—, pasó un trapo sobre el hule y desplegó el diario. «Sea en nosotros el mensaje del Ángel» —templaba la voz de la radio—. «Por Cristo, nuestro Señor». Estuvo a un soplo de santiguarse. No solo por la inercia del ángelus. Fue al reparar en su primera plana. Una foto enorme de Crisanto, de un gris macilento que hacía aún más espeluznantes sus rasgos, documentaba un titular en grandes letras rojas: «Crimen satánico en Echalar (Navarra)». Bajo este, otro del mismo tenor: «Tras apuñalarle siete veces y seccionarle tres dedos, los asesinos introdujeron en su boca un sapo vivo, el sello de las misas negras».

En páginas interiores se reproducían varias instantáneas del pueblo, todas de un pintoresquismo abominable, cotejadas con reproducciones de las cuevas de Zugarramurdi y grabados alusivos a los aquelarres de

antaño. El autor, o más bien la autora del artículo, una pariente de la mítica Margarita Landi, pues firmaba Rosario Landi, se explayaba en un relato deliberadamente tóxico:

En esta ancestral tierra de brujas pervive la huella de Satán en sus más variadas formas, desde las folclóricas a las políticas» —la frase aludía veladamente a las convulsiones que comenzaban a agitar el País Vasco y Navarra tras el surgimiento de ETA, cinco años atrás.

En Echalar, en Yanci o en la barojiana Vera de Bidasoa son habituales los asaltos a cementerios por parte de los secuaces de Aquerbelcha, el Belcebú de los vascos. Buscan cadáveres para concelebrar sus tétricos rituales. Probablemente Crisanto Embil, un ciudadano de un catolicismo ejemplar, se enfrentó a ellos decidido a abortar su profanación. Los demonios se ensañaron: siete puñaladas acabaron con su vida. Luego le cercenaron tres dedos de su mano izquierda, y acabaron de humillarle introduciéndole un sapo vivo en la boca, materialización del espíritu inmundo. Como es sabido, el momento crucial de una misa negra es el acto de «partir el sapo», parodia de la eucaristía, mientras que el ritual de

amputar tres dedos subraya, en los dos que quedan, el símbolo satánico de la mano cornuda en forma de cabeza de cabra, una burla al Cordero de Dios. La aberración incluía un aviso para navegantes: aquel que abra su boca conocerá la misma suerte. El diablo anda suelto en Echalar. Nadie duda que, tarde o temprano, los adoradores de Satán cometerán un nuevo crimen.

—Cómo es posible... Cómo es posible... —El labio inferior de Nines tembloteaba, tan confundida que no sabía si era el terror o la indignación—. ¿Por quiénes nos han tomado estos periodistas? Adoradores de Akerbeltz, hijos de Satanás... ¡Ni que tuviéramos cuernos y rabo!

—A veces eres tan ingenua... Solo es farfolla, infeliz. Sigue leyendo.

—No quiero leer más. ¿Para qué? —Ni los tranquilizantes conseguían serenar la ansiedad de la pequeña—. Con semejante revuelo acabarán descubriendo el pastel. Nos quemarán vivas, como a las brujas de la Edad Media.

—Anda, anda, tremendista, que eres una tremendista. Pásame ese papelucho.

Sin desprenderse de sus gafas ahumadas en ala de mariposa, Juana acercó el diario al fluorescente y continuó a viva voz: «Todo parece indicar que se produjo una lucha entre el o los asesinos y el enterrador, que habría intentado defenderse: en las uñas de sus dedos

amputados se encontraron restos de sangre y piel. Por toda la comarca ya ha comenzado la caza del hombre de la cara cortada».

—¡Es el fin! —Las letanías de Nines iban parejas a las del ángelus, que concluía ya, «*Ora pro nobis, santa Madre de Dios*»—, ¡Lo saben todo! ¡Hasta lo de mi herida!

—No saben nada ni lo van a saber nunca. —Su hermana apagó la radio y arrojó el periódico a la basura con gesto desabrido—. Solo tienen unos pellejos de mierda.

—¿Qué dices? Con eso basta, es como si me tuvieran a mí. Y además, seguro que dejamos huellas. ¿Has pensado en eso?

—No dejamos huellas, querida: pisamos nieve y hierba fresca, no barro. Y además, esa noche llovió sin parar, tanto o más que cien vacas meando.

—¿Pero lo de mi herida, qué? —Una gota de sudor frío roturó su columna vertebral—. Estoy marcada, estoy marcada...

Nines se apretaba la venda. Juana despegó una punta del esparadrapo:

—Te dije que en casa la dejaras al aire. Así cicatrizará mejor. Pero mira, la tienes ya casi cerrada. En una semana asunto olvidado, y aquí paz ...y después pacharán.

—Espera que analicen la sangre en sus laboratorios...

—¿Y qué te crees que va a salir? ¿Tu carnet de identidad? Eso solo vale para los fichados, infeliz. Tú

sigues tan limpia como una patena.

—La poli no es tonta, Juana. A ver si no cómo pillaron a esa de Errazu que le pegó fuego al caserío cuando su marido estaba en la cuadra con una cagalera de aquí te espero. Parecía un incendio, sí, hasta que apareció el bidón de gasolina. A las mujeres no nos pasan ni una.

Tenía razón. Basta echar un vistazo a la hemeroteca de *El Caso* para constatar la sobreabundancia de asesinas en la España de los 60: la envenenadora de Algemés, toda una estrella del *star system* criminal, acaparaba portadas en dura competencia con las de Valencia y Avilés. Junto con estas, tampoco faltaban en la revista de las porteras *scoops* que aludían a lo paranormal, como ese que glosaba las peripecias de «El bebé extraterrestre», o aquellas voces captadas por un radioaficionado, según él procedentes de la luna, y que no dejaban de suplicar, naturalmente en castellano: «Por favor, por favor, volvedme a la Tierra».

El sesgo lunático ayudaría a entender la condescendencia de Juana hacia su hermana, y aun la de Sultán. Viéndola deshacerse en lágrimas, el gatizo se acurrucó sobre su falda como para ofrecerle un poco de consuelo.

—Ya, ya, pavisosa, que no te has enterado de nada. — Siempre serena, Juana se aplicó a desenrollar las servilletas—. Te voy a poner una tila con anís, y tú vete echándole al puré un buen puñado de picatostes. No, mejor torreznos, que todo esto te pasa porque no me

comes como es debido.

—¿De qué más tengo que enterarme? ¿Te parece poco lo que me has leído?

—No has sabido atar los cabos, *bihotza*. Te has saltado lo esencial —siguió la mayor, ya con el cazo en el fuego—. ¿Y qué es lo esencial? Lo esencial es que dicen «asesinos», «adoradores», «criminales». ¿Entiendes? No buscan a una mujer, eso ni se les ha pasado por la chola. Las mujeres envenenan a sus maridos mientras duermen. Para ellos, un crimen «satánico» a pecho descubierto solo puede haberlo cometido un hombre, igual que Akerbeltz o Satanás son hombres. Precisamente por eso van a la caza del de la cara cortada, como dice ahí.

Nines alzó una mirada desvalida:

—¿Entonces?

—Entonces vete pensando en un vestido nuevo. Es la mejor manera de darles en el cielo de la boca. Que sigan buscando al asesino, nosotras a lo nuestro y a lo grande. Sí, claro que sí, un vestido nuevo, y a estrenarlo en la misa del domingo.

Lo decía ella, que no salía de los lutos perpetuos desde el entierro de su padre. Ese día, al mirarse en el espejo, descubrió que el negro acentuaba su flacura y su palidez. Solo por eso decidió prolongar el duelo, una convención que despreciaba.

—Así de fácil... —siguió Nines—. Y que le carguen el muerto a El Matador, ¿no?

Si vertió esa alusión al funcionario jubilado sin

pensarlo, presa de su congoja, Juana le atravesó una mirada alevosa, conteniendo la risa:

—Pues lo mismo le gusta, que por algo le saca tanto lustre al mote. Pobre Cipri, toda su vida ahí, matando sellos en su estafeta, y con un poco de suerte lo convertimos en una celebridad —graznó sirviendo una tila a su hermana y otro café de puchero para ella—. Igual hasta acaba trayéndonos de vuelta a los del cine, que esta historia tiene más miga que la de Landrú. Así que, hala, échale garbo y a lucir palmito. Aprende de la Lirio. —Tal como lo dijo, frunció un desplante atroz que pretendía ser flamenco, sus manos manchadas de vitíligo subieron las peladuras de patata al moño, y rompió a canturrear—: «¿Para que llevas mantilla? / ¿Para qué vas en cupé? / Si no puedes ver Sevilla/ Con lo bonita que es».

Al fin consiguió arrancarle una leve sonrisa, como los rayos de sol que se insinúan en una habitación al entreabrir las persianas.

—Iremos juntas, ¿verdad?

—... Y hasta comulgaremos juntas, como le gusta a nuestra *amatxo*. Pase lo que pase, nada de alejarnos de la religión, porque la vida te podrá herir, pero la fe te sanará. No lo olvides nunca, hermanita: en esta historia y en este pueblo, tú y yo somos las únicas verdaderas inocentes.

6. Pasión gitana

Concluida la misa mayor, al descender las escalinatas que daban a la panadería, un poco entorpecida por sus zapatos y temerosa de resbalar, quizá más a causa del tonelaje que bamboleaba su opulenta delantera pese a las recias ballenas del sujetador Arriba España —distinción y calidad—, Maritxu Maizkurrena sintió que alguien la cogía por el codo. Solo podía ser Graxiana, la droguera. Desde el *Agur Jesusen Ama*, no había cesado de lanzarle miradas bizqueantes sazonadas con ese inequívoco gesto del pulgar, el de «espérame fuera».

Sus mantillas se rozaron mientras cruzaban un par de besos, pero ni una palabra salió de sus labios, las manos pinzadas en sus bolsos, hasta que las Echegaray pasaron de largo. El hecho de que Nines saliera de la iglesia embutida en aquel vestido estampado de margaritas, a lo Mary Quant, con la que estaba cayendo, no les movió al menor comentario. Esas *neskazarrak*^[4] estaban locas, dos maniáticas capaces de cualquier barbaridad con tal de llamar la atención. Lo que las tenía sobre ascuas seguía

siendo el crimen de Crisanto o, mejor dicho, su repercusión mediática, algo tan inusual en Etxalar como el OVNI fotografiado sobre Maspalomas ese mismo año y ampliamente documentado en la prensa del ramo.

—Supongo que ya habrás leído lo de *El Caso*. Qué vergüenza, qué vergüenza.

—Ay, mujer, Jesús, María y... —Graxiana, no perdió una nueva oportunidad de santiguarse—. Otra vez nuestro pueblo reconcomido por los demonios, y con Akerbeltz enseñando las pezuñas. Porque mira que lo de la mano cornuda...

—Yo no me lo creo. ¿Qué mano cornuda ni qué niño muerto? Eso son infundios de los periodistas. Con tal de vender, harían mortadela con su propia madre.

Caminaban cogidas del brazo hacia la panadería, al otro lado de la regata. Desde allá les llegaban los efluvios del pan reciente y algo bastante más perturbador. Tras el viejo lavadero, entre los robles, se había instalado una caravana de gitanos. Maritxu señaló a los nómadas con un gesto del mentón.

—De ahí nos viene esta calamidad: hace un mes nos codeábamos con los astros de Hollywood y ahora mira ese estercolero. Qué asco, la hez de España.

—Pobrecillos —Graxiana avivó la marcha—, el hambre que deben de pasar.

—¿Hambre? Cuenta tus gallinas esta noche. —Maritxu ya había ocupado su lugar en la cola, la vista clavada en la *pantxineta* con más pisos de hojaldre—. Ayer a Sagrario

le birlaron dos y a la Resu otras dos, y dos conejos. *Lapurrak*, gentuza.

—Bueno, al menos nos han traído un rayito de sol —ponderó su comadre—. ¿Te has fijado? Desde que han acampado los gitanos, llevamos tres días sin ver la lluvia.

—Ya, pero para darnos en los morros con el Maligno y toda su parentela. Porque lo de Santúa, seguro que tiene que ver con esa zaborra española —se esponjó la charcutera, sin miedo a que la oyeran—. Qué casualidad que el crimen del Idiota y la aparición de los gitanos nos hayan caído de un día para otro.

—Calla, calla, mujer, que de ahí a matar a Santúa...

—Esos no tienen conciencia ni temor de Dios. Vagos y maleantes, eso es lo que son, igual que Garrincha. —La alusión al único superviviente del maquis local implicaba un peligroso alarde de deslealtad. La charcutera se apresuró a ponderar sus palabras—: Pero bueno, este al menos es tan vasco como Lequerica.

Antes de que apostillara «el que intentó asesinar a Azaña en el exilio», justo cuando entraba en la panadería su amiga Ramona, madre de tres represaliados por el Régimen, Graxiana le echó un capote preventivo:

—Es igual.... Los peores son los que escriben en esos papeluchos de Madrid. A los vascos no nos tragan, siempre están a ver por dónde mordernos más.

—Pues a los de *El Caso*, ni caso —pontificó otra de las asiduas, aflautando su voz desde el final de la cola y agitando su bastón como si fuera el tridente de Zeus—.

Que poca consideración, que se digan esas cosas de nosotros. ¿De qué nos ha servido que el maestro Tellería, el de Cegama, les compusiera el *Cara al Sol*,^[5] y el arquitecto Muguruza el Valle de los Caídos, y hasta la tortilla española, que la inventó nuestro Zumalacárregui,^[6] eh? Qué cara, pero qué cara tienen...

La suya no era precisamente un poema. Mirabas a Manoli Chinchurreta, su mentón prognático, su boca de sierra, esos ojillos de lenguado pegados al puente de la nariz, y tenías claro que estaba ausente el día en que se hizo el reparto de gracias.

—Todo les vale con tal de ponernos a parir. —El marido de Martina acababa de sentar sobre el mostrador otra bandeja de pasteles—. Que si las brujas de Zugarramurdi, que si los diablos de Akerbeltz y los cuernos de Galtzagorri. ¡Patrañas! El mal nos viene de fuera, siempre nos ha venido de fuera.

—Pero lo del sapo en la boca... —insistió Graxiana torturada por tantas tentaciones reposteras, pues ella, diabética tipo dos, solo venía a por su pan sin sal.

Cuando la otra iba a responder, se interpuso la solicitud de Martina:

—A ver, *maitiak*, ¿qué os pongo?

Poco le faltó a Maritxu para decir «dos lenguas de sapo». Se corrigió con un mohín autoritario, al tiempo que extendía su monedero hacia la *pantxineta*:

—Esa de abajo a la izquierda y dos barras de pan.

—¿Con sal o sin sal?

—A mí una sin sal —siseó Graxiana con voz de insecto penitente—, ya sabes.

En eso, se impuso una voz distinta, grave y melosa como un tango:

—Pues a mí me sobra con el salero de esos ojazos, señorita. Así que póngame. Póngame lo que quiera, que si viene de sus manos, me sabrá a gloria.

La tirada abrió, más que un silencio expectante, un abismo de aturullamiento y consternación. Al volverse hacia la voz que había pronunciado aquellas palabras nunca oídas en Euskal-Herria, Ramona y Manoli, Maritxu y Graxiana, descubrieron la figura de un caballero vestido con una chaqueta de trabilla que le sentaba como un guante a sus oscuros ojos egipcios y a su perfil de donjuán. Parecía uno de los gitanos que acababan de mentar, solo que fundido en el molde de un actor de cine puro Cifesa. Cabello negro retinto, nariz astifina, bigotillo a lo Alfredo Mayo, y esos ojos sedosos que parecían haber sumido en un éxtasis de embeleso a la panadera.

—¿Co... Co... Cómo ha dicho?

—No, nada... Que si se usa en las tahonas de aquí servir un café. —Sonrió el adonis sin dejar de acariciarla con la mirada—. Acabo de aterrizar en este paraíso y, en fin, no encuentro dónde podría tomarme uno.

—Aaaaaah —la panadera estiró los labios toda ella vuelta nata montada, qué digo, *chantilly* en rama—, aaaah, ya. Pues si eso..., tendrá que ir donde Zumbeltz.

—¿Zunqué?

Maritxu abombó la pechuga y frunció su naricilla porcina, remedando lo que ella interpretaba un aire de feminidad madura a la par que voluptuosa:

—Es la taberna del pueblo y no queda lejos. Si quiere, yo misma podría...

—¿Y viene para quedarse o está de paso? —se interpuso Graxiana, temerosa de que su amiga cometiera un pecado contra el noveno mandamiento.

—Me quedaré una temporadita, creo. Siempre que encuentre una casa donde alojarme. Porque aquí, hoteles, tampoco parece que haya muchos.

—La casa Mikelarena admite huéspedes. —Martina parecía haber olvidado al resto de su selecta clientela—. Y Pantxika, la que la lleva, acaba de salir para allá.

—¿Queda cerca de la taberna de ese tal Zun... Zun...?

—Zumbeltz, caballero, que no es tan difícil —abundó Ramona, un poco molesta.

—Anda, Martina, dame el pan que llevo prisa.

Al graznido de Graxiana no tardó en repicar otro cloqueo de Maritxu:

—Y yo también, ¿qué te has creído? Venga, envuélveme la *pantxineta*, que vamos a acompañar a este señor, para que luego digan que las vascas somos ariscas.

—¿Ariscas las vascas? —Volvió a sonreír el bello desconocido. Ninguna de ellas había visto tantos dientes a la vez—. Por favor, pero si he venido aquí precisamente a demostrar lo contrario. ¿No es acaso este el pueblo de la

Carmen de Merimée, la gran seductora que se planta con una rosa en la boca y el puñal en la liga, la que fulmina con sus ojos negros, la diosa del amor brujo?

La charcutera reprimió un sofoco espasmódico que le subió los pitones del sujetador Arriba España hasta las orejas. La *pantxineta* peligró y también la permanente de Manoli, a quien apenas le sobraban un par de centímetros para triunfar como enana. El dandi les abrió la puerta. Graxiana fue la primera en pasar, enarbolando su pan sin sal como si fuera la santa custodia:

—Bueno, bueno, eso son verdulerías de los franceses, que viven en pecado desde lo de Napoleón. No se crea nada de lo que cuentan.

—Degenerados —sancionó Maritxu, que no tardó en emparejarse con el recién llegado, casi dándole con su culo en las narices a su socia—. Unos degenerados los franceses. Aunque eso sí, cultura tienen para empachar a un muerto.

—... Y dejando a los franceses donde María Antonieta perdió la peluca —perseveró el galán—, ¿no conocerán a algún pariente de don José Lizarrabengoa?

Las tres comadres se cruzaron una mirada de censor de cuentas.

—Que yo sepa, el último se nos fue con la gripe del 46. El Txolis, ¿no?

—Quita, mujer, que ese no pasaba de ser un Lizarrusti. Y además era de Yanci.

—Pues en la ópera de Bizet pintaba todo un personaje

—siguió en su tono el apolíneo—. Aunque un poco ingenuo, todo hay que decirlo. Al fin y al cabo, el pobre cae en las redes de la gitana como un pajarillo. Hasta la condenación final.

—Gitana tenía que ser la tal Carmen. —Al pasar frente al campamento de los cingaros, al otro lado de la regata, los labios de Maritxu se plegaron como las valvas de una ostra bajo un chorro de limón—. Menuda prenda.

—Pero qué mujer, señoras. ¡Ole, ole y ole! Mejorando lo presente, por supuesto.

La caída de párpados tras aquel «mejorando lo presente» dejó a Ramona a un soplo de desbarrancarse río abajo. Se aferró al brazo de Maritxu y ¡clac! —oh, fatalidad—, a ésta se le partió el tacón de uno de sus zapatos. La represaliada se deshizo en excusas y optó por desaparecer. A la charcutera no pareció importarle. Ojo avizor sobre el galán, esponjó sus belfos y siguió caminando, coja, pero en su salsa.

—Que no le confundan las apariencias, caballero. —Poco le faltó para añadir, «que aquí somos muy decentes». En vez de eso, se llevó la mano a la pechuga como si su broche fuera un escapulario—: Supongo que ya sabrá lo del crimen del enterrador.

—Viene en *El Caso* —puntualizó su acólita.

El recién llegado se frotó la oreja en un gesto inconsciente:

—... Algo he oído. Pero bueno, la vida es así. Un día aparecen los americanos con el circo del cine y al otro el

país entero se cree que esto es *El pueblo de los malditos*.

—O sea, que no se ha tragado el cuento del crimen satánico, ¿verdad? Ah, eso es que no cree en las brujas ni en Akerbeltz ni...

La excitación de Graxiana iba a más. Harta de ella, la charcutera la hizo callar con un ademán familiar: el que empleaba para deshuesar el espinazo de sus terneros.

—*Ama Birgiña*, Graxiana, no seas tan impertinente.

—No es ninguna impertinencia, señoras. Responderé encantado a sus... —Nada más doblar la esquina se quedó sin palabras ante un jabalí enorme colgado a la puerta de lo que parecía ser una taberna. El charco de sangre y vísceras avanzaba hacia sus impolutas suelas. La imagen le cortó el resuello—. ¿Y eso?

Graxiana siguió su índice sin la menor muestra de asombro, como si estuviera señalando una rutinaria puesta de sol.

—¿Eso? Ay, *ené*, ¿pues qué va a ser? El *basurde* que se han traído los de Zumbeltz.

—La casa de Pantxika es esa que se ve justo enfrente, la de los geranios.

—Ah, pues encantado... y muy agradecido.

El desconocido lo soltó ya con la vista puesta en la casa de huéspedes. Pero las dos comadres seguían expectantes, aferradas a sus bolsos, a su pan sin sal, a su *pantxineta*, a la espera de que se retratara.

—Aunque ahí arriba lea Txinparta, ya le digo, es la taberna de Zumbeltz.

—Pero Zumbeltz tampoco es su nombre, no sé si me entiende. —Su diplomacia no podía ser más explícita, tarde o temprano acabaría por claudicar—. Se llama Simón, Juan Simón Zubeldia, y es hermano de Prudencio, el de los ultramarinos.

—Aunque también le llamamos Bocaseca, ya se puede imaginar...

El advenedizo entendió que no le soltarían hasta que revelara su santo y seña.

—Qué estupendo tener tantos nombres a disposición. A mí pueden llamarme por el único que gasto: Ramón..., digo Román, qué cabeza, Corominas. —Volvió a sonreír, divertido por el lapsus, inclinando ligeramente la suya—. Para servir las.

—Ah, pues encantadas. —El caballero estrechó las que le tendían como si disfrutara estrechando manos—. Y lo mismo digo, ...ya sabe dónde nos tiene.

—A mí en la droguería de dos calles arriba. Me llamo Graxiana. Graxiana Ojanguren —puntuó la droguera, como si dijera: «de los Ojanguren de toda la vida».

—Y a mí en la charcutería Moderna. —Más que sus orígenes, Maritxu prefirió subrayar su modernidad de miras—. ...Que no solo de pan vive el hombre.

—Y la alcaldía, ¿también está en servicio? Quiero decir si reciben...

—Bueno, según para qué.

El laconismo de la respuesta redundaba en la demanda de más información. Aquellas dos alcahuetas se

mostraban tan tenaces como una pareja de la Benemérita.

—Me temo que tendré que investigar en los archivos municipales. Ya se pueden imaginar, una lata.

—Claro, claro, natural —se arrancó Graxiana, arrepentida de no haber subrayado su cosmopolitismo haciéndole ver que su droguería se inspiraba en el principado de la Costa Azul—. Pues está de suerte, caballero, porque antes de Domejón...

—Nuestro primer edil —matizó no menos fina Maritxu.

—... También tuvimos un ilustre hijo de la villa que nos ventiló toda esa cochambre que se estaban comiendo los gusanos. ¿Le suena el nombre de Imanol?

Corominas no disimuló el gesto de perplejidad.

—Ay, qué burra eres, Graxiana. Imanol era su nombre de guerra. Aquí lo bautizaron como Manuel, don Manuel Aznar Zubigaray. Empezó en *La Tradición Navarra*, y cuando se fue a Madrid fundó el diario *El Sol*, nada menos.

—Qué pena que no pudiera hacer nada para impedir el fusilamiento de Victorcito, el de los Pradera. También ese iba para algo grande y mira, mira cómo acabó.

—Es lo que tiene dedicarse a escribir, porque Victorcito, ay, qué pluma tenía.

—Pero nuestro Imanol es más listo, ese sí que llegará lejos. Con decirle que una de aquí le leyó en la mano que su nieto sería presidente del Gobierno.^[7]

El disparate de Graxiana soltó la risa de los tres. Solo

fue un instante, lo que tardó en aparecer un hombre corpulento, de rostro lustroso, recién afeitado, lo que acentuaba el color sangre de buey de sus mejillas, con chapela y traje de domingo. Se trataba del cura del pueblo, don Jacinto, quien, pese a impartir su ministerio en la puritana Navarra, había apostado por el concilio Vaticano II en todo lo que afectaba a la secularización de las costumbres. Por más que navegara en un mar de carne concupiscente, jamás bajaba la vista al paso de una mujer, y hasta se rumoreaba que pretendía instalar una gramola al par de los confesonarios, con himnos sacros a duro la pieza para sufragar las necesidades del culto. Ni Maritxu ni Graxiana estaban por la labor de bailarle el agua. Si lo de la gramola les parecía intolerable, que fuera un asiduo del antro de Zumbeltz, eso ya rozaba la apostasía. Apenas respondieron con un mohín al saludo del sacerdote, que ya empujaba la puerta. Por lo bajo, con la mano en los labios, Graxiana sigiló al oído de Maritxu una picardía —«Cuando se te rompe un tacón por la mañana, dicen que encontrarás el amor de tu vida antes de la noche»—. La charcutera, sus orondos muslos a punto de licuarse en gelatina, le hundió el codo en las costillas. Corominas aprovechó para colarse dentro esquivando al jabalí, que pareció guiñarle un ojo al verlo pasar. Pero no, solo era un moscardón ávido de sangre.

[4] Literalmente, muchacha vieja; es decir, solterona. (*N. del A.*)

[5] Le faltó añadir que también participó, en la redacción de la letra, una nutrida escuadra de poetas vascos, como Jacinto Miquelarena, Pedro Murlane Michelena, Luis de Urquijo y el bilbaíno de adopción, Rafael Sánchez Mazas, todos ellos convocados por José Antonio Primo de Rivera en la Cueva del Or Kompon, un acreditado restaurante vasco, situado en Madrid. *(N. del A.)*

[6] Según la leyenda, validada por Wikipedia, el general Tomás de Zumalacárregui inventó la tortilla de patatas durante el sitio de Bilbao, para saciar las penurias del ejército carlista. *(N. del A.)*

[7] La pitonisa acertó: el nieto de Manuel Aznar Zubigaray, José María, accedería a la presidencia del Gobierno español en 1996. Víctor Pradera, *alma máter* del Bloque Nacional y fusilado en San Sebastián en 1936, también tuvo un nieto ilustre, Javier, quien participaría en la fundación el diario *El País* cuarenta años después. *(N. del A.)*

7.

Encuentros en el cementerio

Los días pasaron más que lentos esa semana. Se había iniciado la caza del asesino, el miedo se agazapaba en todos los rincones. El pueblo contenía la respiración, aguardando expectante quién sabe si un segundo crimen satánico, o quizá más la aparición de *El Caso*. ¿Volverían a ser noticia? ¿Habrían averiguado algo que se les escapaba a los sabuesos de la municipalidad? El siguiente número corroboró ambas conjeturas: «Los demonios de echarlar», rezaba su cabecera. Y en un cuerpo menor: «Están entre nosotros». Bajo este epígrafe, la intrépida reportera Rosario Landi daba curso a una crónica que se prometía infartante, pues, según atestaba, se había desplazado al lugar de los hechos. Su relato comenzaba así:

Una vieja canción en vascuence, *Iru Damacho (Tres Damas)*, vino a recibirme a la puerta de mi hostel, en Vera de Bidasoa. Sonaba de lo más alegre hasta que interpele al simpático

repcionista. ¿Podría traducírmela? «¿Cómo no?», fue su respuesta, «si aquí la conoce todo el mundo». Su sonrisa pareció teñirse de resplandores maléficos mientras me cantaba: «Los de San Sebastián han traído / de Guetaria un macho cabrío / lo han subido al campanario / y dicen que es el Padre Santo». Escarnecer al Sumo Pontífice como al cabrón de una misa negra. No estaba preparada para una inmersión tan brutal. Solo fue el comienzo: en la comarca aún resonaba el episodio de Juana Josefa Sagardía, esa pobre mujer de Gaztelu perseguida por la maledicencia, a la que sus vecinos arrojaron a una sima junto con seis de sus siete hijos estando ella a un mes de su octavo alumbramiento. Pues bien, esa tarde, al acercarme a Lesaca, supe que un recién nacido había muerto en extrañas circunstancias tras descubrirse una señal a la que llaman la «marca del sapo», el estigma de los tocados por las brujas. El sapo que apareció en la boca de Crisanto Embil, el enterrador de Echalar, cerró la mía al oír aquello.

No podía imaginar lo que me esperaba. De camino al Pueblo Maldito, a la altura del collado de Azaldegui, la niebla se hizo tan densa que tuve que detenerme. Al par de la carretera se alzaba un crómlech colosal. Justo

allí, tres muchachas y un hombre disfrutaban de lo que parecía ser una merienda campestre. Al advertirme, una de las jóvenes se apresuró a ocultar algo en su cesta. Hice como que no lo veía y saludé con naturalidad. El hombre me ofreció un trago de su bota, lo rechacé por prudencia. El pan venía marcado con una cruz. «Ogía santúa», me dijo. Entendí que me lo presentaba como una hogaza santa y pregunté: «¿Pan bendito de alguna romería?». Las muchachas sonrieron, el hombre me guiñó un ojo: «Aquí las romerías las celebramos de noche, hermana. Y no nos gusta que nadie haga ascos a nuestro pan ni a nuestro vino». No respondí, ni ese sujeto ni sus acólitas me tranquilizaban, y comencé a retroceder hacia mi automóvil. Apenas di tres pasos, los cuatro cerraron un cerco en torno a mí, cogidos por las manos. Intenté zafarme, no me lo consintieron. Comenzaron a girar en ronda, me mareaban. Mi trastorno fue a más cuando oí que el hombre me decía: «Levanta tu mano izquierda y pronuncia tu nombre del revés». Me negué y, al instante, sentí una punzada en el hígado. «Vamos, hermana, levanta tu mano izquierda o será peor». Lo que veía en sus ojos, las tinieblas que comenzaban a envolvernos, todo eso acabó rindiéndome e hice lo que me pedía. «Ahora

repite conmigo: Levántate de la tierra que te cubre, pues no hay más luz que la nacida de la oscuridad». Mi voz tembló al repetirlo. «Ahora coge un alfiler y clávalo en tus ropas». «¿Dónde hay un alfiler?», pregunté aterrorizada. «Aquí», una de las muchachas extendió su mano hasta mi pelo y sacó un alfiler largo y negro. Me quedé de una pieza: yo no llevaba ningún alfiler ahí. «¡Que lo claves, te he dicho!», me acusó el hombre. En el tiempo que vacilé, volví a sentir otra punzada, esta más intensa. Doblada por el dolor, clavé el alfiler en la solapa de mi abrigo. El viento aullaba, no era normal que los cuervos se pusieran a graznar en plena noche. «Ahora coge la cruz que llevas al cuello y repite conmigo: Te crucifico». Esa abominación era más de lo que podía tolerar, no sé de dónde saqué el coraje: «¡Cristo me defienda!», grité con todas mis fuerzas. Al instante, las tres muchachas y el hombre se borraron en la niebla. Bajo el crómlech solo quedó aquella cesta cubierta por un trapo. Avancé unos pasos, alcé el lienzo. Lo que surgió ante mis ojos me paró el corazón. Otro corazón, un corazón no humano, de carne putrefacta, ocupaba la cesta. En su centro, entre unas tijeras clavadas en cruz y un cirio negro, vi otro alfiler idéntico al que yo había clavado en mi solapa. Llevaba un trozo

de tela prendido. Puedo jurar lo que vi: era el paño de mi abrigo.

Solo entonces caí en la cuenta de que aquel espeluznante ritual estaba sucediendo un viernes al atardecer, el día y la hora en que los hijos de Luzbel proceden a celebrar sus juntas diabólicas, en escarnio de la Crucifixión. Si la de Nuestro Señor se cumplió un Viernes Santo, mi sábado infernal no había hecho sino comenzar.

—Esto ya pasa de castaño oscuro. ¡Qué desfachatez! ¡No lo compro más! —exclamó Juana arrojando el ejemplar a la lata de la *txerrijana*—. Como no saben por dónde tirar con lo de Santúa, se inventan películas como esa que nos trajo «Güeyes». ¿No empezaba con tres brujas? Es como para ponerles una denuncia. Porque a ver, ¿quién es esa Rosario Landa, Landi o como cuernos se llame?

Sultán seguía engullendo y relamiéndose, más cebón que nunca. Nines no se atrevía a retirarle el plato de picadillo. Por menos que eso te lanzaba un zarpazo.

—Espera que aparezca por Etxalar, si es que llega. Como los mozos de Lesaka hayan leído lo que pone ahí, la echan al pilón.

—Ay, qué ingenua eres, y cómo te la meten doblada. Esa pelandrusca no ha salido de Madrid. Lesaka no la ha pisado en su vida, y Etxalar, vamos, lo que yo te diga.

—Pues para escribir desde Madrid ha situado bien las piedras de Azaldegi.

—Bah, lo habrá sacado del Espasa y punto, como todo lo demás. ¿Te vas a fiar de esa gente? Periodistas, ¡puaj!
—Tal como lo dijo, escupió un gargajo que pasó entre las orejas de Sultán, derecho al fregadero—. ¡Escoria, no son más que escoria!

La alteración de su hermana, esa cólera flamígera que parecía llamear tras sus gafas negras, disuadió a Nines de comentarle el runrún vecinal. Precisamente el día anterior había aparecido otro periodista bajo los *arkupes*. Todo un galán digno del estrellato de Welles, por lo que decían. Pantxika, la de Mikelarena, aseguraba que, al afeitarse, canturreaba el *Mirando al mar*, de Jorge Sepúlveda.

—No hay mal que por bien no venga, Juana —apuntó tímidamente—. *El Caso* se lee en toda España, y seguro que nos va a traer gente al pueblo.

—Sí, claro, para sacarnos en el *No-Do*, como si fuéramos una tribu de hotentotes.

—También dejarán dinero, ¿no?

—En la fonda de Zumbeltz, y lo justo. Que esos de Madrid son capaces de traerse los bocadillos de entresijos solo por no dejarnos ni un real. Si los conoceré yo —continuó la mayor, ahora muy ocupada en expurgar las piedrecitas de un puñado de lentejas—. Pero mira, al fin y al cabo, es lo que pretendíamos con lo del sapo. Cuanto más sigan buscando al asesino de Santúa en esas chinchorrerías, tú y tu brazo a la virulé seguiréis fuera de

toda sospecha.

Nines se llevó la mano a la cicatriz con un gesto nervioso:

—¿Se me nota? ¿Se me nota?

La primogénita le devolvió una mirada displicente.

—Cada vez menos, gatita. Sigue dejándotela al aire. En un par de semanas podrás subir a darle el beso de buenas noches a la *amatxo*. Verás cómo no te dice ni mú.

—Entonces, ¿por qué no puedo acercarme al cementerio?

—¿Otra vez con esa perra? Lo del cementerio se ha acabado y basta. ¿Es que quieres que te pillen? Ya sabes lo que dicen las novelas: el criminal siempre vuelve al lugar del crimen. Y tienen razón.

—¡Yo no soy ningún criminal!

—Lo sé, lo sé... —suspiró Juana adoptando un tono de falsa ternura, como si su hermana fuese una débil mental incapaz de soportar la evidencia de que lo era—. Pero aprende de Sultán —ambas sabían lo que sucedería en cuanto cogiera la caja de cerillas—: no hay que jugar con fuego, y menos por esos andurriales.

En efecto, bastó con que prendiera un fósforo para que el gatazo saltara arriba de la alacena con un bufido. Nines fingió resignarse, pero algo muy dentro le empujaba a regresar al camposanto. Le obsesionaba la posibilidad de que, en contra de lo que creía haber visto con sus propios ojos, su hermana no hubiese recogido el violín del Sacamantecas y siguiera allá, rasgando su *pizzicato* entre

las tumbas. Todo resultó tan precipitado. Ni ella ni Juana actuaron con serenidad, era de noche, estaban histéricas. Hasta podían haberse engañado, igual que la memoria nos traiciona a veces. Sí, era eso: se olvidaron del cuchillo en cuanto encontraron su pulsera, y luego, al llegar a casa, atacadas de los nervios, la guardaron en la alacena pensando que era su maldito violín. Un equívoco fatal, eso fue todo. Nadie se lo arrebató, pues si los municipales seguían interrogando al vecindario se imponía la evidencia de que no lo habían encontrado.

Sin embargo, en sus sueños, ni una sola noche dejaba de estar presente. La asaltaban imágenes de sus tiempos en el internado de las Esclavas del Calvario. Desde los dormitorios se abría una galería que daba a la cocina. Al amanecer, cuando llegaba el pan, ella salía en camisón para ver cómo las monjas procedían a la consumación del sacrificio cristiano valiéndose de dos cuchillos idénticos al de su padre. Cortaban el cuerpo de Cristo en rebanadas. La palabra se transmutaba en carne. Los cuchillos se alzaban y embestían. Nines se excitaba, sentía como si penetraran en sus entrañas. La imagen de aquellas monjas tajando al Salvador se fundía con el rostro de Santúa al recibir su cuchillada. Inocente, tan inocente... Y otra vez la tentación, la provocación cifrada en esa mirada de un solo ojo. Laverna la Bella vigilaba desde lo alto de su lienzo, la calavera entre sus manos, sus labios entreabiertos, como a punto de decirle algo. Aún no sabía qué.

Acababan de dar las doce en el carrillón de la sala. Desde la planta noble le llegaban las campanadas previas al ángelus —¿o era la Tuerta contando las piezas de plata?—. No, Juana había conectado el transistor, atendía a su madre. Sin pensarlo dos veces, se echó una rebeca sobre los hombros y salió de casa sin hacer ruido.

La montaña que habían hecho de esa expedición al cementerio se disipó arrastrada por el sirimiri que caía manso sobre las cruces. Al pasar ante el lugar donde había rendido su alma el Idiota, no pudo evitar que volviera a su memoria otra imagen de su infancia. El día en que Santúa descubrió una mandrágora, el bulbo de forma humana que crece del semen de los muertos. Sus uñas sepulcrales se hundían en la tierra. Ella observaba, acucillada a su lado. Al poco, se dibujaron los hombros de la extraña raíz y apareció su cuerpo terso y bifurcado.

—Es como un ídolo —dijo ella, maravillada—, o como un muñeco donde clavar alfileres. ¿Y chillará de verdad cuando la arranques?

Santúa torció su boca babeante y volvió a hundir su zarpa, ella se inclinó un poco más: «¡Que chille! ¡Que chille!». Hubo un fuerte crujido y la raíz mágica se rompió. Nines sufrió una desilusión, igual que ahora. Por más que rastreaba la maleza, su violín seguía tan mudo como aquella mandrágora de sus días felices. En eso, fue ella quien ahogó un grito y se enderezó de un brinco. El

perfil de un paraguas abierto se proyectaba a tres palmos de su cabeza. Primero vio sus zapatos, negros, de cuero inglés, con una hebilla en el costado. Luego un pantalón a cuadros, príncipe de Gales, y, sobre la *blazer* de solapa ancha, esa cara de actor de cine. Nines bajó la mirada y volvió a examinarlo de refilón. Aquel hombre le pareció tan bello, y a un tiempo tan irreal, como la aparición de un cisne en un sueño.

—Perdóneme si la he asustado, señorita —exclamó, todo delicadeza—. Había venido a echar un vistazo y... Bueno, ya veo que no soy el único.

—U...Usted es el periodista... —fue todo lo que acertó a articular, sintiendo un nudo en la garganta y un calambre en el brazo, donde la cicatriz.

El galán esbozó otra sonrisa condescendiente:

—Caramba, no imaginaba que fuera ya tan popular en el vecindario.

Nines no pudo evitar que el rubor le saltara al cuello. Si no decía algo, le subiría a la cara —qué vergüenza—. No pudo, el rubor invadió su rostro como una marea.

—Román Corominas, para servirle. —Por aliviarla, el escritor acompañó su presentación con un gesto cortés, como si se descubriera—. El que florece su casa, florece su corazón. Veo que le apasiona la botánica.

Nines miró sus manos enrojecidas por los sabañones. Azorada, le tendió la diestra dando gracias de que su brazo herido estuviera a cubierto bajo la rebeca.

—La botánica era la ciencia favorita de mi padre —

siguió Corominas, muy en su papel de hombre de mundo —. Todo un romántico. A veces no teníamos dinero para pagar el alquiler y aparecía con un flamante ramo de rosas para mi madre.

Su padre, el contrabandista, jamás le había regalado un ramo a su madre, si no fuera de ortigas. Recordó el odio de su hermana hacia los hombres. Son el demonio —le susurraba al oído—, todos obsesionados con esa cosa repugnante que tienen entre las piernas. El cuchillo de la condenación entrando y saliendo, entrando y saliendo... Solo faltaba que su pasión botánica incluyera las mandrágoras.

—Pero supongo que usted no habrá venido aquí... por las flores.

Corominas se concedió un cabeceo seductor:

—Sí y no, señorita. Como seguramente ya sabe —en los pueblos las noticias vuelan— he venido a documentarme sobre una mujer fascinante.

Nines no sabía nada acerca de su interés por la Carmen de Merimée. Pensó en su antepasada, Laverna la Diabla, y se puso a la defensiva.

—¿Qué... mujer, si puede saberse?

—Oh, vamos, ¿acaso hay otra que camine hacia la muerte con tan sombría majestad? Hago más las palabras del pobre don José cuando confiesa: «En mi país, ante una mujer así, todo el mundo se hubiera santiguado». Pero por favor, se está usted mojando... —añadió extendiendo su paraguas para cubrirla.

Nada es trivial para el que está ávido de amor. Ese gesto significaba para Nines lo que un aluvión de orquídeas y un soneto. Corominas ya tenía un pitillo en la comisura y en la mano un encendedor dorado. Tras prenderlo, se explayó con una tirada ditirámica acerca de su musa gitana. Nines le escuchaba fascinada.

—¿...Y ha venido a buscarla aquí? ¿Al cementerio?

—Tal vez entre las tumbas podría encontrar... —por un instante, temió que dijera el violín del Sacamantecas, pero no—: ya se lo puede imaginar, la tumba de algún pariente de don José Lizarrabengoa, el amante de esa mujer fatal.

—Aaaaah, ya —Nines suspiró aliviada.

—Pero nada. No hay ni una lápida que lo recuerde. ¿Cómo puede ser eso?

El periodista elevó sus palmas vacías. Un gesto calculado, muy elegante.

—Será porque la historia de esa Carmenchu, no sé, lo mismo fue un cuento.

—No le digo que no. Pero ¿sabe qué pienso? —El galán apuró otra calada y volvió hacia ella su mirada más conspicua—. Que por el humo se sabe dónde está el fuego.

—¿El fuego? ¿Qué fuego?

Ella se llevó la mano a la cicatriz, la herida seguía oculta, aunque su gesto había sido demasiado nervioso. «Delator», sería la palabra. Los ojos de Corominas continuaban detallándola con la precisión de un escalpelo.

—¿Qué fuego? El de los mitos, el de las leyendas, amiga mía. Debajo siempre hay un poso de verdad. Carmen es un trasunto de las lamias terribles de las que habla su Pío Baroja. Como esa tal Mari^[8] o como la llamen. Yo las veo muy cerca de las fascinantes *banshees* de las baladas góticas: provocan la desgracia cuando, tal vez, solo buscan nuestra redención. Pero la estoy aburriendo...

¿Aburriendo? Aquel bello desconocido venía a dictarle las palabras de Orson Welles acerca de *lady Macbeth*, otra hija de Mari —«Por más que quieran el bien, acaban cometiendo el mal»—. Nines se mordió el labio y cruzó los dedos.

—Siga, siga... que me tiene... —«Loca», como poco.

Si ella no pudo acabar la frase, Corominas se apresuró a rematarla:

—Ay, tener o no tener... Ese es mi drama, el drama de las almas solitarias. Le confieso que estoy perdido, señorita...

—Echegaray, Ángela Echegaray —se apresuró a presentarse, los ojos bajos, el corazón en un pálpito—. Nines para los conocidos.

—Entiéndame, vengo de Madrid, no sé ni jota de vascuence... y en fin, no hace falta que le cuente cómo está de revuelto su pueblo por lo del crimen. Por lo visto, todas las sospechas apuntan al campamento de los gitanos.

—Aaaaah —volvió a apostrofar Nines—. ¿Y usted qué

cree?

—Yo creo en Mari, ya se lo he dicho. Creo en lo increíble, en la magia, en el misterio. Ríase de mí, señorita, pero yo soy de los que creen en esas cosas.

«Pues qué le voy a contar yo», rumió Nines para sus adentros, mientras musitaba:

—Aquí va a encontrar de todo eso hasta debajo de las piedras, señor. Etxalar está lleno de historias viejas.

—Seguro, pero no será a mí a quien se las cuenten. Aunque tal vez usted... —volvió a titubear el periodista— . No, no, apenas nos conocemos. No puedo pedirle tanto.

Nines, subyugada, ya estaba deseando que se lo pidiera todo, cualquier cosa. Era un enviado de la providencia, al fin su príncipe azul. El que la rescataría de aquella vida letárgica y la llevaría a París, el que la seduciría susurrándole tiernas palabras de amor, el que la besaría con la misma pasión que Luis Mariano a esa otra Carmen, Carmen Sevilla, en *La bella de Cádiz*.

—¿Se va a quedar mucho tiempo? —La pregunta que al fin salió de sus labios, cauta, velada, anticipaba su aceptación. Nunca se había atrevido a tanto.

—Mi querida señorita, el tumulto de Madrid podrá esperarme cuanto sea necesario. Nada me seduce más que esa mujer maravillosa.

—¿Solo esa... o hay alguna más? —Si lo primero fue una temeridad, lo siguiente rozaba la indecencia—. Me refiero a las brujas de aquí, y a los brujos, que también los

hay.

Sus palabras cobraron la dimensión de un conjuro. Y se cumplió. *¿Lady Macbeth* de nuevo? No, apenas una sombra furtiva, asomada a un tiro de piedra de su espalda, tras el panteón desde donde les acechaba. Alto, flaco, desgarrado, vestido con un viejo chándal y un impermeable mugriento. El segundo aparecido del día no venía de ningún trasmundo, pero si sus ojos recordaban los de un muerto viviente, los de Corominas, del todo ajeno a su presencia, se iluminaron como dos lámparas:

—¿En serio? —Lo que quedaba del cigarrillo voló por encima de sus hombros.

—¿Qué quiere que le cuente? —repuso Nines.

Ni ella ni él vieron la mano que recogía la colilla. La brasa iluminó un rostro atezado sobre el que caía una pelambre grisácea, como de algas putrefactas.

—Ya que estamos en un cementerio —siguió Corominas, como desafiándola—, cuénteme una historia de muertos. Si se atreve...

—Uf, si yo le contara. —Parpadeó la aludida evadiéndose del que había finiquitado en ese paraje—. Aquí los llevamos a cuestras, hasta heredamos sus nombres. A mi hermana le pusieron el de otra que nació muerta, a mi tía Patro el de una prima carnal que se nos llevó la escarlatina, y así con todos. Hasta hay uno que viene a este cementerio todos los días y se planta ahí, delante de una tumba sin nombre, y... —Nines cortó su monólogo, asustada de su locuacidad—. Discúlpeme que

no siga, este no es el lugar. No es bueno perturbar el descanso de los difuntos.

—¿Puedo invitarla a un café?

El que les observaba de cuerpo presente apuró la última calada y se perdió entre las cruces verdecidas de musgo. Su impermeable agitado por el viento azotaba su pierna maltrecha, la que le hacía cojear. La niebla acabó por borrarlo, como si se lo llevara de regreso al olvido, mientras ellos se encaminaban hacia otro más allá, por el sendero que bordea la Erreka del infierno.

[8]. Personificación ancestral de la Madre Tierra en la mitología vasca. Mari vive en las cuevas y se desplaza por el aire, las noches de tormenta, cabalgando relámpagos. Se la describe como una bella dama con extremidades animales (pies de cabra o de ave), sosteniendo un palacio de oro entre sus manos. (*N. del A.*)

8.

No apto para diabéticos

Nines nunca había entrado en el Txinparta, la taberna de Zumbeltz. Ni ella ni su hermana, menos aún su madre. En la Navarra de los 60, la aventura de tomar un café con un hombre solo podían consentírsela las mujeres casadas y, por supuesto, escoltadas por sus maridos. Si Juana llegaba a enterarse... Bueno, también había vuelto al cementerio desafiando su voluntad. Una locura lleva a otra, pensó mientras cruzaba la puerta que el periodista mantenía abierta para cederle el paso. Avanzó un poco encogida hacia una de las muchas mesas libres —se trataba de un día de labor—, y se sentó al fondo, las piernas juntas, la espalda recta, la mirada en chiribitas, hasta que Corominas volvió de la barra con dos cafés torrefactos.

Le pareció un buen augurio que Simón —Bocaseca— Zumbeltz no estuviera. Mari Toñi, su chica para todo, se ocupaba del antro en su ausencia. Bastante tenía con menear el culo ante su parroquia. Ahí estaban Cresencio, el de las barras de hielo; Primitivo, el ordenanza con ínfulas de barítono; y Chingurri Celarain, el mitómano

bizco que acabó robándole las bragas a Jeanne Moreau. Qué tres. A falta de artistas se consolaban con esa pobre infeliz de Mari Toñi, una recogida de la Inclusa que ni siquiera era de Etxalar.

—... Pero esta historia sí que lo es —continuó Nines apartando sus ojos hostiles de la tabernera para entornarlos frente a su interlocutor—. Así que sea prudente, por favor. Si la escribe, ponga que sucedió en Yanci, o en Sara, que ya es Francia.

—Siento decepcionarla, señorita, yo no escribo de esas cosas. Aunque, no se lo oculto: tampoco hay nada que me seduzca más. —La palabra «seducción» se deslizó en los oídos de Nines como una cucharada de miel caliente—. Puede contarme todo lo que quiera, que no saldrá de estos labios.

Incapaz de alzar la vista hasta su bigote, volvió a mirar sus manos, no tan grandes como las de su padre, pero muy cuidadas. «Manicuradas» sería la palabra. Igual que las del hombre de sus sueños. ¿No sería también un sueño lo que estaba viviendo?

—... Cuentan que le pasó a Mateo, el hijo del maestro, antes de la guerra. No había un mozo más rebelde en toda la comarca. Con decirle que su padre era masón y sabía hasta inglés, vamos, que ya se lo digo todo. —Corominas respondió con un cabeceo cómplice, invitándole a continuar—. Pues verás, una noche de difuntos, según volvía a su casa atajando por el cementerio, se tropezó con una calavera suelta. Suele pasar, cuando llueve y

llueve y... Bueno, el caso es que a Mateo no se le ocurrió otra cosa que darle un puntapié. Fíjese, qué bruto. Pero nada más hacerlo le entraron los remordimientos, y le soltó al muerto: «Si no me guardas rencor, te invito a cenar».

—Vaya, qué valiente —puntualizó Corominas al tiempo que se llevaba un cigarrillo a la comisura. Se corrigió antes de prenderlo—. Perdón... ¿le molesta que fume?

Un cabeceo negativo, a la par que muy púdico, y Nines prosiguió su relato:

—... Entonces Mateo ya vivía solo, no tardó en ponerse la cena. Una sopa de ajo y algo de fiambre, lo de siempre. Ni por lo más remoto le pasó por la cabeza que su ocurrencia se fuera a cumplir. Vamos, para eso estaba, él no creía en esas historias. Pues de repente, toma, alguien que llama a la puerta. ¿Y quién era?

—No me diga que el fiambre. —Corominas atenuó la ironía con un guiño—. Perdón, ha debido ser un lapsus, como ha dicho que se sirvió de eso...

—Pues sí, de eso se sirvió y ahí que apareció su fiambre en esqueleto —continuó Nines, condescendiente, pero sin reírle la gracia—. Desde luego, a Mateo no le faltaban arrestos, porque según el difunto se puso a comer, toda la sopa que se llevaba a la quijada se le escurría entre los huesos, y con el vino igual. Pero él, tan pichi. Tanto que, cuando ya se iba con un Farias entre los dientes, le pidió que le consintiera devolverle la invitación

siete noches después, en el cementerio.

—¿Y su Mateo acudió a la cita? Un tipo con redaños, por lo que veo.

—No conoce a la gente de aquí, señor Corominas.

—Llámeme Román, por favor. Y qué diantre, ¿acaso no estábamos tuteándonos?

Nines, derretida de gusto, se sintió como aquel Mateo ante la santa compañía en su versión más deletérea. Intimando con un escritor de la capital, en un bar, delante de todos, ¡ella! Lanzó a Mari Toñi una mirada retadora. Bien podía esa fregona exhibir sus tetas. Aunque ella estuviera tan plana como un frontón, tenía un galán de película a sus pies. Apuró otro sorbito de café, meñique en alto y, ya en el colmo de las deferencias palaciegas, se pasó una servilleta de papel por los labios.

—Cuajo no le faltaba, no, pero la procesión iba por dentro. Porque aunque Mateo no creía ni en Dios, fue con el cuento al cura, que así son estos rojos. «Tienes que mantener tu palabra» —le aconsejó don Dámaso—. «Iré contigo, pero puesto que a mí no me han invitado, te esperaré fuera. Eso sí, tú cuídate mucho de comer o beber nada de lo que te ofrezca el muerto, ¿entendido?». Siete noches después, el cura y él, damba damba, tiraron para el cementerio. Don Dámaso se plantó en la capilla, rezando, mientras Mateo se perdía entre las tumbas. Imagíneselo. Perdón, imagínatelo —poco le faltó para volver a ruborizarse, pero al fin se había atrevido al tuteo—: noche de lobos, aullidos del viento, la luna recortándose entre

las cruces...

—Mi querida Nines, llevas dentro a toda una escritora —celebró Corominas con su desenvoltura habitual—. Qué digo, ¡lo que llevas es a las dos hermanas Brontë!

Un estremecimiento recorrió su espinazo hasta hacer crujir el cierre del sujetador. ¡Había dicho «mi querida Nines», y la comparaba con las Brontë, las de *Cumbres Borrascosas*! ¿Quién hacía de Cathy en la película? ¡Merle Oberon, nada menos! Bajo su rebeca se sintió la misma Rebeca rediviva ante Laurence Olivier.

—Bueno, pues que el pobre Mateo no había dado diez pasos cuando, ¡arrea! , ahí que se encontró con todos los muertos de Etxalar en pleno *amaiketako*.

—¿Amaiquequé?

—Es el tentempié de mediodía, solo que aquí sucedía pasada la medianoche.

—Sigue, por favor, que me tienes en ascuas...

—Había tantos muertos que tuvieron que empujarse para hacerle un sitio sobre el panteón de los Ubarrechena, el más lucido del cementerio, ya te puedes imaginar por qué. —El periodista envolvió en las vaharadas de su Benson&Hedges un gesto indiferente, «los ricos del pueblo». Nines continuó—: Le llenaron el plato con tres cuartos de pularda; la copa, con su mejor vino, pero Mateo, acordándose del consejo del cura, deslizaba cada bocado bajo el mantel y cada trago en un benditero, y así hasta que asomó la raya del alba. Los muertos volvían a sus tumbas, su anfitrión no tardaría en acompañarles.

Apenas estrechó su mano de huesos, este le guiñó un ojo, o la cuenca vacía, o yo qué se qué, y le dijo: «Has hecho lo que debías, Mateo, porque si hubieras comido una puerca migaja, o bebido un sorbo de este caldo, en vez de volver a casa, te hubieras quedado con nosotros... para toda la eternidad».

Unos aplausos por parte del periodista —leves, elegantes, muy teatrales—, sancionaron su relato. Y eso fue todo. El encantamiento se deshizo tan pronto como se despidieron, por supuesto, con la promesa de volver a verse. Pero un hombre como él, ¿volvería a acordarse de una mujer tan insignificante como ella? Sin saber por qué, había comenzado a temer las consecuencias de aquel encuentro. Y aún más lo que podía esperarle al otro lado de las verjas de Belle Ombre.

Atravesar aquel jardín surcado de babosas que el abandono había convertido en una jungla. Y luego, nada más abrir la puerta, esa peste a orín de gato enhebrada a ese olor que desprendían las alfombras raídas, los decrepitos sillones de capitoné, las paredes revestidas de ese papel barato salpicado de manchas de moho. Desde que su madre cegó los espejos con fundas de almohadas, y su hermana todas las ventanas, una atmósfera opresiva, de penumbra perpetua, envolvía el santuario de las Echeagaray. Arriba de la escalera, el retrato de Laverna la recibió con una mueca mortificada por verse colgada en medio de semejante purgatorio. La sensación agobiante se acentuaba en la cocina. Sultán dormitaba hecho un ovillo.

Juana recalentaba una *porrusalda* grasienta y unos chicharros verdosos.

—Vaya horas de aparecer, las tres de la tarde. ¿Es que te has olvidado de a qué hora comemos en esta casa? Supongo que al menos habrás traído el pan.

Nines negó con la cabeza mientras se quitaba la rebeca empapada.

—Podemos sacar el que sobró de ayer...

—¿A esto llamas pan? —siguió Juana, blandiendo una media barra purulenta—. Si hasta le han salido hongos. Míralo, está tan azul como el culo de un mandril.

—Bueno, pues ponlo en remojo y hacemos penicilina.

—Sí, eso, muy bien, ríete, ríete de todo. Tú a lo tuyo, a lucir el palmito, que aquí tienes a tu criada con la mesa puesta. Aunque acabemos royendo mendrugos.

—No tengo nada de hambre, lo siento. Creo que hoy prefiero no comer.

—¿Cómo? ¿Y me lo dices ahora? Pues te guardo tu chicharro en el horno para la cena, que aquí no se tira nada. Acuérdate de los tiempos del Auxilio Social.

—Haz lo que quieras. Me duele la cabeza. Subo a acostarme un rato.

Las negras lentes de Juana refractaron cada paso de su hermana escaleras arriba como un insecto que lo apresara todo en la retícula de sus ojos. ¿A qué obedecía ese comportamiento? ¿Qué le estaba pasando? Comió sola su *porrusalda*, su chicharro requemado, su café rebajado con achicoria. A las cinco en punto también ella subió, tocaba

ponerle a su madre el serial radiofónico de las tardes. Al otro lado del tabique se oía muy quedo algo de Luis Mariano.

Sola en su habitación, Nines no soportó el examen de su rostro en el espejito de la polvera que completaba su ajuar secreto. Se veía vieja, marchita, antigua. Y lo peor de todo: la cicatriz de su brazo no acababa de borrarse. Seguía ahí, abrasiva como un remordimiento. Lo que le quemaba de verdad, sin embargo, era el episodio del Txinparta. Cuarenta años agonizando en esa tumba y de repente se le aparecía un galán como aquel, que escribía libros sobre la Carmen de Merimée y que la parangonaba, a ella, nada menos que con las hermanas Brontë. ¿Cuántas veces había leído *Cumbres borrascosas*? ¿Cinco, siete, veinte? Le encantaba. Un plebeyo enamorado de una aristócrata, un vendaval de pasiones inconfesables, sin que nada consintiera entrever los torturados sentimientos latentes bajo su gélida apariencia externa. Así como Heathcliff y Cathy, se sintió condenada por la fatalidad. Por culpa de ese violín del diablo. Por culpa de ese brazo marcado por la garra de Santúa... o de Satán. Como una burla cruel, Luis Mariano entonaba una de sus canciones preferidas —*El viajero sin estrella*—. No podía dejar de pensar en su escritor, otro viajero romántico en busca de una estrella. ¿Sería ella?

Recordó el olor levemente dulzón de su colonia, untuoso, sofisticado, parecía una exhalación de su alma. Allá, en el Txinparta, se inclinó un poco sobre su taza

para acercarse a ese aroma. Se moría por arrojarse a sus brazos y zambullirse en el pañuelo verde y oro que asomaba por el bolsillo de su americana. En un descuido sus manos se rozaron, ella sintió que su piel revivía, ardía. Antes de darse cuenta, ya le había contado su vida, sin entrar en detalles. En ese momento era feliz, aquel día había vuelto a nacer. No dejaba de repetírselo mientras masajeaba su brazo con unas gotas de rosa mosqueta. El aceite cubrió la cicatriz pero la huella rosácea, irritada por el frotamiento, se volvió escarlata. Lo sabía: no conocería la paz, ni desaparecería esa cicatriz, hasta que pagase su deuda con Santúa.

Al poco, con la tercera serenata de Luis Mariano, Juana asomó su nariz por el quicio de la puerta, el gato esponjado en su regazo, tan falsamente meloso como ella:

—¿Molesto, hermanita? —El silencio de Nines le consintió entrar—. Viene tormenta, que lo sepas. Sultán tiene todo el pelo crespo, señal de cambio de tiempo. Uhhh... —ronroneó acariciándolo—, esta bolita sabia no se equivoca nunca.

—Así caigan rayos y truenos. —Nines arrojó su polvera sobre la colcha y se llevó las manos a la cara, llorando a hipidos—. No aguanto más, Juana, no aguanto más...

—Vamos, vamos... ¿A qué viene ahora esa llantina?

—¡Mira! —Con un gesto rabioso, le descubrió su cicatriz—. ¡Es como una maldición!

—¿Qué dices, exagerada? Si ya casi no se te nota...

—¡No puedo ni mirarme en el espejo! Me miro y veo a Santúa chorreando sangre, taladrándome con esos ojos de muerto... Es horrible, horrible...

Juana se encogió de hombros con un chistido suave que repitió tres veces:

—Ay, qué niña eres... ¿Acaso has olvidado que ese cerdo quería violarte?

—Él solo quería jugar. Y yo... No volveré a dormir tranquila hasta que se lo cuente a la policía. Fue un accidente. Ellos comprenderán, tienen que comprenderlo.

—Claro que fue un accidente, alma cándida —insistió Juana, enternecida—. Pero eso no quiere decir que vayan a comprenderte, ni mucho menos. Recuerda que los de este villorrio nos la tienen jurada. Nos odian, nos envidian. Qué más quisieran que vernos humilladas, sepultadas en cal viva, despellejadas por la maledicencia.

—Pues que me maten de una vez, yo no puedo seguir viviendo así —apenas le salía la voz—. Cada noche las pesadillas son peores. Me ahogan, Juana, es que me ahogan.

—Aprende de *amatxo*. Sufre en silencio, jamás se queja de nada. ¿Le vas a dar ese disgusto? Imagínate la escena. Si confieras vendrán aquí, lo revolverán todo. Tú a la cárcel y mamá... ¿Qué será de nuestra *amatxo*, eh? —Un paso más y Sultán saltó a la cama, le encantaba arrebujarse cuando presentía tormenta. La mano de Juana fue a posarse como una serpiente sobre el hombro de Nines—. No, no podemos consentir que arrastren el

nombre de nuestra familia por el fango. Resiste, Nines, resiste. Piensa en todo lo que tuvo que pasar mamá por culpa de esos canallas.

—¿Canallas? ¿Qué canallas?

—Los hombres, hermanita, los hombres. Crisanto, Juan Cruz, Pitarras, tu propio padre... y, ya sabes, hasta ese cerdo con sotana.

No quería recordar, Corominas ocupaba toda su mente. El disco había saltado a la siguiente canción, *Bahía*, un ritmo tropical. Nines se imaginó junto a él, caminando de la mano por una playa de ensueño, o dejándose poseer como en *De aquí a la eternidad*, acariciada por las olas, rendida a sus besos. Antes muerta que confesarle a su hermana ni una palabra al respecto. Aunque lo hizo a su manera:

—Mamá adoraba a nuestro *aitatxo*.

El tono de Juana se encrespó tanto más que el pescuezo del gato:

—Por favor... Sabes perfectamente que la llevó por la calle de la amargura.

—Era por la diabetes, sí, por la diabetes. —Los ojos de Nines suplicaban clemencia—. Esos pinchazos le amargan la vida a cualquiera. Pero en el fondo era un buen marido, y mamá le quería con todo su corazón.

—Le odiaba. Le odiaba a muerte, infeliz. No sabes cuánto le odiaba. —Juana se sentó al borde de la cama con un suspiro. Para ella toda enfermedad evidenciaba la culpa o el pecado de quienes la padecían—. Escucha,

escúchame bien, pequeña, ya va siendo hora de que lo sepas. Has dicho que mamá adoraba a nuestro *aitatxo*, ¿verdad? Y que sufría horrores por su diabetes, ¿no?

—Pues claro que sí... Muchas veces era ella quien le ponía las inyecciones, sin esperar al practicante. Y luego, cuando murió, acuérdate, nuestra *amatxo* se cortó su hermoso cabello y lo arrojó al ataúd. Eso es amor, amor del bueno.

—Claro, amor del bueno... Hasta que se hartó de aguantar las coces de ese bruto. Dicen que el matrimonio es como estar metido en una celda con alguien que te pone de los nervios. La gente no se divorcia, espera que a algún camión le fallen los frenos. ¿Pero sabes qué hizo un día mamá? —Juana marcó una pausa expectante, su hermana pendía de sus palabras—. Le cambió la insulina por alcohol de quemar. Y así lo mandó al infierno, envuelto en la madeja de sus pelos.

Nines se puso en pie apretando los puños, los tendones del cuello a flor de piel:

—¡Mientes! ¡Mientes! ¡Te lo estás inventando! ¡Aunque a veces se pelearan nuestra *amatxo* acabó perdonándole! ¡Nunca hubiera hecho algo así!

—Jamás le perdonó, querida, jamás —repuso Juana sin alterarse, de nuevo con su gato sobre las corvas—. Y yo estaba con ella el día que decidió hacer justicia.

—¡Calla! ¡Cállate de una vez! —Nines se cubrió los oídos con las manos—. ¡No te soporto! ¡Ni a ti ni a tu maldito gato! ¡Sal de mi cuarto! Sal ahora mismo o...

Los ojos de Sultán, amarillos, casi quemantes de tan intensos, focalizaban la mirada de su dueña tras sus gafas negras. La tormenta anunciada había estallado. Juana se incorporó arreglándose la falda, el gato con el rabo tieso a sus pies.

—Como tú quieras, *bihotza* —murmuró en voz baja—. Como tú quieras.

El disco había acabado, Luis Mariano regresó a su trasmundo de carabelas de oro y sueños de Andalucía. El silencio se hizo tanto más opresivo cuando la escamosa mano de Juana cerró suavemente la puerta tras ella, como quien deja caer, no menos suavemente, un puñado de tierra sobre una tumba.

9.

Zure aita, il da

Tantos años atrás, tantos que le resultaba imposible anclarlos en su memoria, el drama se precipitó al caer la tarde de un día como aquel. También entonces se barruntaba ese embotamiento que precede a la tormenta. Era un viernes, el último día de clase. Sor Felices les había leído un suelto de la revista *Pregón* donde se hablaba de las cosas de su tierra. «Tres lazos unen a los vascos —decía—: la sangre, la lluvia y el contrabando». Buena definición de un carácter, y aún más de una actividad que suponía un timbre de honor para todos los pueblos de la frontera desde siempre. Durante las guerras carlistas, los *mugalaris*^[9] de Endarlaza se jactaban de haberle cobrado trescientos francos al pretendiente Carlos por pasarle a España. De Yanci a Dantxarinea se contaban mil historias todavía más chuscas, como la de los que camuflaron un Mercedes arriba de un carro de hierba tirado por bueyes, o la de aquel otro que cruzaba el puesto de los carabineros a diario montado en una bicicleta, con un gran paquete atrás donde nunca había nada. Lo que

contrabandeaba eran las bicicletas. Su padre se hizo una leyenda con la partida que cruzó el paso de Lakain llevando a hombros una linotipia monumental desmontada en doscientas piezas. Y, ¿qué decir de su astucia con los zapatos? Antero pasaba un centenar del pie derecho por Oriziki, y otros tantos del derecho por Zalain. Si se los confiscaban, los recuperaba a precio de saldo en la subasta. «¿Quién iba a pagar nada por cien zapatos del mismo pie?». Su padre se rompía a carcajadas al contarlo, y ese día Nines corrió a casa, sintiéndose muy orgullosa. Nada más abrir la puerta, se dio de bruces con el drama. Lo vio derrumbado sobre la alfombra, la cara desencajada, los ojos en blanco, como si hubiera sido fulminado por un rayo. Fue peor la mirada que advirtió en su madre. Por más que le doliera recordarlo, no dejaba de verla como la vio aquel día, aposentada en su trono, el moño alto, los labios apretados y un gesto que no era de dolor ni de consternación, sino más bien una mueca triunfal, mientras su hermana salía en busca del médico, sin prisa, tan templada como la adusta matriarca. Tal vez dentro de esa frialdad, dentro de esa contención, latía una tremenda fuerza de odio.

Nines corrió a su habitación, aquella no era una escena para una niña. Esperó horas y horas, sin saber qué hacer, sin oír más que el siseo continuo de la lluvia. El percutir de las gotas contra el cristal acabó por desquiciarla. Pero cuando intentó salir, descubrió que alguien la había cerrado con llave. ¿Qué estaba sucediendo? Miedo,

angustia, pánico. Al fin Juana vino a abrirla, traía una cara de circunstancias. «Mi pobre Angelita...». Bastó con eso para que supiera que había ocurrido algo irreparable. Algo que la haría llorar a mares.

—*Zure aita il da* —le susurró en euskera—, tu padre ha muerto.

Nines sintió que se le paraba el corazón, como si alguien le cogiera de la mano para conducirla al Lago de las Ánimas y no regresar jamás.

Desde entonces no había dejado de preguntárselo. ¿Por qué Juana no dijo «papá» o «*aitatxo*», sino «tu padre», como si no fuera también el suyo? ¿Acaso no lo era? ¿Acaso a ella no le alcanzaba la tragedia? Aquellas cuatro palabras terribles —«tu padre ha muerto»—, parecían destilar la consumación de una venganza.

Nines no volvió a verlo hasta el día siguiente. Antero Echegaray yacía tendido en el diván, el rostro cerúleo, la nariz muy afilada, vestido con su traje a rayas de los domingos. Para mantener unidas sus manos habían tenido que atárselas con una servilleta al crucifijo empotrado sobre el esternón. La madre lo contemplaba en pie, sin una lágrima, mirando, como desde muy lejos, algo a los pies del muerto. No parecía ver a la gente que cuchicheaba en la sala. Las velas proyectaban sombras movedizas, las palabras rituales se sucedieron:

—Habrá que levantar una teja, para dejar salir su alma.

—Habrá que desbrozar el *ilbide*^[10] y prender su *argizaiola*.^[11]

—Habrá que anunciar la muerte a las abejas, para que hagan más cera.

De repente, una risa histérica estremeció los hombros de su madre, una risa de loca, estridente, terrorífica. «Es la reacción», murmuraban los vecinos, «Palmira ha sufrido tanto». Tuvieron que llevársela, tocaba servir el banquete del muerto. Los primos de Vera, Eladio y Segundo, oficiaban como maestros de ceremonias. Los parientes o los conocidos de los pueblos cercanos, esos que solo se veían de boda en boda o de funeral en funeral, aprovechaban para ponerse al día con un tinto en la mano y la boca llena de chistorra. El ambiente de duelo fue cediendo a una efervescencia de verbena. Las mujeres empezaron a recogerse, pronto no quedaron más que los hombres. A medianoche, todos estaban borrachos. El primo Eladio puso unas morcillas en el fuego. Había de sobra, tres ristras de la última matanza. Mientras la sangre del cerdo crepitaba, entonaron un destemplado *Agur Jaunak*. Muy pasado de copas, Eladio se empeñó en acercarle una rodaja de morcilla al muerto. «Cómetela, hombre, que no vas a catar otra igual allá abajo». A Segundo le pareció una ocurrencia muy graciosa, le dio la réplica escanciándole su frasca. La morcilla restregada contra su boca se rompía en grumos entre los dientes del difunto. El vino vertido sobre sus mejillas pareció restituirle el color de la vida. Entonces apareció Juana, venía con el hierro del fogón en el puño.

—Hijos de puta. Hijos de la gran puta... —Fría,

contenida, era como si el ángel exterminador hablara por ella—. Cómo os habéis atrevido... ¡Fuera de esta casa!

Entonces no tendría ni veinte años, pero su mirada hizo retroceder a aquellos hombretones como si estuvieran en presencia de Leviatán. Veían sus ojos, esos ojos de maleficio capaces de aniquilar a cualquiera. La veían avanzar con aquel hierro al rojo por delante, sin dejar de insultarles entre dientes, mordiendo las palabras —«Os voy a sacar los hígados, jodidos puercos de Satanás. Os voy a hervir en alquitrán»—. No se retiraron, salieron huyendo.

Desde aquel día y hasta la aparición de los municipales a cuenta del asesinato de Santúa, tantos años después, ningún hombre había vuelto a entrar en la casa de la colina. Los pocos con que se cruzaban en el pueblo les recordaban el episodio de la orgía fúnebre y ellas solo querían olvidar. Sacarse el clavo. Porque también había un clavo en esta historia. Una noche, poco antes de la tragedia, su padre llegó a casa bastante mareado, según decía, por culpa de las curvas de la carretera. Peroapestaba a coñac francés, y también a perfume de fulana. No era la primera vez que sucedía. Cuando pidió la cena, su madre le dio una bofetada, y luego otra y otra, y se echó a llorar, todo delante de las niñas. Antero no se defendió, bajó la cabeza, ni una palabra salió de sus labios hasta que Palmira subió a acostarse. Entonces cogió un clavo bien grande, lo hundió en la viga maestra y les ordenó que no lo sacaran hasta el día de su muerte. Ni

siquiera la noche de su entierro se atrevieron, temiendo tal vez que Belle Ombre se derrumbarse sobre sus cabezas, golpeada por el anatema. En adelante, se impuso una atmósfera de tormento. Palmira sucumbió a un letargo doliente, descuidaba las tareas domésticas, hasta la tutela de sus hijas. Juana maduró a la fuerza. Fue ella quien organizó la existencia de las tres mujeres solas al otro lado de esos postigos celosamente cerrados a todo atisbo de luz o de alegría. Ya nunca más volverían a escuchar la voz de su padre —«A ver, Nines ¿qué le dijo el caracol a la lechuga?»—. Ella lo veía a veces, en sueños. Un espíritu descolorido y polvoriento, como la cajita de rapé que con solo tocarla se te deshace entre las manos. ¿Por qué no le hablaba? ¿Por qué no le contaba de una vez qué le dijo el caracol a la lechuga?

Una noche, al final del verano más ardiente que recordaba, rezó por él: «Señor, deja que la tormenta llegue, deja que llegue esta tormenta de salvación». Entonces, con el primer trueno, lo vio junto a la ventana, de cuerpo presente bajo la lluvia. El rostro demacrado, los ojos grandes, azules como los suyos, pero tan tristes como si llevasen dentro un contrapeso de plomo. No tuvo miedo, ni siquiera cuando advirtió esa vena horrible que palpitaba en su frente. Le habló en voz baja: «Vuelve con nosotras, por favor, *aitatxo*, vuelve, sal de la tormenta y entra en casa». Antero le tendió su mano, iba a decirle algo, tal vez lo que le contó el caracol a la lechuga. Pero la voz que escuchó no era la suya: «Fuiste enviada al

mundo para arder en la oscuridad, fuiste enviada para penar con los que sufren, fuiste enviada para el dolor». Como si se corporeizara al compás de cada palabra, enlazada al brazo de su padre y ataviada con un vestido blanco, un velo de blonda y un ojo velado, vio a una dama muy bella que llevaba una corona de muérdago en el pelo y un breviario en su mano enguantada. Era la segunda vez que se le aparecía. Tiempo atrás, cuando todavía era una niña y su padre vivía, le ofreció como en un juego su cáliz de todos los hechizos. Esta vez el espectro de Laverna se manifestaba a la luz de los relámpagos, radiante como una novia de ultratumba que venía para llevarse a su padre, nunca se atrevió a preguntar dónde. Las cortinas de gasa ondeaban alrededor de su cuerpo, se alzaban y descendían como si fueran las vestiduras de un ángel. Y esa visión estuvo irradiando ante sus ojos hasta que se desvaneció.

Nines se torturaba, su congoja iba a más. La barbaridad que le había contado su hermana se iluminaba a la luz de aquellos relámpagos encadenados a su memoria. Su padre como un alma en pena, Laverna condenándola al dolor. No, no podía ser que su madre hubiera hecho eso. Tal vez todo había sido un error, una confusión fatal, como el crimen de Santúa. Tampoco ella quiso matarlo y, sin embargo... Su madre enloqueció tras la muerte de su marido. «Los nervios la han destrozado», le explicaba Juana, «ha perdido la cabeza». Pero eso, ¿fue antes o

después?

Aquel día Palmira esperaba al médico sentada junto al fuego con el delantal encima de la cabeza, como cuando le venían las jaquecas, las cuentas de su rosario hundidas en la carne. ¿A causa de la tragedia o, quizá, temiendo que don Fermín no le firmara el certificado de defunción ante una posible negligencia? Una negligencia nada accidental, una negligencia culpable. Si le hacían la autopsia descubrirían que no había rastro de insulina en su cuerpo, la insulina que juraba haberle inyectado en el momento crítico. «En los laboratorios saben hacer su trabajo», había dicho el ayudante del cabo Bastarrica. Aquella vez no hubo autopsias ni laboratorios. Don Fermín firmó su certificado —muerte por congestión cerebral—, y eso equivalía a la absolución de un jurado. Su conciencia no pensaba lo mismo. Se lo decía Laverna desde su retrato, se lo decía la postración de su madre, y su padre desde la tumba, y Juana al otro lado de sus lentes carbonizadas. La maldición de los Echeagaray, la maldición de *lady* Macbeth, la maldición de los Heathcliff y las Brontë. La sangre llama a la sangre. Nadie puede escapar a su destino.

Tres días corrieron sin que ni ella ni Juana se dirigieran la palabra. Nines comenzó a pensar que su hermana nunca había sido otra cosa que su peor enemiga. Le hacía la vida imposible, la detestaba, y el sentimiento era mutuo. El

suyo era uno de esos odios hereditarios que, contraviniendo cualquier causa racional, suben del hondón del alma como una gangrena. Todo lo que había soñado tras su encuentro con el escritor, al fin un hombre que haría reverdecer su juventud perdida, volvía a desmoronarse bajo el influjo de aquella hermana tóxica, regenta de la amargura familiar, de la vida trocada en fatalidad, del desdén eterno. La atmósfera entre ambas parecía cuajada de llamas. Se cruzaban sin mirarse, se vigilaban sintiendo en el silencio la transpiración de un pasado atroz vuelto presente perpetuo. Al cuarto día, Juana decidió acabar con aquella situación. Por primera vez en lo que llevaban de semana, puso dos cubiertos a la mesa y descorrió las cortinas de punto de cruz que mantenían la cocina en una atmósfera sepulcral.

—Te portas mal conmigo, Nines, muy mal. Porque si todo esto se debe a esa tontería que te conté acerca de la muerte de tu padre...

Nines no la dejó continuar:

—¿Te crees que soy imbécil? Estos días le he dado muchas vueltas a lo que sucedió esa noche y... —Su angustia, su confusión, su tormento, todo la traicionaba, cada palabra era una agonía— ...Y ya no sé que pensar. *Amatxo* siempre nos decía que la sangre de Laverna, la maldición de nuestra sangre...

Juana chasqueó la lengua con el mismo ruido que los filetes de hígado surcados de nervaduras que crepitaban en la sartén, como si no se lo tuviera en cuenta.

—Ay, Nines, Nines... Si es que te lo crees todo. ¿Te acuerdas, cuando eras una cría, las historias que te contaba para asustarte?

—Claro que me acuerdo. Laverna hablaba por tu boca, igual que tú has heredado su marca en el ojo. La marca de las brujas.

La carne humeaba, quizá los ojos de Juana también. Su voz, sin embargo, seguía manteniendo el tono sereno, casi displicente:

—No era una bruja, mi pequeña neurasténica. Solo una mujer especial.

—Sí, claro, por eso la quemaron.

—Igual que te van a quemar a ti como sigas dejándote llevar por tus arrebatos. Menos mal que me tienes a mí, menos mal. Aunque no me lo reconozcas, te estoy salvando la vida, y así me lo pagas.

La barbilla de Nines había comenzado a temblotear, odiaba ser tan débil:

—¿Ves cómo eres un demonio? No haces más que recordarme lo de Santúa, nunca dejarás de hacerlo. Nunca jamás.

—Es lo menos que mereces, hermanita. ¿O es que quieres acabar en la trena?

—Pues que me encierren de una vez, así descansaría, porque esto es un infierno, un infierno... —Su voz ahogada apenas liberaba su congoja—. Cuando bajo al pueblo tengo la sensación de que la gente me mira. Pienso que lo saben, que lo saben todo y cuchichean a mi

espalda. No les aguanto más. —La rabia se impuso a la angustia, y esta cedió a una sorprendente determinación —: Me voy de aquí, me voy a París.

Juana se quedó sin habla, y hasta sin respiración. Su mano se crispó sobre la servilleta, como si le hubieran clavado una estaca en el corazón:

—¿A París, tú...? Estás loca. —No bien lo soltó, cabeceó un gesto desabrido y su tono volvió a suavizarse —. Anda, anda, mujer, ¿qué ibas a hacer tú en París?

—Cualquier cosa. Fregar suelos, limpiar váteres, hasta echarme a la calle como una puta del «Mulinrús». Quiero vivir, quiero ser libre.

—¿Vivir como una puta, tú...? ¿Y en París, con esa pinta? —se jactó, mirándola de pies a cabeza—. No me hagas reír, que ya tuvimos bastante cuando te dio la ventolera de irte a las misiones. Aunque, bueno, casi es lo mismo, ¿no? Socorrerás a los negritos, pero solo de cintura para abajo. Nuestra *amatxo* estará orgullosa.

—Tranquila, que no me verás tan tirada. Tengo un buen dinero para empezar.

Juana había ocupado su lugar a la mesa y su filete también. Impasible, cercenó una pequeña arteria y se llevó a la boca un pedazo de víscera humeante.

—Desde luego que tienes dinero. Un millón, nada menos. Aunque ya te advierto que los precios en Francia no son los de España. Por un café «olé» te pueden llevar un riñón, y no te digo nada si te pides un cruasán. Ay, con lo que le costó a tu difunto padre juntar ese dineral y tú,

hala, a dilapidarlo en tus... desenfrenos.

Al compás de su minuciosa masticación, Juana la escrutaba de soslayo. Su frío tono atormentador había dado en el blanco. Nines, cabizbaja, miraba su plato vacío:

—Si quieres —musitó—, estoy decidida a dejarte la mitad, aquí, para ti...

—No, no, es todo tuyo. La última voluntad de Antero fue legarte todo su capital y ya sabes cómo era. Cuando le tocaba abrir la cartera, resultaba más fácil partir nueces con una dentadura ganada en una feria. Si toco un céntimo de lo tuyo, sería capaz de levantarse de su tumba.

Juana seccionó otro pedazo de hígado; Nines alzó sus ojos al techo de la cocina. Se veía negruzco y grasiento, treinta años sin una mano de pintura.

—Siempre hemos compartido todo, Juana.

—Cierto, seguimos viviendo de la pensión de la *amatxo*.

—Nunca hemos ido de vacaciones. ¿Qué son unas vacaciones? ¿Qué menos que eso? Yo podría irme una temporada y, cuando vuelva, tú podrías hacer lo mismo.

—Ah, vaya, esto ya es todo un progreso. Al fin tienes en cuenta el cuidado de mamá, y me lo pagas con una limosna. Para que me vaya a tomar las aguas a Fontilles, donde los leprosos. —Juana apuró un trago, sosteniéndole la mirada—. No sé, no sé cómo corresponderte, querida. Ah, sí... Te voy a alegrar el día.

Nines sintió que se le secaba la boca. Aquella reacción

le hacía temer lo peor. Juana se levantó, entornó la puerta de donde colgaba la bolsa del pan y sacó una página de *La Voz de España* plegada en cuatro.

—Toma, lee, a ver qué te parece. Y haz cuentas que *La Voz* no es *El Caso*. Este es un periódico serio.

Bastaba echar un vistazo al titular que encabezaba la página —«El Caudillo es uno de esos regalos que nos hace la providencia cada tres o cuatro siglos»—. Nines entendió que debía darle la vuelta, donde los sucesos. Bajo un titular inequívoco, «Detenido el asesino de Crisanto Embil» —en aquellos tiempos no se usaba el término «presunto»—, aparecía la fotografía de un sujeto de tez cetrina acentuada por los hematomas que amorataban su rostro, con un aro de oro en la oreja y unos ojos muy fríos, sin lugar a dudas los ojos de un asesino. La conmoción fue total:

—Pa... parece uno de los gitanos que acampan donde el lavadero.

—«Es» uno de ellos.

—¿Pe... pero cómo...? —balbució Nines—. ¿Cómo saben si...?

—Han encontrado la prueba de cargo —continuó Juana, muy ocupada en acertar con la lengua de miel que iba cayendo sobre su cuajada—. Fíjate en su cara.

—Está borrosa...

—Pero se ve perfectamente la marca del diablo, *bihotza*. Es el hombre de la cara cortada que venían buscando desde que encontraron los tres dedos de Santúa.

Aunque la foto, de grano grueso, se peleaba con los detalles, mirándola bien se advertían tres rasguños en su mejilla izquierda. La cicatriz recordaba vagamente la que ella llevaba en el brazo. Nines no salía de su estupor. Aquello no era *El Caso*. El relato de *La Voz de España*, el periódico del Movimiento, escrito en una prosa comedida, resultaba tanto más convincente. Un alivio ominoso envenenó su mala conciencia. Sin dejar de sentir el peso del crimen, tenía ganas de gritar de alegría.

—Lo ejecutarán. Van a matarlo por mí... Y tú y yo sabemos que es inocente.

—Un gitano nunca es inocente, querida. Si no lo agarrotan los jueces, no te quepa duda que cualquier día se lo iban a despachar los mozos de aquí, con la bendición apostólica, por aquello de aumentar el flujo de almas hacia Dios. Pero cuidado: no olvides que Él se apiada de todos los que sufren. Así que seamos fuertes en nuestro sereno dolor cristiano... y el llora que llora, déjasele a la Zarzamora.

Juana siempre obraba igual. Tras martirizarla con el veneno de su perfidia —la tenía de sobra, nunca se sabe lo que puede ocurrir—, la acariciaba como si con ese gesto pudiera apartar las nubes de su corazón. Nines cogió su mano, se abrazó a ella.

—Perdóname, Juana, perdóname lo que te he dicho.

—Quita, quita, no tengo nada que perdonarte. Las cosas siempre terminan por arreglarse si tienes fe y dejas que se arreglen solas. Pero eso sí: prométeme que te vas a

olvidar de tus aventuras y...

—¿Y qué más?

Juana se soltó de su abrazo y, aunque ya estaba apagado, apartó la sartén del fuego.

—Y cómete de una vez tu filete antes de que se enfríe... o acabará zampándoselo Sultán. Aunque ya sabes, él prefiere la carne cruda.

Por un momento, Nines pensó que su hermana compartía los mismos gustos que su gato. Al cortar el filete tuvo la sensación de que olía a muerto. Pero no. Las constelaciones giraban impasibles por encima de Belle Ombre como si en la Tierra no hubiese acontecido desdicha alguna. Aunque tal vez sucedía al contrario. Tal vez aquella casa olvidada en lo alto de la colina fuera el epicentro de todas ellas.

[9] Pasadores de fronteras. (*N. del A.*)

[10] Camino de los muertos. Cada casa disponía del suyo propio, que solo se empleaba para llevar a los difuntos al cementerio, aunque fuera más largo que el de los vivos. (*N. del A.*)

[11] Tabla labrada en torno a la cual se enroscaba una larga tira de cera. La luz de los muertos. (*N. del A.*)

10.

Los poderes de la Piedra Imán

Si la leyenda de Eleuterio Sánchez, El Lute, comenzó a gestarse apenas un año después, aquel invierno del 64 *El Caso* anticipó, con el el arresto de Fulgencio Estopa —tal era el nombre del detenido—, la causa general contra gitanos y «mercheros» en la España del franquismo. Rosario Landi volvió a apostar por un titular infartante —«Hijos de Satanás»—, al que no faltaba su contrapunto de sabor local: «Gitanos rinden culto a Aquerbelcha, el demonio de los vascos». Una vez más la vinculación cifraba una sutil lectura política, aventada por la alarma nacional ante la III Asamblea de ETA, y tutelada por la vigente Ley de Bandidaje y Terrorismo, según la cual los activistas sedicentes compartían celda con cualquier muerto de hambre inculpado por robar una gallina. La pluma de Landi acataba una prioridad muy profesional: vender crímenes, cuanto más sanguinarios mejor. Y el episodio de ese tal Estopa no podía cerrarse con una simple detención. Aunque nadie en Etxalar se había cruzado con la ubicua reportera ni de lejos —lo que no

dejaba de ser tan paranormal como la línea editorial del semanario—, Landi alcanzó la cúspide de su popularidad en la comarca con su pintoresco relato de los hechos:

...Desde la Comandancia de la Benemérita, en Vera de Bidasoa, se venía siguiendo la pista de Estopa, el cacique de la caravana de gitanos acampada en Echalar. En más de una ocasión fueron vistos cinchando cuajos de ortigas bajo las ubres de las vacas y colgando ristras de ratas muertas en los manantiales. El lector inadvertido podría deducir de tales prácticas una manifiesta aversión hacia los vascos. Pero no, su odio solo apunta a los vascos de bien. Existe otro perfil dentro de este pueblo ancestral, precisamente el que fascinaba a los secuaces de Estopa.

Por supuesto, en el momento de su detención negó todos los cargos, llegando a afirmar que la cicatriz de su cara obedecía a una reyerta y en absoluto al forcejeo con su víctima. Su coartada se vino abajo cuando los agentes descubrieron en su carromato tres cruces de bronce procedentes del camposanto de Echalar, junto con un verdadero arsenal de objetos diabólicos. Estopa acabó confesando que había más en cierta gruta de Yanci, el pueblo vecino, donde se rinde culto a una estatua de San Juan —*San*

Juan Xar—, cuyo aspecto recuerda al *Basajaun* de los vascos. Dentro de la cueva les aguardaba un escenario dantesco: ante un altar coronado por un *lauburu* —el anagrama de la ETA—, los gitanos habían crucificado seis sapos idénticos al que apareció en la boca de Embil, cuya sangre se recogía en una Mano de Gloria. De lo alto pendía una muñeca marcada por una «M», con un lobo de cera a sus pies. La «M» remitía al culto a Mari, la lamia maléfica que se nutre del vigor de los hombres. En cuanto al lobo, emblema de la licantropía omnipresente en las leyendas autóctonas, sellaba su filiación con los sacramentos de tinieblas.

La rebelión y la brujería son consustanciales a estas tierras desde hace tanto tiempo que acaso surgieron a la par. Si esta evidencia era conocida, no podemos encontrar otro calificativo que «espeluznante» para rubricar la relación entre los hijos políticos de Aquerbelcha y los gitanos. Estos adoran a un demonio llamado Bekha —el sapo negro—, cuyas concomitancias con el Belcha de los vascos —su dios negro— resultan palmarias. Sabiéndose perdido, Estopa profirió un juramento: «Caiga la maldición sobre Echalar». Maldición gitana, maldición satánica. Por más que su voz pareciera surgir del esternón del diablo,

confiemos en que el de la Pezuña Hendida rehúse acudir a su llamada».

Corominas digirió el artículo con una sonrisa sarcástica. Al punto, lo arrojó a la leñera del Txinparta para volver a mirarse en los ojos extasiados de Nines:

—¿Sabes lo que te digo, Ángela? Que todo esto cabe en una cita de vuestro Baroja: «De todas las criaturas creadas, el hombre es la más detestable. La única que posee una mente perversa capaz de hacer el mal por el mal».

Nines se estremeció de placer, no tanto por la cita, sino por el hecho de que pasara a llamarla por su nombre canónico, Ángela. En su tono grave y varonil sonaba como el de las protagonistas de esas tórridas radionovelas que caldeaban su soledad —ninguna como *Ama Rosa*, del inmortal Guillermo Sautier Casaseca—.

—Desde luego, Román, la historia del gitano es un horror. Pero no sé, ¿tú crees que todo lo que cuentan ahí...?

—Por favor, no me hagas reír. Muchos de mis colegas, sobre todo los que escriben en este vertedero, se sientan a la máquina y lo vuelven todo del revés.

—¿Entonces?

—La cita de Baroja no me ha venido a la cabeza por el gitano, sino al ver cómo se las gasta esa rajapellejos que firma Rosario Landi.

—¿La conoces? —preguntó, ocultando su sobresalto,

con cierta cautela.

Él intuyó la reticencia y volvió a verter otra de sus sonrisas desencantadas:

—Más de lo que desearía, y es como para echar las muelas. Por ser pariente de la gran dama del crimen, Margarita Landi, esa infeliz se cree la nueva Agatha Christie.

La tercera pregunta llegó envuelta en un tono confidencial:

—¿Y es guapa?

—¿Recuerdas lo que hemos leído acerca de la muñeca diabólica de los calós? —Nines asintió con un gesto—. Pues ahora imagina una Mariquita Pérez de esas de pelo natural. Así es nuestra Rosarito por fuera. Y por dentro, en fin: a veces me recuerda esos tábanos que se ensañan con los ojos de un caballo muerto.

—Mi hermana piensa lo mismo de esos periodistas carroñeros. —Era la primera vez que la mentaba, un avance más—. Le repugnan.

—Pues dile que estoy con ella: les vale todo con tal de vender espantos y, por lo que respecta a este, salta a la vista que todo es un montaje.

—Por cierto, hablando de montajes —siguió Nines—, ¿sabes dónde para tu colega? Se pasa el día habla que te habla de Etxalar y aquí nadie le ha visto ni en pintura.

Corominas frunció una mueca de elegante desdén y se encogió de hombros:

—Pues ahora que lo dices... —Pareció vacilar,

acariciándose el bigote con un dedo, como si quisiera ser cariñoso con él—. La última vez que me la crucé en Madrid, iba por la Castellana cantando el *Volverán banderas victoriosas*. —El himno de la Falange—. Lo mismo escribe su bazofia desde el Chicote y ahí se las den todas.

—¡Será pájara!

—Bah, una pobre oportunista. La pluma de Merimée tenía bastante más clase.

—¿Merimée? ¿El de *la Carmen*?

—Pues claro, Ángela, pues claro. —Román apartó un Benson&Hedges y lo golpeó tres veces sobre su pitillera. Luego sacó uno de esos encendedores Zippo del ejército norteamericano que medio país idolatraba en aquel tiempo de cerillas y chisqueros—. Toda esta historia es un sucedáneo cañí de su novela. Carmen es la gitana de Etxalar, igual que Estopa, y no solo habla el vascuence como el romaní. También practica la magia negra. A su presa, don José Lizarrabengoa, le echa la buenaventura cruzándole la palma con una moneda de cobre, le hace un conjuro con un lagarto disecado, y hasta le habla de los poderes de la piedra imán.

—¿La piedra imán? —Nines parpadeó, perpleja—. ¿Qué es eso de la piedra imán?

—Los gitanos la llaman *bar lachi*, aunque existe en casi todas las culturas. Es la piedra de los sortilegios para atraer el amor.

—Aaaah... —Volvió a parpadear—. Y eso, ¿cómo se

hace?

—Pero bueno, Ángela, ¿no me digas que crees en esas simplezas?

—Claro que no. —Carraspeó antes de apurar otro sorbito de su Kas limón, como esquivando su mirada—. Solo es curiosidad.

—Según Merimée, basta disolver un poco de polvo de esa piedra en un vaso de vino blanco y dárselo a beber a la persona que te quite el sueño. Caerá rendida de amor por ti, quiera o no quiera.

—Qué retorcidos, pero tú... cómo lo cuentas. —La tataranieta de Laverna la Diabla apartó su vaso con quisquillosa jovialidad—. Casi me da miedo seguir bebiendo.

Los afilados labios de Corominas formaron un anillo de humo, luego otro, para envolverla aún más en su misterio:

—Me he convertido en un sentimental, yo, que detesto los sentimientos húmedos. Te estoy decepcionando, ¿verdad?

—¿Qué dices? Te escucho encantada, Román —repuso Nines con un suspiro de oveja preñada, por aquello de los sentimientos húmedos—. Sabes tanto de todo...

—No paso de ser un diletante, querida. Aunque, eso sí, cuando un asunto me interesa, voy hasta el final. —La excitación de su devota subió tres octavas. ¿También iría hasta el final con ella?—. Si me hubiera tocado investigar el crimen de vuestro enterrador, buscaría al asesino debajo de las piedras y no pararía hasta cazarlo.

Nines sintió un nudo en la garganta. Al coger el vaso, sus nervios la traicionaron y el Kas se derramó sobre los botines de cabritillo que lucía Corominas, un calco del modelo Maxwell que gastaba el duque de Windsor.

—Nada, no es nada —masculló el galán, maldisimulando su irritación, mientras se enjugaba la mancha con una servilleta—. Se secará y no quedará huella.

«No, no, que quede una huella indeleble en tus zapatos como en tu corazón. Eso es lo que quiero». Nines se lo repitió cien veces, rendida ante aquel hombre del que ya estaba enamorada de una manera mística y morbosa, hasta la perdición.

Todo se había precipitado dos tardes atrás. Ella fue a apostarse bajo los acebos de la casa Mikelarena, donde se alojaba el escritor, muerta de ganas por volver a verle. Casi una hora tuvo que esperar hasta que lo vio aparecer. Venía del ayuntamiento, con un pitillo en la comisura y una resma de legajos bajo el brazo. Nines le abordó como al descuido. Él le contó que había visitado las cuevas de Zugarramurdi. «Bah, eso no es más que una migaja del pastel», repuso ella, decidida a seducirle. «Arriba del monte Larrún, en Sara, hay un pentáculo muy antiguo con los seis nombres de Satanás escritos en vascuence. Seguro que tu francés pasó por allá». No hizo falta más para que le suplicara que lo llevase cuanto antes.

Tras su segunda cita en el Txinparta, y tan pronto como fijaron el día y la hora, corrió a Belle Ombre envuelta en un arrebató de deseo. Le temblaban las piernas, su corazón iba al galope. Nada más llegar se encerró con dos vueltas de llave en su cuarto, a salvo del acecho de su hermana. Se empastó a brochazos aquel rostro exangüe, un grumo de carmín cubrió sus labios descarnados, otro de rímel atacó esos ojos hundidos en cercos violáceos. Los tesoros que su amiga Fermina le enviaba desde París habían encontrado su momento. Emperejilada a conciencia, abrió como si fuera un sagrario ese frasquito malva donde se leían palabras mágicas «Eau des Merveilles. Hermès». Se dio una rociada y dejó caer su enagua para contemplarse en el reflejo de la ventana. Sus piernas nunca habían sido bonitas. La celulitis avanzaba como una necrosis, igual que los años en su cintura. Se perfilaba el tipo amantecado de la matrona vasca. La audacia se impuso a la rabia. De la arqueta prodigiosa sacó unas medias de seda color gacela y, mientras se las subía ya estaba sintiendo las caricias de su amante sobre su piel. Maquillada y desnuda, solo en medias, se veía como un fruto en sazón a la espera de la mordedura del placer. Había puesto bajito su disco preferido de Luis Mariano, Angélica Sérénade, la serenata de Angélica, como si la hubiera compuesto pensando ella, como si la cantara solo para ella. Su voz cálida, tan perfumada como aquell agua de Maravillas, se extendía por sus venas adormecidas, todo su cuerpo se sintió bañado por efluvios

primaverales. Así era su Román, como un secreto que la poseía, como una luz invisible para todo el mundo excepto para ella.

La música continuó sonando a bordo del Packard Woody de Corominas —un coche de importación, americano—, con el que cubrieron el trayecto hasta Sara. Lamentablemente, el tren cremallera de La Rhune no entraría en funcionamiento hasta el verano —algo que Nines sabía de sobra, tanto como que arriba no había ningún pentáculo satánico grabado en piedra—. Le curó de la decepción proponiéndole una alternativa romántica, una visita al lago encantado de Ibardín. Fue entonces cuando Corominas le susurró aquella galantería descalabrante:

—Estoy tan obsesionado con mi trabajo que he olvidado decirte lo preciosa que estás —¿Qué repetía el tema de *Angélica Sérénade*? «C'est un poème, un peu bohème / sur ce vieux thème / l'Amour / C'est un romance que recommence...» Nines se sintió desfallecer, él añadió—: ...Y hasta un perfume nuevo para destacar las cualidades de la nueva mujer.

El romance ganó proporciones frente al lago. Un tenue resplandor dorado fluctuaba sobre las aguas. Las montañas lejanas y sus neveros, teñidos de rosa, parecían mantequilla perlada. Ignorando que la naturaleza es el más elemental de los tópicos, Corominas esculpió una frase para la historia:

—Cuando me encuentro ante un paisaje tan sublime,

me siento impulsado, como el *Fausto* de Goethe, a gritar al momento que pasa: «¡Detente!»

Ella, que solo conocía esa fórmula por los escapularios con el «Detente bala» que los requetés se colgaban del pescuezo, tuvo que morderse los labios para no arrojarse al suyo y comérselo a besos. Estaba viviendo uno de esos raptos etéreos que te ponen el corazón al borde del alma porque, fugitiva pero intensamente, una pizca de eternidad ha venido a rozarnos. «Detente, claro que sí, detente para que acabe de poseerte la gran señora de mi linaje y te haga mío, mío para siempre».

Aquella invocación no tenía nada de inocente, cifraba un voto de gratitud dirigido a Laverna la Bella. Y, a decir verdad, de ahí había surgido todo. La noche previa a la cita con Román, mientras remontaba la escalera, el cirio a los pies del retrato de su antepasada se encendió por sí solo, como sucedía siempre que algo le ensoberbecía la sangre. Una madre que quiere a sus hijos sabe cuándo sufren. Nines sintió una punzada en la vesícula. Tanto ella como su hermana temían y respetaban las potestades de su tatarabuela. Jamás la importunaban con ruegos y plegarias, salvo que ella les diera pie. De otro modo jamás se hubiera atrevido. Parada en el rellano, tendió sus palmas sobre el cirio y elevó su mirada hasta el ojo de la Tuerta.

—Si puedes escucharme, madre y maestra, es porque me estoy convirtiendo en un fantasma, igual que tú —le dijo en un susurro, el susurro con el que se habla a los

zoragarriak, los númenes tutelares—. He vivido una vida tan triste durante tanto tiempo, que ya no sé si estoy viva o muerta. Laverna de mi corazón, apiádate de mí. Ayer me vi desnuda y no me gusté, me pinté y me vi más vieja. Soy demasiado mayor para ese hombre. Bendíceme con un hechizo, devuélveme el rostro que tenía cuando era joven, y que solo sea eso lo que vean sus ojos cuando me mire.

No era aún la hora en que Laverna recorría las escalas de su clavicordio espectral con sus dedos de niebla, ni aquella en la que convocaba la ronda de los monjes impenitentes. Sin embargo, su letanía no se perdió en la noche. Con palabras inaudibles, solo con el fulgor de su ojo, la dama del lienzo pareció responderle:

—Ángela, hija de mi sangre. Te oigo, pero desde donde estoy no puedo verte. Solo me llega el fuego de tu corazón, sangre de mi sangre. ¿Serviría de algo que te previniera contra los demonios del amor? —Nines apenas pudo negarlo con un trémulo cabeceo—. Entonces te exhorto a que no recuerdes el pecado que contra tu linaje cometí... y, a cambio, te diré lo que has de hacer para cruzar el puente de la carne y alcanzar el espíritu de aquel a quien amas.

Nines sintió que la sangre se le helaba en las venas mientras la voz de Laverna seguía creciendo dentro de ella, despacio, como a latidos. No habló mucho, apenas unas palabras que concluyeron con un mandato —«... Abre mi relicario, toma lo que te digo. Cede y

procede»—. Su relicario se ocultaba en una hornacina tras el lienzo. Nines deslizó el cuadro, abrió el nicho, cedió y procedió. Esa noche no durmió sola. Bajo su almohada ardían tres piedras de golondrina untadas en *pasmobelarra* —la hierba de los encantamientos—, una pezuña de cabra y una bolsita con polvo de cantárida, talismanes infalibles para mujeres malqueridas y vientres infecundos.

El ritual propiciatorio obró su efecto, tanto o más que la piedra imán de los gitanos. Al día siguiente, ya en el lago de Ibardin, mientras daban un paseo en barca, Corominas llegó a hablarle de amor —su amor por Carmen—, y le insinuó algo de un corazón destrozado. ¿Quién dijo que el desamor de una mujer imposible se cura amando a otra de corazón puro? Después de todo lo que había sufrido, al poner pie a tierra se sintió como si desembarcara en el paraíso. No había nadie en el pequeño malecón, se sentaron en un banco. Él encendió un pitillo. A través del humo se divisaban islas lejanas tapizadas de cocoteros, puertos de donde zarpaban bergantines, bellas mulatas acunadas en los brazos de caballeros distinguidos. La luz del atardecer acentuaba aquella atmósfera encantada.

—Tengo frío, Román —musitó ella—. Por favor, abrázame.

Si temblaba no era por el frío, sino por la fiebre. Notó su mano sobre su hombro, aunque sin estrecharla tanto como hubiera deseado.

—¿Sabes qué me recuerda este paisaje? Es como si

estuviéramos entre las páginas de *Cumbres borrascosas*. Ahora le pondría un final estilo *La Dama de las Camelias*.

—Un cóctel interesante, Ángela, te van las dos — condescendió el galán—. Nunca hubiera imaginado que fueras tan fantasiosa.

—Ay, si tú supieras... —continuó ella con ojos soñadores—. El libro que más me ha gustado contaba la historia de un barón que tenía a su mujer encerrada en una torre para que nadie la viera. Era tan bella... La cubría de joyas, le regalaba vestidos preciosos. Se pasaba horas cepillándole su pelo rubio como la mies.

—Vaya, menudo novelón. ¿...Y cómo acaba?

—Mi madre me lo quitó antes de que llegara al final — Nines bajó la mirada—, decía que yo era una niña muy impresionable. Tuve que imaginarme lo que faltaba.

—Me gustaría saber lo que imaginaste.

—Que ella murió y él, loco de dolor, no se lo dijo a nadie, se negó a enterrarla y guardó el cuerpo bajo llave en la torre. Todos los días subía a verla y le seguía cepillando el pelo mientras le cantaba canciones de amor.

Corominas se quedó pensativo, su cigarrillo en suspenso. No parecía sospechar que Nines le había contado en clave un capítulo esencial de su vida cuando le preguntó:

—¿En qué piensas, Román?

—En lo insensato que es quitarles ciertos libros a las adolescentes antes de que acaben de leerlos. Es como lo

de esa Landi con el gitano: se ha inventado un final para su historia pero, desde luego, con bastante menos imaginación que tú.

Su voz se había vuelto confidencial. Nines intentó ponerse a tono.

—¿Por qué lo dices? ¿Sigues pensando que no fue él?

—El mal es misterioso, Ángela, sabe enmascararse de inocencia. Para el mundo un asesino tiene que ser un monstruo, pero nunca es así. Los asesinos más terribles son gente de lo más normal, personas como tú y como yo. Hasta que se pervierten.

Su boquita demasiado pintada frunció una mueca para aparentar aplomo:

—A un hombre solo se le puede pervertir si está dispuesto a pervertirse.

—Cierto, por eso todos somos asesinos en potencia.

Si lo dijo por hacer una frase, ella palideció de golpe y se puso muy seria:

—Yo no, Román.

Corominas echó el humo hacia arriba y segregó una sonrisa pérfida:

—¿Y cómo lo sabes?

—Bueno, todo depende de la tentación que se me ofrezca —Nines entornó su mirada siguiéndole el juego —. Quizá sea una cosa digna de averiguarse.

—De manera que permitirías que te lleve a la cima de una montaña, una montaña como esta, tal vez, y te muestre todos los tesoros de la tierra y...

—Ni yo soy Jesucristo ni tú eres el diablo —repuso deseando que lo fuera—. Aunque, si tú me lo pides...

—Ven y condénate.

Apenas elevó su rostro hacia él sintió como si se disolviera dentro de sus ojos egipcios, y ya nada más que la cálida presión de sus labios sobre los suyos. Por primera vez en su vida, a los cuarenta y tres años cumplidos, Nines Echeagaray supo lo que era ser besada por un hombre de verdad.

11.

El hombre que sabe

«Si quieres, puedo acompañarte mañana al ayuntamiento. Te ayudaría con los escritos antiguos, con los nombres en vasco, no sé, con todo lo que surja...». El frenesí que la invadía hablaba por ella. Solo así pudo subir a sus labios esas palabras, tan definitivas para Nines como si se hubiera atrevido a decirle «Te quiero». Todo el que está vivo espera ese momento con tanta fe como desesperación. Era tan maravilloso sentirse amada de la cabeza a los pies, se decía y se repetía, el amor es un carrusel de locura. Más o menos como la conducción de Corominas. Durante el trayecto de regreso pisaba a fondo sin declinar su pose temeraria, con una sola mano al volante. Su Packard serpenteaba a través de la carretera de montaña. A lo lejos se podían ver las nubes ancladas al Pirineo, le parecía estar volando. Entraron en el túnel de Velate. Una salvaje excitación invadió a Nines, como si hubiera rebasado todos los límites de la felicidad y no pudiera soportarlo. Comprendió perfectamente a aquel ruso, Dimitri Caparazón —¿o era Karamazov?—, cuando

le confesó a su hermano que también uno podía matarse por entusiasmo, por exceso de vida, por estallido. Deseó que nada más salir del túnel se abriera un abismo y cayeran los dos. Morirían abrazados en la apoteosis del éxtasis, fundidos en un beso sin final.

—¿Tienes miedo? —Sin responder a su proposición, Corominas segregó una media sonrisa canalla mientras prendía otro cigarrillo—. Igual voy muy deprisa.

—No me importaría que mi vida acabara ahora, Román. A tu lado, moriría feliz.

—Entonces, espero que no te afecten las alturas.

—¿Por qué?

—Porque voy a llevarte al séptimo cielo.

Sus palabras la situaron al borde del desmayo. No se atrevió a contarle que la noche anterior había soñado que volaban en un globo aerostático, ellos dos solos, subiendo y subiendo, hacia el éter azul. Cogió el encendedor que él había dejado sobre el salpicadero y se quedó mirándolo, embelesada.

—Cuando iba al colegio, todos los chicos soñaban con tener un Zippo.

—Pues entonces te lo regalo. Quédatelo, es todo tuyo.

—¿En serio?

Corominas esbozó un floreo de príncipe de cuento, como si le estuviera regalando un unicornio de oro y marfil. Para ella aquel mechero era mucho más, su primera prenda de amor. Se imponía un cambio de tercio o acabarían revolcándose en cualquier pajar, y tampoco

era el caso. En ese momento el Packard atravesaba Yanci, donde se había encontrado, junto al Basajaun ancestral, el gigante de los bosques, aquella muñeca vieja marcada con la «M» de Mari. Román volvió al tema. Le apasionaba la señora de la cueva sin retorno, hada lujuriosa de su jardín encantado. Para él suponía algo más que el arquetipo de todas las brujas, incluida la Carmen de Merimée. «No es Eva, sino Lilith, la primera mujer de Adán, y créeme si te digo que no existe una hembra más fascinante» —le confesó con su voz profunda, tan terriblemente seductora—. «Al no poder ser madre, alumbra con sus caricias a los hombres que elige como si los pariera por segunda vez, pero luego... Luego los envuelve en su pelo, como una mantis, y se bebe su simiente hasta dejarlos secos. Toda la magia de las hijas de Mari reside en esas cabelleras de perdición. De día se las cubren, que no se vea nada. Pero en cuanto cae la noche, las despliegan como alas de murciélago para volar a sus aquelarres.

—¿Y tú crees en esas mandangas, en los pelos de murciélago y todo eso?

—¿Y tú no? —Corominas le devolvió la pregunta—. Por si no lo sabías, te advierto que todas las hijas de Mari son pelirrojas, encanto, igual que tú.

Nines sintió que las mechas caoba —*Noches de la Alhambra*—, se volvían llamas bajo su boinita de cachemir.

—Si estás pensando lo que estás pensando, Román, que sepas que yo me tiño.

—Por favor, tú eres un ángel, no una bruja. Salvo que quisieras serlo para mí.

—¡Ay, qué cosas me dices! Vas a sacarme los colores.

El periodista declinó sus ojos con un gesto seductor:

—¿Sabes qué pienso? Que tu boinita es una homenaje a las mujeres de la Vasconia medieval. También ellas se cubrían el pelo con tocados de lo más imaginativos, a veces en forma de cabeza de oca, de falo masculino y hasta de cuernos, el símbolo de la infidelidad. Mujeres tremendas, sacerdotisas de Mari que abandonaban el lecho conyugal para entregarse a sus coyundas con los íncubos de Akerbeltz.

—Me estás poniendo nerviosa, Román. Lo mismo tú eres uno de ellos.

—Ya te he dicho que sí, querida. —Ironía por ironía, su galán dio un paso más—. Pero solo hasta donde tú me dejes.

Verdaderamente lo había hechizado. Solo así podía explicarse que se mostrara tan rendido, que la mirara con tanta devoción. Igual que Heatcliff a Cathy, igual que Orson Welles a Rita Hayworth en *La dama de Shangay*, igual que don José a Carmen cuando esta le acaricia la yugular con su navaja mientras le besa y le dice: «Has encontrado al diablo». Se veía bella y terrible, hosca y voluptuosa, como una hija de Mari que regresa a su cueva con la cabeza de su último amante, presta a ocupar el lugar de la calavera entre las manos de Laverna la Diabla.

Nimbada por el aura de su perfume, aquella Eau des

Merveilles que exorcizaba su olor a sacristía, sus muslos hirvientes dentro de sus medias color gacela, ya en pose de mujer fatal, no le importó que volviera a besarla a la entrada de Etxalar, por más que, justo allá, en la parada de La Veloz, estuviesen plantadas dos arpías como Rufina Moraza, la viuda del ferretero, y Maritxu, la charcutera. El «¡Jesús, María y José!» de su comadre se les quedó atorado en el garganchón: los labios pintados, colorete en las mejillas, y mira qué vestido, fucsia y con topos, como las chicas de alterne, lo que hay que ver. Rufina sintió que la lengua se le enroscaba como una culebra, la charcutera puso boca de pez ante el escándalo, que también tenía su parte oculta. Desde aquel día en que se le rompió el tacón mientras acompañaba al escritor hasta el Txinparta, y Graxiana le sigiló que un tacón roto por la mañana es promesa segura de calzarse un amante por la noche, Maritxu no había dejado de soñar con el galán, en quien veía el antídoto perfecto para desquitarse de la disfunción eréctil de su marido, adepto a la Comunión Tradicionalista, aunque nada proclive a las comuniones carnales. Ver cómo se lo arrebatava esa mojigata sin curvas ni tetas puso las suyas en estado de erección mientras mascullaba un «será puta» y, en fin, todo lo demás. Que murmurasen cuanto quisieran. Según desaparecía, Corominas hizo sonar el claxon de su flamante automóvil. A cada paso, ya sin volverse, Nines laminaba sus frustraciones y alzaba de los adoquines sus sueños de jovencita. Se acabó aquella vida de lutos

perpetuos, cien soles palpitaban en su corazón. Estaba decidida a fugarse con su príncipe azul, igual que su bisabuela, la que también se llamaba Nines, qué casualidad, la que se fugó a Italia con un poeta a lo Campoamor. Así eran las mujeres de entonces: tocaban el piano, leían *La rosa de pasión* con el mismo fervor con que rezaban su rosario, y alzaban el vuelo en primavera. Hoy parece un cuento de hadas, tan anacrónico como el sonido de una cuerda de espineta que se rompe en un desván, tan irreal como las sombras que se deslizan por el jardín de un palacio una noche de luna. Pero eran así, como quería ser ella, románticas aventureras a las que se adoraba igual que a vírgenes. Ignoraba que esa luz crepuscular y tan bella puede cobrar un viso cruel. Que el encanto que la arrastraba hacia un mundo ilusorio, a veces se complace en mudarse en fatalidad.

Lo tenía todo previsto: los aullidos de su hermana, los maullidos de Sultán, el tronar del bastón de su madre, el cruce de palabras definitivas, el anatema, el soponcio, el portazo. Tanto le daba. En un par de semanas —estaba decidida— se iría con él, desaparecería de ese pueblo maldito para no regresar jamás. Bajo su cama guardaba otro de sus tesoros: su maleta de imitación cuero, regalo de su padre, repleta de vestidos cuidadosamente plegados, con su neceser perfectamente abastecido y, en el bolsillo interior, el talonario intacto. Solo le faltaba cerrar la

cremallera y echar a correr sin volver la vista atrás. Sucedió en el momento en que se detuvo ante la verja de Belle Ombre con las llaves en la mano. Un palmo a la izquierda, asomando el pico por la boca del buzón, advirtió una carta. Qué raro que Juana no la hubiera retirado. Estaría atendiendo a su *amatxo*. Nines sonrió para sus adentros y extrajo el sobre. Un sobre amarillo, sin nada escrito en su exterior. Lo abrió sin declinar su sonrisa, sacó un papel doblado en cuatro. Bastó con la primera línea. Sintió que su corazón se colapsaba hasta dejar de latir por completo. El mensaje, redactado en mayúsculas bastante torpes, decía así:

SÉ QUIÉN HA MATADO AL IDIOTA
PERO MI SILENIO TIENE UN PRECIO
EL MARTES QUE VIENE, A LAS DOCE EN PUNTO
DEL MEDIODÍA
DEJARÉIS CIEN MIL PESETAS EN BILLETES DE
QUINIENTAS
EN LA CISTARNA DE LOS BAÑOS DEL
TXINPARTA
ATENTAMENTE: EL HOMBRE QUE SABE

El rostro que encontró Juana al bajar, lejos del de una vestal rendida a los arrullos de Eros, semejaba el de una muerta viviente atravesada por los siete puñales. Sin embargo, la adusta primogénita apenas le dedicó un vistazo, como deplorando sus afeites, mientras se dirigía

al rincón de la máquina de coser. Sultán parecía esperarla con sus manitas sobre el pedal. Juana cogió el cesto de costura. Nines, demudada, puso la carta encima. A medida que su hermana iba leyéndola, el surco que roturaba su entrecejo fue haciéndose más profundo, pero en ningún momento perdió su sangre fría. Todavía con sus gafas de coser en la punta de la nariz, plegó el mensaje y lo pinzó bajo el cesto, como si fuera la nota de la compra.

—Vaya por Dios, esto tiene toda la pinta de un chantaje.

A Nines no le salía la voz, solo un resuello:

—Estamos perdidas, Juana, es el final... El final de todo.

Su cosanguínea extendió la cortina al bies bajo la lanzadera, enhebró el torzal y se aplicó a pedalear. Ahormado sobre la bandeja, Sultán se dejaba mecer al compás.

—Eso ya lo veremos, *bihotza*. A mucho se ha atrevido quien lo haya escrito.

A la pequeña se le iba la cabeza, apenas podía sostenerse. Buscó una silla, una contracción anunciadora de lágrimas le tironeaba las mejillas.

—¿Qué...? ¿Qué piensas hacer?

—Pues de entrada soltar las cien mil calas... —La pausa ensanchó el duro punteo de la aguja sobre la tela—. Aunque si ese cabrón piensa que se va a ir de rositas, no nos conoce. Ya sabes lo que le pasa a quien se tira un

pedo más grande que su culo.

Nines la escuchaba como cataléptica. La otra seguía a lo suyo, impertérrita:

—¿Cómo te parece que le coja el bajo? ¿Al ras o dejando tres dedos? Fíjate que esto es lino con seda, y de categoría —continuó, mostrando el tejido de las cortinas—. Me ha costado un potosí.

—Tanto me da, ya me estoy viendo colgada de la barra.

—Vamos, pequeña, vamos: nada de venirse abajo. Arriba los corazones. Por cierto, ¿las ves con galón o sin galón?

Sus dedos salpicados de vitíligo sugerían los de un virtuoso. Sultán contemplaba el vuelo de las puntadas como si fueran mariposas sobre un mar verde lima. A Nines todo le resultaba atroz, como si le estuvieran cosiendo la mortaja.

—Es horrible, horrible... Cobarde, miserable, canalla entre los canallas... ¿Quién ha podido hacernos algo así?

Juana volvió la cortina por la parte del forro, un trabajo perfecto.

—¿Pues quién va a ser? Alguien que te vio liquidar a Santúa, hija mía. ¿No me dijiste que cuando estabas en el acto...? —La mente de Nines se inundó de imágenes pecaminosas. No precisamente las del crimen, sino las de su idilio con Corominas en el lago del primer beso. Juana continuó—: ¿No viste pasar por la carretera frente al cementerio el coche del farmacéutico?

—¡Ay, mi madre, se me había olvidado! Sí, así fue. El

coche de Juan Cruz pasó dos veces. Aunque no sé... También pudo ser el de Zumbeltz. —Su tono varió de lo apocalíptico a lo tétrico—. Con lo que tendríamos dos candidatos.

—Dos candidatos... que pueden ser muchos más. Porque cualquiera de ellos ha podido irse de la lengua. — Juana volvía a pedalear al trantrán, aquella Singer del 35 no daba para más—. En este corral de cotillas la gente chasca que da gusto.

—No me digas eso, Juana... Voy a volverme loca.

—Lo que está claro es que hay alguien que sabe lo que sabe. ...Y a ese alguien le gusta el dinero. Un buen pellizco, veinte mil duros. Con eso te puedes comprar hasta un piso en San Sebastián.

El ronroneo de la máquina se sincopó con el de Sultán. Repanchigado sobre el pedal, se dejaba acunar con la mirada extática de un archimandrita.

—Eso dejaría fuera a Culopollo, que está forrado.

—¿Y qué te crees de Zumbeltz? Ese las mata callando, mucho decir que las pasa canutas pero tiene más pasta que el Cerdo de Oro.

—Entonces, ¿qué? ¿Es que estás por la labor de soltar la pasta y adiós buenas?

—Madre del Amor Hermoso, qué pesadita te pones, hija, y encima no te enteras. —Juana comenzaba a impacientarse, la bobina se le había atascado—. El dinero va a ser el cebo para cazar al ratón. Luego vendrán el llanto y el rechinar de dientes.

—No te entiendo... —susurró su hermana, hipnotizada por su manera de resolver las pequeñas y las grandes tragedias—. ¿Qué quieres decir?

—Cuando se acerque a coger la pasta averiguaremos de quién se trata y, una vez que lo sepamos, ya encontraremos la manera de...

Juana se llevó el hilo a los dientes y lo cortó de un mordisco. Bastó con eso. El corazón de Nines dio un vuelco, el hacha del verdugo sobre su cerviz.

—No me pongas esa cara de mosquita muerta —siguió la primogénita—, que tú ya tienes experiencia en el oficio.

—¿Y tú...? ¿Tú qué tienes en la cabeza? Me estás asustando, Juana.

—Menos sustos y más redaños, querida, la vida es así. Ese *gixajo* se ha atrevido a sajarnos la yugular, como a dos terneras, y recibirá lo que se merece. Se va a enterar de lo que vale un peine ...Y de lo que son capaces estas dos pelonas.

Su hermana estaba perdiendo la cabeza, no pensaba lo que decía. Nines sintió como si estuviera en lo alto de una escalera y la venciera el vértigo. Tuvo miedo de mirar abajo, el carácter de Juana no admitía impugnaciones:

—Pero ¿y si se ha ido de la lengua? Pude haber más en el ajo, como tú has dicho.

—Es igual. No tienen pruebas.

—¿Y nuestro violín, qué?

Juana chasqueó la lengua con un gesto de fastidio:

—Joder con el ángel patudo, el que quiso volar y no

pudo. El maldito violín.

—Ese demonio nos tiene en sus garras. No escaparemos, no escaparemos...

La congoja de Nines no tuvo mejor respuesta que un bostezo de Sultán, pero pareció un bostezo fingido, como si estuviese asustado y simulara que estaba aburrido. Su dueña se limitó a atusarse el moño con aire pensativo:

—Y eso no es lo peor...

—¿Qué es lo peor? ¿Puede haber algo peor?

—Con esta historia ridícula nos hemos olvidado de mamá. Vete haciéndole el zumo, que voy a ver si en la nevera queda algo con lo que podamos apañarnos.

—No vas a contárselo, ¿verdad?

—Qué cosas se te ocurren. Por supuesto que no. —Su voz le llegó desde la cocina, mientras sacaba de la nevera un plato con un par de pechugas de pollo—. Están un poco revenidas, pero bueno, se las empano y listo. ¿Dónde narices habré puesto el pan rallado? —Muy ocupada en buscarlo, no volvió a hablar hasta que localizó una lata de Cola-Cao morada con lunares blancos—. Y en cuanto a lo otro, paciencia y barajar, Nines. Nadie canta canciones por las arañas muertas.

12.

Los designios de Dios y los de Garrincha

Si aquella escena sucedió un viernes, en el umbral de un fin de semana que Nines se prometía paradisiaco, cuatro días después Laverna la Tuerta la vio remontar la escalera como si la muerta sin sepultura, el fantasma sin sosiego, la condenada a penar en los fuegos eternos, fuera ella. Una vez en su cuarto, alzó la colcha que ocultaba su maleta y tiró de ella como si arrastrara su propio ataúd. Sacó un talonario a estrenar, lo metió en su bolso y volvió a empotrar la maleta bajo la cama. De regreso al salón, su viacrucis se inició con un monosílabo:

—Voy —anunció con la lúgubre determinación de un candidato al patíbulo.

—Valor, Caperucita —ironizó su hermana, a su manera cruel—. Y ya sabes, nada de tontear con el Lobo Feroz.

El sarcasmo ensanchó su martirio con un pálpito aún más doloroso. ¿Se habría olido algo de su romance con el escritor? No, Juana se refería a Custodio, Custodio Legaz,

el factótum de la sucursal. A decir verdad, más que al Lobo Feroz, su aspecto recordaba al de un domador de caniches cruzado con el judío errante. Flaco como un gorrión, calvo como un viejo chimpancé, y siempre al quite tras sus gafitas de alambre, se consideraba el albacea universal de sus clientes, a quienes escrutaba con esos ojillos fraudulentamente afables, teñidos de superioridad moral. Apenas empujó la puerta, una ráfaga de aire viciado que recordaba al último estertor de un dragón muerto siglos atrás, pudriéndose, estuvo cerca de tirarla de espaldas. Nines no pensó en metáforas acerca del insalubre mundo de las finanzas. Respiró aliviada al constatar que no había nadie más en la oficina y avanzó hasta el mostrador donde imperaba una fiambarrera infecta, el almuerzo de Custodio, que este se apresuró a deslizar entre sus pagarés. Cuando le pasó el talón, el de los manguitos impolutos y el lápiz en la oreja no pudo evitar un respingo:

—Vaya, cien mil pesetas, y así, de sopetón. Esto es mucho dinero, señorita Echeagaray. ¿Qué pasa? ¿Van a hacer obras?

Ella mantuvo el tono distante, decidida a no dar explicaciones.

—En billetes de quinientas, por favor.

Legaz captó el mensaje. Abrió la caja mirándola de soslayo:

—¿No preferiría de mil? Es más práctico.

—Bah, ¿qué son veinte mil duros en nuestros días?

Al volverse hacia esa voz, Nines descubrió el encorpachado perfil de Maritxu, la charcutera. La manera de apretar su bolso delataba la recaudación del mes. Ella y su socia la habían visto en el coche de Corominas, besándose. Sintió que le faltaba el aire, pero no dijo nada. Guardia alta, la mirada al frente.

—Además, seguro que nuestra Nines sabe muy bien dónde gastarlo —continuó la recién llegada dirigiéndose al cajero, con retintín—. Tú tranquilo, Custodio, que no será en uno de esos golfos cazafortunas que están a verlas venir.

La provocación la alcanzó como una bofetada. Nines cerró los ojos, respiró hondo.

—¿Le ocurre algo, señorita? —La voz de Legaz, más bien su aliento a sardinas en escabeche, agravó su malestar. Sintió que se mareaba.

—No es nada, no es nada. Estoy perfectamente.

—Espero que tu *amatxo* se encuentre igual. —La incurable buscó otra vía para seguir mortificándola—. Tanto tiempo sin verla, no sabes lo que rezamos por ella. Aunque lo mismo necesitáis el dinero para un tratamiento.

—Gracias por vuestras oraciones, pero tranquila, que el seguro se lo cubre todo. Luego, vaya, tiene sus días, unos mejor, otros... Ya te puedes imaginar.

—Ay, los mayores, cuánto trabajo —abundó la otra, clavándole sus ojos achinados, como los de un cerdo maligno—. Y tú, siempre tan sacrificada. Una mártir.

El escarnio de su loca aventura hizo que Nines se

tensara, rígida de rabia.

—Pues qué diremos las demás de tus obras de caridad —exclamó, mirando el taco de billetes sebosos que asomaban por el cierre de su capazo—. Si es que tienes el cielo ganado, Maritxu, aunque te toque entrar por la puerta del matadero.

A cubierto del cruce de estocadas tras su rejilla, Legaz recontaba los fajos pasándose el índice por la lengua antes de atacar el siguiente, que ya era el último.

—Aquí tiene, señorita. Cuarenta de quinientas por cinco, hacen cien mil calas.

—¿Es todo?

—Seguro que sí, hija mía. —La charcutera segregó una mueca displicente—. Qué poquita cosa parece, ¿verdad? Es lo que le digo a mi Inaxi: viéndolo así, nadie piensa en lo que cuesta ganar ese montoncito.

—Siguen siendo cien mil pesetas, Maritxu —apuntó Custodio con el tono del hombre que aprecia el valor del dinero—. Guárdelo bien dentro del bolso, Nines, y mucha precaución de aquí a casa. Ni un paso en falso.

—Desde luego, ni un paso en falso —sentenció la rompetacones—, que hoy en día ya no podemos fiarnos de nadie.

El vaticinio se cumplió al instante. En eso, enfundado en su gabán mugriento y precedido por el renquear de su pierna maltrecha, a lo lord Byron, asaltó la sucursal un

sujeto de rostro demacrado, barba de tres días y ojos de predicador, aunque la pelambre en lenguas de ceniza recordaba más a esos *beatniks* pasados de vueltas que acamparon entre las *roulottes* de Orson Welles.

—¿Pasos en falso? ¡Con los comunistas hasta el Banco de España, pero ni uno más!

El corte de mangas que siguió a la exclamación hizo caer el lápiz que Legaz pinzaba en su oreja, la cara de la charcutera cobró una palidez inquietante.

—¿Y tú qué miras, tragachistorras? —le espetó el intruso elevando el mentón hacia ella—. Tranquila, que tus gorrinos podrán seguir cantando el *Gora ta gora*, y hasta bailarlo sobre mi tumba. Aunque no sé —pareció reflexionar—, desde que me he hecho budista estoy más por la cremación. Incluida la del dinero.

En Etxalar todos temían y respetaban por igual a Mateo Garrincha, el último adalid del maquis pirenaico, tres veces fugado de los penales franquistas, y salvado por la intercesión de Satanás de otros tantos fusilamientos. La proeza o el milagro le habían deparado un calificativo no menos estremecedor, el Muerto Resucitado. Custodio tardó en reaccionar, improvisó una campechanía suicida:

—Bueno, qué, Garri, ¿has descubierto alguna enseñanza magistral que estés dispuesto a compartir con tus semejantes?

Sabía que era su punto débil. Desde que había renunciado a la revolución —también había sido declarado traidor entre los suyos, «porque le gustaba

mucho el café», como a los burgueses—, Garrincha derivaba hacia el misticismo oriental, a la manera de los Beatles y el gurú Maharisi, aunque siempre llevaba un cabo de mecha en el bolsillo, por si se le presentaba la ocasión de volar el país por los aires.

—No intentes enredarme, sabes perfectamente a lo que vengo.

—Pues si es a lo de siempre, siento decirte que aún no se ha producido un nuevo *crack* en Wall Street. Paciencia, lo mismo la semana que viene...

—No importa, seguiremos esperando hasta la victoria final —le cortó el exjacobino, olvidando sus pujos místicos—. El futuro es nuestro.

—En ese caso, si nos disculpas... —maulló Legaz dándole por despachado.

—¿Qué pasa? ¿Ya no te interesan mis enseñanzas?

Los cambios de tono de Garrincha resultaban temibles. El cajero se demudaba a ojos vista. Si la charcutera salió en su ayuda, pese a su temblor de piernas, fue más por disimular el gesto ladino con que zambulló su recaudación en el bolso.

—A mí me interesan muchísimo, Mateo, ya sabes que soy una mujer muy abierta. —La mirada del visionario se clavó en las mórbidas cazuelas de carne en sazón que rebosaban su escote—. ...Abierta a otros cultos, quiero decir.

—Ya, eso es como decir que adoras a todos los dioses, pero ninguno como el del dinero, ¿no? —Maritxu impostó

una sonrisa de circunstancias y sintió como si se le agrietara la cara—. Pues yo solo creo en el karma: cada uno se labra su cielo y su infierno en la tierra, y punto. Paso de vuestros dioses, hay demasiados y ninguno existe. No entiendo cómo se puede creer en ellos. Poner velitas a la Virgen de Lourdes, qué ridiculez. ¿Por qué no también a Zeus, o al Conejo de la Suerte?

—Bu... bueno, bueno, Garri —tartajeó el cajero—, cada cual a su gusto.

—¿Pero qué arreglamos con eso, eh? —Maritxu hizo como que jugaba a su favor—. Tú que eres tan listo, ¿no tienes una receta para que nos vayamos contentos?

Garrincha adoptó un aire profético y fijó en ella sus ardientes ojos negros:

—¿Me estás pidiendo que destile en una sola frase la sabiduría adquirida en mis cincuenta y nueve años de meditaciones filosóficas, la condense en una verdad universal y te la suelte gratis, aquí, en este antro de Mamón, en esta cueva de ladrones, a modo de mensaje para la humanidad?

—Que sea por la redención de los filisteos —puntualizó el oficinista.

—Pues a ver si te vale esta: Algo es algo, dijo el diablo, y se llevó a Judas.

—Ya, ¿y qué dijo Judas? —replicó la charcutera, muy digna, sin reparar en el tintineo de las moneditas de plata enhebradas a su pulsera.

Se lo puso fácil, Garrincha era todo un poeta:

—Así canta el dinero —masculló socarrón—, en las manos de Pedro Botero.

En un arranque, Maritxu cogió la hucha de santa Gema alzada sobre el mostrador, presta a defenderla de aquel carbonario. Temiendo que el siguiente fuera él, Legaz se amadrigó entre sus balances. Nines, hasta entonces inadvertida, decidió retirarse. La voz de Garrincha le llegó por la espalda:

—No vale nada, Nines, desengáñate. Lo que te llevas no vale nada. —¿Se refería a la pequeña fortuna que acababa de retirar? No, no era eso—. Solo aquello que das, lo que entregas a la luz porque ya es luz dentro de ti. Solo eso vale, solo eso te salva.

Nines continuó avanzando hacia la puerta. Ya en la calle, cuando ni el cajero ni la charcutera podían verles, sintió la mano del loco sobre su hombro:

—Venga, cuéntamelo todo.

La cogió por sorpresa, se aturdió.

—¿Todo, de qué?

—Por qué no eres feliz. Por qué sigues sufriendo. Hasta los condenados tenemos un alma, Nines. No puedo decirte cuándo ha venido ni cómo se irá, pero la tenemos y tú estás apagando la tuya, y no puedo soportarlo.

Nines apretó las mandíbulas y se soltó de un tirón:

—Déjame en paz con tus sermones, que bastante tengo con lo que tengo.

—Escúchame, yo te conozco, sé cómo eres. Crees que no vales nada, que eres tan frágil como una cerilla. —¿De

dónde sacó ese fósforo? La pregunta estaba de más. Tras prenderlo con un raspón sobre su barba, Garrincha lo mantuvo ante sus ojos—. ¿Lo ves? Así es tu alma, una llamita. Pero si te atrevieras a crecer, a ser quien realmente eres, podrías incendiar todo este pueblo, el mundo entero.

Aquel fósforo encendido frente a su cara la estaba poniendo nerviosa, tanto o más que su mirada al otro lado de la llama. Sopló la cerilla y reemprendió su camino. Garrincha siguió acuciándola, en voz baja, con aquel tono mortificador:

—Por lo que más quieras, Nines, no confundas el fuego con la llama, no te dejes quemar, no te tortures más... Eso es el fuego. Pero la luz es otra cosa, es tu verdad, es tu misterio. —Nines sufría cada palabra sin dejar de caminar, los labios apretados, la vista al frente—. También la mala suerte puede guiarte a tu destino, créeme. Acéptala, deja que suceda... y todo cambiará.

Su melopea se fue apagando sin que ella se volviera hasta que desapareció como el rey del País de la Tristeza. No podía imaginar que esa sombra, la de Garrincha, también estuvo presente el día de su primer encuentro con Corominas en el cementerio. Aquel muerto resucitado que se alzó de entre las tumbas, a su espalda, aquel vigilante de sus pasos en la oscuridad, era él. Cierto, lo más perturbador de la realidad humana es que siempre está sucediendo en el cuarto de al lado algo que solo descubrirás demasiado tarde. Nines no lo sabía pero, de

haberlo sabido —¿por qué la acechaba?—, su abatimiento no hubiera mermado un ápice.

Hasta Román le había fallado. Tres días atrás, cuando ella y su hermana recibieron la carta del chantaje, se apostó frente al portalón de la casa Mikelarena, decidida a contárselo todo. Le hubieran bastado unas palabras de aliento, un beso, una caricia. Dos horas se mantuvo al pie de los acebos, hasta que Pantxika, al volver de misa, le contó que el periodista había volado del pueblo la noche anterior.

—¿Cómo...? ¿Que se ha ido? ¿Y sin dejar aviso?

—Ni para las ánimas, chica, que los de Madrid ya sabes cómo son. Como el apóstol número trece, que viene y desaparece. ¿Tenías que verle para algo?

La mirada de la vieja la atravesó de parte a parte. Otra que sabía, otra que se burlaba de su mal fario. Todos estaban al tanto, todos menos su hermana. Y si con Román ya no podía contar, antes muerta que contarle a ella nada acerca de sus amoríos. ¿Pero qué amoríos? Alguien que te quiere no te deja plantada así como así, salvo que... Era el mantra de las radionovelas que escuchaba junto a su madre. Los príncipes de la vida se cuidan mucho de acercarse a los tristes, los derrotados, los casos perdidos, salvo para correrse una juerga y nada más. Sin embargo, el día de la excursión, cuando se detuvieron en Yanci, en la cueva de San Juan Xar, él se mostró tan

cálido, tan tierno, tan rendido.

—Fíjate cómo brilla su mano izquierda. —Le hizo ver ella, por ponerse a su altura—. Los que buscan la suerte se la han tocado más que el pie de San Pedro en Roma.

Román miraba la estatua monolítica de aquel santo que más parecía un ídolo pagano labrado en piedra, el mítico Basajaun, el Yeti vasco que convoca a su mesnada entre *irrintzis* salvajes y repiques de *txalaparta*. Impresionaba tanto como la atmósfera que les envolvía, el vientre de la cueva, el lento goteo sobre los helechos, la negrura circundante.

—¿Eres supersticiosa?

—Ni te imaginas cuánto: nunca me voy de aquí sin dejarle al santo una *opilla*. Es su tributo y hay que pagarlo. —Nines sonrió, todo inocencia—. Hay mucha gente que no es feliz, Román. Nosotros vamos a serlo. No quiero correr ningún riesgo.

—El riesgo es creer en esas majaderías, Ángela. —Le vio frotarse la nariz como si hubiera inhalado pimienta—. Eso es de palurdos. Nosotros somos gente culta.

Bajó la mirada, ella no había pasado del bachillerato. Aun así, estuvo a punto de decírselo de una vez: «Pues tú bien que crees en tu Carmen y en tus brujas y en todas esas mujeres que...». Se mordió la lengua, no era cuestión de incomodarle.

—Pero a veces, Román, el destino nos envía mensajes. Algo así como un código.

—¿Un código? ¿A qué te refieres?

El cirio que se encendía por sí solo bajo el retrato de Laverna, como los que se alzaban a los pies del Basajaun, como ese Basajaun que tanto se parecía a Orson Welles, otro que se atrevió a hablarle de su mal fario, igual que Garrincha y los doce vientos. Todo eran claves que Nines prefirió guardarse.

—No sé, cosas muy sencillas, historias que tú mismo te puedes inventar.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo... —vaciló, golosa de que la escuchara con tanta atención—: si de vuelta a casa nos cruzamos con una vaca antes que con una oveja, seremos muy afortunados. Fíjate bien mientras conduces.

Fue lo que hicieron. Naturalmente, la oveja apareció antes que la vaca. Nines confiaba en que Román no se hubiera dado cuenta, pero lo hizo.

—Al destino no se le puede hacer trampa —claudicó apesadumbrada.

—Debiste sacrificar un pollo esta mañana —se jactó él—, para ver lo que nos auguraban sus entrañas. Aunque, quién sabe, todavía estamos a tiempo y...

—¿...Y?

—... Y lo mismo nos cruzamos con un bizco.

—¿Eso es malo?

—Peor que malo: quien ve un bizco antes del almuerzo, llora con el sol puesto.

Sucedió en el cruce de Peña Plata, ya cerca de Etxalar. Al poco de dejarlo atrás, Román frenó en seco su Packard

Woody panelado en madera.

—¿Qué pasa?

—¿No te has fijado en ese aldeano que estaba segando donde el cruce? ¡Era bizco! Nuestro matrimonio será una calamidad.

A Nines se le paró el corazón —¡había dicho matrimonio!—. La expresión de su rostro, él pensó que a cuenta del bizco, movió a Corominas a justificarse:

—Era una broma, cariño. No había nadie en el cruce.

—Como si había cien bizcos, Román. Prefiero ser desgraciada contigo a ser feliz con cualquier otro.

Así se despidieron, en el vértice del más romántico de los sueños, cuando estaban a un paso —o así lo suponía ella—, de salvar la vorágine de las bajas pasiones para tenderse sobre las verdes praderas del amor conyugal. ¿Cómo podía ser que hubiese desaparecido sin más ni más, sin acercarse a despedirse, sin darle una razón? Tendría que nacer de nuevo para entender el vaticinio de Garrincha —«la mala suerte también puede guiarte a tu destino»—. Y además, ¿qué pintaba ese loco en su historia? Que arreglase la suya, esa sí que era para echarse a temblar. Su hermana tenía razón, todos los hombres son odiosos. Había matado a uno por culpa de un beso y, con otro beso, su amor la había matado a ella. «La vida es como un tango» —lo decía el conde D'Angelo en *Un rayo de luz*—: «hoy un juramento, mañana una traición».

Pero no, aquello era una maldición. ¿De qué le había servido su conjuro propiciatorio: el «Cede y procede» de Laverna, las piedras de golondrina, los polvos de cantárida? El estigma familiar la había consentido rozar el cielo, pero solo para precipitarla de la gloria al abismo. ¿Podía haber algo más cruel?

Claro que lo había. A la pobre Nines le bastaba con ver su rostro reflejado en esos lentes tan negros como el pelaje de Sultán. Su hermana recontó el dinero que sacó del bolso, nada más llegar a casa, sin reparar en su aspecto de alma en pena.

—Muy bien, está todo. Mañana liquidamos el asunto.

—Me acompañarás a la taberna de Zumbeltz, ¿verdad, Juana?

—Ya te he dicho que no. Además, es imposible: recuerda nuestro plan.

No estaba mal ideado: una pinza letal. Mientras Nines procedía a depositar el chantaje, Juana se apostaría enfrente, tras el ventanal del casino, hasta ver salir al infame con su botín. Pero eso era antes, cuando todavía se sentía fuerte.

—No podré, Juana... —poco le faltó para añadir: «No podré seguir viviendo sin mi Román»—. Somos como Dios nos ha hecho. Tú eres una roca, pero yo..., yo...

—Se fuerte y deja a Dios en paz, que esto es una cosa entre nosotras y el diablo.

—¿El diablo? —Nines dio un paso atrás—. ¿Qué dices? ¿Qué estás diciendo?

—Piensa en Laverna, también ella tuvo que escupir sobre los evangelios para salvar su alma.

—Qué barbaridades se te ocurren. Se me está poniendo un mal cuerpo...

—Los evangelios dicen que los que tienen, recibirán, y aquellos que nada tienen, hasta lo poco que tuvieren les será arrebatado. Así que, más claro, agua.

—¿Y ahora me vienes con que vamos a perderlo todo?

—Al revés, hermanita: nosotras tenemos lo que tenemos, el que no tiene nada es ese muerto de hambre, y menos que va a tener. En cuanto muerda un real de lo nuestro, Laverna hará justicia y nosotras, ya lo verás, recibiremos ciento por uno.

«Ciento por uno», masculló Nines apretando las muelas, como para fortalecerse con el tali3n de su hermana. «Ciento por uno», s3, ese hab3a sido el pago de su amante: a cambio de un beso, una pu3alada que val3a por cien. Comenzaba a descubrir que amar es ser vulnerable. Y ser vulnerable es como provocar el ataque del destino. Le torturaba que la fuga de su Rom3n y la aparici3n de aquel chantajista hubieran sucedido casi el mismo d3a. Igual que las palabras de Garrincha, tan terriblemente prof3ticas. Pero ¿c3mo cont3rselo a Juana? Su hermana le hab3a vuelto la espalda para arrojar algo al fuego. La intensidad de las llamas se increment3, perfilando un aura roja en torno a su figura. Las hogueras de Laverna volv3an a encenderse a la hora en que despiertan los fantasmas.

13.

Me alegro de que estés muerta

Bajo las vigas de roble, buena madera, curada en cien tormentas —siglos atrás sostuvieron el espinazo de imponentes galeones—, una escolanía de moscas verdosas zumbaba en bandada, como a la espera de su señor. Debía ser por eso que a Zumbeltz le llamaban Zumbeltz. Todo zumbaba en su taberna, empezando por su chaveta de viejo druida, sus mostachos ensopados en vino y hasta esa manaza hinchada de metralla —recuerdo de las trincheras del 36—, que parecía a punto de estallar. Sobre todo en sus momentos de inspiración. Cuando se le cruzaban el culo en pompa de Mari Toñi y una copa de más, la abrochaba por los pitones, le levantaba las faldas con un relincho —«¡Estos sí que son pata negra!»—, y le asestaba una palmada que hacía temblar el cancán de jamones colgados de su santuario. Mari Toñi, facilona o cimarrona según con quién, se dejaba magrear con una sonrisa torcida que podía expresar lascivia, sumisión o pura repugnancia. Lo que estaba claro es que no tardaría en catar la textura de sus Infalibles.

Sucedía algo semejante con los foráneos que se aventuraban en sus dominios. Zumbeltz entonces se echaba el trapo al hombro, adoptaba su pose de garganta profunda y les soltaba mil patrañas sin que asomara a su rostro la menor expresión, como si padeciese una parálisis irreversible de sus músculos faciales. Seguro que Román tuvo que soportar sus tiradas a lo Homero perdido en su *Iliada* rural —«hay que ver las cosas que ha visto usted»—, hasta que el oráculo sentenciaba: «Amigo mío, por esta barra ha pasado hasta el emperador de Abisinia», con ese tono de veterano del apocalipsis que movía a pensar a su interlocutor que aquella taberna infecta, como esas ciudades míticas cuya grandeza se reconoce por sus vestigios, fue sin duda el ombligo de un imperio.

Mientras el cliente se retiraba abrumado por su verborrea, Zumbeltz Bocaseca se toqueteaba los dídimos con una mueca triunfal: «Otro que entra en plan gallito y sale como un capón, igual que todos los que nos vienen de Madrid». Su grey aprobaba la ocurrencia llevándose una gilda a la boca, unos escrutando el glorioso pandero de Mari Toñi; otros, los de más nivel, acariciando con la imaginación las tetas de las ninfas *art déco* que alegraban su reloj de pared. Fuera de estas, rara vez se veía aparecer a una mujer de carne y hueso por el Txinparta. No es que a sus parroquianos les amedrentasen las hembras, pero ante su presencia les embargaba un vago malestar. Algo similar a la prevención que nos inspiran esas plantas carnívoras y tentaculares, de acuosos efluvios, siempre

hambrientas y prestas a abrirse para devorarnos. Ay, las terribles madres castradoras de la Euskal-Herria irredenta, cuántos complejos de Edipo —o de *Ramuntxo* —, [\[12\]](#) cuántos desfloramientos de ovejas *latxas* han propiciado bajo sus enaguas.

Nines Echegaray no era precisamente la Madelón. Pero cuando empujó la puerta todas las conversaciones cesaron, lo que intensificó el runrún del Telefunken elevado entre la gramola y el petaco, en una suerte de peana votiva digna de alguna deidad ancestral. En la España de entonces los televisores suponían un lujo, la gente se congregaba en los bares, improvisaba capillas entenebradas de nubes nicotínicas e imbuidas de sacralidad, aunque fuera para ver *Por tierra, mar y aire* —el noticiero de las Fuerzas Armadas—. Fuera de ese rincón, tampoco había muchas mesas ocupadas. Chingurri Celarain, el rijoso que ensanchó su leyenda tras birlarle un par de bragas a Jeanne Moreau, compartía la más animada con Sabin Picabea, alias Dienteputo, y Cipri Olaciregui, el Matador. Ventilada su partida de mus, los tres curdas a los que fulminaría un soplo de aire fresco seguían a lo suyo:

—Quita, quita... Como Paulino no ha habido otro. — Se referían a Paulino Uzcudun, el gigante de Régil—. Era un fenómeno. Cuando le peleó el título mundial a Primo Carnera me fui a verlo hasta Italia en autocar. Joder qué viaje, la Odisea.

—Eso fue en tiempos de Mussolini, ¿no?

—Justo en el 33 —precisó Dienteputo, la *txapela* en el

cogote—. A Carnera le habían firmado que ganaría por K.O. Solo pudo hacerlo por puntos, y con los árbitros comprados, qué vergüenza. Pero fue Paulino el que se ganó a la gente, con toda la plaza de Siena puesta en pie, aplaudiéndole. Eso sí que daba para una película bien traída, no como los truños de «Güeyes», que no hay quien los entienda.

Chingurri mareó su vaso y se puso fatalista:

—¿Qué se puede esperar de un menda al que le falta un pulmón?

—¿Lo dices por el americano? —puntuó Cipri, un poco mohíno, pues era del dominio público que él había dejado un testículo en Belchite—. No sabía que...

—No, hombre, no —le alivió Dienteputo—, que el tísico era el árbitro.

Chingurri escupió el hueso de la aceituna y fue al meollo:

—Ya, y seguro que luego te fuiste de putas.

—A ver... —musitó el *expelotari* antes de engullir de un bocado su pincho de oreja de cerdo—. Había que mojar el churro y estábamos en el país de la Loren.

—Lo que tienes que hacer es casarte —sentenció el Matador—. En cuanto te casas, mojas todo lo que te da la gana, que las alianzas son un imán para las tías.

—Con esa..., no me importaría.

Seis ojos viraron extasiados, no precisamente ante al paso de

Nines, sino siguiendo el meneo de Mari Toñi, que

acababa

de barrer. Solo dos de los acodados a la barra no se volvieron: Belzunce, el secretario municipal, y el farmacéutico que había sido su primer amor, aquel Juan Cruz —Culopollo—, tan patético que solo le daba al vino blanco, como los señoritos. Nines avanzó, muy tensa dentro de su vestido gris perla con cuellecito chimenea, su bolso atornillado a la cadera, al tiempo que susurraba un *egun on* —buenos días—. Los asiduos respondieron con un rictus usurpado a la cabeza de jabalí que santificaba el antro y un mudo empinamiento de barbillas. Una vez que alcanzó la mesa más cercana a los baños, se sentó con la mirada perdida en el exterior. Al otro lado de la calle, y de una ventana semejante, Juana ya había ocupado su puesto de vigilancia en el casino. La voz raspada de Mari Toñi le llegó envuelta en el lamparón de salsa de callos que salpimentaba su delantal.

—¿Qué va a ser, reina?

Zumbeltz había enviado a su asistente. Mujeres, que se entendieran entre ellas. Las manos de Nines se crisparon sobre su bolso, como si temiera que aquella pelandrusca fuera a arrebatárselo. Qué vas a esperar de una recogida de la Inclusa.

—¿Tenéis Marie Brizard?

Mari Toñi viró de proa hacia la barra. La mano explosiva de Zumbeltz ya estaba apartando una botella polvorienta, poco o nada solicitada. Por un momento la mirada de Nines se cruzó con la de Culopollo, este la

esquivó, como si se le hubiera caído media córnea en el chato. ¿Porque estaba en el bar sin la espingarda de su mujer, o quizá porque tenía algo que ocultar? Fuera de Zumbeltz y los curdas, el otro posible sospechoso coincidía con ese Anastasio Belzunce —Tasio para los amigos—, un tipo raro, de pocas palabras —sobre todo a causa de su tartamudez—, sin más aficiones conocidas que tocar el piano en su casa y el órgano de la iglesia en una exclusiva fiesta de guardar, la del holocausto nuclear de Hiroshima, que tuvo lugar un 6 de agosto, día de la Transfiguración del Señor. O sea, que el misántropo tenía principios, no parecía una alimaña capaz de chantajear a dos damiselas indefensas. Aunque cuando hay dinero por medio, nunca se sabe. Nines pinzó la copita por el tallo, cerró los ojos y la apuró de un trago. El licor entró en su cuerpo como combustible en un horno, produciéndole un calor sin alegría. Los de la barra se cruzaron un guiño, Culopollo seguía catatónico. Nines desvió la mirada de su tupecillo gallináceo al escote de Mari Toñi y pidió otra copa. Ya con la tercera se vino arriba, aferró su bolso y se dirigió con paso decidido hacia los lavabos.

Una vez dentro, corrió el pestillo y examinó la cisterna: costras de mugre y óxido, telarañas, y hasta un Infalible usado colgando. Sumergir en ese vertedero su bolsa con las cien mil pesetas le pareció una aberración, pero ya era tarde para echarse atrás. Rezó un avemaría, se santiguó y, ¡alehop!, arrojó su tesoro. Cuando regresó al salón, Chingurri dejó caer una gracia al paso —«Es lo que tiene

hacer la primera comunión después de los cuarenta. A las que se lanzan, ya no les vale con una botella»—. Todos entendieron, estalló la gran carcajada, se partían de risa. Todos salvo Juan Cruz, que bajó los ojos cuando Nines planchó dos duros sobre el mármol y salió del bar más muerta que viva, sin esperar el cambio.

Aunque distinguió perfectamente el adusto perfil de su hermana tras el ventanal del casino, al otro lado de la calle, evitó cualquier gesto comprometedor y enfiló la curva del lavadero hacia la casa de la colina. Muy tiesa en su puesto vigía, Juana apuró otro trago, despacio, estudiando al paisanaje. Una cuadrilla de peones, los chatarreros y un par de franceses de chichinabo. La hez del valle. Esa fauna ociosa le desagradaba hasta la náusea. Menos mal que mantenía sus gafas color infierno bien acaballadas. Le bastaría quitárselas para fulminar aquella babilonia de todos los vicios. Pero no, ella sabía esperar. Tarde o temprano el malnacido que se había atrevido a sangrarlas saldría del Txinparta apretando la bolsa con el dinero. Su mirada le delataría, o su modo de caminar, quizá un tropiezo. La venganza de las Echegaray caería sobre él como el rayo del Señor sobre los gomorritas.

Entre tanto, el tiempo en Belle Ombre discurría con la lentitud de una pesadilla, pautado por el entrechocar de las agujas con las que Nines tejía su desesperación. La una. ¿Qué estaría haciendo su hermana? Juana era una

mujer de temperamento, todo un carácter. Lo mismo le había saltado al cuello a ese miserable y se había armado la de sandiós. A y media temió una desgracia, a las dos la angustia se le hizo insoportable. Pensó en su madre, solo le quedaba ella. Tendría que subir. Subir y contárselo. El miedo la paralizaba, aquello era peor que el garrotín. Al fin, empujada por su desesperación, soltó las agujas, se armó de coraje, y abordó la escalera. Plantado en el rellano, bajo el retrato de Laverna, Sultán la detuvo con un maullido que parecía una reverberación del odio que se profesaban. Aquel no era uno de esos gatos veleidosos que se pasan el día dormitando sobre fundas de crochet. Nines intentó cogerlo, Sultán erizó su pelaje y le lanzó un zarpazo preventivo, decidido a cortarle el paso. ¿Por qué razón?

En eso, escucharon el ruido de unas llaves en la puerta. Nines se precipitó escaleras abajo con el corazón en un palpito, pero su hermana no parecía tener mucha prisa. Se quitó los guantes, los dejó sobre el recibidor, se sentó en el brazo del sofá y encendió un pitillo. Mala señal, ella solo fumaba en las situaciones límite.

—El primero en salir después de ti ha sido Culopollo —comenzó a contarle—, pero no tenía pinta de llevar nada encima. Luego, sobre la una, ha entrado su hijo, el Culoperdiz. Bah, ese lo lleva tan prieto que no le cabe ni el paquete —me refiero al del tabaco—. Después han salido los soplagaitas que estaban dándole al mus. Yo tenía al Matador entre ceja y ceja, no sé, igual por el mote.

Pero ni hostias, iba tan escurrido como los otros, con el mondadientes en la boca y comiéndose con los ojos a Mari Toñi, que esa es como el No-Do, «al alcance de todos los españoles».

La angustia de Nines iba a más, su parte de guerra la había puesto en ascuas:

—¿Y qué me cuentas de Tasio? ¿Es que no lo has visto salir?

—¿Salir? Ese vive ahí desde que Cristo estaba en el parvulario. Seguía a lo suyo cuando he entrado a echar un vistazo a los lavabos. Porque tenía que ir, sí señor, que yo no me corto. —Juana exhaló una vaharada mirándose las uñas—. ¿Y con qué me encuentro? Con que tu bolsa había volado por arte de magia, hermanita. Veinte mil duros a la mierda, como si los hubiéramos tirado por el váter.

Nines cerró los ojos, se pasó la mano por la frente. Sudaba en pleno invierno.

—No puede ser, no puede estar pasándonos esto... Deberíamos ir a la policía.

—Ni muertas, que levantaríamos la liebre —siguió la otra, impasible—. Paciencia, punto en boca y tiempo al tiempo. Hay que apechugar, *bihotza*, hay que apechugar.

Nines recordó las caras de los parroquianos, ahora comprendía sus expresiones: era malicia, era maldad, el deseo de verlas caer. El mundo entero se había confabulado para encerrarlas en un puño. Justo entonces, en lo peor de su consternación, el gato entiesó las orejas y

elevó sus ojos al techo, como si oyera los pies de una pareja bailando sin música. Las hermanas se cruzaron una mirada que lo decía todo y todo lo callaba. Juana chasqueó la lengua y apuró otra calada:

—¿Qué te has tomado donde Zumbeltz? Te veo un poco pálida.

—Yo, un anisete —repuso Nines, omitiendo que habían sido tres—. ¿Y tú?

—Un Soberano, con un par. —Juana cruzó sus piernas sobre el cesto de la ropa sucia, como una cabaretera—. ¿No dicen que es cosa de hombres? Pues que se jodan.

—¿Estaba bueno?

—Voy un pelín volada, volada por no decir arrebolada. Como si me hubieran puesto a hervir y me hubiera subido la nata, ya sabes dónde.

La nata se volvió requesón en la torturada mente de Nines al recordar cómo le ponían los besos de su amante. Por un momento estuvo a punto de contárselo.

—¿No te parece que...? —Con solo volver a mirarla, algo muy dentro le dijo: de eso ni hablar—. Habría que ir preparando la comida de mamá, ¿no? Mira qué hora es. Van a dar las tres.

—Bah, que se aguante hasta la cena —replicó la mayor, que hasta ese día mantenía una puntualidad draconiana en lo que afectaba a las colaciones de su madre—. ¿Y si nos metemos otra copita de quitapenas? Debe quedar alguna frasca por ahí.

Sin más, aplastó el cigarrillo en la fregadera, revolvió la

alacena, sentó dos vasitos serigrafiados con el anagrama del vermú Yzaguirre y una botella sin etiqueta a la que le arrancó el corcho de un mordisco antes de olisquearla.

—Creo que es licor de nueces. ¿Te vale?

—Bueno, dicen que es como un digestivo.

—¿Tienes hambre?

—No mucha, ya te puedes imaginar.

—Pues entonces despacito y buena letra, que una copa produce el efecto de tres cuando bebes con el estómago vacío. Dicen que hasta te reblandece el bulbo.

Si se refería al raquídeo, el de Nines comenzó a notarlo al primer trago. Miró a su hermana y la vio como a través de una cálida neblina. Fuera quien fuese el chantajista, ya tenía lo suyo y les dejaría en paz. Tras la detención del gitano se veía libre de toda sospecha, absuelta a perpetuidad. Y en cuanto a ese picaflor, el tal Corominas, que se largara con viento fresco y no volviera más. Sí, su hermana lo era todo en su vida, y allá estaban las dos, al calor del fuego que ronroneaba en la estufa, al de ese licor de nueces que cauterizaba todas sus desdichas. Por más autoritaria que fuera tenía un corazón de oro. Con el segundo trago le dirigió una sonrisa emocionada, llena de ternura. El aguardiente le animó a soltarlo:

—¿Por qué sigues tan empeñada en mantener a mamá allá arriba?

Hacía siglos que no se atrevía a formular esa pregunta, la última vez Juana se puso hecha un basilisco. Aquella tarde sentía como si todos sus furores quedaran atrás.

—¿Que por qué sigo empeñada en mantener a la *amatxo* arriba? —Juana repitió su pregunta, meciendo el brebaje dentro del vaso—. Ya es tarde para llevarla a otro sitio. La pobre no lo soportaría. Imagínatela ahí, hacinada con la chusma, hombres y mujeres, todos revueltos. Qué horror. Qué asco. Qué...

Aunque intentó evitarlo mordiéndose el labio, una lágrima lenta, como de vitriolo, se descolgó de sus gafas y roturó su mejilla. Que Nines supiera, su hermana no había llorado desde la muerte de su padre, en el 42, y fue de rabia.

—¿Por qué odias tanto a los hombres, Juana? Hay algunos que, bueno, sí... Pero todos no tienen por qué ser iguales. Piensa en *aitatxo*. No te discuto que..., vaya, que no se entendía con mamá, pero en el fondo...

—En el fondo era un hijo de Satanás —gruñó la primogénita, sin alterarse, como entre dientes—. Y ya que tanto le defiendes, te voy a contar otra hazaña de tu santo varón. ¿Te acuerdas de Uxue, nuestra Palomita?

Uxue —Paloma—, fue la última interna que pisó Belle Ombre. Rolliza tirando a exuberante —o como se pintaba ella, de hueso ancho pero de carnes prietas—, a sus diecisiete años estaba lo que se dice en sazón. Tanto como los milhojas que les acercaba su prima, la que trabajaba en Casa Malkorra, la mejor pastelería del Baztán, algo que a los ojos de una niña de nueve, la edad de Nines entonces, resultaba un atractivo considerable. El padre, Antero, parecía más sensible a otros encantos y se mostraba de lo

más atento con su Palomita. Tanto que Palmira, la matriarca, acabó por cogerle manía. Una noche Uxue entró en el cuarto de Nines, que ya estaba en la cama, y se abrazó a ella llorando. Nunca más volvió a verla.

—Tu padre la preñó, entérate de una vez. Se la estaba follando como a una perra, ahí arriba, pared con pared. Mamá se vio obligada a ponerla en la puerta y...

Nines, sobrecogida, apenas acertó a articular:

—¿Y...?

—Y tres días después esa pobre desgraciada se ahorcó.

La copa cayó de la mano de Nines. Se persignó despacio, la mirada baja, viendo cómo se expandía la mancha sobre las baldosas.

—Ahora que lo pienso, sí... Ya es hora de que... — Esas palabras entrecortadas, el tono herido, parecían el comienzo de una penitencia autoimpuesta—. Esta noche seré yo quien subirá la bandeja a mamá. Y no tendré miedo, te lo prometo.

El atardecer comenzaba a declinar sobre el Lago de las Ánimas, los árboles cerraban su bóveda de negrura, solo se oían los silbidos de los pájaros buscando refugio. Nines puso sobre la bandeja una naranja, una cuajada y un par de lonchas de jamón de york. Paso a paso, remontó los peldaños sin detenerse ante la mirada de Laverna la Bella, ajena a la vigilancia de Sultán. Valientemente, empujó la puerta de la habitación de su madre, que la noche se aprestaba a invadir.

Tendida en su lecho de dosel, a la luz del enjambre de

vírgenes fosforescentes que poblaban su velador, la anciana se veía un poco más desecada. Momificada sería la palabra. Con la espalda bien recta, sostenida por un ancho cuadrante sobre el que caía en cascada su pelambre de ceniza, los ojos vitrificados en la vertical del crucifijo trenzado de rosarios que apresaban sus manos, la vieja parecía esperar la ofrenda de su cena con el gesto de una sacerdotisa de tinieblas. Nines se fijó en sus uñas, cuidadosamente esmaltadas. ¿Cuánto tiempo más le seguirían creciendo? Depositó la bandeja en su regazo y dio unos pasos hacia la ventana empañada por una retícula de hielo. A lo lejos, erizado de cruces y cipreses, se veía el cementerio. «No, por supuesto que no» —se dijo—, «Juana tiene razón, no podemos recluirla allá, con toda esa gente, con esos que tanto la odiaron».

Volvió a la muerta, le cepilló un poco el pelo. Pese a estar surcado de arrugas enlucidas con parafina, algo que le confería una expresión vagamente satánica, ese rostro revelaba una pasión oculta, una vida que jamás se había permitido vivir. Como aquella noche, poco antes de que se produjera el fatal desenlace. Palmira, postrada tras su último ataque, hizo sonar tres veces su bastón, como siempre que quería algo. Al subir Nines, le entregó el neceser de sus cosméticos, pura quincalla, pero a ella le hacían sentirse la reina de Saba:

—Si me voy esta noche, quiero que me arregles como tú sabes antes de que vengan los de la funeraria. ¿Has entendido? Júrame que lo harás, júramelo.

Aunque se lo juró tres veces, los de la morgue no vinieron nunca porque nunca los llamaron. Igual que el barón del cuento, el que mantenía a su mujer encerrada en una torre después de muerta, ella y su hermana continuaron maquillando el cadáver, y peinándola, y subiéndole sus comidas, y hasta poniéndole su música preferida, para que luego, según iban apareciendo, bailara sus vales de medianoche con los espíritus de Belle Ombre. Así como ellos, no podían estar mejor, las tres juntas, a salvo de todo, en su mansión. La muerte no los asustaba.

«...Y seguro que a ti tampoco, *amatxo*. Tú me enseñaste, sí, tú me enseñaste por más que me quitara^os de las manos esas novelas de terror que leía a escondidas. Me encantaban por algo que nunca te he contado. Me encantaban porque las novelas de terror se parecían a la vida de verdad, a la que vivimos tú y yo, y todos nosotros. Entre justos y pecadores hemos hecho del mundo un infierno. Por eso tengo que decirte que me alegro, mamá. Me alegro de que estés muerta. ¿Lo sabes? ¿Sabes por qué?» Nines no pudo continuar. Se sentía horrorizada al pensar en qué puede convertirse un niño, y en lo que deben sentir los muertos al observar, impotentes para impedirlo, la lenta pero ineluctable transición de la inocencia a la culpa.

[12] Novela del escritor vasco-francés Pierre Loti, publicada en

1897, donde narra la historia de un amor imposible entre la bella Gatchutchá y el joven Ramuntxo, contrabandista y aventurero.
(*N. del A.*)

14.

Si bebes de este cáliz

Se mentía a sí misma, ella hubiera sido feliz sin padres. Por más que se forzara a querer al suyo, a medida que iba descubriendo su verdadero rostro se le imponía como un ser oscuro, tortuoso, irreconocible. Y de su madre mejor no hablar. Tanto como pudo adorarla y nunca recibió más que su acritud, la aversión, el desprecio. El fin del invierno congelaba esos recuerdos atroces, como los gorriones que caen de los árboles abatidos por el frío. Así también la inminencia de la primavera purga las vidas de los hombres. Los enfermos, los que tienen el corazón maltrecho y el alma ulcerada, todos empeoran cuando se acerca Perséfone. Nines solo quería escapar, pero sus heridas se reabrían como las llagas de una estigmatizada. Un día como aquel, tiempo atrás, su padre le regaló una caja de acuarelas.

—¿Otra vez con tus fantasías? Tanto como paseas... — la pregunta siempre era la misma—, ¿por qué no pintas los paisajes de Etxalar?

Cierto, entonces lo que más le gustaba era dar largos

paseos hacia ninguna parte, y luego llevar al cartón esos retratos que solo ella veía. La anciana que lee a la luz de un candil los nombres inscritos en una tumba, el hombre que camina sobre la nieve sin dejar huellas, o esa dama que le sonreía desde el envés de sus sueños ceñida por un negro vestido de corte. La primera vez, era tan niña, la confundió con su hada madrina. Altiva y ceremoniosa, caminaba hacia ella despacio, sosteniendo una copa en forma de calavera. Parecía venir de un funeral, pero su melena cobriza brillaba como el sol en un campo de trigo.

—¿Por qué tienes esa cara tan triste? —le preguntó un poco asustada.

La voz de la dama le llegó como si de su boca saliera niebla:

—Es que hace mucho tiempo que Dios no se acerca a esta casa.

—¿Cómo lo sabes? —volvió a preguntar la pequeña—. Esta casa no es tu casa.

—*Ni ere emengoa naiz.* —Yo también soy de aquí, le corrigió en su lengua, deslizando una caricia helada sobre su pelo—. No tengas miedo, vengo a salvarte.

¿Salvarla de qué? Nines se sumió en un limbo de ansiedad y ensoñación. Su aura dorada, casi táctil de tan voluptuosa, aquellos labios rojo sangre, esos ojos ardientes que parecían mirarla desde el fondo de una cueva le resultaron familiares. Pero nada más. De haber venido con el parche que cubría el izquierdo en el lienzo, la hubiera reconocido sin vacilar. Necesitó verla avanzar,

su copa en forma de calavera por delante. Sus pasos no parecían rozar el suelo. Un resplandor azufroso la perfilaba igual que los fuegos del infierno. Nines se santiguó, ella esbozó una mueca reptil, como de repulsión ante el signo de la cruz.

—Si bebes de este cáliz, vivirás para siempre. —Sus palabras, apenas susurradas, la envolvían como un polvo de luna que fuera cayendo a su alrededor—. Pero antes... Antes habrás de pintarme, para que yo también viva para siempre en ti.

Nines no supo de dónde sacó el valor. Apretó sus pinceles, mezcló los pigmentos. En cuatro trazos consiguió alzar un retrato tan ingenuo como perturbador.

—Me gusta, sí —exclamó la dama—. Así soy yo dentro de ti, joven y bella.

«¡Bella como Laverna, la mujer del cuadro!», se dijo aterida. Al fin la había reconocido. Quiso demostrárselo con una pincelada de un azul muy oscuro sobre su ojo izquierdo. Antes de que rozara el cartón, la dama le ofreció su copa con un gesto autoritario —«Bebe»—. El líquido estaba muy caliente, apenas pudo mojar los labios. Luego los pequeños sorbos se expandieron dentro de su boca. Aquel brebaje le sabía a vino de consagrar, como a sangre y hierba. Finalmente, lo apuró de un trago, como los personajes de los cuentos cuando beben la poción que los transformará o les llevará a la muerte. Fue así, mientras acababa de pintarla: Laverna la Bella comenzó a desvanecerse, hasta que desapareció por completo.

Maravillada por la visión, permaneció en su cuarto hasta la hora de la cena, perfilando el retrato. Cuando lo vio, su hermana se quedó sin habla. La reacción de su madre fue peor. Palideció de golpe, dio un paso atrás, la mano en la garganta.

—¡Es ella, ella otra vez! —Su padre descargó un puñetazo sobre la mesa, el gesto crispado, conteniendo el terror que le inspiraba aquel rostro—. Ha vuelto... Ha vuelto para decirnos que sigue viva, que nunca nos perdonará.

Su madre se ahogaba:

—¡Quema ese dibujo, quémalo ahora mismo! ¡No quiero verla más!

Nines nunca llegó a entender por qué, y, sin embargo, todo era cierto, tan evidente como la imagen plasmada en el cartón. Si había pintado a Laverna tal como la vio, con sus dos ojos bien abiertos, eso solo podía significar que había resucitado, joven y bella, en algún trasmundo de tinieblas. Pero, igualmente, si había elegido a la pequeña para manifestarse... Desde esa noche se supo elegida por su antepasada como una fatalidad, y comenzó a odiar su linaje. También ella estaba marcada, poseída, maldita. Su corazón se volvería ceniza, llevaba el demonio en la sangre.

No podía haber peor día para recordarlo. Desde el crimen de Santúa se sentía atrapada en una telaraña que se volvía

asfixiante cuando se quedaba sola. ¿Por qué tardaba tanto su hermana en regresar del mercado? No soportaba permanecer entre esas cuatro paredes empapeladas de lamentos. Aquella casa estaba llena de presencias. El clavicordio espectral, las sombras, las corrientes. Cuando el calor de la cocina subía a las habitaciones los armarios crujían y se abrían de par en par, como si quisieran engullirla. Se sofocaba, pero ¿a dónde ir? Felisa era la vecina más cercana. Al cumplir los noventa, su hijo, a quien llamaban El Ausente, no solo porque llevara el mismo nombre que José Antonio,^[13] sino más bien a causa de su profesión, viajante de comercio, le regaló un televisor Zenith, todo un signo de estatus. Juana y ella solían acercarse los jueves para ver *Los Vengadores*. Aunque fuera miércoles, ya no aguantaba la fiebre. Cogió el abrigo y salió corriendo. Tan desazonada que, al cruzar la calle, estuvo a punto de ser arrollada por un automóvil. Nada menos que un Dodge Dart, el relámpago americano con sangre española fruto de la visita del presidente Eisenhower —Ike para los amigos—, que sancionó nuestro primer milagro económico, las estupefacientes camisas Ike de tres largos de manga por talla, y las bases de la USAF asentadas en la península.

Pese a su sordera senil, Felisa estaba muy al tanto. Precisamente a esa hora y en el programa estrella —*Tercer grado*—, Tico Medina entrevistaba a Kay Sommersby, la conductora del Cadillac de Eisenhower cuando el presidente ordenó que los chóferes fueran

sustituídos por mujeres para enviar a aquellos al frente. Nines pensó que su guerra quedaba atrás, hasta que se vio sacudida por otra conmoción. Sobre la bandeja de la jaula del canario que entretenía las soledades de Felisa, advirtió una página de *El Caso*. Etxalar volvía a su portada. Sintió que le fallaban las piernas, la tacita de café peligró.

—Mira esa, conduciendo y fumando como un hombre —rezongó su vecina, ajena a su congoja—. Si es lo que te digo, que las americanas son unas marimachos.

El cuello de Nines pareció crujir al inclinarse un poco más hacia la jaula, pero misión imposible, no alcanzaba a leer una línea. Felisa seguía a lo suyo, el rostro irradiado por el televisor, la dentadura postiza bailando en sus encías:

—Como las lagartonas que nos vinieron con el cine. Les daba yo el hambre que pasamos durante la guerra. Menos mal que fue civil, que si llega a ser militar... Ay, hija, hacíamos chorizos con miga de pan y pimentón, y merluzas con rodajas de cebolla rebozadas. Una vez estuvimos tres días con un huevo frito, untándolo y guardándolo, untándolo y guardándolo...

—Por cierto, Felisa, no te sobrará alguno por ahí, ¿verdad?

—le cortó, un pretexto para que le dejara el campo libre —. Es que me he quedado sin huevos en casa y...

—*Ené*, mujer, pues claro. ¿Cuántos quieres?

La anciana ya se perdía con su paso renqueante hacia la cocina. Nines se incorporó de un salto, un soplo al canario

y el texto era suyo: «La confesión de Estopa», decía el primer cuerpo del titular. Y más abajo, en capitulares: «Vuelve el hombre lobo». Lejos de estremecerse, respiró aliviada. La historia no iba con ella.

—Hay que ver qué cosas le das a leer a tu Zinzarri —le espetó a Felisa, que regresaba con media docena de huevos envueltos en una servilleta—. A este paso nos van a acabar sacando hasta historias de vampiros.

—¿Por qué te crees que he puesto ese papelucho ahí? —replicó la nonagenaria haciéndole una carantoña a su canario—. Cada vez que mi Zinzi deja caer una cagadita, siento como si le diéramos una bofetada a esa lianta de Madrid.

—¿Otra vez la misma? ¿Esa tal Landi?

Felisa levantó lo que le quedaba de una ceja, corroborando su indignación.

—El otro día se dejó caer por el Txinparta, menuda pájara, otra tan liberada como la Gilda. Y los mozos, al verle el escote, ya te puedes imaginar... Tanto que la iban a correr a sartenazos, y hasta le hicieron corro mientras contaba lo que va soltando el gitano que se cargó a Santúa. —Nines segregó un «ya, ya» para el cuello de su blusa—. Ahora dice que a los de su tribu se les había juntado un buhonero que era nuestro Galtzagorri, el demonio en persona, que podía convertirse en lobo cuando lo llamaba la luna y, naturalmente, que oficiaba sus misas negras en vascuence.

—Pues nada, que les aproveche —sentenció Nines con

cara de asco—. Así se le aparezca la fiera a ese pendón, a ver qué trina después.

—Ya te digo. Aunque del susto, seguro que le da una cistitis de aquí te espero. Hombres lobo en Etxalar, habrase visto...

Las dos sabían, las dos callaron. La leyenda tenía mucho que ver con el lobo cojo que apareció arriba del cementerio, la noche en que murió Santúa, y aún más con la tenebrosa antepasada de Nines. Se decía que en sus amoríos, Laverna había poseído a un fraile, al que convirtió en lobo por medio de sus sortilegios. Hasta el rencor que le profesaba su madre tenía que ver con eso. Palmira nunca pudo soportar que Laverna se manifestara ante ella y no ante Juana, su primogénita, que la eligiera a ella y solo a ella para pintar su retrato.

Nines no se preguntaba por qué. Sufría como sufren las adolescentes, su vida era un melodrama cruzado entre las hermanas Brontë y Luis Mariano. También él padeció una madre despótica, le repugnaba que su hijo fuera «especial». Por más que le cantara —«Mamá, tú eres la más bella del mundo»—, doña Gregoria permanecía impertérrita en su palco. Fría, distante, la esfinge de los hielos. Igual que Palmira con ella. Le hacía sentirse culpable, no deseada, nunca amada. Cuando todavía era joven le echaba en cara que sus pechos se le habían puesto flácidos por haberla amamantado demasiado. Probó todos los métodos disponibles, incluso aquella ventosa repugnante que prometía ponerlos firmes por

succión. Solo consiguió henchíselos de malevolencia. Los desaires, la inquina, el hacerla de menos ante su hermana, todo eso iba a más.

—¿El médico? ¿Para qué quiero yo más médicos? —refunfuñaba, siempre doliente y quejicosa—. Pues *traerme* también al cura. ...Y al de las pompas fúnebres.

—Es por tu bien, mamá —Nines repetía el mantra—. Es por tu bien.

La madre cerraba los ojos, su cabeza rodaba inerte y contrita sobre la almohada.

—Quiero quedarme así, en mi casa y en mi cama. En esta cama donde nací, con mis hijas velando. Porque vosotras no les dejaréis que me lleven, ¿eh?

—Claro que no, *amatxo*, duerme tranquila, que aquí nos tienes.

—Tú sí que eres buena, Juanita —suspiraba la matriarca—, tan buena, tan buena...

Nines se sentía humillada, igual que aquella vez. Acababa de romper con Juan Cruz. Estaba hundida, una muerta viviente desollada por las murmuraciones. Palmira no se apiadó. Tal como la miraba, con el ojo tocado por la hemiplejía medio cerrado y el otro supurando, segregó aquel susurro burlón: «Pues dedícate a las varietés». Juana disculpaba sus intemperancias, decía que se le iba la cabeza. Ella sabía que no, que era otra cosa. Cuando se quedaban solas volvía a martirizarla: «Todas las Echegaray somos brujas, todas. Pero tú eres la peor, por la sangre de tu padre, que a mí no me engañas. Aunque no

tengas su marca en el ojo eres peor que Laverna. Eres el diablo». Nines hundía la cabeza entre sollozos, se mordía los puños.

El último ataque le sobrevino en vísperas de Navidad. Juana leía unos versículos de la Biblia —«Esta es mi madre, estos mis hermanos», Lucas, ocho, veintiuno—. Pero su madre, tal vez a causa de la inminencia de la tormenta, se agitaba presa de un desasosiego febril. Juana corrió a la casa del médico. Nines velaba en su cabecera:

—No, no, no... que no venga el practicante. No quiero que me pinchen más. No les dejéis que me pinchen. Quieren matarme, matarme a mí también.

—Anda, anda, mamá... ¿Quién va a querer matarte?

Apenas formuló aquella pregunta, retumbó el primer trueno.

—Tu padre, es tu padre... No parará hasta vengarse.

Entonces Nines no sabía nada acerca de la muerte de Antero. Seguía pensando que fue a causa de la diabetes. Cabeceó un gesto piadoso, hasta que el siguiente relámpago iluminó el rostro de la moribunda, una calavera descarnada:

—Reza para que ningún hombre se porte contigo como él se portó conmigo. Pero ahora yo tengo el juicio de la muerte, y veo lo que va a ocurrirte... Y te lo voy a contar, sí... Te lo voy a contar de una vez, aunque solo sea para joderle.

Su voz raspada se cargó de coraje, sus ojos clavados en ella:

—Tú no eres mi hija. ¿Me has oído? No eres mi hija. Naciste de una aventura de ese cerdo con una cabaretera. Te trajo aquí a la semana de que te pariera su puta, y yo tragué. Sí, tragué y callé para que no nos señalaran en el pueblo, para que nadie lo supiera jamás. Desde entonces, cada día de tu vida has sido una humillación para mí. Pero no eres mi hija, no lo eres... Ni lo serás nunca.

Nines sintió como una puñalada en el corazón. De pronto los recuerdos se agolpaban haciéndole comprender tantos hechos inexplicables. En su testamento, su padre se lo había dejado todo a Nines. ¿Por qué razón si no por esa que al fin conocía de labios de una madre que nunca fue su madre y que solo se lo revelaba para clavar un clavo más en su cruz? La tormenta aullaba alrededor de la casa, el viento azotaba puertas y ventanas, los árboles parecían enloquecidos, como si un tropel de demonios se columpiara en sus ramas. Una niebla fría oscureció su mente, se sintió como poseída por una fuerza que la empujaba al lecho de Palmira.

—Que no soy tu hija, ¿es eso lo que has dicho? Te equivocas, *amatxo* querida. Voy a demostrarte que soy tan hija tuya como de tu mala entraña —comenzó a mascullar entre dientes, como si le escupiera el rencor acumulado en tantos años—. ¿Ves esto? ¿Qué es? —había sacado de su mesilla un pequeño breviario, muy ajado, de tapas de cuero. La mano izquierda de la vieja se crispó, apretando las sábanas—. Qué bonito, tu librito de conjuros... Dices que tienes la sabiduría de la muerte, pero sin él no eres

nada, ¿verdad? Pues vete preparándote. Voy a quemarlo delante de tus narices. Porque aquí la única endemoniada eres tú —apenas prendió un fósforo, Palmira comenzó a convulsionarse—. ¡Venga, llama ahora al cura, ya sabes a quién! ¡A ese que te metía el diablo dentro mientras me despreciabas por impura! Solo era una pobre niña que mendigaba tu cariño, una niña inocente que no era responsable de los pecados de sus padres. —La rabia de Nines se fundía con los lagrimones que le corrían por las mejillas—. Vamos, dime en qué pagina de tu puto librito está escrito eso. Y míralo bien... ¡Sí, míralo bien porque ni tú ni él os vais a salvar!

Una reliquia, una antigualla, su breviario de conjuros no era más que eso: un polvoriento grimorio transmitido de generación en generación entre las mujeres de su linaje, al que Palmira profesaba una devoción lindante en el fetichismo. Ahora lo miraba con el rostro desencajado, los ojos en la llama que acariciaba el cuero:

—Son mis oraciones... —musitó implorante—. Por lo que más quieras...

—¿Tus oraciones? Serás bruja, di mejor que son tus maldiciones. —Nines abrió una página al azar. Aunque estaba escrito en latín, tradujo de memoria. Tantas veces le había oído a su madre salmodiarlas—: «...Y que tu carne se vuelva fuego, y tu sangre ceniza, y ya solo seas tormento y polvo, maléfica en este mundo, maldita por toda la eternidad».

La inválida sufría cada palabra como un latigazo. A la

luz de los relámpagos, cercada por el matacán de vírgenes fosforescentes que defendían su velador, sus rasgos se contrajeron en un espasmo. Parecía estar viendo algo aterrador, una presencia espeluznante. Quería gritar pero no podía, la tormenta lo hacía por ella. En el momento en que el fuego prendió el grimorio, logró incorporarse para romper su garganta en una imprecación que se impuso a los truenos:

—¡Maldita seas! ¡Maldita hija de Satanás!

Tal como lo dijo, la vieja se derrumbó como fulminada por un rayo. Quizá más por aquella presencia que solo ella veía a los pies de su cama. Montada sobre una bestia de negro pelaje, la testa erizada de clavos, Laverna la Tuerta venía a por ella. Y así se la llevó al infierno.

Cuando Juana regresó sin conseguir localizar al médico, se había ido la luz. Nines la aguardaba arriba, un candelabro proyectaba su sombra hasta el pie de la escalera. Por su manera de segregar aquellas palabras, las mismas con que ella le anunció la muerte de su padre, se diría que había esperado ese momento toda una vida:

—*Zure ama il da.* —Tu madre ha muerto—.

«Tu madre, que no la mía», se lo dijo sin derramar una lágrima. Juana tampoco lloró. Se acercó al cadáver, comprobó el pulso y la respiración, cerró sus párpados por no seguir viendo aquella mirada atroz. Permanecieron en vela hasta el alba.

A mediodía —qué fatalidad— aparecieron los primos de Vera. Nines bajó demacrada. Esa noche, en la habitación donde yacía su madre, había oído el ruido del amor, el jadeo, cercano al estertor, de una cama ocupada por los fantasmas de sus amantes. Aquello no podía estar pasando, solo era un desvarío de su imaginación fermentado por sus remordimientos. «¿Por qué te burlas de mí, vieja bruja lujuriosa? Estás muerta, muerta, muerta». En la cocina, Juana conversaba con los primos. Aquellos patanes habían aprovechado el día de feria para visitar a su tía Palmira. Juana no cedía, los primos insistían. Tuvo que cortarles el paso:

—Ha perdido la cabeza, no os reconocería. Lo mismo esta noche...

Eladio alzó la mirada a la entreplanta y posó el vaso de Sabin sobre el hule:

—¿Habéis encargado la tierra en el cementerio?

El otro estrujó su boina mugrienta y le clavó un empellón en las costillas:

—¿Qué dices de encargar nada, sinsorgo? Tienen el panteón, hay sitio de sobra.

Se sirvieron otros dos tragos. La paciencia de Juana comenzaba a resquebrajarse. Los veía ahí, bebiendo de lo suyo, no podía olvidar cómo se comportaron con su difunto padre la noche del duelo, restregándole aquella morcilla repulsiva, embrocándole la botella de morapio hasta romperle los dientes.

—Mi madre aún no está muerta. No hace falta que

vengáis a enterrarla.

—Sí, sí, pero más vale prevenir... —siguió Eladio—. Habrá que ir avisando a los parientes, digo yo.

—Y a la tía monja, ya sabes. —Ante la mirada de Juana, Segundo parecía encogerse, su boina daba vueltas y más vueltas entre sus manazas—. Esa tiene que venir de América. Solo el viaje, os va a salir por un ojo de la cara.

«El que te voy a saltar a ti como no te largues de una puta vez», pareció espetarle la primogénita mientras los iba empujando por el pasillo como si les dijese: «¡Fuera de aquí, que no respondo!» Cuando al fin desaparecieron, cerró de un portazo.

—No les vamos a dar ese gusto, ¡claro que no! Se me revuelve la sangre de solo pensarlo. Ni la van a ver muerta ni enterrada con los que le amargaron la vida.

Nines hablaba como sonámbula:

—Pero enterrarla en otro sitio... Sería un escándalo.

—Que murmuren todo lo que quieran, ya pensaremos algo. Cualquier cosa menos enterrarla en ese panteón, al lado de tu padre. No olvides lo que pensaba de él.

La última voluntad de la vieja resonó en el afiebrado cerebro de Nines: «Ni viva ni muerta, no quiero volver a rozarme con ese cerdo». Ese cerdo que era su padre, esa madre que, según se lo había revelado ella misma *in articulo mortis*, no era su madre. La pesadilla seguía, acabaría por volverse loca si no lo estaba ya.

—Entonces, si no la metemos en el panteón, ¿qué hacemos?

Juana se había servido un café de puchero, tendió otro a su hermana:

—¿Hasta cuándo se puede esperar para dar parte de una defunción?

—No lo sé. Cuando murió *aitatxo*, mamá... —Por primera vez en su vida esa palabra, «mamá», le sonó como una mentira—. Pon que sea un par de días.

El ojo vago de Juana se iluminó con un destello perverso:

—De todas formas no tenemos prisa, hermanita, nadie lo sabe.

Fue entonces cuando tomaron aquella decisión, la mantendrían en su cama hasta el Día del Juicio. De una manera rudimentaria pero eficaz, procedieron a embalsamar el cadáver. Sabían que lo primero sería practicarle una incisión para extraerle toda la sangre. En el desván guardaban dos garrafas de formol —vestigios del contrabando—, que mezclaron con tintes y colorantes. Mientras Juana le inculaba la solución que preservaría su cuerpo y su piel sin que adquiriera el tono cianótico de los difuntos, Nines procedió a sellar con algodón todos sus orificios. Durante los tres días en que se prolongaron sus tareas momificadoras, por primera vez en su vida, las hermanas se sintieron hermanas. No hubo la menor discusión, mantuvieron sus rutinas y, por supuesto, tampoco faltaron a la misa de ese domingo. Al regresar, Nines se sorprendió preguntado, como de costumbre:

—¿Qué tal está mamá?

Y, como de costumbre, Juana repuso:

—Tan pancha, oyendo el serial por la radio.

El serial continuó de puertas para adentro mientras aquel relato que tanto fascinaba a Nines, el del barón necrófilo que mantuvo a su mujer muerta en su torre, mutaba de la ficción a la realidad. Tal como se habían acostumbrado a vivir en compañía de Laverna y su corte de condenados, acabaron incorporando el cadáver de su madre a la ronda espectral. Al fin y al cabo, ¿qué había cambiado? Entre la Palmira viva y la difunta apenas se advertía otra variación que el mutismo de sus labios. No la volverían a oír desgranar su rosario, ni los golpes de su bastón contra la tarima exigiéndoles que le subieran la cena o que le vaciaran el orinal. Nunca más sus quejas, sus intemperancias, su llanto. Según perseveraban en los cuidados que le profesaron en vida, comenzaron a sentirse liberadas, «bendecidas» sería la palabra, pues continuarían disfrutando de su pensión a cambio de bastante menos trabajo. Si Nines se mostraba remisa a servirle sus comidas, Juana se ocupaba de todo con un aplomo ejemplar. Le daba sus friegas en las piernas, suministraba novedades a quien se las solicitara, y resolvía los papeleos con el poder que le firmó Palmira cuando se vio incapaz de valerse. En adelante su existencia sería un secreto tras una puerta cerrada. Un secreto que las unió para siempre. Por su madre ya no pasarían los años, y para ellas tampoco. Se miraban sin verse envejecer, como dos larvas dentro de su terrorífica

crisálida.

Toda esa vieja historia despertó aquella tarde, al recordar la primera vez que se le apareció Laverna y le dio a beber su cáliz de calaveras. «Así soy yo dentro de ti, joven y bella. Así lo seré siempre». El librito de conjuros seguía ahí, un poco chamuscado, en la mesilla de su madre. No lo quemó, ahora sabía por qué. Ese libro era su verdadera herencia, igual que Laverna era su verdadera madre. Joven y bella para siempre. Capaz de seducir a frailes y demonios con solo una mirada, la gran maléfica. Sin poder evitarlo, le vino a la memoria su amor de perdición. Aquel maldito Román Corominas. ¿Cómo podía seguir queriéndole? Se había escabullido, dejándola allí, en la más negra de las noches, virgen y mártir, hostia rechazada. Su vientre segregaba veneno, pero ya no concebía la vida sin él. «Señor, ayúdame a olvidar su rostro, ayúdame a olvidar sus manos, su cuerpo, sus besos. Señor, devuélvemelo, porque ha sido lo único que ha iluminado mi vida».

A semejanza de su antepasada, llevaba aquel ser diabólico en sus entrañas. La noche previa a su primera cita había suplicado su intercesión para conquistarlo. «Abre mi relicario, toma lo que digo. Cede y procede», así le habló Laverna, y así dispuso bajo su almohada sus amuletos más preciados. Una reseca pata de cabra, piedras de golondrina y una bolsita con polvo de cantárida. Por lo

visto, tenían fecha de caducidad. Con el libro de conjuros sería diferente. Convocaría a todas las potencias del infierno, a Satán mismo si fuera preciso.

Juana acababa de regresar del mercado, no tardaría en subir. Abrió el cajón, sacó el breviario, se aplicó a hojearlo a toda prisa. En la página treinta y siete leyó un epígrafe muy sugerente: *Incantationis Amoris*. Sin vacilar, arrancó la hoja y se la metió en el corsé. Juana traía otro papel, una carta amarilla no menos terrorífica, en su mano izquierda. El lobo cojo volvía a salir de su guarida con sed de sangre.

[13] José Antonio Primo de Rivera, fundador de la Falange, cuya muerte fue silenciada por el bando nacional, recibiendo el apelativo de El Ausente. (*N. del A.*)

15. Matarratas y Conjuros

«Hay algo que quiero compartir contigo». Nines conocía el significado de ese «quiero compartir contigo». Significa que alguien está decidido a que acabes pensando exactamente como él acerca de un asunto grave. Nada más ocupar su silla, Sultán brincó al regazo de Juana. Había dejado la carta encima del hule. Nines no se atrevía a tocarla. Su hermana ya no guardaba su tabaco en la caja de pastas. Ahora lo llevaba en su bolso, se había entregado a las voluptuosidades de la nicotina como quien se rinde a un psicotrópico y necesitaba tenerlo a mano constantemente. La vio prender uno de sus Chesterfield sin filtro, despacio, sosteniéndolo entre el pulgar y el índice, como para no quemarse los dedos.

—Vamos, léelo, ¿a qué esperas?

Nines cogió el sobre amarillo. Las mismas torpes mayúsculas, esta vez acompañadas de un recorte de periódico. El mensaje decía así:

LOS DE LA PASMA CAMBIARÍAN DE OPINIÓN

ACERCA DEL CRIMEN
SI SUPIERAN DE QUÉ CASA SALIÓ EL ARMA
HOMICIDA
¿A QUE PREFERÍS QUE TODO SIGA IGUAL?
PUES DOBLE O NADA
AHORA SERÁN DOSCIENTAS MIL CALAS
EL MARTES, DONDE SIEMPRE
EL HOMBRE QUE SABE

El recorte remitía a una página de *La Voz de España* del tiempo en que se inició la batida en busca del asesino: «Según declaraciones de los agentes el arma homicida sería un cuchillo de trinchar, del tipo que utilizan los carniceros o las amas de casa». El subrayado en rojo de esta última precisión no admitía dudas. Nines no pudo seguir leyendo. Dejó caer el recorte sobre la masa de las croquetas y alzó hacia su hermana un rostro en el límite del extravío.

—Es curioso —comenzó a decir en un tono demente—, el anónimo empieza igual que el episodio de *Los Vengadores* que vimos hace dos jueves en casa de Felisa. Lo único que cambia es que... en vez del FBI, pone la pasma.

—Vaya si tienes memoria, cabrona —Juana apuró otra calada. Su aliento olía a vino, de ahí ese lenguaje procaz—. Entonces ya está. El malnacido que llevamos pegado al culo tiene un televisor. Eso reduce mucho el abanico de posibilidades.

—No te creas, que con el contrabando ya lo tienen más de diez, eso sin contar con los del Txinparta y el casino. Nosotras seremos las últimas, como siempre.

El delirio se ensanchaba cruzado de reproches, como si todo se redujera a una cuestión de electrodomésticos:

—Pues con los veinte mil duros que nos ha sacado ese hijoputa, da para unos cuantos. En América ya los hacen hasta en color. Vamos, que como en el cine.

—Lo gordo es que seguimos con la soga al cuello, y esto no es ninguna película. —El pie izquierdo de Nines no dejaba de dar golpecitos contra la pata de la silla—. El muy canalla nos va a chupar la sangre hasta la última peseta.

—Tranquila, hermanita, que cuando una puerta se cierra, otra se abre.

—No... No te entiendo.

—Tú, que tienes tanta memoria, ¿te acuerdas de lo que te pasó ayer cuando ibas a chafardear con Felisa a mis espaldas?

Nines se tensó, como si la hubieran descubierto ocultando un crimen:

—No fui a chafardear. Fui a ver la continuación del episodio del otro día. Los rusos habían atrapado a Diana «Ring» y... Y ya sabes que me encanta.

—Déjate de rings, que esto no es un timbre. Lo que quería decirte no va por ahí. Me lo ha contado Garrincha, ese sí que está en todo: casi te atropellan, pavisosa.

Y por si lo previo fuera poco, otra vez el Muerto

Resucitado, vigilándola. Nines se estaba poniendo muy nerviosa, impostó una sonrisa, se pasó la mano por el pelo.

—Ah, sí, es verdad. Qué susto.

—¿Te fijaste en el coche?

—Me pareció que era uno de lujo —articuló intentando olvidar el de su novio—, como americano.

—Exactamente, *bihotza*. Un Dodge, nada menos. — Juana soltó una vaharada lenta, el humo acarició sus palabras—. ¿Y viste quién iba al volante?

—La verdad es que no... No me fijé.

—Ay, Nines, Nines... Según Garrincha, que donde pone el ojo pone la bala... se trataba de nuestro querido Tasio. Casualmente el único que no salió del bar cuando entré a echar un vistazo. Claro, no tenía prisa. Ya recuperaría el tiempo perdido una vez que se comprase su flamante Dodge Dart... con nuestras cien mil calas.

Sultán lanzó un maullido, Nines la observaba con ojos desorbitados:

—¡Hijo de mala madre!

—¿Ves cómo no te fijas en nada?

Sucedía todo lo contrario. Había comenzado a reflexionar:

—No sé... Aquí hay algo que no me cuadra. Esa sabandija dice que tiene nuestro violín, y en esta casa no ha entrado ni dios después de que se lo llevara el diablo. Nadie, aparte de los municipales.

La conjetura pareció desconcertar a su hermana.

—Sí, está bien pensado, muy bien pensado —repitió, como a la caza de un argumento—. Pero ¿qué son los municipales? Esbirros forales, igual que Belzunce. Lo mismo hay más de uno de esos muertos de hambre en el ajo. No olvides que nuestro secretario era el que completaba la mesa del mus. Hacía pareja con Olaciregui, el Matador, que es primo carnal de Untxigorri, el ayudante de Pitarras, sí, mujer, el del labio de conejo. Todos funcionarios, qué casualidad.

Nines solo recordaba las manos de aquel policía, esas manos grandes y fuertes, como las de su padre. Esas manos que repicaban sobre la encimera, a un palmo de la alacena donde Juana deslizó el cuchillo delator antes de que se volatilizara, sin cuidarse de que sus puertas eran de cristal esmerilado.

—También puede ser que no tenga el violín. Vamos, un farol —siguió Juana—. Pero resulta muy mosqueante que se levantara de la partida justo cuando apareciste y que se apostara en la barra con todo el papo, como si la historia no fuera con él. ¿Para qué? Para colarse en el váter en cuanto salieras, derecho a por su botín. Nos tiene cogidas por la matriz y seguro que piensa seguir apretando, ya sabes: perro que muerde, no dejará de morder.

Nines le quitó un cigarrillo. Con la primera calada rompió a toser, se ahogaba.

—Deja eso, que no es para ti. Bebe un poco de agua, anda.

Nines bebió, su mano sobre la cruz del pecho para

contener la congoja.

—¿Qué vamos a hacer, Juana? ¿Qué vamos a hacer...?

Una turbia sonrisa estiró los labios de la primogénita:

—Si seguimos hablando así, como las ocas a los pavos, será como darle grasa al cerdo. Tenemos que organizar una estrategia a la altura de su doble o nada. ¿Cuál? Precisamente esa a la que se agarran los jugadores cuando les vienen mal dadas: doblar el órdago, aunque sin apoquinar ni un *amarreko* más.

—Me das miedo, Juana, ¿en qué estás pensando?

—Hablando de violines... A Tasio le chifla la música clásica, ¿no?

—Sí, bueno. Según dicen, se pasa las noches martillando el piano en casa. Pero no siempre es música clásica. El otro día, en lo de Maritxu, estaban partiéndose de risa porque le habían pillado toqueteando lo último de Los cinco latinos.

—Claro, claro... Estaría celebrando lo del Dodge. Otro sablazo y ese requeté se nos vuelve yeyé. ¿Yeyé? Pues ya ya, se va a enterar.

—¿De qué se va a enterar...? ¿Tan horrible te parece el «Quiéreme siempre»?

Juana frunció una mueca sarcástica mientras echaba el humo al techo:

—Tengo la mitad del plan, me falta la otra media.

—Cuenta.

—¿Te acuerdas de las partituras que guardaba el abuelo, arriba, en la gambara?

Un aire colonial invadió la memoria de Nines. El abuelo, sí, el abuelo Domingo. Se lo llevaron de niño a América para ejercer de pastor —en plan *Brokeback mountain*, diríamos ahora—, pero él se fugó a Cuba, la Cuba del maestro Iradier, el de *La Paloma*, vasco como él. Cuando volvió se trajo una palmera, de ahí el nombre de su madre —Palmira—, y una guitarra guajira, y un montón de partituras que llevaban un siglo criando polillas en el desván.

—El pez empieza a pudrirse por la cabeza y en la suya cabe un orfeón. Con ese cebo, seguro que cae. El problema es cómo hacerle morder el anzuelo. Porque no podemos aparecer por su casa, así como así, y pedirle que se venga a la nuestra.

—Podríamos dejarle una nota en los váteres de Zumbeltz. Que sepa que...

—¿Una nota? Sí, claro, y pinzadita con una cinta rosa entre los fajos de billetes.

Nines se iba animando, sin darse mucha cuenta de lo que decía:

—También podríamos hacerle una visita. Vive solo, ya sabes.

—Pero es tan desconfiado como un mochuelo —volvió a objetar Juana—. Seguro que antes de abrir echa un vistazo por la mirilla. Déjalo, se me ocurre algo mejor. En esta vida nada sucede por casualidad. Ayer estuvo a punto de atropellarte...

—Fue un descuido, me precipité sin mirar. Yo tuve la

culpa.

—Esta vez será con toda premeditación.

—No te entiendo...

—Quiera o no quiera, nos dejaremos atropellar por ese mirlo cantor.

—¿En... qué.... sentido?

Las tres palabras aturulladas que salieron de los labios de Nines solo respondían a uno. En un gesto instintivo se palpó el esternón como si su maléfica hermana pudiera adivinar lo que ocultaba bajo su corsé: aquella página del libro de conjuros cuya finalidad no era otra que propiciar un atropello paralelo, este a cuenta de su amor de perdición, su Román, su Romeo, una vez que su ensalmo funcionase como la piedra imán de la Carmen de Merimée y se lo trajese de vuelta al pueblo, por las buenas o por las malas. Juana apenas lo advirtió. Tenía prisa por exponerle un plan que parecía cualquier cosa menos fruto de la improvisación.

Conocía los rituales de Belzunce. Desde que había estrenado coche, todos los días, después de su jornada laboral, se daba un garbeo hasta Vera. Salía sobre las siete y media y regresaba tres horas después —también con tres pacharanes de más—. Mediaba una curva, la de la central eléctrica, donde tenía que reducir la marcha. Justo en ese momento, Nines saldría de la fronda a la desesperada. Tasio frenaría en seco, ella se arrojaría a sus ruedas envuelta en los gritos de su hermana. Por más que las estuviese martirizando no se resistiría al imperativo

moral de llevarlas a casa. Una vez en Belle Ombre, respiraría aliviado al ver que todo se quedaba en un susto. Naturalmente, querría escapar. Nunca antes de aceptarles una copita de cortesía, marca de la casa, la última de su perra vida.

—¿Sabes si queda algo de matarratas por ahí, *bihotza*?

Solo a la luz de la locura que había tomado posesión de las Echegaray podríamos entender la flema con que Juana formuló su pregunta, el sosiego con que Nines extrajo de la despensa una caja de cartón donde se veía un esqueleto guadaña en mano, segando un ejército de ratas en fuga. La escena apocalíptica se completaba con una leyenda de lo más elocuente: «Matarratas Nogat, en polvo y en pasta fosforada. Extermina toda clase de ratas». Incluidos los sacacuartos que galopan a bordo de un Dodge Dart, solo faltaba ese colofón para dictar sentencia.

Quedaban cuatro días. Tiempo de sobra para que Nines consumara su hechizo propiciatorio. Aquel desbarajuste de emociones había enardecido su hambre de amor y de venganza. Esa noche, encerrada en su habitación, procedió a llevar a la práctica la receta de su grimorio. *Incantationis Amoris*. No entendía ni papa de aquellos latinajos, pero si a su antepasada le habían funcionado, ella no iba a ser menos. Tampoco era la primera vez que recurría a la hornacina oculta tras su retrato. Aquella arqueta de caoba y marfil donde Laverna preservaba sus

kuttunak, sus talismanes de poder, toda su quincalla diabólica, era como la caja del matarratas Nogat pero elevada a las máximas potestades luciferinas. Nines eligió como testigo una cabeza reducida —otro *souvenir* del abuelo Domingo—, semejante a una ciruela dura y peluda, con los labios cosidos. Voto de silencio. Alzó frente a ella su raíz de mandrágora. A medida que la iba laminando dentro de una pequeña cazuela de barro, añadió un manojo de *belarronak*, la hierba mágica que ablanda huesos y voluntades, un ojo de carnero y tres piedras de la molleja de un gallo negro. Esta parte se la sabía de memoria, tantas veces se la había oído recitar a su madre putativa en sus delirios: «La verde, si se la das a beber a una preñada, parirá por la brava. Si te metes la roja en la boca, conseguirás cuanto deseas. Si te tragas la amarilla y pronuncias al revés el nombre del ser amado, volverá a ti, en seis noches, quiera o no quiera». Seguro que Merimée se había cruzado con una Echeagaray: la Carmen de verdad revivía en sus venas.

Roció la mixtura con aguardiente, ya tenía la prenda de amor de su amante en la mano: aquel encendedor Zippo que le regaló tras robarle su primer beso. El fuego brotó de la cazuela como un ser vivo. Mientras el ojo de carnero se calcinaba en la molienda, declamó la fórmula prodigiosa —«Io nunc amit me te amare simul;quoque sicerit in me ex caritate»—, que tradujo a su manera ecléctica: «Este fuego es el de un desierto, donde estoy yo, ardiendo por ti. Te haré llorar, te haré llover sobre mí,

y así volverás, quieras o no quieras, para siempre jamás. Como raíces serán mis besos, como ramas mis abrazos, así te amarraré a mí, quieras o no quieras, para siempre jamás». El ritual le resultaba apasionante. Se sentía como una hija de Mari aposentada en su trono infernal, allá, en la espelunca de Zugarramurdi. También como la Cathy de *Cumbres Borrascosas*, invocando a su amor al borde de un acantilado, una noche de tormenta. Abajo, en la playa, la contemplaban las tres brujas de *Macbeth*. La excitación la confundía. ¿Era entonces cuando debía pronunciar su nombre al revés? Mejor cuando tuviera las piedras en la boca. El fuego se consumió, las piedras hervidas en polvo de mandrágora se enfriaron. Las subió a sus labios, las empujó con un trago de aguardiente, como quien bebe el más infalible de los afrodisiacos, y pronunció tres veces el nombre de Román Corominas vuelto del revés. Namor Sanimoroc. Aquello sonaba muy perturbador: Namor, casi Nines más Amor —excusó la otra posibilidad: No Amor—. Y luego quizá un santo: San Imoroc.^[14] No bien lo hizo, la cazuelita volvió a prenderse por sí misma con una tenue llama azul, señal de que el conjuro había funcionado.

Tres veces lo había convocado y tres noches, una tras otra, ella y su hermana se apostaron, agazapadas en la espesura, como dos comanches al acecho. En las tres ocasiones, el Dodge de Belzunce acudió puntual a su cita. La suerte estaba echada. La noche siguiente, un dos de abril, víspera del Voto de las Cinco Llagas, las Echeagaray

se proveyeron de una cesta para recoger *perretxikus* —la seta autóctona— y salieron de casa cogidas del brazo. Según cruzaban el pueblo, tal vez por el viento sur, viento de brujas, Nines quiso pasarse por la iglesia de la Asunción y Juana, cosa curiosa, no protestó. Mientras su hermana cantaba en voz baja un «Cerca de ti, Señor» decididamente sacrílego, pues solo pensaba en su amante, la primogénita prendió tres cirios benditos. Ni una ni otra hicieron el menor comentario hasta que alcanzaron la encrucijada fatal.

Media hora antes de lo previsto, en la lejanía de la carretera desierta, vieron la masa de helechos iluminarse, barrida por los faros de un coche. Nines estuvo a punto de salir de su escondite y arrojarse al asfalto. Juana la detuvo: falsa alarma. No se trataba del Dodge de Belzunce, sino del biscúter de Dienteputo, el chatarrero. Veinte minutos después, el mismo protocolo. Nuevamente los helechos se iluminaron, ahora con una luz más potente. Nines dio un paso adelante, todavía sin mostrarse del todo. Lo que vieron sus ojos estuvo cerca de llevarla al otro mundo sin que mediara atropello alguno. El coche que regresaba al pueblo no era otro que el Packard Woody de Corominas, inconfundible por los paneles de madera fijados a su carrocería, el distintivo de las «Rubias» míticas.

Había una rubia más, una rubia de carne y más carne despechugada en el asiento del copiloto. En el momento en que el automóvil pasaba ante ella como una

exhalación, sin advertirla, Nines perdió el sentido y cayó redonda sobre el firme. El que venía detrás estuvo a un suspiro de hacerla fosfatina. Este sí era el Dodge Dart del mismo diablo, inopinadamente en funciones de buen samaritano.

[14] Nines no podía imaginar que ese casi santo, Imoroc, es uno de los demonios que atormentan a la Jezabel bíblica, concretamente el de la fiebre sexual. El esoterista napolitano Blasio Altimari le dedica capítulo aparte en su *Tractatus Nullitalibus*. (N. del A.)

16.

El Arreglito

Si el desventurado Anastasio Belzunce sufría esa tartamudez congénita que, unida a su barbilla ocluida y a sus orejas de soplillo le hacían parecer un cruce de elfo y papamoscas, la escena que presenció, las manos aferradas al volante, el pie empotrado en el freno, los ojos fuera de sus órbitas, estuvo cerca de restituirle el habla, a la manera del beato Zacarías ante el arcángel. Una de las hermanas Echegaray, la más joven, yacía despatarrada en medio de la carretera, la falda hecha un borujo sobre la cabeza, sus mantecosas piernas al aire, exhibiendo aquella desopilante braga-faja color heliotropo, mientras la otra, la adusta virago del moño enhastado en una pinza de carey, irrumpía hecha una furia —«¡Asesino, mala bestia, hijo de Satanás!»—, blandiendo una cesta de *perretxikus* y lanzándole llamas de condenación a través de sus terroríficas gafas negras.

Belzunce salió temblando, el rostro lívido, las palabras atoradas en la nuez:

—¡Ejjj... ejjto nojjj... nojjja... nojapo... nojjjappp...

odido... pppasarme...a mí! ¿P... ppp...pero de ddd...
dónde ha... sss... salido?

Aunque no había llegado a rozarla, Nines permanecía como cataléptica y no fingía. La súbita aparición de su amante en compañía de esa rubia letal, por más que lo hubiera convocado a través de sus conjuros, con el colofón de aquel «Cerca de ti, Señor», le produjo un verdadero *shock*. Tendida sobre el asfalto, su mente se inundó de escenas delirantes. Reían, se besaban, hacían el amor. Juana se apresuró a bajarle las faldas —aquella escena rebasaba los límites de la impudicia—, y se encaró con el secretario municipal:

—¿A qué velocidad ibas, desgraciado? ¡Has matado a mi hermana, la has matado!

Belzunce no podía apartar los ojos de su víctima. Ni una gota de sangre, nada que certificara la violencia del impacto. Razón de más para temerse lo peor:

—Tejjj... tejjj... tenemos queyyy... yeee... lle... varla a un hoj... hojjj... pital.

Ajena a sus balbuceos, Juana compuso una *Pietà* perfecta, la cabeza de su hermana sobre su regazo. Le dio unos cachetitos en la mejilla y, oh, milagro, Nines abrió los ojos. Unos ojos hervidos en lágrimas que no eran de dolor, sino de pura rabia.

—¿Estás bien, pichoncita mía? —preguntó la primogénita forzando un tono emocional inaudito en ella —. ¿Sientes las piernas? Ay, qué desgracia, qué desgracia... —Alzó su mano escamosa frente a su rostro

—. ¿Cuántos dedos me ves?

Sin salir de su conmoción, bastante más real que la de su víctima, Belzunce repetía como ido: «Tenemos que llevarla a un hospital». Nines, del todo desarbolada pero muy digna, negaba tan tenaz como Agustina de Aragón al pie del cañón:

—Al hospital no... No... De ninguna manera. Quiero morir en mi cama.

El funcionario vacilaba. Si esa solterona la palmaba en su casa se le iba a caer el pelo. Pero si iban al hospital le traicionaría su aliento a pacharán, todo el mundo se enteraría, un escándalo. Juana le miró de arriba abajo, con frío desprecio:

—Pobrecilla, quiere morir en brazos de nuestra *amatxo*. Estamos tan unidas las tres... —Y tras el gimoteo, el tono tajante—: Sí, vamos a casa. Luego ya veremos.

Muy afectado, Belzunce se quitó la chaqueta para ayudarla a levantar el cuerpo y, entre los dos, Nines arrastrando los pies, la introdujeron en el Dodge. No bien arrancó, Juana le forzó a parar en seco —«Alto, un momento», gruñó, muy alarmada—. Se dejaban la cesta de los *perretxikus*. Según se la pasaba, Nines se la calzó al vuelo sin descomponer su faz de moribunda. Belzunce no daba crédito, cosas del *shock*. El trayecto fue breve, sin un alma en la carretera, aunque la infinita sucesión de curvas, multiplicada por el tenso silencio, lo hicieron particularmente agónico.

Allá, en lo alto de la colina, azotado por las hayas que estremecía el viento, el lúgubre perfil de Belle Ombre semejaba un galeón encallado sobre el vértice de una pesadilla. Quizá los espíritus chupasangres —los temibles *gauekos*—, merodeasen por el jardín, protegidos por la oscuridad. En el pueblo se decía que aquel caserón estaba encantado, que en las noches de plenilunio se escuchaban las letanías del *Miserere* mientras se veía aparecer una fantasmagórica comitiva de monjes penitentes como surgidos de las novelas de fray Justo Pérez de Urbel —el abad del Valle de los Caídos—, y no sé cuantas atrocidades más. Aun así, el funcionario respiró aliviado al ver que Nines remontaba por sí misma los siete peldaños que conducían a su puerta. Nada más entrar, sin embargo, casi perdió el sentido ante la peste a gato meado unida a un olor más fuerte, una mezcla de incienso y asafétida, el estiércol del diablo, que impregnaba aquel santuario del celibato menopáusico. El nudo en la garganta se le apretó al cruzar una mirada con la tenebrosa mujer del cuadro, arriba de la escalera. Aceptó sin vacilar el vaso de vino que le ofreció Juana. Lo importante era la damnificada, velar por ella. Se quedaría cuanto hiciera falta y su coche estaba ahí, por si finalmente se imponía llevarla a un hospital.

—Creo que me voy encontrando un poquito mejor. — Según lo segregó, todavía como ausente, Nines engulló de una tarascada uno de los cortes de queso que su hermana acababa de servirles—. Para mí que todo se va a quedar

en un susto.

«Ojalá, ojalá, ojalá...», repetía Belzunce como una rogativa, el vaso en la mano, la nuez en vilo. Juana ya estaba tajando una paletilla reseca mientras Sultán lamía goloso las migas que caían sobre las baldosas.

—Hay que comer, eso lo cura todo. —La primogénita se forzaba a una campechanía de circunstancias—. Come, come, Nines. Y vaya caldo, ¿eh, Anastasio? —continuó girándose hacia él—. Es el que bebe el nuncio de Su Santidad, que lo sepas. Debe ser por eso... No me digas que no es de los que resucitan a un muerto.

Belzunce aprobó con un cabeceo acochinado. Cierto, aquel vino poseía el color púrpura de los mantos cardenalicios y los rubíes pastorales, pero, a decir verdad, arrasaba el gáznate como si, más que el del nuncio, fuera el del conde Drácula.

—Ha... hablando de mu... muertos —se animó el funcionario—. Q... qué caprichos tienen los que están en en... en... capilla. Yo estuve una vez cu... cuatro días en en coma, y me los p... pasé soñando con l... l... langostas. Y eso que entonces n... ni las olía. A... lo mejor es lo q... q... que te dan de comer en el z... zzz... cielo.

Juana volvió a colmarle el vaso con una piadosa caída de párpados. Dos tragos más, y pasarían a los licores fuertes. Tenía el matarratas a punto de caramelo en la recocina, junto a aquella botella centenaria de Chartreuse.

—Cl... cl... claro que a falta de l... langostas... —perseveró Belzunce—. Mmm... mira que no salgo de

casa, y aaa... quí estoy, pim... pimplando como un obispo.

Aquel queso correoso por no decir purulento, el jamón petrificado con el que te podías partir una corona, el pan emohecido, el vino de garrafón. Todo aquello le parecían manjares si era a cambio de salir indemne.

—Quita, quita, hombre, que esto no es nada. —Poco le faltó a Juana para añadir: «en comparación con lo que nos estás robando». Prefirió decantarse por una metáfora—: Si hubieras venido en el tiempo de la matanza... No veas las morcillas que nos traen los primos de Vera. Si es que nos tienen en la gloria.

Nines apuró otro sorbito recordando la escena del velatorio de su padre. Las morcillas de los Chapartegui le olían a muerto. No había vuelto a probarlas.

—Pu... pues anda cómo les ha salido el hijo mayor a los M... Maizkurrena. —El secretario se puso confidencial—. Resulta que ahora se ha hecho v... vegetariano.

Juana evaluó sus palabras, una fuga evidente del tema. El infame eludía cualquier alusión personal, se le notaba incómodo. Optó por seguirle el juego:

—¿Vegetariano un hijo de carnicero? Eso es peor que los tres del Culopollo. El pequeño va y se mete guardiacivil, el segundo en el Fisco y el mayor, el Culoperdiz, maricón perdido. Pero no comer carne en Etxalar... ¡Hasta ahí podíamos llegar!

—Y q... que lo digas, Juana, q... qué po... poco es...

pipi...píritu pp... patriótico.

—... Y todo por cien mil puerkas pesetas.

Nines lo soltó con esa vocecilla de ultratumba que abrió un abismo de consternación. Belzunce pestañeó con la boca llena. Juana se mordió el labio, la mirada fija en su hermana, conteniendo la tensión:

—¿Cómo has dicho, querida?

La pequeña bajó sus ojos hacia el gato, que vertió en los suyos toda la luz de dos esmeraldas decididamente malignas. Fue como si le hubiera transferido esa malignidad esencial cuando volvió a alzarlos, buscando los de Belzunce:

—Sí, cien mil pesetas. Las que se llevó ese listo a cuenta del porrón de trufas que pilló en el encinar de Regina. Se salva porque es la hermana del cura, una santa.

—Con eso, hasta te puedes comprar un cochazo como el que te gastas, ¿eh? —apostilló Juana, desafiando a su presa con una sonrisa—. Menudo haiga.

—Mmm... mi trabajo me ha costado, Ju... Juana. Venga a mmm... meter horas como un negro. No como el Culoperdiz. Q... qué vergüenza. Hacerle eso a Regina.

Un tenso suspiro, seguido de otro trago, acabaron de llevar a Belzunce a su condenación. Las hermanas advirtieron el sudor que perlaba su frente. Aquel hipócrita era como un plastón de mierda. Qué mal mentía y qué bien se le daba traicionar a los contribuyentes:

—L... la cosa le viene de fa... familia, que el padre de Juan Cruz... T... teníais que haber visto el jjjj... jolgorio

de piernas de cordero que se traía cuando la guerra. Con tantos muslos al aire cruzando la muga, aquello ppp... parecía un ca... cabaré.

La alusión al contrabando, el santo y seña de los Echegaray, añadió otro nudo a la soga. Juana lo estrechó un poco más:

—Los hay peores, Anastasio, los hay peores. Gentes sin ley ni dios, capaces de sangrar a dos pobres mujeres indefensas, como nosotras.

Belzunce apuró el vaso y adoptó un aire falsamente compungido:

—Sss... si lo dices por las t ... ttt... tasas municipales, q... que sepas q... que yo ni pipincho ni cocorto. Son las alcaldadas de D... Domejón, q... q... que está empeñado en que nos ppp... parezcamos a los fr... frrrr... franchutes.

—Será en el libertinaje que se gastan esos que se creen tan modernos —puntuó Nines, lanzándole una mirada recelosa—. Ya no hay moral ni decencia ni nada.

¿Lo decía por él o seguía cautiva de la comezón que le había producido ver a su adorado Román regresando al pueblo con aquella rubia morrocotuda, digna del Folies Bergère? Maritxu y Graxiana habían sido testigos del beso que le robó a traición. Ahora volverían a burlarse de ella, como cuando le pasó lo que le pasó con Culopollo. Ese cerdo, ese cerdo de Belzunce tenía toda la culpa.

—Por cierto, Tasio —continuó Juana—: ¿te gusta la música antigua?

Otro suspiro nervioso, una vuelta de tuerca más hacia el patíbulo.

—E... e... es mi gran ppp... pa... pasión, Jjjj... Juana. Yyy.... ya sabes....

Sí, claro, claro que lo sabía. Mucho interpretar los motetes de Gesualdo con la ventana abierta, y luego, dale al desenfreno con el *Only you* de Los cinco latinos.

—Pues mira, te voy a sacar unas partituras que se trajo nuestro abuelo de Cuba. Era íntimo de ese compositor alavés... ¿Cómo se llamaba, Nines? ¿Te acuerdas?

—Iradier —repuso la otra con su tonillo angelical—. El de *La Paloma*.

—¡Rrrr... rrrr... rediós! ¿Qqq... qqq... que tenéis aquí, en Etxalar, p... paaa... partituras dddd... de Iradier? ¡N... no me lo ppp... puedo cr... crrr... crrrr...!

Juana cortó el cricrí del tartamudo, había llegado el momento de pasar a la acción.

—Ahora mismo te las bajo. —Una última calada a su mentolado y lo estrujó sobre las mondas del queso—. Vete a saber si valen más de lo que pensamos. Y tú, Nines, haz el favor de sacar los licores. Esto hay que celebrarlo.

La damnificada se levantó como un resorte, Juana ya subía escaleras arriba. Belzunce se quedó a solas con Sultán, que le escrutaba relamiéndose los bigotes con una mirada casi compasiva. Al poco, Juana apareció con una resma de partituras amarillentas y Nines peor que ida, canturreando esa coplilla —«tápate, tápate, que se te ve el

requeté»—, ^[15] que cifraba la gloria de Montejurra, mientras mecía al compás una bandeja con la botella de Chartreuse y una sola copa.

—¿Y vo... vo... vosotras? ¿No v... vvv... vais a beber?

—No, Tasio, no. Este licor es cosa de hombres muy hombres. —Juana vertió el líquido verde-amarillento hasta el borde. Imposible apreciar las dos cucharadas soperas de matarratas disueltas en su interior—. Pero venga, échale un tiento y a ver qué te parecen las partituras.

El funcionario apuró el licor de un trago.

—Hummm, q... qué d... delicia. S... sss.... se tiene la impresión de za...zambullirse en un mar de h... hierba. D... deberíais zzz... zzz... zambulliros también vosotras.

—Un autentico poeta, ¿no te parece? —sancionó la mayor, girándole un guño a su hermana para que volviera a colmarle la copa.

Belzunce no salía de examinar los pliegos con cara de melómano en éxtasis:

—¡E... e... esto es ffff... formidable! ¡Nnn... nada menos q... q... que la primera versión, el o... ooo... original de E... Eeee... *El Arreglito!*

Nines dio un respingo, aquello le sonaba al incidente diabólico que le había hecho sufrir Corominas. No podía imaginar que el juego de coincidencias le iba a resultar aún más doloroso. Pero fue Juana quien preguntó:

—¿Qué es eso de *El Arreglito*, Tasio? Suéltalo, que nos

tienes en ascuas.

—P... p... pues una ha... ha...habanera m... m... maravillosa. Tanto que B... B...Bizet se la ch... ch... chupó p... p...para su ópera, C... C... *Carmen*.

¡Carmen! ¡La maldita Carmen otra vez! Esa gitana de perdición que tanto fascinaba a su amor imposible. Aquello era una señal del destino.

—¡No me digas! —se entusiasmó Juana—. ¿Y en qué pieza, exactamente?

—L... la d... ddd...*El amor es un pp... ppp...pájaro rrr... rrr... rebelde*.

Cayó la quinta copa. Belzunce comenzaba a dar muestras de estar algo más que afectado, no precisamente por el raticida. Según hablaba, entiesó las orejas como un hurón de clase baja que hubiera olisqueado el culo de una liebre. Algo se movía en la galería del primer piso, a la altura del retrato de Laverna. Primero vio una mano huesuda acariciando las teclas de un clave. Luego, con el primer compás, unos ojos lobunos, dos ascuas emergiendo de un negro capuz. Parecía el retrato del diablo en una caja de rapé. Solo era el primero de una comitiva de monjes encapuchados con ganas de conga. ¿A qué sonaba aquello? Recordaba los trémolos de *Una noche en el Monte Pelado*. Pero, de pronto, se cruzaba la voz rota de Javier Solís y sus mariachis, cantando *Sombras nada más*. No podía ser, pero ahí seguía avanzando la lúgubre procesión —sombras nada más—, mientras una novicia desnuda, de piel muy blanca y

melena cobriza, iba de fraile en fraile besándolos en la boca. Los efectos del brebaje benedictino, sin duda. Pues, a juzgar por la apacible expresión de las hermanas, solo él los veía, solo él oía aquella música de tormento. Tenía que sacarla de su mente como fuera. Se puso a canturrear el tema de *Carmen* en un francés macarrónico: «L'amour est un oiseau rebelle...» Las Echegaray iban traduciendo para sus adentros: «El amor es un pájaro rebelde;/ que nadie puede domesticar. / Si tú no me amas, yo te amo. Y si te amo, ¡cuídate de mí!».

Nada más cierto. Los ojos de Nines lanzaban centellas, no, auténticas llamaradas. Era su abominable donjuán quien cantaba por la boca de ese patán, ya rendido a la más desvergonzada ebriedad. Ni oyó lo que le susurraba Juana a su hermana: «El matarratas debe estar pasado. Ya ves, un puto aguachirle. No le hace efecto». La frase produjo una cierta agitación entre los fantasmales visitantes del primer piso. Nines permanecía como ida, igual que el tartaja cantor, colgada de esa melopea que hablaba de amores de perdición. La paciencia de Juana había llegado a su límite:

—Échale más Chartreuse al pollo, que siga cacareando. Ahora vuelvo.

Fue lo que hizo. Sus labios dibujaron una sonrisa picaruela y volvió a servirle su enésima copa —«Qué bien cantas, Anastasio, sigue, sigue...»—. Apenas apuró el trago, Belzunce retomó su habanera dando suaves cabeceos, la cara encendida, como esos borrachos que

echan a andar y no paran por miedo a caerse —siempre es justo entonces cuando se derrumban—. Acunada por sus trinos, una sombra avanzaba desde el fondo del pasillo, evolucionando con calculada lentitud. Sin advertirla, sin otro cuidado que mecer su copa y seguir cantando, Belzunce intuyó que en la bella simplicidad de aquella escena podía escribirse un mensaje de la providencia. Y, en efecto, la providencia no falló. No hubo un grito ni un espasmo ni un solo gemido. Por el gesto que se le cuajó, se diría que apenas sintió el tajo siseante que le segó la garganta de oreja a oreja. La gruesa arteria del cuello se le abrió como una magnolia en flor y un brusco salpicón de sangre regó las partituras mientras los fantasmas del primer piso se desvanecían en la nada. Muy plantada a su espalda, Juana sostenía en su diestra la navaja suiza con la que se afeitaba su padre, el contrabandista. La otra sujetaba por el mentón la cabeza del secretario melómano, todavía con la boca abierta y la mirada extática, como si estuviera ante un coro de arcángeles, comunicando con la eternidad.

[15] El término «requeté» procede del estado de los batallones carlistas tras la batalla de Montejurra. La coplilla originaria era «Tápate, soldado, que el culo se te ve». Pero por no ofender a las damas adscritas a la Comunión Tradicionalista lo cambiaron por «Tápate, tápate, que se te ve el requeté». (*N. del A.*)

17.

A sangre fría

Podríamos convocar la imagen de Judith alzando la testa sangrante de Holofernes, la de Salomé ante la del Bautista servida en bandeja, la de Carlota Corday afeitando a Danton en su revolucionaria bañera. Pero no. El ámbito de la truculencia en esta historia se circunscribe a las páginas de *El Caso*. Siete días después, volvía a subir los sucesos de Etxalar a su portada con otro epígrafe que rozaba lo paranormal. Un año antes de que Truman Capote conmocionara al mundo con su mejor novela, Landi anticipó un titular telepático: «A sangre fría». Y, bajo este, un avance inequívoco: «Los posesos de echarlar perpetran otro crimen ritual». La crónica, tan imaginativa como las previas, incorporaba deducciones muy a tono con el clima político-social del momento, fáciles de advertir para el lector avisado:

Sucedió sobre el amanecer del 3 de abril, día del Voto de las Cinco Llagas, festividad de culto en Navarra. Unos montañeses que bajaban

al pueblo por un paraje conocido como el Lago de las Ánimas descubrieron un automóvil medio sumergido en cuyo interior les aguardaba una escena espeluznante: un cadáver degollado —el de Anastasio Belzunce, vecino de Echalar—, con cinco víboras de gran tamaño enroscadas sobre su rostro. En los laboratorios de la DGS se pudo comprobar que habían sido inyectadas con anfetaminas.

Inerme, ya agonizante, Belzunce tuvo que ver cómo aquellas víboras enloquecidas caían sobre él mordiéndole el cuello, los ojos, la boca. Pobre hombre. Su cabeza desfigurada, hinchada como una calabaza, todavía supuraba veneno.

El término *sugegorria* —serpiente roja—, identifica entre los vascos a la víbora de Seoane, hocicuda y letal. En la mitología autóctona se la asocia con Herensuge, el dragón que custodia la cueva de Mari. Un dato que acreditaría la filiación satánica del crimen, tanto como la abominación implícita en el número —cinco víboras—, calculada para execrar la festividad de las Cinco Llagas. Lo inquietante, sin embargo, remite a su similitud con el asesinato de Crisanto Embil. ¿Cabe la posibilidad de un pacto entre los gitanos de Estopa y los secuaces de Aquerbelcha comprometidos con los brotes de sedición que

azotan Vascongadas?

Dos homicidios perpetrados con un arma blanca y enfatizados con animales vinculados al demonio, como el sapo, en el caso de Embil; o la serpiente, en el de Belzunce. Dos víctimas marcadas por una tara —si Embil era un débil mental, Belzunce sufría una tartamudez congénita—. Y, finalmente, dos funcionarios de rango menor, pero tan representativos de la españolidad de Navarra como los miembros de las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado que se ven acosados por ese aquelarre de comunistas y separatistas, los de la ETA, cuyo emblema no es otro que el hacha (arma blanca) y la serpiente roja (*sugegorria*).

El 17 de julio de 1961 los sediciosos intentaron descarrilar el tren que transportaba a un millar de caballeros excombatientes rumbo a San Sebastián, con el propósito de conmemorar el Glorioso Alzamiento Nacional. Desde entonces los hachazos de esta horda de hijos políticos de Satanás contra cualquiera que represente la bandera de España en la leal Navarra, como en Vascongadas, se vienen sucediendo con una persistencia diabólica. No nos engañemos: la Serpiente Roja ha alzado su cabeza. Y los hijos de Aitor llevan su veneno en la sangre.

La crónica cierta resultaba bastante más prosaica. Tras degollar a Belzunce, las Echegaray habían arrumbado el cadáver dentro de su Dodge sin otra intención que hacerlo desaparecer. Puesto que ninguna de las dos sabía conducir, se limitaron a soltar el freno de mano y dejarlo rodar colina abajo, hasta que desbarrancó en el Lago de las Ánimas. Ni cinco ni tres ni dos, y ninguna inyectada de anfetaminas. Los caseros que lo descubrieron al día siguiente solo encontraron una culebra acuática adormecida a los pies del muerto, mientras que los grumos blanquecinos que detectaron en su estómago no eran más que los restos del matarratas.

No obstante, la consternación volvió a caer como un frente de tormenta sobre el pueblo entero. Ya no se trataba del Idiota o el Tartaja. Podía ser cualquiera, todo el vecindario estaba amenazado. Se dieron instrucciones conminantes, se prohibieron las salidas solitarias una vez que oscureciera —los hombres habrían de hacerlo como poco en pareja y en tríos las mujeres—. En adelante, de la puerta de cada casa, y aún más en los *baserris* perdidos, habría de colgarse un caldero y una estaca. Al menor indicio, se imponía golpear el caldero con la estaca hasta que compareciera la autoridad. Casi daban ganas de hacer lo propio con las ristras de embutidos suspendidas de la charcutería Moderna, donde aguardaba su turno un caballero de parpadeantes zapatos de cocodrilo con un ejemplar de *Triunfo* —la revista de los intelectuales—, pinzado bajo el brazo. Las comadres arracimadas frente al

mostrador no ocultaban su desazón, en parte a causa del crimen, quizá más ante la súbita afluencia de policías que, husmeando por todas partes e interrogando hasta al lucero del alba, hacían muy desagradable la vida en aquel hasta entonces bucólico pueblecito del Pirineo. Todo un remanso de paz.

—¿Y a ti qué, Inaxio, a ti no te han registrado la cámara a ver si...? Como tienes un hijo que ahora solo come lechugas...

La pregunta, cargada de sorna y dirigida al marido de la charcutera, un cincuentón liofilizado por los furores uterinos de su consorte, venía de Margari, la mercera. Inaxio agachó la testuz sabiéndose el hazmerreír del pueblo —nada más hiriente para un carnicero que sufrir un hijo vegetariano—, y siguió a lo suyo. Bastante tenía con mechar los cortes de entraña que le había encargado el cura. Maritxu respondió por él, obviando la ignominia familiar:

—Quita, quita, que esto es como una maldición. Si es que no nos dejan vivir.

—Pobre Anastasio, pobre, qué manera de irse al otro barrio —siguió Visitación, la *serora* del pueblo—. Sin extremaunción ni nada... —Y sin variar su tono, abordó al carnicero—: Anda, guapo, ponme un cuarto de chuletillas de lechal.

—¿No prefieres de buey? —El cabeceo negativo de la beata no distrajo su golpe de hacha—. Vale, conforme, tú y tu marido, dale matraca al cordero. Pues no sabéis lo

que os perdéis. Tengo unos medallones *goxúa goxúa*, mantequilla pura.

—Guárdamelos a mí, antes de que te los requisen los «grises».

Así se conocía entonces, por el color de su uniforme, a los miembros de la Policía Armada, pero también a los visitantes de otros mundos, «razas regresivas», a juicio de un joven parapsicólogo llamado Jiménez del Oso. Ajena a tan aciaga conjunción, la ocurrencia de Graxiana, la de la droguería Montecarlo, soltó algunas risas.

—No lo digas dos veces, que con el «chuletón» que nos ha caído encima, igual nos declaran el estado de excepción. —La rima venía de Maritxu—. Eso es lo que buscan, eso y nada más. ¿Quién no sabía que nuestro Tasio andaba con depresión? Para mí que en un arrebato perdió la cabeza y ...vaya, que se nos fue.

Rufina, la viuda del ferretero, que sufría en silencio unas hemorroides prolapsales, fase cuatro, como si la vida fuera una afrenta perpetua a su inocencia, lanzó una mirada turbia a Mari Toñi, la descocada sirvienta de Zumbeltz. Era un secreto a voces que Belzunce bebía los vientos por las tetas de la inclusera, aunque las de Maritxu tampoco estaban mal. Un poco excesivas, la verdad. Graxiana solía insinuar que su marido acabaría colgándolas de sus ganchos con el precio por kilo.

—¿...Quieres decirnos que se suicidó? —La inclusera lo soltó sin dejar de mascar su chicle, a lo *West Side Story*—. Anda ya, que tenía un tajo así, de oreja a oreja.

—Si vieras el que se metió este al afeitarse. —Maritxu desvió un vistazo conmisericordioso a su cónyuge—. Casi se rebana la nuez, y se lo hizo él solo, él solito.

—Y lo de las víboras —siguió Margari—, vamos, que no pasaban de angulas.

—Infundios, todo son infundios de los *belarrimotxas*^[16] —sentenció la charcutera—. Que esos solo vienen a ver por dónde mordernos más. A este paso, acabaremos saliendo hasta en la televisión.

El reproche de Maritxu supuraba el odio ancestral de los pueblos recios, apegados a sus raíces, contra los intrusos —televisión incluida—, que vuelven irrisoria la fidelidad al terruño. En parte no le faltaba razón. En la vecina Guipúzcoa aún pesaba mucho la ignominia de haber sido declarada «Provincia Traidora» tras la guerra. Sin duda, el atildado caballero que escuchaba con su ejemplar de *Triunfo* bajo el brazo, era consciente. Cautó, carraspeó un par de veces antes de soltarlo:

—Disculpe, amiga mía, pero eso que ha apuntado... —Todas las miradas se volvieron. Sabían que venía de la babilonia mesetaria, y que además escribía, lo que agravaba su mala fama. Sin embargo, Pantxika, su patrona, contaba maravillas del galán. ¿Qué iba a decir? ¿Se atrevería a reconvenirlos? Corominas, pues no se trataba de otro, golpeó despacio uno de sus Benson & Hedges contra su pitillera y clavó sus ojos egipcios en la opulenta carnicera—: Si el difunto sufría una depresión, y no se le conocían conflictos... ¿es posible que hubiera por

medio una mujer?

Mari Toñi dejó de mascar su chicle. El silencio, de magnitudes cataclísmicas, ayudó a que el periodista siguiera con lo suyo:

—... Casi sería lo más lógico, señoras. Porque, mejorando lo presente —la primera vaharada embrumó las cabezas de cerdo entre las que asomaba la pechuga de Maritxu—, es que las mujeres de este pueblo son de armas tomar.

Antes de que la consternación fuera a más, por aquello del doble sentido, Corominas incendió el ditirambo:

—¡Qué cuerpos, qué garbo, qué misterio en cada mirada! No me extraña que ese hombre perdiera el seso. —El cloqueo unánime, acompañado de no pocos rubores preorgásmicos, sancionó su apoteosis—. Acercarse a Etxalar, amigas mías, es sentirse eclosionar en el Jardín de Venus.

—Un respeto, caballero —gorjeó Maritxu, dando tal meneo a su marido que estuvo cerca de volcar la fuente de las criadillas—. Que aquí a católicas no nos gana ni Dios.

—Bien que lo sé desde que caí rendido a los pies de la indómita *Amaya*, la de los vascos del siglo VIII. —El novelón de Navarro Villoslada era la biblia de la comarca. No en vano deslumbró al mismo Unamuno—. Qué temple a la hora de batirse contra la morisma y cristianizar a los vascones, solo con sus encantos. Seguro que sus descendientes las pasan canutas viendo pasar tanta carne en sazón y...

—¿Nos está llamando gordas? —le cortó la interpelada.

—¡Valiente disparate! Pero cómo puede decir eso, Maritxu... —Corominas dio un paso adelante y cogió sus manos con una delicadeza sencillamente pornográfica—. ¡Gorda, qué blasfemia! Si su marido me permite... —Inaxio cabeceó su calva con resignación—, usted tira a pulposa, a mullida, a exuberante, sí señor. Justo lo que más apreciamos en Madrid y en toda España. Mire la Loren, mire la Ekberg. Por hembras así, no hay hombre que no salte al ruedo.

Cierto, más allá de su respiración vacuna, había que ver a aquellas cinco alegorías de la lujuria bien metidas en carnes y tan peregrinamente sofisticadas que algunas abrían el champán con sacacorchos. Rostros rubicundos, narices excesivas para cualquier idilio, manos hechas para embotar pimientos y, en la solapa de Visitación, la insignia de la Liga de la Templanza, como advirtiéndolo al respetable que nada haría mella en el blindaje de su corsé por más ávida de amor que estuviera. Pero ante semejante derroche de lascivia, ¿quién puede resistirse? Fue como si el tacón de Maritxu volviera a romperse para que le calzara las sandalias de Cenicienta. El flujo le volvió de golpe, la Inasequible se derretía de gusto.

—Así se entiende lo de ese pobre Belzunce —siguió Corominas, soltando sus manecillas porcinas sin dejar de mirarla a su conspicua manera—. La ansiedad sexual puede llevar al suicidio, igual que la depresión. Pero la depresión también puede producirla un amor no

correspondido. Con lo que estaríamos ante un círculo vicioso. Si me permiten, podría contarles un caso del que fui testigo en Madrid...

Nunca un silencio pudo ser más avasallador, todas le miraban expectantes.

—Se trataba de la esposa del marqués de M***, nada menos, que había conspirado con su amante para asesinarle. ¿Cuál era el plan? Una noche, la marquesita sugirió a su marido que se dieran un baño a oscuras, todo muy romántico. Pues bien, al poco de que el pobre cornudo se pusiera en remojo, el otro, que esperaba oculto tras la cortina, y descalzo, deslizó en la bañera un cable conectado a la corriente. No reparó en que la tina era de las antiguas, fundida en hierro. Al instante, un relámpago eléctrico se transmitió por las baldosas mojadas y alcanzó los pies del amante, abrasando su agitado corazón. La marquesita corrió a abrazarle, y, en fin, así murieron los dos, achicharrados. Solo se salvó el marido, aunque la descarga nos lo dejó impotente para los restos. Tres personas desnudas, dos muertos y un cable pelado podían tener muchas explicaciones. ¿Crimen pasional, suicidio a dúo? Muerte accidental, eso fue lo que acabó sentenciando el juez, y santas pascuas.

Concluido su relato, el oráculo de las comadres sacó sus conclusiones. Sabían que aquel adonis también sufría en silencio por culpa de otra periodista no menos letal que las culebras de Belzunce. Pantxika les había soplado lo de la rubia. Una lagarta despampanante, como las de las

varietés. El día en que Corominas le telefoneó para anunciarle su intención de regresar al pueblo «con una amiga», ella les agasajó con una cena en casa —por supuesto que no subieron a su habitación, hasta ahí podíamos llegar—, aunque la rubia tampoco parecía muy por la labor. Tenía que coger el expreso de Madrid y Corominas se la llevó a Irún sin acabarse el café. Pero, al día siguiente, mientras hacía la limpieza, Pantxika encontró un sobre vacío en la papelera de su cuarto. «Para Rosario», decía. Sin duda, se trataba de la Rosario Landi que firmaba aquellos artículos infectos en *El Caso*, la que le rompió el corazón antes de que él rompiera en mil pedazos la carta del adiós.

Así como la condena previa, ahora también la pena era coral. Un hombre tan guapo y tan elegante y tan atento, despreciado por una vulgar suripanta. Temiendo que también él optara por el camino sin retorno, con o sin bañeras por medio, Maritxu cambió de tema y todas comprendieron:

—En fin, ¿que... qué le pongo, caballero?

—Ah, pues si es tan amable... Venía a por unas cintitas de lomo, de las finas, y alguna *delicatessen* de esas que...

—¿Deliqué...? —mugió la carnicera, que jamás había oído tal palabra.

—Sí, bueno, un cuarto de ese queso de pastor será suficiente. Es que hoy me toca hacer trabajo de campo y...

—¡Jesús, María y José! —Graxiana estuvo cerca de

santiguarse—. No me diga que también usted está investigando ese crimen horrible.

—Por favor, señora... —sonrió el escritor blandiendo su ejemplar de *Triunfo*—. Lo mío es la alta cultura, yo solo muero por la *Carmen* de Bizet. —Y si esto lo dijo con cierto desdén, su tono se volvió confidencial cuando añadió—: Aunque, por cierto, tengo entendido que el difunto era un gran melómano, ¿no es así?

—Bueno, había estudiado solfeo con los salesianos —apostrofó Mari Toñi, mascando su chicle con ese ñaca-ñaca que rozaba la desvergüenza—. Y tocaba el piano, vaya si lo tocaba, además de otras teclas...

¿Había dicho teclas o tetas? Visitación se vio impelida a citar los evangelios:

—El Señor ha dicho: no le taparás la boca al buey mientras pise el trigo. —Una cita muy oportuna, dado el lugar—. Que aunque nuestro Tasio no fuera san Tarsicio, también tocaba el órgano en la iglesia. Y un hombre que toca para Jaungoikoa, aunque sea con un brazo en alto, no se suicida.

Tanto toqueteo de órganos sonaba aún más obsceno que lo de las tetas y el ñaca-ñaca de Mari Toñi. Margari impuso un cambio de tercio:

—Anda, Visi, cuéntale lo de las señales.

—¿Señales? —parpadeó la aludida, tan ingenua que, de haber nacido en Semana Santa, la hubieran bautizado Torrija—. Ave María purísima, ¿que tengo señales?

—Serás pánfila, qué vas a tener tú... —La mercera se

giró hacia el adonis—: Sepa usted que cuando lo de Santúa, vimos aparecer un lobo cojo arriba de las *malloas*.

—Ah, ya, sí... Algo he oído acerca de eso. — Corominas se atusó su bigotillo eludiendo mentar el artículo de *El Caso* acerca de la confesión de Estopa—. Pero no me digan que se han creído el cuento del gitano.

—Lo del gitano será un cuento, señor, pero aquí la raza zarpuda tiene su historia.

—Vaya, qué interesante. —Y, según lo dijo, no pudo evitar volverse hacia la beata.

Demasiado para Maritxu: no estaba por la labor de que esa remilgada le robara su ascendiente ante el galán:

—Eso por no hablar del Lago de las Ánimas.

—¿Qué le vas a contar? —le atajó Mari Toñi en su tono procaz—. ¿Qué es donde se lavan el chichi las brujas de la comarca? Venga ya...

—Hay algo más —sentenció Regina, sin afectar la insolencia de la inclusera—: la noche anterior, en la curva de la central eléctrica, cuentan que se plantó un *gaueko*, el duende de patas de gallina que anuncia las desgracias.

—¿Pero en qué quedamos: fue un suicidio, un asesinato o un accidente?

La precisión de Margari coincidió con la entrada de Nines Echeagaray. Impresionaba verla. Hondas ojeras violáceas acreditaban su calvario. Al oír lo de la aparición del duende se le cortó el aliento. Pero lo que le paró el corazón fue ver a Corominas allá, como si viniera del brazo de esa puta rubia. Su mente se inundó de imágenes

atroces: vio a su hermana avanzando por la espalda de Belzunce, navaja en alto, presta a degollarle, mientras el infeliz seguía cantando su habanera. Vio el lampazo de sangre brotando a borbotones de su yugular. Vio el rostro de Corominas mientras Belzunce caía, pues era a él y solo a él a quien quería matar y a quien seguía viendo muerto, daba igual en el Lago de las Ánimas como en la charcutería Moderna. Se impuso un silencio extraño, un silencio como el que se apodera del público cuando cae el telón y las aplausos aún no han empezado. Las comadres se hicieron a un lado, las manos aferradas a sus capazos henchidos de vísceras sangrantes, los ojos, incluso los de los conejos desollados, clavados en ella. Hasta Inaxio dejó colgada su sierra de huesos. Lo sabían todo. El beso de aquel Casanova encantador, las ínfulas de esa pobrecita, y luego, ¡toma!, la burla de la rubia, el escarnio público, otra vez condenada a vestir santos. Nines, muy tiesa, toda dignidad, ignoró a Corominas y se plantó ante el mostrador:

—¿Te queda algo de babilla de cerdo, Maritxu? — Apenas giró un vistazo despectivo hacia su galán, lo justo para señalarle—. Haz el favor de ponerme cuarto y mitad.

—Pues babilla ya no me queda, guapa.

Las urracas sonreían, escudriñándola con malignidad. Para mala baba, la suya.

—Vaya, una por lo menos que se habrá ido contenta — siguió el juego macabro de las alusiones—. Pues si no te queda, ponme presa.

Entonces, como si saliera de la cárcel de su despecho, Corominas dio un paso adelante, encaró a Nines mirándola a los ojos, y le ofreció el envoltorio de papel encerado con las cintas de lomo y el corte de queso:

—¿Crees que esto será suficiente, querida?

Ah, el amor, el amor. La violenta obsesión de Nines acabó por incendiar el penitencial silencio de Eros. Hasta entonces tenía el cerebro lleno de imprecaciones, de estupefacción y rabia. Pero al sentir esa mirada sobre sus ojos de martirio —«Cerca de ti, Señor»—, su rostro se tensó, y se puso muy pálida. Todo pendía de aquel instante. Castigar a Corominas con su despecho podría equivaler a un triunfo ante el conciliábulo de las cotillas que seguían la escena expectantes. Pero aceptar lo que le ofrecía, como si nada hubiera sucedido, ¿no comportaría un triunfo mayor? En cualquier caso, ella no se iba a entregar tan fácilmente. Que sufriera un poco, era lo menos que se merecía.

—Suficiente..., ¿para qué? —dijo al fin, seca y distante.

—¿Para qué va a ser, cielo? Para la excursión a Roncesvalles. Me prometiste que me enseñarías la colegiata y la tumba de ese gigante, Sancho el Fuerte y...

En un raptó de lucidez Nines lo comprendió todo. Aquel hombre maravilloso intentaba reivindicarla frente a la confabulación de las chismosas, lo que valía por el pueblo entero. Decidió seguir su juego, aunque después... Sí, por supuesto que después le exigiría toda clase de

explicaciones.

—¿Y qué hago con la presa que he pedido, eh? — siguió mortificándole Nines.

Maritxu, rendida al glamur de la escena, rompió una lanza por su cruzado:

—No te preocupes, hija, que alguna se la llevará.

—Bueno, pues si es así... —concedió la impávida—, habrá que ir a por pan.

Corominas le tendió su brazo. Nines sintió que los ojos comenzaban a escocerle, presagiando lágrimas, pero todavía vaciló un instante. Al fin dio un respingo y lo aceptó, no sin cierta indiferencia esquiva. Mientras él le abría la puerta, todo caballerosidad, les alcanzaron un par de cuchicheos. «Sí, pan, pan... Toma pan y moja». La otra voz, eso seguro, era la de Mari Toñi: «Mira la mosquita muerta, cómo las mata callando». El resto no dijo nada, o lo dijo en voz muy baja.

[16] Literalmente, «orejas arrugadas», uno de los términos despectivos con que se tildaba a los foráneos. (*N. del A.*)

18.

Cogiendo al demonio por la cola

El conjuro de Laverna la Bella había funcionado. Aquel tenorio como surgido de esas fotonovelas que restañaban las frustraciones vaginales de media España, la llevaba del brazo hacia su haiga como si la condujera al altar, todo ello ante aquellas víboras cornudas que se habrían quedado reconcomiéndose los hígados. Sí, el conjuro había funcionado. Pero ¿en orden a qué ritual? ¿Por sus invocaciones de aprendiz de bruja, o quizá precipitado tras el sacrificio de esa rata tartamuda que murió trinando la habanera de la *Carmen* de Bizet?

Sea como fuere, disuelto el maleficio, los amantes retomaban su vals. Este, sin embargo, seguía ocultando una nota falsa y otra mujer fatal. Aún no le había dicho nada acerca de esa lagarta sin moral ni principios, Rosario Landi, la periodista. Tanto como se reía de sus melindres y la había traído al pueblo en su coche, y había cenado con ella en casa de Pantxika y... Según el Packard rodaba hacia Saint-Jean-Pied-de-Port, luego virarían rumbo a Roncesvalles, el motor de Nines no dejaba de carburar. Si

tenía a la rubia de bote en el bote, y esta, además de una mujer de mundo, era una tiparraca exuberante, ¿qué buscaba en una pueblerina como ella? ¿Tal vez algo especial? ¿Algo relacionado con su obsesión por Mari, por *Carmen*, por todas las damas de perdición de su tierra? «También tú perteneces a la raza de Mari», le había susurrado Román con su voz sedosa, «eres como el hada de un jardín encantado». Ahí estaba la clave. La otra solo fue un desliz, era ella quien le enamoraba hasta las trancas. No en vano le había conseguido, a saber cómo, un permiso especial —ella no tenía pasaporte—, para cruzar la frontera. Apenas la dejaron atrás ya se vio en ruta hacia el París de sus sueños y comenzó a sentir un hervor espumante en sus venas. Su corazón, virgen y mártir, volvía a florecer.

No tardaron en alcanzar Saint-Jean-Pied-de-Port, donde arranca el tramo decisivo del Camino Francés. Grupos de peregrinos remontaban el puente medieval sobre el Errobi, ansiosos por sellar su compostela. Nada más aparcar, Corominas se acercó a una pareja de mochileros y les entregó la bolsa de su almuerzo. Luego, ante la estupefacción de Nines, la condujo hasta Les Pyrénées, el restaurante más acreditado de Benabarra. Román sonrió al verla encogerse cuando pasaron bajo sus pendones del tiempo de los mosqueteros. Se sentía sobrepasada, ella, que jamás se había ajustado otros guantes que los de fregar, codo con codo con gentes de postín, todos vestidos con apellidos ilustres y esos conjuntos que exigen tres

generaciones de desayunos en la cama para llevarlos con naturalidad. No pudo disimularlo ante la perspicacia del *maître*. Se mareaba con solo posar sus ojos en tantas suculencias en francés —*lotte au estragon, boeuf en daube, coq au vin*—. Y qué precios, santo Dios. Consciente de su embarazo, Román encargó los platos de los dos: *foie* de oca de verdad, nada de esos sucedáneos porcinos a la española, una becada a la trufa servida bien tiesa, con su penacho de plumas y todo, sobre aquella bandeja que parecía una patena. Y, por supuesto, un Burdeos con el nombre del castillo familiar —Arrambide—, esculpido en un precioso decantador.

—Hummm, me sabe a gloria —exclamó al probarlo—. ¡Esto es vivir!

—¿Qué dices, pequeña? —repuso él atusándose su bigotillo—. No es nada comparado con lo que te mereces. Ya sabes, pídemela luna.

Qué perturbador resulta el lujo para las personas que nunca lo han probado y a quienes sus tentaciones se les ofrecen de repente. El brillo y la sensualidad del escenario acabaron por deslumbrar a Nines, el vino hizo todo lo demás. Al mechar la becada, hasta se permitió un comentario en voz alta —«no sé si me gusta la carne tan poco hecha»—. Los clientes la miraban, le daba igual. «Si pudiera comer siempre en lugares como este», se dijo, embuchando un eructo, «seguro que no sería tan inestable. Basta de ñoñeces, ¡a por él!». Ya con los postres, Román desplegó su ejemplar de *Triunfo* y, oh, sorpresa, dentro

apareció el de *El Caso* donde se refería el asesinato de Belzunce. Ella chasqueó la lengua con un rictus displicente:

—Vaya, o sea que además de leer esa purrela... —dijo en una alusión frontal a quien firmaba el artículo—, te atreves a plantármela en los morros.

Aquello no sonó muy refinado —el alcohol la estaba traicionando—, pero a Román le sobraba diplomacia para decantar un buen vino, y para todo lo demás.

—El asesino empieza a interesarme, no te lo oculto. Debe ser un tipo... —con su elegante mano alzó la velita y prendió un cigarrillo—, ...muy pero que muy especial.

Nines se puso a la defensiva, solo un instante. Cuidado, aquello equivalía a delatarse. Su voz impostó un tono neutro, casi cálido:

—¿Por qué lo dices, cariño?

—Tiene cerebro. Perpetrar dos crímenes atroces en un pueblo tan pequeño, hacerlo sin dejar huellas, y confundir incluso a los podencos de la pasma, eso no está al alcance de cualquiera. Tenemos a un verdadero genio del mal.

—¿Tú... crees? —Más que asombrada, se sentía halagada.

—No puede uno por menos que descubrirse ante su astucia.

—Solo es un asesino. —Nines exhaló un leve suspiro—. Aunque deberían ser dos, ¿no? Porque, según dicen, a Santúa lo liquidó el gitano que ya está preso.

Corominas frunció un mohín, como si hubiera mordido

un grano de pimienta.

—Ya, ya, sí... Esa es la tesis de *El Caso*, pero no sé. Hasta un ciego vería la lectura política que hay debajo: los gitanos, la secta satánica, la ETA... Solo faltan los masones y los comunistas. Ya sabes: nadie los conoce, pero están ahí.

—¿Y tú, qué piensas? —La malicia de Nines se contuvo en esa puntada: nada más sagaz que situarse fuera del tablero—. ¿Que el hombre que mató a Santúa es el mismo que degolló a Belzunce, un lobo solitario, o ves más la manada de...?

—La única evidencia contrastada es la parafernalia diabólica que sella estos crímenes. Supongamos que en tu pueblo hay una secta de la que nadie se atreve a hablar. «Los Posesos de Echalar», como dice este papelucho. — Corominas meció su copa sobre el semanario—. Hasta ahí podríamos entenderlo. Pero, escúchame bien, esta es la pregunta: ¿Por qué lo hacen? ¿Cuál es su móvil? *Qui prodest?*

Nines, poco ducha en latines, pareció meditar su respuesta:

—Si se trata de una secta, podría ser un ajuste de cuentas o una venganza. Vete a saber, igual por haberse ido de la lengua. Lo mismo estaba chantajeando a su cabecilla, al sursuncorda o como lo llamen.

Aquello fue una apuesta de riesgo, pero se sentía segura. El vino que caldeaba sus venas, hasta la punta de sus dedos, le había dado ese punto de temeridad.

—Tienes una mente interesante, muy interesante... — reconoció Corominas, ahora en pose de sabueso—: eso nos llevaría a dar por cierto que Belzunce y Embil pertenecían a esa secta de adoradores de Akerbeltz, conectada con los gitanos de Estopa. Pero ¿qué se ha encontrado en los registros de sus domicilios? El Idiota solo ocultaba un tarro con un montón de caramelos rechupados. Y el otro, en fin...

—¿Un montón de partituras?

—Sí, pero para tapar otro de revistas pornográficas. Era un obseso sexual.

—¡Qué horror! No tenía ni idea.... —Cierto, nunca lo hubiera imaginado.

—Espero que no te haya sentado mal.

—¿Qué cosa?

—Lo de la pornografía. Por eso dije lo que dije donde Maritxu. ¿Sabes qué pienso? —Y antes de que ella volviera a preguntar, sentenció—: Que el asesino es una mujer.

Era el momento, ese y no otro. Si pretendía ser creíble, Nines debió formular al instante la pregunta obligada: «¿Por qué una mujer?». Eso o todo lo contrario, hasta un sarcasmo —«Sí, claro, a lo mejor ha sido tu amiguita la rubia del género ínfimo y la prensa de casquería»—. No pudo hacerlo. El impacto de su conjetura fue tal que enmudeció de golpe, atrapada en su propia ratonera. Román deslizó una bocanada de humo dentro de la copa, apuró otro sorbo de Armagnac, y pronunció despacio:

—... Y yo sé quién es.

La mano de Nines se crispó sobre la servilleta. Una palabra más y dejaría de pertenecer al mundo de los vivos.

—¿Qué te pasa, cielo? ¿Te encuentras mal?

—No, no... Debe ser el paté, digo el «fuá»... —farfulló, lívida, con la boca seca—. Creo que me está repitiendo... Igual también por el vino.

—Te pediré una infusión. —Román ya estaba llamando al camarero.

—Pero antes dímelo de una vez. —Sí, mejor morir de una vez y de un solo golpe, eso fue lo que debió de pensar cuando se decidió a pronunciar aquellas palabras—: Quiero saber quién es esa mujer.

Se miraron como si cada cual intentara adivinar los pensamientos del otro. Ella preguntándose en qué curva de la subida a Roncesvalles se abalanzaría sobre su amante para precipitar la caída al barranco que acabaría con sus vidas. Él, convencido de que crear una cierta tensión sexual era el protocolo infalible para abrasar a una frígida como ella, se puso aún más teatral:

—«La perdición y la muerte dijeron: hemos oído hablar de esa dama». —Nines ya solo esperaba el tiro de gracia, lo que llegó fue una infusión olorosa a menta mientras Román firmaba la cuenta con un floreo—. Así se presenta la asesina estelar de nuestra historia: nunca fue otra que la Carmen de Merimée.

Poco le faltó para arrojarle a aquel imbécil su infusión

hirviente a la cara. En lugar de eso apuró un sorbito, declinó la taza como si apartara el violín del Sacamantecas y, pensando en Laverna, tuvo un gesto de genio. Esbozó unos aplausos inconsecuentes mientras dejaba caer una de sus frases folletinescas favoritas:

—Anda, llévame a Roncesvalles. Pronto caerá la noche y todavía tengo que arrancarte el corazón.

El camino hasta la colegiata a la luz del sol poniente prolongó el encantamiento, hubieran disfrutado corriendo descalzos sobre la hierba. El atardecer proyectaba rayos oblicuos a través de la arboleda, su luz dorada parecía incendiar las celosías del claustro. Dentro, un grupo de catecúmenas de la Sección Femenina escuchaba a un coadjutor calvo y repeinado, un imposible metafísico propio del Opus Dei. Leía a viva voz un suelto de *Mundo Cristiano* que aludía a las relaciones prematrimoniales:

El novio consiguió robarle un beso a la novia. Esta le pidió una cerilla. Él, sorprendido, accedió a dársela. Entonces la señorita le acercó la llama a la mano con el consiguiente respingo de él. Ella sopló la cerilla y le moralizó, severa: ¿Te has quemado? Pues más te quemarás en el infierno si intentas hacerme pecar.

Conteniendo la risa, Nines y Román se escabulleron hacia la sala capitular donde se exhibe el sarcófago de Sancho el Fuerte, el de las Navas de Tolosa, todo un gigante para su tiempo y para el nuestro, pues alcanzaba los dos metros diez.

—¿Te has fijado? Tiene una pierna cruzada sobre la otra —apuntó Nines señalando la escultura yacente—. ¿Y eso? ¿Sabes qué significa?

Román abundó en sus ironías:

—¿Que le gustaba dormir así, que le vino un apretón...? No tengo ni idea.

—Es para marcar su rango de peregrino en la Santa Cruzada. —La voz les llegó desde atrás. El coadjutor de cara de cabra, escoltado por su rebaño de nínfulas octogenarias, venía tras ellos—. Pero fíjense también en la postura de sus manos: la derecha al pecho, la otra sobre el mandoble. Marca la reverencia del caballero ante la fe cristiana, y su disposición a defenderla a ultranza.

Más que a ultranza, fue a escape como volvieron a escabullirse por el camino que se perdía entre los hayedos, hacia el paraje donde Roldán intentó romper su espada para que no cayera en poder de los bárbaros vascones.

—Roldán casi suena como Román —musitó Nines—. ¿Serás mi caballero andante?

—Todo lo que tú quieras —exclamó él cogiéndola por el talle—, si me dejas.

Nines se hizo la inadvertida. Parpadeó, pero no se

movió:

—He visto un búho. Es muy raro ver un búho a la luz del día.

Román deslizó sus dedos bajo la cinturilla de su falda. Ella se estremeció, pero tampoco hizo nada por despegárselos. El escritor engoló la voz:

—«El destino de ella era matar; el de ellos, morir con el veneno de sus besos» —siguió en su tono, a lo Merimée —. Hasta que la perdió el amor. Vasca y gitana, eso es más raro que lo del búho, ¿no? Algo así como pillar al demonio por la cola.

El demonio había quedado atrás, la felicidad era como esa mano en su carne, como hiedra que extendiese sobre su piel los deletéreos tentáculos del deseo. Nines esperaba el momento, sin miedo a las cerillas ni a los besos. Mientras caminaban bajo la bóveda arbórea, tan apuntada como la de una catedral, le miró temerosa de que todo fuera un sueño. Entonces él cogió su cabeza, le apartó el pelo, buscó sus ojos. El sol declinaba, abría haces de oro entre la bruma que subía del valle.

—Eres una chica extraña —le dijo en un susurro grave, de lo más tentador.

—¿Por qué? —repuso ella, con otro no menos rendido.

—Pareces caída del cielo, Ángela. Eres mi ángel caído del cielo.

Lo siguiente fue uno de esos besos que pueden volver loca a una santa. Primero lento y suave, luego cada vez más profundo. Nines se sentía en el paraíso. Que siguiera

besándola por los siglos de los siglos, que no acabara jamás, que jamás despertara de ese sueño, se decía mientras se repetía una y mil veces: «Te quiero, te quiero, te quiero...». Pero él ya no parecía escucharla, su beso se había convertido en otra cosa. Ahora le mordía los labios, le metía la lengua hasta la campanilla. ¿Y qué manera era aquella de magrearle el culo, las tetas, el cuerpo entero? Nines se ahogaba, no esperaba eso de él, si es que seguía siendo él. En sus ojos había una mirada extraviada, como miran los perros cuando están a punto de morder. Como le miraba Santúa el día en que intentó violarla.

—... O sea que lo que te calienta es hacerte la estrecha. Te gusta jugar, ¿eh? Muy bien, ponte de rodillas, venga —le dijo, casi empujándola al suelo, con otra voz, una voz que exigía obediencia—. Y ahora, cierra los ojos y abre la boca.

Nines no daba crédito, aquello le parecía humillante, pero cedió. ¿Qué pretendía? Apenas cerró los ojos, volvió a abrirlos al sentir su miembro erecto entrando como un ariete en su boca. Quedó paralizada, inerte, tanto más deseable. Nada podía excitar más a su amante, pero ¿qué clase de amante trata así a su prometida? La estaba violando, sin ninguna consideración, de rodillas, como a una puta. Sintió ganas de morder esa verga de carne tan poco hecha como la becada que le subía a la garganta con cada una de sus acometidas. Pero también un oscuro deseo, una sensación de poder, casi de magia. Lo tenía a su merced, como si apresara todo su ser en su boca. Su

alma y su sexo nunca serían más suyos que entonces. Se aplicó a succionarlo, decidida a condenarse de una vez por todas.

—Joder cómo me has puesto, serás guarra... —Sin declinar su tono dominante, Román la forzó a tenderse sobre la hierba—. Me voy a correr en cuanto te la meta.

Le arrancó las bragas a tirones, le abrió las piernas hasta descoyuntarla. Nines apretaba los dientes, la cabeza vuelta, ciertamente condenada, humillada, tanto más encendida. Ese cerdo le había dicho que era su ángel, pero qué ángel. Un ángel caído. Fue en eso en lo que se convirtió, como si de pronto hubiera despertado en ella el negro latido de las hijas de Mari, la lujuria abrasiva de Laverna la Diabla, aquella fatalidad inherente a su linaje, tan capaz de amar como de destruir. Antes de que llegara a penetrarla, se revolvió hasta volcarlo y quedar encima. No le dio tiempo a reaccionar. Fue ella quien lo montó agarrándolo por el cuello, las piernas en tenaza contra sus costillas, su sexo en llamas. Desmelenada, furibunda, frenética, Nines no se reconocía, ni Corominas parecía reconocerla. Aquella virgen púdica se retorció con la rabia de una diablesa arrojada a una pila de agua bendita:

—¿Es esto lo que querías? ¿Es esto? ¡Pues toma, toma, toma!

Sentía que se perdía pero, definitivamente, había descubierto que le fascinaba convertir aquella perdición en una posesión a vida o muerte. El resto fue un carajal de impudicia sin ningún esplendor sobre la hierba. Lo

cabalgó en un galope tan desbocado como el de las cuadrigas de *Ben-Hur*. No dejaba de gritarle —«¡Toma, toma, toma!»—, mientras él, aterrado, se convulsionaba con los ojos en blanco. Acabaron rendidos, jadeantes, en medio de un charco de sudor fantasmal.

¿Qué había sido aquello? Desde el día en que fue por primera vez al cine, tanto tiempo atrás, tuvo la clara certeza de cómo perdería la virginidad con el hombre de sus sueños. Sería como esa escena de *Violetas imperiales* en la que Luis Mariano seduce a Carmen Sevilla con un beso al borde del desmayo y cien arrullos de almíbar. En lugar de eso, provocada por él, era ella quien había cogido al demonio por la cola. Y, calladamente, aun sabiéndose en pecado mortal, se complació en su victoria. De camino al coche, ahora Corominas iba detrás y ella delante. El fuego de sus entrañas le hervía entre los muslos, como si en vez de supurar restos de sangre y semen, su vientre hubiera comenzado a segregar veneno.

19.

Mamá tampoco fue una santa

Hasta el episodio de Roncesvalles se había sentido como esas alegres chicas del *Colsada* que aparecen meneando el culo en medio de una jungla de cartón piedra, vestidas con un cinturón de plátanos y un frutero en la cabeza. Era la mujer más feliz del mundo. Al fin un hombre a la altura de sus expectativas —no, cien veces por encima de las más disparatadas—. Su caballero andante le había ofrecido su brazo, en la charcutería Moderna, delante de aquel corral de arpías. Nines se lo había aceptado, la cabeza alta, el paso firme, como si la condujera al altar. Al altar del holocausto, pensaba ahora, a otra carnicería nada moderna donde, finalmente, fue ella quien entró a degüello. Tras el arrebató, su Román ya no era el mismo, ni ella tampoco. ¿Cómo había podido ceder a la tentación de la carne, enloquecer de ese modo? Posesión sexual, posesión diabólica. No dejaba de repetírselo durante el gélido trayecto de regreso, como si lo hiciera sola, a través de la noche, perseguida por un tropel de demonios. O por el mismo Dios. «Juega con nosotros al gato y al

ratón, nos envía tentaciones a las que sabe que no podemos resistirnos, y cuando caemos, se venga sin compasión. ¿Por qué nos guarda tanto rencor?» Todo se oscurecía en su devastado interior, la desolación de su vida y acaso su eterna condena, como si hubiera sido apartada para siempre de las gratificaciones celestiales. Y solo ella sabía por qué.

Sucedió muchos años atrás, en su adolescencia. Regresaba del colegio antes de la hora, les acababan de dar las vacaciones. Por aquel tiempo no había candados en la verja del jardín, pero tampoco hizo sonar la campanilla, como solía. Abrió con su llave y entró en casa. Al pasar por la cocina cogió una manzana, le dio un bocado y, al hacerlo, advirtió que había dos vasos manchados de vino sobre la mesa. Qué raro, se dijo, ¿habrá venido alguien de visita? Subió a la primera planta, donde se ordenaban los dormitorios de la madre y las dos hermanas. Sabía que Juana había ido de compras, pero la puerta de Palmira se veía entornada. De la habitación en penumbra se elevaba como un murmullo ahogado en suspiros. El rosario no podía ser, su madre no lo rezaba hasta las seis. «Nunca te alejes de la religión», la aleccionaba con fervor, «es el bálsamo de la vida. Porque la vida te podrá herir, pero la fe te sanará». Nines se acercó con cautela, sintió miedo, percibía como un fuego latente que nada tenía que ver con los misterios gozosos

—o tal vez sí—. Empujó un poco la puerta. Un haz de luz se filtraba entre las cortinas, hacía brillar partículas de polvo en suspensión. Un paso más y la envolvieron aquellos jadeos sofocados, al compás de los muelles del jergón. Lo que vio la dejó sin habla. Sobre la cama desbaratada, una mujer tendida con las piernas en alto se aferraba al corpachón de un hombre resollante a quien reconoció por su tonsura. Era el padre Olascoaga, el predecesor de don Jacinto. Aquel cura campechano y sermoneador, el alma del pueblo, siempre orquestando fiestas para los niños, tan cachazudo en sus liturgias y sus catequesis, consolaba a la viuda por el sacramento de la carne. Nines sintió su corazón latiendo a golpes, paralizada por la escena, mientras el vaivén de los amantes se acentuaba. Rendida al más desvergonzado frenesí, Palmira se puso a gritar: «¡Vamos, sacristán del diablo, rómpeme el coño de una puta vez!».

No pudo reconocer a su madre, pero se trataba de ella. La estricta gobernanta, la beata, la santa, copulando con ese maldito demonio. Si ella contemplaba la escena al borde del desmayo, Palmira, cerca ya del paroxismo, se irguió proyectando su cabeza por encima de los hombros del cura. Al abrir los ojos se encontró ante la mirada horrorizada de Nines. Entonces no sabía que no era su hija, pero fue el único instante de su vida en que esas dos mujeres compartieron un sentimiento profundo y verdadero, aunque fuera de espanto. Su madre se llevó las manos a la cara, se cubrió con el enredo de sábanas, fue

como si se hiciera la noche en pleno día. El cura se apartó, desnudo y trastabillando, el rostro lívido. Se puso los pantalones, cogió su sotana y salió corriendo a través del jardín. Nines quería morir. También ella salió corriendo, sin saber adónde. Cuando volvió, Palmira yacía como inerte, su único ojo abierto parecía un globo de cristal puesto en la cuenca. «Un ataque de apoplejía», le susurró Juana, con la voz de los veredictos irrevocables. ¿Sabía o no sabía? Nines no le contó nada, pero para ella fue el comienzo del fin. Al amanecer descubrieron al padre Olascoaga dentro de su bañera, una poza de sangre. Se había amputado su sexo, se había cortado las venas y, aun así, consiguió abrirse un tajo espeluznante en la garganta. El pueblo tardó décadas en recuperarse, Nines jamás pudo ni podría hacerlo.

¿Cuántos años habían pasado desde entonces? Apenas una vuelta de página, pues la maldición seguía vigente. Esa noche, al regresar, Juana la encontró batiendo unos huevos en silencio. Se peleaba por contener las lágrimas. Sultán la miraba agazapado, al acecho del plato con las migas de bacalao, sus ojos amarillo limón entrecerrados, las orejas tiesas. Pese a que no se habían visto en todo el día, Juana no preguntó nada y se aplicó a leer su volumen de extractos edificantes del padre Ripalda. Su voz seca expandió la letanía: «Y los babilonios la ultrajaron, y ella fue mancillada. Así multiplicó su lascivia, recordando los

días en que fue ramera en Egipto». Parecía decirlo por ella, a cuenta de su arrebató lúbrico. Solo le faltó añadir aquello de que los hijos purgarán los pecados de los padres. En el momento de sentarse a la mesa, Nines vaciló. Miraba la tortilla, el pan, los cubiertos, sin tocarlos. Alzó sus ojos de tormento hacia su hermana, esta se quitó sus gafas en ala de mariposa. La marca de las brujas parecía fulgurar como una amatista dentro de una cueva. Nines acabó por romperse. Abrumada por los remordimientos, se lo contó todo. Se había enamorado del escritor. Y no solo eso, habían hecho el amor de mala manera, esa tarde, en Roncesvalles. Donde Roldán perdió el viático y Carlomagno al mejor par de Francia, ella, igual que la sulamita, había perdido su virginidad, su misterio, su pureza. El círculo mágico se había roto para siempre.

Esperaba comprensión, esperaba consuelo. No le llegó ni una brizna. La boca de Juana se torció en una mueca desabrida, el ceño hendido, apartó el plato con asco y se lo escupió a la cara:

—Serás golfa... ¡Cómo es posible! ¡Cómo es posible que te hayas dejado follar por ese pisaverde sin oficio ni beneficio! ¡Te habrá dejado preñada!

Nines sintió la cuchillada hasta la matriz. Se levantó de la mesa pero Juana le cortó el paso, la agarró por los hombros, empezó a zarandearla:

—¡Cuántas veces te he dicho cómo son los hombres! ¡Cuántas! ¡Son unos cerdos, imbécil, unos malditos

cerdos! ¡Solo quieren meterse en tus bragas! ¡Follarnos, jodernos, humillarnos! ¡Se sirven de nosotras y luego nos dejan tiradas!

Sin fuerzas para defenderse, se encogió sobre sí misma y cerró los ojos. El aquelarre rondaba como un ave de mal agüero, la cólera de Juana iba a más:

—¡Y ahora qué hacemos! ¿Te das cuenta...? ¡Imagínate cuando se enteren, porque se van a enterar, imagínate las murmuraciones, las burlas, las miradas! No podrás ni ir a la iglesia. ¡Ya eres una muerta en vida, como mamá, peor que mamá!

Sin mentarlas, se alzaron ante ellas todas las imágenes de su calvario familiar, cuando se supo lo que había hecho su padre con la sirvienta, cuando ella misma descubrió a su madre fornicando con el cura. Uxue ahorcada, el padre Olascoaga desangrado en su bañera, y una mujer sin nombre —otra hija de Laverna—, dejando una cesta a la puerta de su casa, al amanecer. Una cesta con un bebé que era Nines, la expósita, pero también la única heredera de la fortuna familiar, porque así lo había dispuesto Antero, el contrabandista.

—No pensarás volver a verle, ¿verdad? —Juana había dejado de zarandearla, pero la actitud incriminatoria se mantenía—. Porque lo primero todavía se puede arreglar, pero lo otro... Eso no te lo perdonaré en la vida, ¿me oyes? ¡En la vida!

Toda la desesperación de Nines pareció coagularse en su mirada:

—¿Es que no lo entiendes? Estoy enamorada, Juana, estoy enamorada. Aunque nunca más vuelva a verle, aunque le odie, soy suya... Y lo seré para siempre.

Los poetas tienen razón. No es posible amar y olvidar, el amor verdadero es eterno. Juana había cogido un paño de cocina. Lo hizo restallar como si fuera un látigo. Sultán lanzó un bufido, los ojos en ascuas.

—¡Serás puta! ¡Cómo puedes decir que eres suya!

—Él me quiere, yo sé que me quiere. Me quiere y me querrá. Me querrá por todos los que no me han querido.

Cualquiera que tuviese un poco de corazón se hubiera apiadado —«Me querrá por todos los que no me han querido»—, hasta parecía decirlo por ella. Pero su hermana nunca había creído en el amor, ya no esperaba nada de la vida:

—¿Qué te querrá? No me hagas reír... ¿Quién te va a querer a ti, estúpida? Ese cazadotes solo quiere tu dinero, pero tanto te da. Te mueres porque te folle hasta un subnormal como Santúa, te valdría cualquiera. Eres la vergüenza de la familia.

La rabia de Nines acabó por desbordarse:

—¿La vergüenza de la familia, yo...? Mi padre sería un vividor, pero tu madre... Tu madre, sí, la santa y mártir... ¡Esa sí que se tiraba a cualquiera!

Juana lo sabía mejor que ella, aunque jamás hubieran hablado de eso antes, ni tras la muerte de Palmira. Les bastaba con oír los ruidos que se producían al caer la noche en el cuarto de la difunta, el eco de sus orgías,

misas negras, coyundas de brujas. Esos pies arrastrados al compás de una lúgubre música de baile, luego como la respiración de una cama, el jadeo del amor, los arrullos de los amantes. O peor aún: su madre invadiendo sus sueños, su rostro encuadrado en una toca de monja, los labios muy pintados, los ojos en éxtasis, sacándose de su boca, cuenta por cuenta, un rosario ensangrentado. El temor reverencial a los ministros de la Iglesia, unido al tenebroso prestigio de la vieja matriarca, evitaron la lapidación pública. Pero, tras el episodio del cura, las murmuraciones alargaron una sombra más, la más terrible, tras las verjas en punta de lanza que defendían Belle Ombre.

—¡Cómo te atreves, desgraciada! ¡Cómo te atreves a insultar a nuestra madre!

—¡No es mi madre! ¡No lo es! ¡Ni tú eres mi hermana!

—¡Calla! ¡Calla, bastarda!

Nines se encaró con ella, hablaba a golpes de resentimiento:

—¡Llámame bastarda, puta, lo que quieras! ¡Me odias, siempre me has odiado! ¡Me odias porque me envidias! ¡Nunca has podido superar que Juan Cruz te dejase plantada y me eligiese a mí! ¡Me hiciste pasar las de Caín! ¡No paraste de amargarme la vida hasta romper nuestro noviazgo! ¡Y ahora es lo mismo! ¡No soportas que un hombre haya vuelto a fijarse en mí!

—Para joderte bien jodida, infeliz. —La voz de Juana se amansó para herirla más a fondo—. ¿Quién te crees

que eres? ¿La Escarlata O'Hara de los suburbios? Sí, puede que lo seas, porque ese cabrón jamás se casará con una desahuciada como tú. No eres nada para él. Nada. Una coñocaliente y nada más. Pues que te siga jodiendo hasta que te preñe como a una puerca, no cuentes conmigo para escurrir el bulto.

También Nines templó su tono, la mirada fría, eligiendo las palabras:

—Qué más quisieras que alguien te follara a ti, aunque fuera el enterrador. Que así te estás quedando, seca como un higo de esparto, jodida desde que naciste, y todo por la puta de tu madre. La gran puta.

El rostro de Juana se descompuso, alzó su mano. Nines no retrocedió:

—Vamos, pégame. Pégame si así te vas a sentir mejor. Pero no esperes que deje de quererle. Es mi hombre... — Las lágrimas volvieron, pero su voz no se quebró—: Sí, es mi hombre y es mi vida, y sobre mi vida decido yo, solo yo. Tú ya no mandas sobre mí. No soy tu esclava, ni volveré a serlo nunca más.

Juana la escuchaba apretando las mandíbulas. Su hermana había sido poseída por Laverna y toda su corte infernal —o quizá más por la célebre escena entre Marlène y el legionario, menos mal que ella no había visto la película—. La primogénita recogió su mano, pero solo para asestarle su estocada definitiva:

—Claro. Claro que no eres mi esclava. Tú misma has elegido convertirte en la de ese buscavidas. Pues muy

bien. Ahí tienes, para que empieces a celebrarlo.

Como si hubiera estado esperando el momento, se sacó del escote un pliego amarillo y se lo arrojó a la cara. Nines comenzó a leer un mensaje que le resultó terroríficamente familiar, escrito en torpes mayúsculas:

OS EQUIVOCASTEIS DE PRESA Y FALTASTEIS A
VUESTRA CITA
AHORA MI SILENCIO CUESTA EL DOBLE Y UN
PICO
QUIERO DOSCIENTAS CINCUENTA MIL CALAS
EL MARTES, DONDE SIEMPRE
EL HOMBRE QUE SABE

Cuando se produjo el primer crimen, el de Santúa, descubrieron que hasta los ángeles aprenden de la crueldad. No podían imaginar entonces que el Mal, extendiéndose como la gangrena, acaba devorando hasta a los mismos ángeles. Ellas ya no lo eran. El abismo se había anclado a las tinieblas de su corazón, y exigía un nuevo tributo. Arriba de la escalera, el cirio a los pies de su retrato se encendió por sí solo y la propia Laverna pareció cobrar vida para segregar una sonrisa decididamente maléfica. Su ojo perdido, el que ocultaba bajo el parche de pedrerías, seguía destellando en el de Juana, el izquierdo, aquel que preservaba la marca fatídica. Nines se desplomó sobre su silla con el pliego en la mano, como una marioneta a la que le han cortado los

hilos. Sultán merodeó con el rabo tieso y fue a afilarse las uñas un poco más lejos. Desde lo profundo del bosque se oyó ulular a una lechuza. «Un demonio que sale del infierno», exclamó, una de las hermanas, no importa cuál, quién sabe si hablando del autor del mensaje, o de ella misma.

20.

Nil Bastarda Carborundum

Mediada la primavera, en Etxalar se sucedían esos días grises en los que todo languidece, incluso el aire que arrastra sin empuje las cabelleras de las brujas cueva adentro. Tenías la sensación de que iba a llover pero no llovía. Las nubes plomizas parecían aplastar el pueblo entero bajo el peso de un maleficio —dos vecinos asesinados a cuchillo, mensajes diabólicos escritos sobre pieles de sapos y serpientes—. El maleficio venía a sumarse a la maldición gitana dictada por Estopa, y ambos a un mal aire de colonia penitenciaria, a juzgar por el ajetreo policial que perturbaba sus días. ¿Qué decir de sus noches? No bien caía el atardecer, los cielos color tripa de liebre irradiaban esos fulgores que aprietan las almas en un terror de rebaño de ovejas. Bastaba un destello en la negrura. Ya estaban ahí las pezuñas de Galtzagorri, o los *gauekos* que surgen linterna en mano en las encrucijadas. Hasta volvió a oírse hablar de Mateo Txistu, el cazador endemoniado, cazador de vivos, al paso de su Santa Compañía. Él camina al frente, sosteniendo

una cruz al revés. Un diácono del infierno cierra la comitiva con una custodia en alto. Si al mirarlo ves en la calavera de Mateo tu propio rostro, puedes darte por muerto. Pero si el diácono te tiende su velón, quedas encadenado a la terrorífica mesnada hasta que aparezca otro a quien puedas pasarle el testigo. Solo los temerarios se atrevían a salir tras el toque de ánimas, y aun con las campanas doblando el ángelus, eran contadas las mujeres que se dejaban ver fuera de lo imprescindible.

Tal vez por eso nadie extrañó la ausencia de las hermanas en la romería que acompañaba la visita de san Miguel a la Iglesia de la Asunción. Tras su encuentro con la Virgen, la hornacina coronada por una imagen alienígena del Custodio de Dios, su cabeza encapsulada dentro de una escafandra, iba de casa en casa, recabando dádivas. Ese año, por primera vez desde que se guardaba memoria, las Echegaray tampoco se postularon para acogerla. Sobra comentar por qué.

Tres días llevaban encerradas a cuenta de la nota funesta. Aquello parecía un remake de *Diez negritos* cruzado con *El misterio del cuarto amarillo*. Su cuarto amarillo no era otro que el Txinparta y, más concretamente, sus infectos retretes, mientras que sus «negritos» se correspondían con los parroquianos presentes el día de su primera claudicación. Uno de ellos había sido Belzunce. Quedaban el propio Zumbeltz Bocaseca, los curdas que jugaban al mus, y el farmacéutico.

—Juan Cruz no, imposible, imposible... —Sumida en la angustia que siguió a aquel desbordamiento carnal con el escritor, Nines se amarraba al recuerdo de sus tiempos felices—. Nos quería de verdad, a las dos —mintió, solo por congraciarse con su hermana—. Tú fuiste un poco dura con él, y yo también, pero...

—Hay fuegos que se mantienen bajo la ceniza, hermanita. Y recuerda: «El corazón es lo más tortuoso que existe», Jeremías, diecisiete, nueve. Lo mismo el Culopollo hace todo esto para vengarse.

—Pero si es un bendito. ¿Es que no lo viste en Semana Santa llevando la cruz de los Soldados de Cristo por toda la iglesia?

—Un hipócrita, como todos, y lo del viacrucis, más a mi favor: la coartada perfecta para mortificarnos sin levantar sospechas. No olvides que su coche pasó segando la hierba del cementerio mientras tú estabas dale que dale con Santúa.

—Te dije que no lo vi claro, lo mismo no era él y...

—Es igual, no deja de ser un hombre —puntuó Juana con un graznido que obviaba su letanía, «todos los hombres son unos cerdos»—. Para mí que en el colgajo de ese chupacirios late una pulsión sadomasoquista que rieta tú de Fu Manchú.

—¿Y por qué no Zumbeltz, o Mari Toñi? ¿Por qué no? Bocaseca es de los que te venden el alma por una caja de puros. Y la otra... Esa pendeja nos la tiene jurada.

—Como todas, Nines, como todas. En este pueblo no

nos quieren.

—Quedan los que estaban dándole al mus: Txepetxa, el de Gaztaberri, el rijoso de Chingurri y, bueno, Cipri, que por algo le llaman el Matador.

Juana segregó una mueca sardónica:

—Sabes de sobra que le llaman así porque se ha pasado la vida matando sellos desde que volvió de Belchite como volvió: «caballero mutilado», o sea, castrado como un capón. Igual que Txepetxa, que es tonto del haba. ¿Lo ves embolsándose lo nuestro en su chepa? Y en cuanto al robabragas, vamos, el órdago a la grande. ¿Para qué iban a querer esos membrillos nuestra pasta, si no saben ni dónde gastarla? Aunque por cierto... —pareció reflexionar—, tu Culopollo, el soldadito de Cristo, ¿no anda remozando su botica? Eso debe costar un buen montón de duros.

—¿Y qué me cuentas? Él y su mujer están forrados. Irune es una Ubarrechena, los amos del pueblo, y la farmacia les va como un tiro. Con decirte que están pensando comprarle un piso en San Sebastián a Jesusito... El... Bueno, ya sabes.

—Será para que se largue de una puta vez. Porque acuérdate cuando se plantó en el casino vestido de cabaretera, a lo *Flor de Otoño*, a ver si engatusaba a algún sarasa de los del cine. A Irune casi le dio un infarto, y a Culopollo, menudo herpes rabioso que le salió a cuenta de su Culitoperdiz. —Cierto, tener un hijo homosexual en la España de los 60 era peor que te lo devoraran los lobos—.

Pero eso que has dicho del piso en San Sebastián... — siguió Juana—. Conozco a los ricos. El dinero los vuelve más despreciables que la mierda, cuanto más tienen más quieren.

Nines no salía de remorderse los padrastrós mientras escrutaba el mensaje:

—Todo por ese maldito cuchillo que desapareció visto y no visto.

—Igual que tu novio, rica —se chanceó su hermana—. ¿Cuánto hace que no has vuelto a saber de él, eh? ¿Dos días, tres, cuánto, eh, cuánto...?

—Tenía que volver a Madrid, ya te lo dije, asuntos de trabajo.

—Ya, ya, y si te he visto no me acuerdo. Como todos, menudo prenda.

Nines disimuló su crispación, las dos sabían que estaba mintiendo. El episodio de Roncesvalles acabó con una despedida glacial. Sin embargo, en tres días sin verle, por más que le aborreciera, se moría porque volviese a hacerla suya.

—Hay otro sospechoso... —siseó, como abriéndose otra llaga—. Ayer, donde Margari, estaban rumiando que Garrincha lleva demasiado tiempo sin dejarse ver.

—Normal, con todo el cuartel de la Benemérita armándonos la de San Quintín... Echa cuentas que lo tienen en busca y captura desde hace veinte años.

Así era. En su imaginario, el último superviviente del maquis local representaba algo parecido a esos

francotiradores japoneses que permanecen emboscados en alguna isla del Pacífico, sin enterarse de que la guerra ha concluido. Veinte años después, Garrincha había desertado del comunismo, se había hecho budista y hasta vegetariano, como el hijo de la carnicera. Pero en el tiempo y lugar donde sucedieron los hechos, la Navarra del 39, postularse como un secuaz de Stalin equivalía a hacerse acreedor de los cuernos de Satanás para los restos.

—No es eso, Juana —siguió Nines—. Lo buscan por lo de Belzunce. Aquí nadie olvida, y desde que le cargaron la muerte de Engraxi...

Aquello no pasaba de ser una leyenda. La historia real, sin embargo, no resultaba menos escalofriante. Engraxi, la mujer de Garrincha —y cuñada de Belzunce—, había muerto con una criatura en sus entrañas. Cuando vieron que se les iba, el médico decidió practicarle una cesárea para salvar al niño. Descubrieron que el feto ya no estaba en su placenta sino arriba de su corazón, como si intentara darle su aliento. O algo peor, algo innombrable: como si quisiera devorarlo. Madre e hijo murieron esa noche, sin que el cura se atreviera a darles la bendición, ni Garrincha lo consintiera. Pero, a los días del entierro, la gente comenzó a hablar de un embrión deforme que surgía de la tumba como una alimaña de su agujero, y que recorría con sus ojos ciegos el *ilbide*, el camino de los difuntos, llamando a su padre. Garrincha debió verlo al menos una vez, fue eso lo que le llevó a la locura. Una noche encajó sobre su lápida un montón de rocas, luego fue él quien se

sepultó en vida. Era el tiempo de los gitanos. Cuando rasgaban sus guitarras a la luz de las hogueras, el no-muerto volvía a aparecer, y los caballos se encabritaban, y los perros aullaban y se escondían, y el fantasma caminaba a través de la niebla hacia la *erreka* del infierno, y a su paso se iban alzando los hijos de las sepulturas, los niños blancos de rostro deshecho arrastrando sus mortajas. Seguro que eran cuentos, pero su poder seguía latente en todo el valle. Salvo en la mente de Juana. A ella solo le importaba el meollo de la imputación:

—¿Lo dices de verdad? ¿Que lo buscan por lo de Belzunce? —preguntó cautelosa, para reafirmarse de inmediato—: La cosa tiene su aquel. Siempre se ha dicho que Garrincha le daba muy mala vida a Engraxi, que era de su sangre, y que por eso Santúa nació como nació. Lo mismo también fue él quien...

—¡No era su hijo, no lo era! —Nines abortó el desvarío como si todo se redujese a un asunto de familia—. ¡Eso son embustes! ¡Embustes y pura maledicencia! A Santúa lo encontraron en una borda y Lucre, la hermana de Garrincha, lo adoptó.

—Ya, sí, claro, y todo en las mismas fechas, qué casualidad. A ver si era el niño perdido de la operación Plus Ultra.

—Como si lo fuera. Que bastante desgracia tuvo cuando Lucre se nos fue al mes de que diéramos tierra a Engraxi. Santúa se quedó sin madre y...

—... Y nuestro miliciano sin ley ni Dios se volvió a

echar al monte, precisamente cuando empezaron las habladurías. Le entró el miedo y solo quería deshacerse de ese engendro matamadres. A ver si no qué era lo que le torturaba cuando los gitanos lo veían ahí, borracho perdido sobre la tumba de su mujer, golpeando la piedra con los puños, como si llamara a las puertas del infierno.

—Pobre, pobre Garrincha. Ese sí que está marcado. Desde joven, cuando iba para cura y lo rechazaron por cojo. Y luego, lo de la cena con los muertos...

—Basta de remilgos, aprende de Jesucristo nuestro Señor. Todos hemos venido al mundo para sentir el dolor de la redención. Garrincha el suyo y nosotras el nuestro. Lo que nos aprieta es cazar a ese otro vampiro de verdad, el chantajista. Sea quien sea, está claro que seguirá jorobándonos hasta que le demos matarile.

—Me das miedo, Juana, ya nos hemos cargado a dos.

—¿Y qué? Lo dicen las Escrituras: «Nil bastarda carborundum» —masculló sentenciosa—. No dejes que los bastardos te pisoteen.

Nines no quiso recordar que también a ella la llamaba bastarda cuando quería herirla a conciencia.

—Hablas como un demonio, Juana, no sabes lo que dices. Otro crimen no, no...

—Te recuerdo que este calvario empezó como el *Yo pecador*, por tu culpa, por tu grandísima culpa. Sabes que haría cualquier cosa por salvarte, hasta condenarme a las llamas eternas. ¿Y cómo me lo pagas? Subiéndome a la frente los cuernos de Belcebú. Muy bien, así me condene

solo por quererte más de lo que mereces.

El mentón de Nines había comenzado a temblar, se cubrió la cara al borde del llanto. Siempre sucedía igual. Tras martirizarla, Juana deslizaba su mano sobre la mesa hasta alcanzar la suya con la punta de los dedos. Esa vez, como una caricia más, le susurró el conjuro recién dictado —«Nil bastarda carborundum»—. Gruesos lagrimones rodaban por las mejillas de la pequeña mientras su hermana la sosegaba igual que se serena a un niño que despierta de un mal sueño.

Pero el mal sueño continuaba a la luz del día. Quedaban dos para que venciera el plazo. La víspera acordaron una expedición preventiva al Txinparta. Escoltada por Juana, Nines se sentía segura. Si la primera vez lo hizo cabizbaja, casi rozando las paredes, esta entró pisando fuerte y pasando de parroquianos que seguían el partido de pelota por televisión con esa cara de «no son más que las doce y me quedan treinta años para jubilarme». Una vez en la barra, se plantó ante Zumbeltz marcándole un guiño que, en otra, hubiera parecido muy equívoco:

—Dos copas de Marie Brizard, Bocaseca. —Hasta le llamó por su *nom de guerre*—, y estírate un poco. Que por sacarnos unas aceitunas no te va a dar una embolia.

El ogro tenía uno de sus domingos felices. Un rato antes, a la hora de la siesta, había empotrado a su esclava en los váteres con uno de sus preservativos gran reserva

untados con gelatina de vaca. Puesto que se trataba de adminículos muy caros, una vez usados los lavaba y los ponía a secar en la chimenea, sin cortarse, como un ahumado más. Adoraba esas vainas de caucho que llevaban impresa la palabra «Infalibles». Tal vez porque se sentía así —infalible, el perfecto casanova—, al oír la solicitud de Nines se pasó la mano hinchada de metralla por la sotabarba, despacio, como recordando su deflagración venérea en los inodoros, cambió una mirada con el chófer de La Baztanesa, que meció su palillo de un lado a otro de su hocico, y escupió un «marchando» hervido en la misma guasa.

Las hermanas se tomaron su tiempo para degustar el anís y las aceitunas. De tanto en tanto, elevaban sus ojos hacia la cabeza de jabalí colgada sobre la barra, a la que Zumbeltz atribuía la magnitud de un tótem, y los fijaban en las ninfas del reloj *art déco*. Cuando consideraron que era el momento, se dirigieron juntas a los baños —otro motivo para la murmuración—. Su visita al retrete obedecía a una razón estrictamente logística: comprobar la posibilidad de que hubiera algo parecido a una puerta falsa por la que su trapisondista pudiese escurrirse sin ser visto. De otro modo, no se entendía el fiasco de su primera entrega. Lo que vieron, nada más entrar, fue el culo bambolero de Mari Toñi, sus tetas al baño maría sobre el lavabo, mientras otro de los asiduos, Chingurri, se acababa de abrochar la bragueta. Vamos, que los domingos la inclusera trabajaba a destajo.

—... Déjalo ya, mujer, que te vas a quedar sin leche para los cafés —masculló el rijoso, sin ver a las hermanas—. Si tu jefe te hubiera prestado uno de sus Infalibles...

—Quita, quita —repuso la otra a lo suyo—, que entre las pirindolas es más seguro.

Fue entonces cuando escucharon aquella voz a su espalda:

—Pobre Tasio. Si levantara la cabeza. ¿Habrá algún lugar donde esta comadreja endemoniada no le dé al fornicio? No mires, Nines, no mires.

Al volverse, casi se dieron de bruces con aquellas dos cartujas de rostro granítico. Juana cubría con su mano los ojos de la pequeña, los suyos lanzándoles relámpagos precursores del apocalipsis:

—Está claro que no hay remedio para el pecado original —masculló entre dientes, la cabeza alta—. Pero perfecto —concluyó, como si dijera «nosotras a lo nuestro», tras una rápida inspección del cubículo—: alicatado hasta el techo y nada más que ese ventanuco enrejado por el que no pasaría ni Pinito del Oro.

Chingurri, más corrido que Cagancho en Almagro, Mari Toñi del todo trasconejada, y ambos sin entender ni papa, se escabulleron hacia la taberna. Las hermanas permanecieron un poco más, nada de escándalos, les convenía ignorar la escena:

—Ya lo has visto, ni huella de un posible butrón —sentenció Juana—. El cabrito no tiene escapatoria.

—¿Pero qué butrón? ¿Te refieres al de *Cleopatra*? —

bisbiseó Nines, pensando en el célebre actor, Richard Burton—. Pero si ese, aquí...

—Serás lerda... —Poco le faltó para rubricar su invectiva con una colleja—. Te hablo del hijo de puta que nos está sangrando. Nos toma por dos ursulinas, pues se va a enterar. Repite conmigo: «Nil bastarda carborundum». Aleluya.

El proverbio se erigió en su santo y seña. Al día siguiente, en la sucursal, Nines tampoco se anduvo con pamplinas. Al oír la cifra —doscientas cincuenta mil pesetas—, Legaz pareció sufrir una súbita parálisis facial acompañada de un ataque de párkinson: sus ojillos miopes se veían coagulados tras sus gafas de alambre, pero sus dedos no dejaban de repicar sobre el mármol.

—¿Qué custodios, digo qué demonios te pasa, Custodio? —se trabucó la Echegaray, no porque le traicionaran los nervios: nada le sulfuraba más que la cara de comadreja del sacristán del erario vecinal—. ¿Has cogido el baile de san Vito o qué?

La nuez del contable se estremeció, no encontraba las palabras. El resultado fue un tuteo espasmódico, el primero que le dirigía en veinte años de relaciones:

—Es que es mucho dinero, Nines. Doscientas cincuenta mil pesetas... —pronunció la cifra en voz baja, como si se tratara de un sacramento—. ¿Puedo preguntarte...?

—¿Que para qué lo quiero? —le cortó—. Pues para mis

vicios. Qué pasa. ¿Es que una mujer decente no puede tener sus pequeños vicios?

En eso, dos reputadas clientas hicieron acto de presencia. Nekane, la cuñada de Culopollo, en compañía de Purificación —toda una provocación para un apellido tan sugerente como el suyo: Zorreguieta—, la mujer del médico. Nekane, Dolores en castellano, aun siendo hija de un sereno del que solo heredó su cara caballuna a lo Mary Santpere, pasaba por ser la primera dama del pueblo, pues estaba casada con el alcalde. La otra, huesuda y presumida como un durazno, se las daba de elegante porque se había exhibido en la playa de La Concha con un bikini francés —en España aún no se vendían—. Al oír aquello —«¿Es que una no puede tener sus vicios?»—, se llevaron la mano a la boca para que no se les escaparan los comentarios que soltarían en cuanto se reunieran con sus acólitas. La campanada se completaba con el atuendo de Nines. ¿De dónde había sacado esa chaquetilla Chanel y esa faldita tubo, tan ajustada que le marcaba hasta la goma de las bragas? Lo de sus vicios seguro que iba más allá del rubio mentolado que pinzaba entre sus dedos —otro escándalo—. Al llevarlo a sus labios con esa tensión inequívoca de las neurasténicas, advirtieron el brochazo de carmín —ella, que no se pintaba nunca—, y hasta el borrón de colorete estilo *La loca de Chaillot*. ¿Era la Nines Echegaray que habían conocido hasta entonces?

La mirada que cruzaron con Custodio fue el preámbulo de la que fundió las pupilas de las dos barracudas al

calibrarse frente a frente. Nines había caído en las redes de ese seductor de pacotilla, el periodista, uno de esos que frecuentan los cafés de Madrid, donde cortejan con descaro a las hijas feas de los hombres influyentes. ¿Y ahora venía a sacar doscientas cincuenta mil pesetas? Estaba claro, pobre incauta. El vampiro de los ojos egipcios la estaba chuleando de mala manera.

—Y vosotras, ¿qué miráis?

La interpelación les provocó un estremecimiento de placer.

—Ay, chica, ¿qué vamos a mirar? ¡Qué porte, qué tipazo, cuánta distinción! —El tono de Nekane ya lo decía todo—. Si te llega a ver así *el* Orson «Güeyes», vamos, que deja plantada a Dolores del Río, y hasta a la Rita «Jamón», o como se diga.

—Una que puede.

—Ya, ya... —siguió Purificación, prolongando el fisgoneo hasta sus pies—. Y qué zapatos, Nines, si parecen italianos.

—Son de París —precisó la aludida juntando sus flamantes Roger Vivier, rojo corinto, muy subida a sus tacones—. Me los ha regalado mi prometido.

Un «¡Aaaaah!» patidifuso al que se sumó Custodio precedió a la siguiente pregunta directa por parte de la Zorreguieta —los rodeos ya estaban de más—:

—Vaya si pisas fuerte, guapa. O sea que la cosa... va en serio.

—Normal que estés como loca —siguió Nekane sin

darle tiempo a ni a respirar—. ¿Y para qué está el dinero, si no es para gastarlo? Alegría, alegría.

El cajero no salía de su estupor. Retenía los fajos tras la ventanilla con una especie de temor reverencial, con miedo a tocarlos.

—Porque con ese dineral —abundó la Zorreguieta—, haréis una buena boda.

—... Y una luna de miel que te cagas —corroboró Nekane, no menos sardónica—. Lo mismo os vemos en Berlín, como *la* Pilarita Primo de Rivera, cuando fue a casarse con el mandamás de Hitler.

La Puri, poco docta en geopolítica, ignoró el *excursus* de la primera dama:

—Pero la boda la haréis en Etxalar, supongo —añadió marcándole a esta un guiño procaz—. Y respetando la Cuaresma, que el sacramento es sagrado, faltaría más.

Ante el mutismo de Nines, la Zorreguieta alzó una ceja en señal de alerta:

—Aquí lo importante es que lo anunciéis con tiempo. —Cuando estaba en vena, la ponzoña y el sarcasmo supuraban de su boquita de piñón como de una cloaca—. Ya sabes, las elegantes tenemos que estar a la altura.

—Tranquilas, que seréis las primeras en enteraros. Y ahora, si me disculpáis...

Nines arrambló el rimero de billetes, lo sepultó en su bolso y enfiló la puerta haciendo sonar sus tacones que, por la falta de costumbre, le patinaban un poco, como si estuviera a punto de desbarrancarse por algún abismo

interior.

Tenía sus razones. El día anterior, cuando se dirigía a la casa donde se alojaba Corominas, por ver si hacían las paces, volvió a sorprenderlo abriéndole la puerta de su coche a esa rubia oxigenada, la tal Rosario Landi. Aquello fue peor que la escena sicalíptica entre Chingurri y Mari Toñi. La feliz pareja ni reparó en ella, se veía que tenían prisa. El Packard se perdió por el desvío de Zugarramurdi en busca de nuevas experiencias paranormales. «La bruja y el cabrón», masculló, las uñas hundidas en su carne. A esa luz, el escarnio de las cacatúas cobraba otra dimensión. De ahí su revolucionario cambio de *look*.

Su novio era un golfo, estaba claro, y a los golfos les gustan las golfas, como acababa de demostrárselo una vez más. Podía saltarle al cuello, arañarle la cara, sacarle los ojos. Ni ella ni él cambiarían. Seguiría queriéndole, deseándole, necesitando sus mentiras tanto como sus besos. No le quedaba otra que imponerse a la fulana de Madrid. Tampoco tenía mucho que perder... salvo el dinero que le costase la mutación. Pero, a fin de cuentas, ¿no iban a acabar perdiéndolo todo por culpa de ese chantajista miserable? Pues que fuera por todo lo alto.

Esa tarde volvió a hojear su librito de conjuros hasta que encontró un epígrafe de lo más oportuno: «Vindicata amoris» —«La Venganza del Amor»—. El texto, en retorcidas letras góticas, le recordó una receta de cocina que reinterpreto a su manera creativa. Juana había dispuesto una fuente con masa de hojaldre. Cogió un

vaso, lo aplastó contra la masa y fue haciendo círculos como obleas. Con las tiras sobrantes amasó un muñeco semejante a su mandrágora talismán, escribió su nombre al revés, como solía —Namor Sanimoroc—, lo empapó en una mezcla de aceite de ricino, sal y vinagre, lo envolvió en las obleas y lo metió en el horno. Una vez que estuvo listo el pastel demoniaco, lo abrió en dos: el muñeco con la forma de su amante había cobrado la forma de un corazón. Lo atravesó de parte a parte y, sin vacilar, lo engulló en dos bocados. El purgante hizo su efecto: no tardó en vomitarlo como si arrancara a Satanás de sus entrañas. Amén.

Cosa de una hora después se dirigió a la centralita telefónica y pidió un taxi. «Biarritz», fue todo lo que le dijo al conductor, un hijo del pueblo que compatibilizaba el volante de aquel Seat 1500 con el del Barreiros negro, su segundo taxi, el celestial, reservado a los oficios funerarios. Por la radio se escuchaba una alocución del Caudillo al frente de la nave del Estado —«Nunca me movió la ambición de mando...»—. Franco hablaba raro, con esa voz entumecida, un poco gangosa, como si tuviera el alma de barro de las lampreas. Nines recordó unas imágenes del *No-Do* durante una de sus visitas veraniegas a San Sebastián, a bordo de esa otra nave del Estado que era el Azor. Una vez que le subían los bonitos a cubierta el dictador los remataba a cachiporrazos, sin que le temblara el pulso, igual que firmaba sus condenas a muerte en El Pardo después del café. Así habría de

proceder ella: mano firme, mirada al frente, impasible el ademán. Llegó a Biarritz como una desahuciada, regresó hecha una princesa. Veinte mil calandrias fundidas en las *boutiques* más acreditadas de la Rue Gambetta. Eso sí que era un gol y no los de Pichichi. Al fin y al cabo, también importaba despistar al paisanaje cuando llegase el momento de rendir su segundo pago en el Txinparta.

A la hora acordada, poco después de que su hermana ocupara su puesto tras el ventanal del casino, justo enfrente, sus tacones volvieron a resonar sobre la agrietada tarima curtida en vinos de todos los azumbres. Había tres hombres abrochados a la barra: Primitivo Gorricho, el ordenanza del ayuntamiento; Cipri Olaciregui, el Matador; y Benigno Agote, que con ser un agote^[17] ya tenía bastante. Un apestado más, aunque vestido como un dandi, leía el periódico en la mesa del fondo. No podía ser, pero era él. Román Corominas, en carne y sangre, como a la espera de la puñalada que merecía más que nadie.

[17] Grupo social de origen misterioso aposentado en los valles de Baztán y Roncal. Fuesen descendientes de los cátaros, o reductos de leprosos, pasaron a la historia como *La raza maldita*. (N. del A.)

21.

El diablo en el cuerpo

Nines avanzó muy tiesa, el bolso en el sobaco, el culo prieto, la mirada alta, consciente de las suspicacias que aparejaría su segunda visita en tres días. No tenía por qué. A fuerza de frecuentarlo, el clima de hostilidad había mudado en una suerte de solidaridad ética, como si los curdas la hubieran adoptado. Aunque todos comulgaron con el guiño burlón que le endosó Zumbeltz a Mari Toñi para que le sirviera su anís con aceitunas. El choteo se atenuó a medida que reparaban en su atuendo. En proa ese sostén empitonado a un soplo de taladrarle la blusa, luego esa falda tubo que se lo marcaba todo, y, al paso de los efluvios de su Eau des merveilles, el acabose: esos tacones de chúpame la punta. Estaba claro que el primero que preguntase por sus guantes de goma para pelar pepinos, recibiría un guantazo. Tan claro como que la pequeña de las Echegaray venía pidiendo guerra. ¿Pero a quién? Si la parroquia rumiaba su amarre con el calavera de Madrid —de ahí su degeneración integral, su adicción al alcohol y al tabaco, sus contoneos de aprendiz de puta

—, lo que hizo a continuación descolocó a todos. Se sentó a tres mesas de su Romeo, ignorándole olímpicamente, aguardó a que le sirvieran su anís y, con la primera aceituna, se encajó en el *rouge* un mentolado largo como el pecado. Cuando ya tenía su Zippo a punto de tiro, otro encendedor, este de oro, destelló ante sus ojos con un lugar común impropio de semejante Dupont:

—Discúlpame, pero tenemos que hablar.

Era Corominas, un Corominas irreconocible, no tanto por su aspecto como por su voz. Parecía muy afectado. ¿A causa de su conjuro? Primitivo, el ordenanza —Primi para los amigos—, hundió su codo en el flanco del Matador, que se toqueteó el suspensorio ortopédico, un gesto inequívocamente fetichista. Mari Toñi se limitó a fruncir un mohín a lo dama de picas sin dejar de fregar la barra. Aun en ayuno de los Infalibles de su amo, no apostaba por el bofetón que todos estaban esperando.

—¿Hablar? Cuéntaselo al lucero del alba, chaval. —Nines aguardó a la primera bocanada para echarle el humo a la cara—. Es la segunda vez que me la das con esa pava rubia y esta no te la paso, ¿te enteras? Que yo no soy plato de segunda mesa.

—Si te refieres a Ana Rosa, te estás equivocando. Solo es una colega que...

¿Ana Rosa había dicho? ¿No se llamaba Rosario? Tanto daba el nombre, como si se trataba de un alias, los hechos eran los hechos. Hechos consumados.

—... Una colega que te calienta la cama cuando no

tienes a esta tonta del bote, ¿verdad? ¿Te crees que estoy ciega? ¿Que no he visto lo que he visto?

Corominas giró una incómoda mirada atrás. Los tres de la barra hicieron lo mismo. Zumbeltz estaba muy ocupado escarbándose los molares con un mondadientes.

—¿Puedo sentarme? —Más que pedirlo, parecía suplicarlo.

Nines consintió con cara de hielo, la calentura iba por dentro. No podía olvidar la tórrida escena de su desfloramiento en Roncesvalles, su pasión, su posesión, su delirio. Quería más. Todo su teatro de frialdad obedecía a ese propósito.

—Verás, ayer, mientras desempolvaba legajos en el ayuntamiento...

—... Apareció esa fulana sanguinaria y se te abrió de piernas para que le echaras un buen polvo. ¿Es eso lo que vas a decirme?

—Ángela, por favor, ese lenguaje. Que sepas que Ana Rosa es una profesional.

—Ya —masculló la afectada—, una «profesional». Y tanto... De eso no me cabe duda.

—¿Has oído hablar del Asesino de la Nicotina? — Nines negó con un gesto desabrido—. Sucedió en Sevilla, hace un par de años. Los de la Brigada Criminal encontraron un banquero muerto con un frasquito en la mano. Por el olor a almendras amargas el forense certificó: ácido prúsico. Pero no, el frasco solo contenía las píldoras que tomaba para su úlcera. ¿Entonces qué?

¿Un suicidio? —Nines apenas parpadeó—. Ana Rosa sometió las pastillas a un segundo examen y resolvió el enigma: estaban impregnadas de nicotina líquida, un veneno fulminante que no deja rastro. Igual que las Lágrimas del Diablo. Una pildorita y adiós.

—Pues vaya con los males del tabaco —repicó su interlocutora con voz raspada—: ¿Y qué me vas a contar? ¿Que tu Ana Rosa ha dejado el vicio?

El escritor profirió un largo suspiro:

—Te lo creas o no, yo solo he sido amable con ella, como haría con cualquiera.

—O sea, que ahora a eso se le llama ser amable. —La serpiente de los celos no dejaba de silbar en sus oídos—. ¿Tanto como lo fuiste conmigo o un poco más?

Pese al resentimiento que destilaban sus palabras, Corominas, perro viejo, intuyó que la estaba ablandando. Su mano avanzó hacia el Zippo, su prenda de amor, que ella había dejado sobre su cajetilla —todo un golpe bajo emocional—. Luego un poco más, hasta rozar la suya. Ella no la retiró.

—No puedo soportar que estés enfadada conmigo, Ángela —le susurró sin declinar la expresión de romántica ansiedad licuada en sus ojos—. Solo me importas tú, solo tú. Y más después de lo que he descubierto. Es algo que te afecta terriblemente, amor mío. A ti, a tu hermana, hasta a tu madre.

¿Qué había dicho? Nines sintió que se le helaba la sangre, pero mantuvo el temple. Con dos crímenes a la

espalda se veía como una asesina de película. Un cruce entre Bárbara Stanwyck y Bette Davis perfeccionado por la experiencia directa.

—Cuidado con lo que sueltas. No te consiento que metas a mi madre en esto.

Era el turno de Corominas para asestarle otro golpe de efecto: sin abatir esos ojos de cordero degollado, se sacó del bolsillo interior un pequeño estuche.

—Es para ti...

Nines vaciló un instante, pero acabó abriéndolo. Apareció una cadenita de oro de la que pendía un corazón rojo rubí.

—Parece una reliquia de familia, ¿verdad? —El donjuán segregó una sonrisa melancólica—. Es un granate veneciano. Mi madre me lo regaló poco antes de morir, para que se lo diera a mi prometida. Cuánto la quería. Tanto como a ti, amor mío.

Aquellas palabras acabaron por romper los diques de la inasequible. Pensó en su madre y en la de Román, sin duda una anciana entrañable que adoraba a su hijo. Ah, no me hagáis deciros en qué pensó realmente: en aquel corazón de maleficio que había horneado, acuchillado e ingerido como si desgarrara el suyo. Pero ahí estaba su sedienta mirada, esa sonrisa mortificada. «Las sonrisas tristes son como flores —pensó, ya casi rendida—, flores que se ofrecen para mitigar la culpa». ¿Acaso las parejas eternas no están hechas de amor y tormento, de aflicción y perdón?

—Es precioso, Román —musitó, sin atreverse a ponérselo—. Pero eso que dices que has descubierto acerca de mi familia... No sé, no sé si voy a poder aceptártelo.

—Hay cosas que no se pueden ocultar, Ángela, por más que duelan, y esto...

Las miradas de los parroquianos contuvieron sus palabras. Precisamente en ese momento entraba Juan Cruz. Nines pasó de saludarle, qué poca cosa le parecía ahora por más que viniera con ese traje color leche condensada. Culopollo apretó las tabas y se acodó a la barra, dándole la espalda. La tensión iba en aumento.

—Aquí no podemos hablar —siguió Corominas visiblemente incómodo—. Vente conmigo, iremos a dar una vuelta.

Bajo la mesa, Nines se peleaba con su temblor de piernas.

—Ahora no, tengo cosas que hacer y no quiero que me vean contigo. Voy un momento al baño. No me sigas, ni ahora ni después. Te haré llegar una nota.

Ella fue la primera sorprendida ante su resolución, hasta su temblor de piernas cesó en cuanto dio los primeros pasos. Un cerco de silencio la siguió hasta los váteres, como si fuera la de los tristes destinos. Así arrojó su segunda entrega en la cisterna, un cuarto de millón en una bolsa de plástico, como si lanzase una monedita a la Fontana di Trevi. Mientras salía del bar, evitando mirarle, recordó eso que le dijo su Román en Roncesvalles: «Me

gusta verte andar. Cuando te veo a lo lejos, siento como si midieras una pizca y caminaras sobre la palma de mi mano», y volvió a sentir sus caricias y sus besos, y anduvo más deprisa, como si pudiera escapar de aquel marasmo de amor y desesperación, un vórtice de locura.

Una mano se abría para dejarla ir y, de pronto, otra se cerraba al verla pasar. Aquella sombra al acecho bajo los *arkupes*, aquel rostro de mejillas demacradas y ojos ardientes, delataba al hombre más buscado en toda la merindad: el maquis Garrincha. ¿También él tenía algo que decirle? ¿Algo tan importante como para dejarse ver y arriesgarse a que lo cazaran? Entonces, ¿por qué no la abordaba de una vez? La pequeña de las Echegaray parecía aplastar todas esas preguntas con su paso falsamente decidido. El derrumbe le sobrevino nada más doblar la esquina. Tuvo que agarrarse a los puntales del lavadero, traspasada por la premonición de que algo grave iba a suceder. Garrincha, desde la distancia, sin que ella pudiera verle, tendió su mano al vacío como para sostenerla. Nines, el corazón batiéndole a golpes, solo pensaba en la advertencia de Corominas. ¿Qué podía haber averiguado acerca de ella y de su hermana, incluso de su madre? «Hay cosas que no se pueden ocultar», le había dicho. ¿Habría encontrado el violín del Sacamantecas? ¿O tal vez fue testigo, quién sabe cómo, del asesinato de Belzunce?

Su desasosiego hubiera ido a más de haber escuchado la conversación que se extendió como un lampazo de vino sobre la barra. Corominas tampoco permaneció mucho tiempo más en el Txinparta. Pagó las dos consumiciones sin que nadie le dirigiera la palabra —su aura entre las féminas corría pareja a la inquina que le profesaban los aguerridos gañanes del sexo opuesto—, y salió con su *ABC* bajo el brazo. Solo Juan Cruz se atrevió a apostrofar:

—Y este cuentista, ¿qué anda?

—Removiendo la mierda vieja. —Zumbeltz se echó la boina al cogote, presto a servir otra ronda—. Eso cuando no alborota las faldas de nuestro corral. Hay más de una gallinita que va bien caliente. Y no cuento a la rubia cañón.

Puede que la alusión al género gallináceo fuera casual, pero Juan Cruz no pudo obviar su infamante apelativo —Culopollo—, y dio un respingo nervioso:

—Pobre Nines... Era una chavala tan maja, y ahora fuma, bebe... Hasta se pinta.

—Si solo fuera eso. —Los ojos del agote bizquearon de gusto—. Menudo meneo que se trae, se ve que el madrileño ha puesto a la pelopanocha a bailar un chotis.

—Y su hermana igual, aunque no se pinte —siguió Zumbeltz—. Una y otra, toda la vida dándoselas de beatas y, la hostia, cómo le dan al pimple. Una pimpladora del carajo la mayor, que me lo tiene dicho Txomin Caracaldero —se refería al gran chambelán del casino—. Hay tardes que se trinca la botella de un trallazo.

El Matador apuró su chato pinzándolo con dos dedos, un sibarita:

—Ahí llevas razón, que el otro día la vi soltarle: «Anda, escancia un quite de balarrasa», porque, después de meterse sus copazos, borda la priva con un carajillo.

—Es como para mosquearse —el agote troceó el pincho de mollejas, gentileza de la casa—, las dos hermanas soplan como escondiéndose la una de la otra. Cuando Nines para aquí, Juana se planta enfrente. Y en cuanto la pequeña se larga, se nos presenta la mayor. Ya lo veréis, antes de que nos acabemos estos vinos, seguro que aparece la Niña de la Puebla a meterse otro levantamuertos.

—Mira, yo no soy de los que se van de la lengua... — puntuó el ordenanza, que la tenía de víbora—. Pero el día de paga, Custodio, el cuentaduros, me soltó que desde que beben, las Echegaray no paran de sacar viruta. Sumas considerables.

—¿Cómo cuánto?

—Según parece, van por el medio millón.

—Joder, pues como no sea que Caracaldero ha subido las tarifas... —graznó Zumbeltz con su socarronería habitual—. Porque mi morapio no cuesta tanto.

—Con lo agarradas que eran las dos, igual que su padre. —La cara del agote, cuya piel ocre revelaba una adicción de cinco lustros al Rioja, se torció en una mueca—. Una vez conseguí que me pagara un tinto y manda huevos: a Moisés le costó menos apuros sacar agua del

desierto.

Zumbeltz tuvo que sujetarse la panza para contener la risa, y todos rieron con él.

—Seguro que también trincan en su casa.

—Esas cabras viejas... O sea, que son de las que se suben a la parra.

—A la parra y al porrón, que lo mismo llevan uno abrochado a los bajos.

Las risas derivaron en carcajadas, al agote se le saltaban las lágrimas, aquello era un no parar. Más vino. Muy en su papel de funcionario municipal, Primitivo recondujo el debate al punto de seriedad propio de las fuerzas vivas:

—Por más que beban, eso no cuadra con el capital que se están ventilando. Debe haber algo más fuerte por medio. Si la pobre Palmira llega a enterarse...

—*Quiá*, la vieja no se entera. —El Matador volvió a llevarse la mano al braguero, como siempre que alguien pronunciaba el nombre de Satanás—. Cuando quedó postrada le firmó un poder a la mayor, y así debe seguir, firmando lo que le echen, mientras sus hijas se funden las rentas que les dejó su padre.

—Medio kilo en un mes —suspiró Culopollo—. A este paso van a acabar en la indigencia.... O de vuelta al Auxilio Social, qué vergüenza.

—... Con lo que han sido. ¡Quién te ha visto y quién te ve!

—Si es lo que digo, mujeres. —El tabernero aplastó un

moscardón y siguió a lo Tenorio—. Mal que bien, nosotros podemos apañarnos, no se nos va la olla. Pero una mujer sin un hombre que la lleve tiesa, es como un cazo sin mango.

El agote, condenado al celibato eterno por su mala cabeza —en el sentido literal: la suya recordaba un colinabo atravesado por dos bielas a modo de orejas—, así como el Matador, mutilado de guerra y halitósico sin paz, rubricaron el aserto con un cabeceo. Juan Cruz no pudo evitar que le subiera el rubor al rostro. En otro tiempo había pretendido a las dos. Primero a Juana, cuando rondaba los dieciocho. Su familia no aprobó el noviazgo. Corrían rumores acerca de los Echeagaray. Su padre, Antero, vivía del contrabando. Nada del otro mundo en la comarca, pero una vez lo trincaron con una remesa de penicilina adulterada, igual que Orson Welles en *El tercer hombre*, y eso se lo puso difícil. Juana y Juan Cruz perseveraron, naturalmente, a la manera recatada de aquellos tiempos, pero entonces estalló el escándalo de su criada, Uxue, preñada y ahorcada. La murmuración no tardó en señalar a Antero, la vida se volvió un infierno para sus hijas, y Culopollo, más gallina que nunca, metió la cabeza bajo el ala. Fue Juana quien decidió romper el noviazgo —de ahí el sarpullido escamoso que invadió sus manos—, algo que el muy hipócrita aceptó, falsamente contrito, como quien se aparta de un apestado. Pasaron los años, las aguas regresaron a su cauce, y Culopollo comenzó a suspirar por su hermana. Juana no lo consintió.

Prohibió a Nines, era demasiado joven entonces, que saliera con semejante miserable, y a él le envió una carta amenazándole con entregarles las suyas a sus padres — todas cuajadas de alusiones eróticas a cada cual más tórrida—. Aterrorizado y despechado, un año después Culopollo pedía su mano a la unigénita de los Ubarrechena, que le daría tres hijos tirando a mortecinos, pero ese es otro cantar.

Mientras los curdas seguían desollándolas, el farmacéutico alegó que le apretaba la vejiga y se evacuó hacia los baños, a ver si con una meadita cambiaban de tema. Tuvo suerte, allá adentro alguien le había brindado la coartada perfecta. ¿La bolsa con las doscientas cincuenta mil pesetas sepultada en su cisterna? No, algo bastante más explosivo, aunque no menos inquietante.

—Demonio cómo se las gasta tu clientela, Simón —le espetó al tabernero tan pronto como regresó—: el *txoriburu*^[18] de las pintadas ha vuelto a la carga.

—¡Será cabrón! —bramó Bocaseca precipitándose hacia el lugar del crimen—. ¡Si me dejé las uñas borrando las guarradas del otro día...! —Su voz llegaba envuelta en los vapores que apestaban aquel mingitorio donde cifraba un emperio comparable al de Versalles—. ¡Cagüendiós, cuando lo agarre le arranco los hígados!

El asunto tenía a los asiduos en ascuas, por la zumba implícita, y a Zumbeltz al borde del homicidio. Dos

semanas atrás, alguien había rotulado en su retrete un grafiti que rimaba su nombre con las coristas de *El último cuplé*. Todos revueltos en una bacanal digna de los aquelarres de Zugarramurdi. Esta vez fue peor:

Hemen Hatan, Hemen Hatan

Zezengorri zen Zumbeltz

Beigorri ba Maritoñez

Que así se untan los Hijos de Satán

Si el último ripio no precisa traducción, los tres previos aludían a una vieja fórmula demoniaca donde se apareaban el toro rojo (*Zezengorri*) y la vaca roja (*Beigorri*), aquí y allá (*Hemen Hatan*). Caricaturizados con rabo y cuernos, Bocaseca y su asistente aparecían acoplados en pleno 69 y untándose las partes pudendas con lo que parecía ser un garabato excremental — hablando en propiedad, un trazo de mierda—. Zumbeltz no salía de su estupefacción, los otros se mordían la risa:

—Para que luego digan que aquí no somos cultos — filosofó el bedel—. Joder con el pedazo de *bersolari* que nos ha salido en el pueblo.

—Un enfermo —puntuó el farmacéutico—, un pobre enfermo.

—Enfermo o sano, el día que lo coja le rebano los huevos y me hago una tortilla, ¡por estas! Vaya si le voy a quitar las ganas de plantarme sus truños en mis baños.

—Oye... —El ordenanza marcó una de esas pausas *sherlockianas* a las que debía su celebridad—, ¿no habrá sido el tribulete ese, el de Madrid?

—Anda, Primi... —se jactó el agote—, que los mamarrachos van en vasco.

—Como si vinieran en chino, que ese ni nos mea aquí —siguió Mari Toñi—. Hasta para sorber el café se la coge con papel de fumar. Menudo tirillas.

—La otra vez fue un día de feria —recordó Zumbeltz —, igual que hoy. Y por la mañana hemos tenido buen jaleo. Lo mismo han pasado más de veinte.

—La mitad gabachos, seguro. —El Matador odiaba a los franceses. No iban a la zaga los naturales de los pueblos vecinos desde que les humillaron en cierta final del torneo manomanista—. Y los otros, menuda tropa. Con los de Urdax ni una más, y de la gente de Lesaka, joder, qué te voy a contar.

El agote, que estaba en vena, echó su cuarto a espadas:

—A ver si van a ser las hermanas. Con todo lo que se meten en el cuerpo...

—No lo veo Beni, no lo veo... —Culopollo lo pio sin demasiada convicción.

—¿No eras tú el que decía que son unas reprimidas? —abundó el agote, muy crecido, pese a que su cráneo apenas sobresalía de la barra—. Pues el cimbel que te han dibujado, ahí... Joé, ¡menudo badajo! Eso revienta hasta a tus Infalibles.

El tabernero desvió una mirada a la chimenea, por si le habían birlado el que había puesto a secar entre las tripas de las morcillas. La voz del Matador no se distrajo:

—Será por eso que has dicho, que una mujer sin

hombre es como un cazo sin...

Culopollo volvió a salir en su defensa, a su manera acaponada:

—Por el amor de Dios, si son dos pobres infelices incapaces de matar a una mosca.

—*¡Chut!* Que también hay moscas bien cojoneras — replicó el agote, la mirada perdida en la que acababa de espachurrar Bocaseca—. Se cuelan en tu bar, se ponen hasta arriba de anisete, echan su meadita y, según se van, aparecen esas guarrerías en tu pared. Qué casualidad.

—¡Las muy zorras!

Como el puño hinchado de metralla con que el gigante dictó sentencia sobre el mármol, en menos de una hora la noticia dio la vuelta al pueblo. Las Echeagaray no solo estaban dilapidando la fortuna familiar metiéndose trago sobre trago de Marie Brizard y coñac del caro. Esas dos vírgenes locas, afectadas por los trastornos del climaterio, se aliviaban la tajada marraneándole obscenidades satánicas al bueno de Zumbeltz. Primitivo se lo facturó a Custodio en cuanto fue a resolver el lío de las nóminas. Al salir de la sucursal Margari y Graxiana no pudieron evitar que el escándalo cobrara magnitudes épicas en el puesto de verduras de Prudencio Arozamena, el hermano del cura, que abastecía, por este orden, a Maritxu Maizkurrena, la charcutera; a Pantxika, la de la casa Mikelarena; y a Ramontxi Ansorena, viuda del insigne *txistulari* local. Las tres damas expandieron el rumor *urbi et orbi*, como si llevaran en vilo la hornacina de san

Miguel de infierno en infierno. A media tarde, las campanas de la Asunción tocaron a muerto por sí mismas, sin que nadie extrañara el prodigio. Todos en el pueblo conocían la razón: doblaban por ellas. Hijas de un turbulento pasado y de un porvenir cataclísmico, definitivamente, las hermanas Echegaray llevaban el diablo en el cuerpo.

[18] Literalmente, cabeza de pájaro, loco en euskera. (*N. del A.*)

22.

Bizcochito, ¡manifiéstate!

Desde su observatorio tras los visillos del casino, el humo de su mentolado elevándose perezosamente sobre su sombrero de medio luto, Juana había vigilado las entradas y salidas de la taberna de Zumbeltz, como Noé la de los animales del Arca. Los vio de todas las especies: rumiantes, paquidermos, moluscos y otros invertebrados. El primero en descolgarse fue el escritor con su *ABC* bajo el brazo. Después el agote y el Matador, sin nada a la vista. Luego Juan Cruz, con un envoltorio en la mano y, finalmente, Primitivo, el ordenanza, berreando una jota ribereña mientras se desbarrancaba de farola en farola: «Cuando tenía dinero, me llamaban don Tomás / Y ahora que no lo tengo, Tomasito nada más». Tampoco ella necesitó más para rubricar su veredicto:

—Es él, tiene que ser él. Nos despluma y encima se rechifla. Será cabrón...

Nines, abatida, miraba obstinadamente una grieta en la pared.

—Qué dices... Si lleva con esa murga desde que su

padre se arruinó con lo de la serrería. Anda, anda, haz el favor y baja un poco ese fuego, que me estoy asando.

Cierto, su cocina parecía un horno. Juana cerró la llave de la estufa y empujó el tirador hacia abajo. El gesto resolutivo traducía su estado de ánimo:

—Pues si no es él, solo nos quedan el Culopollo o tu Romeo. Eran los únicos que llevaban algo donde esconder la pasta.

No se aguantaba quieta. Tras la estufa, la primogénita atacó la encimera. Tocaba pelar las vainas de la cena. Nines apuraba su tercera copa de licor de nueces, como si necesitara cien más para apagar el incendio que aventaban todos sus demonios.

—Tampoco me cuadra, ni eso ni nada... Seis tacos así de gordos, con un cuarto de millón, no se pueden escamotear dentro de un periódico.

—Pero en una caja de zapatos caben de sobra, y era eso o algo del mismo porte lo que calzaba Culopollo. Se lo estaba llevando muerto, el hijoputa.

Las gafas tintadas de la mayor, menos aún a esa distancia, no pudieron advertir que la presunta caja de zapatos era un envío de jeringuillas que acababa de retirar de la estafeta. Pero, aunque fuera de polvorones, ¿no podía haberla vaciado para acomodar dentro su botín? El azar obró en contra del boticario por duplicado: cuando sacó una de las jeringas, a la vista de todos, Nines ya había salido del Txinparta. Bastante tenía con lo que acababa de susurrarle su Román —«hay cosas que no se

pueden ocultar»—. O el dinero o el arma homicida. El cerco se estrechaba mientras comenzaba a gestarse otro homicidio, con dos candidatos. Si ella ya tenía el suyo, la sentencia de su hermana no admitía apelación: aquel medio hombre que fue su primer amor se revelaba como el enemigo público número uno.

—«Nil bastarda carborundum» —volvió a repetir, seca, tajante, con el cuchillo de desprepuciar vainas en la mano—. El Culopollo nos la guarda desde que le dimos calabazas. Muy bien, que se prepare, que lo vamos a servir al chilindrón.

Nines, no solo a causa del licor, sintió que las paredes de la cocina comenzaban a oscilar suavemente, hacia la izquierda, luego hacia la derecha, como un barco a la deriva. Su hermana jamás pronunciaba una palabra en vano. Juan Cruz degollado, igual que Belzunce. O troceado dentro de otra caja, no precisamente de zapatos. Ya estaba muerto. Lo veía en los ojos de Sultán, ojos de brujo, en los de Laverna la Diabla, que parecía sonreír desde su lienzo en la escalera. Sintió un ahogo, los recuerdos la asediaban en un círculo de tormentos pasados, presentes y futuros.

—No lo veo, Juana, sigo sin verlo. —Despachada la mitad de la botella se le iba la cabeza, le costaba pensar—. Yo esperaré, sí, esperaré...

—¿Hasta que vuelva a meternos otro rejón? ¿Es eso lo que quieres? ¿Verte en la ruina mientras esa rata alopécica lo celebra redecorando su farmacia?

—Me das miedo, Juana. ¿Y si volvemos a equivocarnos?

—Ya te digo que esta vez no hay tutía. Es el Culopollo, estoy segura. Verás el platito de maíz que pienso prepararle. Ni gallo ni gallina, ¡Culopollo! No me extraña que los tres hijos le hayan salido como tres diviesos. Pues por ahí le vamos a dar, y bien dadas, que por algo tenemos patente de curso de Dios.

Juana se regodeaba pronunciando el mote infamante. Un poco apartado, Sultán se relamía los bigotes, a la espera de un pellizco de carne cruda. El odio que destilaban parecía caer sobre el rostro de Nines como una telaraña viscosa.

—Déjame hablarle. Aunque solo sea por... —Al advertir que mostraba sus sentimientos diluyó sus ojos en el hule—. Nos quería, Juana. También a ti.

—Eso es agua pasada, pasada y podrida, agua que se vuelve veneno.

La mayor acababa de echar las vainas a la cazuela. Nines vio como un rostro deshaciéndose en el burbujeo hirviente.

—Concédele al menos una posibilidad. Sabré hablarle. A mí no puede mentirme.

—¿Que no puede mentirte? Por favor, ese pichafloja miente como habla. Cuéntaselo a mamá, que va a ser igual: el Culopollo ya está fiambre. Por cierto —continuó, sacando otra botella del aparador—. ¿Has comprado el jamón de york?

Nines colmó su vaso hasta el borde, su mano estremecida por un leve temblor:

—Por un día que no cene lo de siempre..., tampoco le va a subir el azúcar.

—Estamos descuidándola, *bihotza*. Estamos descuidándola, y eso no puede ser.

—Mañana sin falta me paso donde Zubeldia, pero antes, te lo ruego...

—De acuerdo, está bien. —Juana le cortó para servirse un buen trago—. Habla con ese capón si tan empeñada estás. Pero mucho cuidado con lo que le sueltas: nada de claudicaciones, vete derecha al meollo. Y que apoquine lo que nos ha rapiñado hasta el último duro, ¿entendido? De lo contrario, déjaselo caer, que se vaya preparando para salir en *El Caso*.

Por más turbiamente clarividentes que fueran sus ancestros, tanto como la marca fatal que destellaba en su pupila, la primogénita de las Echegaray no podía imaginar lo que estaba sucediendo a esa hora en Madrid. Arrastrados por los cilindros de su rotativa, los primeros mil pliegos de *El Caso* volvían a llevar el nombre de Etxalar a su portada. El suceso, un fenómeno de teleplastia espontánea, sentaría jurisprudencia en el universo de lo paranormal. Faltaban ocho años para que España se conmocionase con el incidente de las caras de Bélmez, cinco para que se estrenase el programa *Un*

millón para el mejor —que ganaría, precisamente, el pueblo del mismo nombre—, y tres para que cuatro bombas atómicas de seis kilotones se hundieran entre el mar y las playas de Palomares, no lejos de allá.

La bomba de Etxalar no resultó menos devastadora en lo que afecta a su repercusión en el ámbito de lo bizarro. Rosario Landi se apuntaba otra exclusiva que encabezó con un titular electrizante: «¡Satán, manifiéstate!», se leía, en grandes letras rojo sangre. Y debajo, el epígrafe que sancionaba el pandemónium: «El rostro del diablo se asoma a los inodoros».

Todo había comenzado a raíz de unos garabatos obscenos rotulados en los retretes de la taberna local. Era la segunda vez que aparecían. Al igual que la anterior, la asistente, María Antonia Expósito, procedió a limpiarlos. Ya le resultó inquietante que el nombre de Satán se resistiese tanto al estropajo. Tuvo que emplearse a fondo, vertiendo lejía sin diluir y restregando quintales de jabón Lagarto hasta desollarse las falanges. Finalmente, la pared quedó limpia. «¿Cuál sería su sorpresa, apenas una hora después, cuando un vecino salió dando gritos, arrebatado sobre su silla de ruedas, como si hubiera sufrido una inversión del milagro de Lourdes ante sus ojos?». El abigarrado estilo de Landi sabía enlazar los puntos calientes. Nicasio Bolinaga, héroe de la División Azul, vivía postrado en una silla de ruedas a causa de las lesiones sufridas en el infierno de Stalingrado. Desde entonces se ponía de los nervios con solo ver un filete

ruso y era un asiduo a las peregrinaciones al santuario del sur de Francia. Vamos, que además de en el *Franco Presente*, también creía en las presencias ectoplasmáticas del más allá. Quien espera un milagro no debería extrañarse ante la emergencia de un maleficio. El crédulo Nicasio, sin embargo, salió aullando y no era para menos. Sobre la pared del inodoro se había dibujado un rostro de cuernos caprinos, genitales dignos del caballo de Espartero y ojos de culebrón libidinoso a la caza de novicias. No estaba trazado con tinta ni con pintura —ni siquiera con excrementos, como sucediera con la pintada anterior—. Aquello parecía una exudación de los azulejos, una sombra roñosa del tamaño de un jabalí que ya no hubo lejía ni perborato que pudieran borrar. «La maldición se ha consumado» —sentenciaba Landi—. «Las Fuerzas Oscuras han vuelto a tomar posesión de lo que es suyo en Vascongadas. Se afirma el vínculo manifiesto entre las pulsiones separatistas que amenazan nuestra democracia orgánica y las bárbaras idolatrías que las sustentan. La Cruzada Nacional fue demasiado clemente con los demonios ancestrales que afligen estas tierras. ¿Qué será lo siguiente? Tenemos razones para temerlo todo de este nódulo de carlismo filocomunista, satanismo y sedición. Virgen Santísima, no nos abandones».

Una vez más, la indignación cobró resonancias de motín

en la comarca. De la fábula a la realidad, sin embargo, lo único que había sucedido en los váteres del Txinparta no pasaba de ser un descuido de Mari Toñi. Tras limpiar el garabato no enjugó bien la espuma grisácea del detergente y esta, al secarse, había formado una mancha que, vagamente, recordaba un rostro. Eso sí, con las cinco letras que cifraban el nombre de Satán levemente sombreadas arriba. «Bueno», se dijo la inclusera, harta de limpiar y limpiar, «mejor esto que el precinto de los Infalibles». Cierto, pero Bolinaga solo creía en la infalibilidad pontificia. Además de un ferviente postulante, era primo carnal de los hermanos Bereciartúa quienes, siendo niños, fueron testigos de las apariciones de Ezkioga. Allá, al otro lado de la Barranca y en vísperas de la guerra, la Virgen se aparecía tronando contra la Horda Roja con tal virulencia que la propia Iglesia, ante la afluencia de decenas de millares de fieles, acabó por reprobarlas. Nada de todo ello mermó su vocación, menos aún los vivos a Cristo Rey que lo condujeron hasta Moscú. Por lo que afecta al Txinparta, el mártir divisionario no tenía noticia de las pintadas anteriores. Al ver lo que vio sobre la taza donde se disponía a obrar, sus esfínteres anales sufrieron un colapso, creyó ser testigo de la resurrección de Stalin —casi las mismas letras que Satán—, y sucumbió a una crisis convulsiva de tal magnitud que estuvo cerca de restituirle la movilidad. No era la primera vez. También sufrió un severo paroxismo el día en que el Benfica le arrebató la Copa de Europa al

Real Madrid, y otro todavía más morrocotudo cuando Juan XXIII ordenó a un cardenal de raza negra —Laurean Rugambwa—, lo que para él suponía el Armagedón de la entera cristiandad. Pese a sus veinte años al servicio de la Obra Sindical de Educación y Descanso —sobre todo, mucho descanso—, su alma legionaria ya no conocería la paz.

Algo parecido comenzó a gestarse en el vecindario a cuenta del artículo publicado por aquella rubia que aparecía y desaparecía como los caños del Guadiana. Si bien, conocido el perfil fenicio de los naturales, la indignación inicial, como el pavor ante el portento, fueron cediendo a las llamadas a la cordura orquestadas por todos aquellos que empezaban a lucrarse a cuenta del flujo de incondicionales de lo sobrenatural. No había día que no visitase el pueblo un puñado de curiosos que se hacían fotos ante el Txinparta, y aun en sus retretes, mientras que los fines de semana aquello era un no parar. La taberna y el casino, la fonda de los palomeros, el pequeño despacho de material fotográfico, y hasta los cepillos de la Asunción, se adentraron en un tiempo de prosperidad unánimemente celebrado por sus beneficiarios y pautado por el alegre trinar de sus cajas registradoras.

Si la de Juan Cruz rebosaba, la cuenta de las EcheGARAY había sufrido una merma notable. Nines estaba decidida.

Por más que su amante a tiempo parcial, ese golfo promiscuo, la tuviera en vilo con el secreto familiar que decía haber descubierto, su prioridad era acabar con el chantaje al que parecía someterlas quien había sido su primer amor. Cuánto se había estropeado tras casarse con esa marimandona de Irune. Normal que les hubieran salido tres hijos como tres diviesos. Porque Culopollo también tenía su punto pervertido. Las malas lenguas murmuraban que se había casado con Irune por su dinero. También porque sufría ataques epilépticos, soñando que le diera uno mientras cumplían con el débito —por experimentar una nueva versión del frenesí copulatorio—. Una vez se le escapó una frase muy delatora: «Lleva tres en un mes, pobre, con el último creí que se me iba». Aunque no llegó a decir: «hubiera sido lo mejor para ella» —lo que significa generalmente que eso sería lo mejor para quien lo dice—, todos pensaron lo mismo. Es imposible sobrevivir a veinte años de himeneo sin que al menos en una ocasión se te haya ocurrido deshacerte de tu pareja.

Nines no dejaba de recordarlo, aún sin decidirse a entrar, mientras contemplaba el escaparate de la farmacia. Entre los carteles de analgésicos y lavativas, un muñeco de caucho de tamaño natural exhibía los órganos internos, el cráneo abierto, los sesos igual que los intestinos. Repugnante. Era como si viera a Culopollo desnudo ante ella, mostrándole su turbia entraña, sus sucios pensamientos.

Una espingarda se perfiló al otro lado de la puerta vidriada. Esa nariz de pimiento morrón solo podía tener una dueña. Nines desandó unos pasos hasta doblar la esquina y esperó a que Irune saliera con la cesta de la compra. Era el momento. Al empujar el pomo con la copa y la serpiente de Esculapio, sintió como si apurara su cáliz hasta las heces. La campanilla le sonó a toque de difuntos. Pero tuvo suerte, no había nadie dentro. Nadie salvo Juan Cruz, enfundado en esa bata de un blanco nuclear que hacía aún más clamoroso el tinte Bella Aurora emplastado sobre su tupecillo a lo Alan Ladd. La visión de Nines se turbó. De no ser por la proscripción de Juana ahora estaría casada con un buen burgués, un poco esmirriado, cierto —pobre Culopollo, el que fuera conocido en sus tiempos de esplendor como el Chico Piramidón—, aunque a salvo de pesadillas como la que estaba viviendo. A su lado no pasaría el frío que pasaba por las noches, sola en su cama, hasta hubiera podido ser madre. Y, por supuesto, llegado el caso, ella le hubiera ofrecido su dinero para que modernizara su botica, evitándole caer en aquel chantaje abominable.

—Juana no quería que viniera...

Apenas lo dijo, plegó sus labios con la sensación de que ya lo había estropeado todo. ¿A qué venía mentar a su hermana? El recuerdo de los años felices la ayudó a cubrir los tres pasos que les separaban. Ambos sabían que, en realidad, mediaba un abismo. Bastaba con verla a ella, vestida como una cabaretera, pintada como una puerta.

¿Seguía siendo la Nines a la que le robó su primer beso, un casto beso en la mejilla y nada más? Culopollo esbozó una sonrisa floja. Había que conocerle para advertir que, tras esa sonrisa profesional, se escondía un ser muy desdichado.

—Quería decirte... —El nuevo comienzo pasaba por buscar su intimidad, pero se trabucaba, no encontraba las palabras—. Verás, Juan Cruz...

Él solo veía los pitones, tan grandes como percebes, que se le marcaban bajo la blusa. Demasiado transparente para Etxalar, para Navarra entera, para la España de entonces. Toda una incitación a la masturbación. Culopollo carraspeó una, dos, tres veces. Ella deslizó su mano sobre el mostrador, él acercó la suya... y al punto, ambos las retiraron como el rayo. La campanilla volvía a sonar. Su vecina, Felisa Arizpeleta, con su claqueteante dentadura postiza y sus orejas rebosadas de algodón hidrófilo, venía a renovar su arsenal de medicamentos. De natural bondadoso —solo ella invitaba a su casa a las Echegaray—, no era ninguna chismosa, aunque resultaba un tanto abrumadora. A causa de su sordera, la nonagenaria era capaz de sostener un monólogo de media hora, que bien pudiéramos calificar como *beckettiano*, sin dejar a su interlocutor atravesar una triste palabra:

—*Egun on*, Juan Cruz, aquí vengo, a por mis potingues —exclamó con esa voz tres octavas por encima de lo humanamente tolerable, mientras sacaba de su bolso, como si fueran zanahorias, un florido manojito de recetas

—. Anda, Nines, si no te había visto. Quita, quita, las aspirinas vitaminadas fuera, que me estriñen un horror. *Ené potxola*, vaya blusa tan atrevida, ¿no? Pero bueno, siendo primavera... La sangre altera, je, je. Ojo, no te olvides del Unident Forte, que la última vez casi me dejo las muelas en la chistorra. Tanto tiempo sin pasaros ni para ver *Perry Mason*. No puede ser, no puede ser. Y también un tubito de Mejoral 500. ¿Qué tal vuestra *amatxo*? Ay, Palmira, cuánto la echo de menos. Estacionaria, supongo, lo que dicen ahora. Ni que fuéramos coches en un aparcamiento. ¡No me digas que no te quedan parches de Sor Virginia! Como no veo a la monja colgada de la lámpara... Y eso que tengo al Zinzi *larri larri*. Por cierto, ¿qué tal vuestro Sultán? No, que ya no llevo el Salfumán. Tiene que ser terrible, tantos años postrada en una cama. Se estará llagando, pobre... ¿Esto es el Garrulín Plus? Pues a ver si os venís el domingo, que echan *Caravana*. Yo prefiero *Bonanza*, que para mí quisiera un viudo como el guapetón de Lorne «Grin». En fin, cóbrate de aquí. El que paga descansa. Y te tomo la palabra, Nines. *Agur*, Juan Cruz. Saluda de mis partes a tu costilla.

Deshuesada en medio de la farmacia, frente al cartel que anunciaba las aspirinas Bayer —«el fin del sufrimiento»—, Nines no encontraba paliativo para el suyo. De nuevo a solas, Culopollo le dedicó otra de sus sonrisas profilácticas:

—Bueno, ya está. ¿Qué querías decirme?

—Se trata de un asunto delicado... —se arrancó al fin—. Hasta cierto punto, te digo que lo comprendo. Sí, comprendo que te sintieras ofendido, que sigas un poco dolido... Hasta que nos mires mal, Juan Cruz.

—¿Cómo...? ¿Qué...? —farfulló Culopollo, presa de una mezcla de incomodidad y desconcierto—. ¿Que yo os miro mal...?

—No lo tuvimos fácil, tienes que asimilarlo, eran otros tiempos.

—Perdona, Nines, pero no... No sé de qué me estás hablando.

Nada podía herirla más. Sintió como una puñalada en la mitral.

—¿Será posible...? —No, afortunadamente no era posible. Porque su primer deseo fue que aquella puñalada subiera a su mano el violín del Sacamantecas y degollar a aquel imbécil—. ¡Fuimos novios! ¡Íbamos a casarnos!

—Ah, ya, o sea que... Era eso... —Corrido y desubicado, el farmacéutico no sabía dónde meterse—. Bueno pues... Cosas de la vida, chica. ¿Qué quieres que te diga? Tú eras una cría. Y yo... yo tenía veinte años.

—¡O sea que es de Juana de quien te estás vengando! ¡Es a ella a quien pretendes destruir! —La cara de pajarillo azorado de Culopollo se demudó, sus cuatro plumas entraron en erección—. ¡Por Dios bendito! Ella también tenía veinte años y pasó lo de nuestro padre. Rompió contigo por eso, no quería que cargaras con semejante baldón. Me parece muy poco cristiano que te

ensañes de esa manera.

—¿Ensañarme, yo, con Juana? Por favor, por favor... —El boticario bajó el tono, temeroso de que entrase alguien y les sorprendiese en pleno melodrama—. Lo que me cuentas ya lo comprendí entonces. Aunque eso sí —su rostro expresaba una especie de contrariedad trágica—, lo que hizo luego contigo, eso no tiene perdón. ¿Sabes lo que decían en el pueblo? Es como los niños que no quieren su pastel, pero no dejan que otro se lo coma. El pastel era yo, el Bizcochito. Así empezaron a llamarme los de la cuadrilla, el Bizcochito, como si fuera... —Iba a decir maricón, pero le debía un respeto a su hijo, el Culoperdiz—. Me hizo daño, mucho daño.

—Pero aun así, Cul..., digo Juan Cruz, eso no es razón para... —No podía, le faltaba valor para ponerle entre la espada y la pared—. Yo te quería. —La congoja que le subía a las glándulas mamarias prometía un caudal de llanto—: Te quería de verdad...

Culopollo, vencido y desarmado, no pudo evitar emocionarse. Así como un rayo de luz purifica el agua infectada, la miraba como si hubiesen rejuvenecido veinte años y volvieran a ser dos adolescentes puros, inocentes, sin heridas.

—Y yo también, Nines. Todavía te sigo queriendo —¿Qué había dicho? Los ojos ahuevados de la interpelada se escalfaron de gusto, aquello era el *ad libitum*—. Pero el tiempo no ha pasado en vano. No, Nines, no... Ya no podemos volver atrás.

—Claro que no, Juan Cruz, claro que no... —admitió ella, bajando la cabeza hasta verse reflejada en sus Roger Vivier—. Razón de más para que...

Era el momento de soltarlo —«¡... Para que dejes de tocarnos los ovarios, coño!»—, luego ya no sería capaz. Pero apenas tomó aire, decidida al envite final, la puerta volvió a abrirse. Margari, la mercera, venía con una alarmante cara de entierro.

—¡Bicarbonato, dame bicarbonato, Juanito! —gimoteó abordando a Nines—. Uf, qué ardor de estómago, hija. Todo por esa pelandrusca, la de *El Caso*, la que ha convertido nuestro Etxalar en el pueblo de los horrores. Entra en mi tienda toda despechugada, exhibiendo un chupón de campeonato, la muy guarra, y va y me pide unas horquillas. ¿Horquillas? ¡La horca es lo que mereces, so zorra! Poco me ha faltado para atizárselo. Se salva porque una es una mujer decente, que si no...

¡Un chupón de amor, esa puta de Lucifer! Lo que le faltaba para caer redonda al suelo. Nines tuvo que agarrarse al expositor de las pastillas Juanola —«aclaran la voz, refrescan la boca»—. La suya pareció abismarse en una suerte de afonía cataléptica, sus demonios le comían las orejas.

—Tampoco es para tanto, Margari —Culopollo respiró aliviado por tener alguien que le cubriera—. Ya sabes cómo son los periodistas. Tienen que vender...

—¡Patrañas, no venden más que patrañas! ¡No sé cómo se lo consienten!

El boticario demoraba la entrega del bicarbonato. Solo se lo pasó cuando apareció un tercero en discordia. ¿Quién? Cipri, el Matador. Venía a renovar su provisión de suspensorios, pero al ver a dos mujeres justo ahí, ante la vitrina de los artículos ortopédicos, su paso marcial y hasta sus efluvios de Barón Dandy —esa colonia que olía a muerto—, se eclipsaron junto a la báscula. Cruzó una mirada púdica con Margari, eludió la de Nines y apenas musitó un abochornado «vuelvo luego». La mercera no tardó en seguirle. De nuevo a solas, Nines se peleaba por recuperar el habla. Culopollo ya solo pensaba en quitársela de en medio:

—Bueno, pues si ya nos hemos entendido...

—¿Entendernos dices? Déjate de comedias, ¡se acabó la farsa! —prorrumpió la muda encarándose con él—. ¡Sabes perfectamente que vengo por lo de Zumbeltz!

El brusco cambio de tema, tanto como ese tono feroz, volvieron a electrizar sus cuatro pelos. ¿Estaba a punto de confesarle su pavorosa caída en la bebida? Tres copazos de Marie Brizard, y lo que se metería en casa. Pobre Nines, qué espanto, igual que Ray Milland en *Días sin huella*. Claro, era eso, necesitaba ayuda.

—Vamos, mujer, que las malas rachas se van como vienen. Paciencia, continencia y templanza, ante todo mucha templanza... Seguro que lo superarás.

Complacido de su facundia, Culopollo se volvió, muy interesado en ordenar sus estantes. El aullido de Nines estuvo cerca de hacer estallar su colección de pomos

medicinales. Poco faltó para que el de la quina amazónica fulminase su tupé:

—¡Qué templanza ni qué niño muerto! ¡Serás cínico! Ya no me queda ni para pagarme las compresas! ¿Te enteras? ¡Me estoy arruinando!

Tal era su expresión, desquiciada, frenética, que el Chico Piramidón temió que le saltara al cuello. Pero no. Nines se precipitó hacia la puerta deshecha en llanto. Al abrirla, casi se dio de bruces con Irune. No se saludaron. Una vez que desapareció, como si se la llevaran los demonios, Culopollo se vio obligado a justificarse:

—Está loca, loca de atar, completamente loca. Para encerrarla.

—¿Pero qué quería?

El farmacéutico se sintió enrojecer, aquello era demasiado para él:

—Es por el asunto de la bebida, ya sabes... Bebe y bebe, y va de mal en peor...

—¡Qué horror! Con lo que era, caer tan bajo. —Pero, según lo decía, Irune hundió sus pupilas en sus ojillos de malviz—: Y eso que te ha soltado de que está en la ruina, ¿qué? No me digas que ha venido a sablearte. Porque con lo que se cuenta sobre esas dos brujas... Dime la verdad, Juan Cruz, ¿ha venido a pedirte dinero?

Los dos sabían lo que había detrás, una historia de amor frustrada, un fuego subterráneo, un vínculo nunca roto. Las alegrías de la vida duran poco, las penas de amor toda una vida. Si era así, Irune no se lo perdonaría

jamás.

—Pobre infeliz, ya solo le faltaría eso —se escabulló el Bizcochito, aunque sin acertar a enjugarse las gotas de tinte que le escurrían por la sien—. Nines ha perdido la cabeza. Algo me dice que su historia va a acabar mal. Muy mal.

23.

Tres hombres mató a cuchillo

Qué fácil sería vivir si las personas no ocultaran las heridas de su corazón, y cuánto más simple resultaría comprenderlas, perdonarlas, incluso hacer justicia con o sin la patente de corso de Dios. ¿Era Juan Cruz un hombre bueno corrompido por esa forma de perversidad a la que llamamos codicia, o un hombre perverso, codicioso, pero todavía susceptible de ser redimido por esa forma del bien supremo a la que llamamos amor? ¿Cómo podían esas pasiones antagónicas alentar en un mismo corazón? Le había confesado que la seguía queriendo y, sin embargo, cada palabra salida de su boca, sus vacilaciones, sus elusiones, le señalaban como el infame que las estaba extorsionando. Nada parecía turbarle, hasta se diría que se complacía en torturarlas. Un placer oscuro, sádico, vengativo, cien veces más ardiente que el que le manifestó cuando eran novios. ¿Qué cabía esperar, entonces, de su cita pendiente con Corominas? También este le dobló sus protestas de amor antes de volver a traicionarla y después de acongojarla con ese secreto del

que según él pendía su vida. Con Juan Cruz acabó perdiendo los nervios. Román tenía más labia, más astucia, más perfidia, más de todo. ¿Qué podía haber averiguado? Algo que comprometía a toda su familia, le había dicho, a su entera estirpe.

Aquella situación era como un rompecabezas macabro al que le faltasen la mitad de las piezas. Nines estaba sola, sola con las pesadillas que incendiaban sus noches, sola con las incógnitas que atormentaban sus días, sola frente al horror, en esa mansión siniestra, con su madre muerta arriba, con todos aquellos fantasmas polvorientos susurrando su nombre en la oscuridad. Y su hermana, siempre su hermana, el brazo ejecutor en alto, presta a degollar, tanto le daba a Juan Cruz como a Román, para encadenarlas sin remisión a la ronda de las almas perdidas.

—¡Basta, ya basta! ¡No puedo más! ¡Así os vayáis todos al infierno!

La resonancia de su propia voz la asustó. Su mano temblaba cuando se arrancó el granate en forma de corazón. ¿Podía creer que su amante siguiera queriéndola cuando no dejaba de coquetear con esa furcia rubia, cuando Margari había visto su cuello marcado por un chupón diabólico, cuando la exhibía ante todos sin importarle dejarla a ella en ridículo?ó Que se fuera al infierno también él. Por más que la abrasara su calvario, el antídoto para todos sus males seguía ahí, debajo de la cama. ¿A qué esperaba? Decidida, alzó los faldones de la

colcha y sacó la maleta de sus sueños. Se emocionó al ver sus vestidos nuevos, cuidadosamente plegados, dispuestos desde hace años para ese viaje que nunca tenía el coraje de emprender. Esa noche supo que su vida pendía de esa decisión. Si no a París, viajaría a una gran ciudad y buscaría trabajo, porque tendría que trabajar. Pero ¿y qué? Por más que regresase agotada a su cuartucho al fin sería libre. Los domingos iría al cine, y luego al baile y luego... ¿Qué más da? Luego todo sería alegría. La felicidad es como volar, como ser una cometa. Cuanta más cuerda sueltas, más alto vuelas. En Etxalar todo sucedía a ras de tierra, los domingos eran de una tristeza exasperante, pasos de buey sobre la nieve. En París, en Roma, en Buenos Aires —¿por qué no Buenos Aires, si el nombre ya lo dice todo?—, las masas felices inundan los bulevares, se vive la vida, nunca te sientes solo. Nines sabría reconocer al hombre del beso. Porque en su maleta guardaba esa foto mítica de Robert Doisneau, *El beso*. Una foto en blanco y negro, tomada al paso, donde un joven de pelo alborotado besa en la boca a una bella desconocida. También ella se merecía un hombre así, un hombre de verdad que la hiciera sentirse llena de amor y vacía de todos sus miedos, redimida por la magia de un beso.

—Tú tienes la culpa, Juana —volvió a decirse, mirándose en el espejo de esa foto—, la culpa de todo lo que me mata. Por supuesto que hay hombres buenos. Y yo voy a encontrar al mío, si no lo he encontrado ya. Al fin y

al cabo —musitó bajando la voz con la expresión de *La loca por amor*—, ¿no dice el Señor que amar es perdonar?

Su Román era un calavera, un promiscuo, un embaucador, pero ella le llevaría de la mano por el buen camino, le corregiría, le salvaría. Si jugaba a los devaneos y a los secretos, ¿qué había detrás sino un interés evidente por seducirla a ella y solo a ella? Obraba a su favor un sortilegio de lo más romántico. Su granate en forma de corazón hacía juego con la pulsera que le regaló su padre el día de su primera comunión, la que le arrancó Santúa mientras caía herido de muerte, la misma que reapareció como en un ensalmo la noche en que desapareció el violín del Sacamantecas. Eso tenía que significar algo. La ternura acabó por ganarla, volvió a ponerse el colgante, y también uno de sus discos de Luis Mariano. Las satinadas modulaciones del rey de la opereta la envolvían en oleadas tan dulces como el beso de Doisneau —«Desde que nace el día / hasta que muere el sol / escucho en mis oídos / el eco de tu voz»—. Justo entonces, Juana llamó a su puerta. Primero un suave repique, luego un poco más fuerte. Luis Mariano dilataba sus trémolos —«Maitetxu mía, Maitetxu mía...»—. Los repiques dieron paso a un golpe seco:

—Ábreme ahora mismo, Nines. No tienes edad para encerrarte como una cría.

La música seguía, Nines no contestaba.

—Venga, venga... ¿Qué es lo que te pasa, *bihotza*?

Odiaba que la llamase *bihotza* —corazón—, igual que odiaba a Sultán.

—No me pasa nada. —Su tono rubricaba todo lo contrario—. Estoy como una rosa.

—Como una rosa, ya. No estarás pensando hacer una tontería, ¿verdad?

La maleta seguía abierta sobre la cama, con sus vestidos, su neceser, un bolso nuevo, un paraguas plegable. A falta del real ese era su pasaporte a la felicidad. Bastaría con agarrarla bien fuerte y salir corriendo sin volver la vista atrás.

—Se me está acabando la paciencia, Nines. —Su hermana no toleraba los desafíos a su autoridad, si supiera cuánto la detestaba. Guardó la foto, miró hacia la puerta, nerviosa, vacilando entre abrir o no abrir—. ¡Abre de una puta vez!

Tantas veces en la vida basta un gesto, un leve arrebató, una reacción impulsiva de la que apenas somos conscientes. Sucede como ese viento suave que disgrega unos guijarros en la cumbre de una montaña, la corteza de un nevero, las pavesas de una barbacoa. De ahí al alud, a la avalancha, al incendio más devastador, no dista más que un instante. Nines descorrió el pestillo, no para darse a la fuga. Aquello era una claudicación. Los ojos de Juana se clavaron en su maleta abierta sobre la cama.

—Vaya, con la pavisosa... O sea, que la ventolera iba en serio. Ay, qué pronto has olvidado que ser amigo del mundo es estar enemistado con Dios. En medio del

viacrucis que estamos viviendo, lías el petate y me dejas con todos tus muertos.

—Es por ellos, Juana, es por los muertos que me persiguen —farfulló como una niña pillada en falta—. Ya no puedo con ellos, no puedo más...

Su hermana avanzó hacia la cómoda junto a la ventana. No se sentó, permaneció en pie, dándole la espalda. A Nines le costaba respirar. Al llevarse la mano al pecho notó un metal frío. ¡La cadena del granate! La ocultó precipitadamente bajo su blusa. Luis Mariano interpretaba su mítico *C'est magnifique*, un himno a la vida espumante, a la efervescencia, al cosmopolitismo de un París que nunca existió.

—¿... Y te vas sola, o tienes quien te acompañe? —siguió Juana prendiendo uno de sus mentolados sin volverse—. Ah, ya, no me lo digas... Has vuelto a verte con ese aventurero sin oficio ni beneficio.

—No he vuelto a verle desde... —Iba a decir «desde que tú me lo prohibiste», le pareció humillante—. Desde que le pillé con la otra. Porque seguro que sabes que hay otra. Pero por ahí no paso, yo no soy una cualquiera. Tengo mi dignidad.

Juana saboreó la primera calada, lenta, profunda. El humo envolvió las escamas de vitíligo sobre su mano izquierda.

—¿Dignidad, tú? No me hagas reír... Lo único que tienes es la calentura de una perra salida. Te mueres porque ese picaflor te hunda su agujijón donde te escuece.

La provocación acabó de incendiar a la pequeña:

—¡No te consiento que me hables así! ¡No tienes ningún derecho!

—Pobre incauta, me das pena. Ni siquiera sabes mentir, ni para eso vales.

—¡Nunca te he mentido! —Nines apretó los puños, con ganas de estrangularlos a los dos—. Y a ese ya no quiero verlo ni en pintura. Solo quiero escapar de aquí.

Juana aplastó el cigarrillo a la mitad, como sellando una decisión ya tomada. Al otro lado de la ventana un sol anémico apenas conseguía atravesar las nieblas perpetuas de la ciénaga, allá donde la mirada de Dios no sonreía jamás. Respiró hondo, era el paisaje de su alma. Su mano se deslizó dentro de su bata, buscando algo que no tardó en encontrar. Lo apretó fuerte, a la espera de su momento:

—Y ahora el melodrama de la huerfanita. Todo para ocultar tus ridículos embustes. Debería dejarte ir con ese canalla, sí, es lo que mereces. Que se ría bien de ti y que luego te deje tirada, como a la solterona de *Calle Mayor*.

—No te soporto, no te aguanto más...

Nines cogió la maleta de un tirón. Había olvidado correr la cremallera: bastaron dos pasos para que todos sus vestidos se desparramaran por el suelo. Eso acabó de desquiciarla. Se puso a recogerlos entre vagidos, arrojándolos dentro a la buena de dios. Fue entonces cuando cayó sobre la ropa revuelta aquel sobre azul pálido con su nombre escrito a pluma. Nunca había visto una caligrafía más elegante.

—Tranquila, que esta vez no es una cartita de nuestro Landrú, aunque no sé qué es peor. —La voz de Juana le llegó desde arriba, solo veía la hebilla en argolla de sus zapatos monjiles—. Vino ayer, al caer la tarde, sin cortarse, el chuloputa. Y dejó esto en nuestro buzón. Léelo, es para ti.

Nines sacó el papel, quería leer pero no podía, los nervios le borraban las palabras.

—Te lo hubiera perdonado todo —seguía su hermana—. Todo menos esto. ¿Por qué me has mentido, Nines? ¿Por qué? Vamos, a qué esperas, lee de una vez.

El mensaje que al fin comenzó a leer, decía así:

Cuando te conocí no sabía quién eras, Ángela, ahora lo sé. Sé mejor que tú quién eres, y quién es tu hermana, y de dónde venís, y cuál es vuestro destino. Todo ha sucedido por azar. ¿Pero acaso el azar existe? En el ayuntamiento, mientras buscaba datos sobre *Carmen*, encontré un viejo manuscrito. Contaba la historia de la verdadera gitana de Echalar, esa Carmen antes de *Carmen*, esa otra Mari ancestral cruzada con una mantis religiosa, la devoradora de almas hasta la más absoluta perdición de sus víctimas. Se decía que era una mujer vampiro, que su ojo izquierdo podía fulminar al mismo diablo. Se llamaba María Laverna de Echegaray. Fue ella quien fundó vuestro linaje, fue ella quien desató

la maldición. «Tres hombres mató a cuchillo», reza su leyenda, «y a cuchillo habrá de morir quien la traiga de vuelta a la vida por su sangre». Ayer te iba a contar todo lo demás, pero me pareció imprudente. Había demasiada gente al acecho. Tengo que verte, Ángela, tengo que verte antes de que todo esto sea irreparable. Te espero, ya sabes dónde encontrarme.

A Nines se le borró el color de las mejillas. Anonadada, conmovida, presa de una confusión extrema, sentía un tumulto de voces atronando en su cerebro. Escuchaba los pasos de la comitiva fantasmal, los gritos de su madre muerta, la risa boba de Santúa, los lúgubres trinos de Belzunce, y, sobre todos ellos, la cavernosa voz de Laverna dictando sentencia: «Puesto que has alzado el puente de la carne, habrás de cruzarlo, y quemar el puente, y quemar la carne para ser solo ceniza. ¿Acaso no sabes lo que es el amor en nuestra familia? Un castigo, una condena, una puñalada hasta lo más hondo de tu negro corazón». Ya no deseaba otra cosa que recibir esa puñalada, penetrar en las tinieblas y quedarse para siempre en ellas.

—Con que nunca me mientes, ¿eh? Con que no habías vuelto a ver a ese indeseable, ¿eh? —En pie frente a ella, que seguía arrodillada, Juana empleó su tono más hiriente —. Pues mira, ya está, asunto resuelto: porque es este, tu Romeo, y no el cretino de Culopollo, quien nos viene despellejando desde el principio.

Oculto bajo su blusa, Nines sintió que el granate en forma de corazón rompía a palpar con más fuerza que el suyo. Le abrazaba, pero no se atrevió a sacárselo del pecho. ¿Por qué dejaba que su hermana la humillase de esa manera?

—No puede ser, no puede ser... Mi Román nunca actuaría así. Me quiere, yo sé que me quiere. Y tú... Tú has perdido el juicio.

—Muy bien, defiende a ese cerdo y ataca a los que te quieren de verdad. —Acarició sus anillos, girándolos despacio sobre sus dedos sarmentosos, el silencio que precede al torno del afilador—. ¿Que he perdido el juicio, has dicho? No he perdido nada, *bihotza*, simplemente he unido los cabos. Culopollo no tiene redaños ni para ponerle los cuernos a la frígida de su mujer, ¿cómo iba a atreverse con nosotras? Este en cambio salta a la vista que es un listo, un vividor, un parásito sin escrúpulos. Todo un profesional. ¿Es que no te das cuenta?

—¿Darme cuenta...? ¿Darme cuenta...? ¿De qué?

Nines volvía a hundirse en la pesadilla, su hermana la confundía conduciéndola hacia ese territorio incierto donde los delirios se funden con la realidad.

—Lo sabe todo, pequeña. Ese bastardo no ha hecho otra cosa que jugar al gato y al ratón contigo. Y ahora quiere entrar a matar. Te lo digo yo, si conoceré a los hombres. Habría que fusilarlos a todos para que el mundo estuviera en orden.

«Y a ti la primera», se dijo Nines para sí, estrujándose

las meninges, buscando cómo salvar a su amante por más que la estuviera traicionando.

—Hay otra cosa que no te he contado —comenzó a decir con voz insegura—. Ayer, en la farmacia, cuando estaba sonsacando a Juan Cruz, entró Cipri, el Matador. Al verme puso una cara rara y se escabulló sin esperar a que le atendieran.

—¿Y ahora metes en el ajo a un pobre mutilado de guerra? Anda ya, solo quieres encubrir a ese gusano, el que se pasa las noches hurgando entre los muertos.

—Lo único que ha descubierto es lo de Laverna. —Con solo mentarla sintió una garra de fuego en sus entrañas—. Y no es más que una leyenda.

—La leyenda es su coartada. Vete al cogollo, lee otra vez. Ahí, donde dice: «Tres hombres mató a cuchillo, y a cuchillo habrá de morir quien la traiga de vuelta a la vida por su sangre».

—No es más que una leyenda —repitió, ya solo en un susurro.

—De eso nada, capullito de alhelí: es una declaración de guerra. Nos está diciendo que sabe que matamos a Santúa y a Belzunce «a cuchillo». Y algo más.

—¿Qué más? —De su garganta apenas salió un hilo de voz—. ¿Puede haber algo más?

—El cuchillo, el maldito cuchillo. Ese buitre de Madrid o su peripatética, la periodista, se han hecho con nuestro violín. No me preguntes cómo, pero lo tienen. Lo sé, igual que sé que tu Romeo escribe al dictado de esa fulana.

—No puede ser, no puede ser....

—Todo encaja, es lo que es. Primero aparece el buscavidas por el pueblo, luego su buscona. Indagan, preguntan, revuelven bien la mierda. Al fin y al cabo, ese es su oficio. Descubren el filón de los crímenes satánicos, averiguan la historia de nuestra familia. Saben que hay un cuchillo por medio. Hasta es posible que no lo tengan, les basta con saberlo. Y a partir de ahí, en fin, todo es evidente. Tú eras la presa más fácil, la más débil, la más vulnerable. Mordiste el anzuelo con ganas, te dejaste seducir. Pobrecita, estabas tan necesitada. ¿Ya vas viendo sus tejemanejes? Un plan verdaderamente diabólico, *bihotza*, ni siquiera yo he podido advertirlo hasta ahora. ¿Cómo íbamos a pensar que quien nos estaba esquilmando no era uno de los nuestros, sino un cantamañanas de Madrid? Por lo visto, el medio millón que te ha birlado le parece poco. Ahora quiere el resto. Con esta carta te está apretando las clavijas para que le sueltes lo que te quede y luego... Tururú.

—No puede ser, no puede ser...

Cuanto más lo negaba, Nines no hacía sino corroborar el veredicto de su hermana. La música de Luis Mariano dibujaba el contrapunto de esas palabras lentas que se expandían como la gangrena dentro de ella:

—Vamos, arregla tu maleta y corre a sus brazos. La puta estará encantada de usar tus modelitos cuando se larguen a París. Porque tú, hija mía, te vas a quedar para vestir santos mientras ellos se dan la gran vida a tu costa.

¿No les escuchas? Es como si ya estuvieran arriba de la Torre *Infiel*, brindando con champán del bueno y riéndose de una tonta de pueblo que eres tú, Nines, nadie más que tú.

Había cerrado los ojos, pero solo para verse cayendo desde lo alto de esa torre, la torre de sus sueños. El lapsus de su hermana no podía ser más certero: ahora era la de toda infelicidad, presente, pasada y futura. Al mirar su maleta sintió que, con ser ligera, le pesaba como si la hubiera colmado con mil infiernos. Volvían los destinos reducidos a cenizas, la soledad, el luto perpetuo. Desencajada, estrujó la carta de Corominas y la rompió en pedazos como si desgarrara su propio corazón.

—Lo mato, lo mato —masculló, temblando de ira—. Voy a matarlo.

De nuevo bajo su férula, como esas niñas que se divierten arrancando las alas a las moscas, Juana se acomodó sobre el brazo de un sillón y dulcificó su tono:

—No tienes por qué matarlo, querida. Hay venganzas más sutiles, más sabias, más propias de nuestra familia.

—¿Como cuál? Suéltalo de una vez.

—Como casarte con él, así, como lo oyes.

La boca de Nines se abrió, se cerró, volvió a abrirse y a cerrarse, sin que consiguiera modular una palabra.

—¿Qué... has dicho? —articuló al fin—. ¿Ahora me pides que me case con él?

—Y que sea en un visto y no visto. Por supuesto, aquí, en Etxalar. Si te parece, yo misma podría hacerle una

visita de cortesía a don Jacinto, mañana.

—¿Tú...? ¿Tú...?

Tantas veces como le había oído decir aquello de «Si alguna vez me caso será con el arcángel Gabriel», lo que valía por decir con un hombre como Dios manda. ¿Era la misma que le proponía aquella aberración? Ajena a su tormento, Juana parecía estudiar su sonrisa en el reflejo de la ventana —«estos hoyuelos son la prueba de que la primavera no me queda tan atrás, hay que preservarlos»—. Así volvió hacia ella sus ojos falsamente risueños, imaginando la escena:

—... Le diré a nuestro curita que lo vuestro es un caso de amor loco, que os morís por consumir y, bueno, que si no os bendice estáis decididos a cohabitar en pecado. Tan moderno como es, no podrá negarse. Matrimonio o fornicación, y él en medio. ¿Te acuerdas lo deprisa que se quitó la sotana por congraciarse con los rojos del Concilio? Pues ahora no le va a quedar otra que envainársela para sacramentarnos, o tragarse una campanada como un queso de culo de vaca.

—Pero ¿y si Román no quiere...?

—¿Cómo no va a querer, si se muere por ti?

—No te burles, Juana, no me hagas más daño, no puedo más...

—Solo era una gracia, hija. Si ese puerco te deja plantada tampoco habrá sido en vano, porque le habrás conocido. Ya sabes, no hay mal que por bien no venga.

—¿Y luego qué?

Juana mantuvo su ceja alta, hasta que cayó como la hoja de la guillotina:

—«Si hay que luchar no te enfríes; si hay que matar, descabella». —Y tras la cita de *Don Mendo*, otra de su evangelio—: O sea, que a Dios rogando y con el mazo dando, *bihotza*. Pero tranquila, «porque después te levantarás y caminarás en compañía de los ángeles». Ezequiel, cinco, doce.

Nines se había quedado sin habla, sin habla y sin lágrimas. Era como si el azul de sus ojos saltones se hubiera vuelto alquitrán y se viera muerta, muerta junto a su amante, como aquella vez, cuando rodaban hacia Roncesvalles y se imaginó despeñándose por un barranco. Tanta era su felicidad entonces. Bastaría un paso y todo habría acabado. El hombre al que había amado y al que siempre amaría. Siempre juntos, así en el cielo como en el infierno. Apenas sintió la mano de Juana deslizándose sobre su hombro, escamosa y fría, piel de culebra.

—Vamos, vamos, no te lo tomes tan a la tremenda, que ese crápula no se merece ni media sofoquina. Ve a lavarte la cara, anda. Hoy he hecho *marmitako* para nosotras y para mamá. Vas a ver qué rico... Y, por cierto, tenemos que ir pensando en los insectos. Ya están aquí los calores que anuncian el verano.

La puerta se cerró sin ruido. Sultán esperaba a su ama agazapado en la escalera, como preguntándose qué habría sucedido allí adentro. Al verla aparecer, la miró de una manera extraña y plegó sus orejas hacia atrás. En Belle

Ombre reinaba un silencio grávido, solo quebrado por el crujido de la aguja del tocadiscos donde la voz de Luis Mariano había dejado de escucharse. Ya solo era un surco sobre el vinilo, un surco que amenazaba con abrirse como una herida en cuyo interior seguían palpitando, igual de podridos, los secretos de los vivos y de los muertos.

24.

La historia de Laverna la Bella

Se celebraba el primer viernes de mayo en memoria de los dieciséis mil *txapelgorris*, los boinas rojas vascos que, en vísperas del Alzamiento, juraron sus votos de cruzada a la manera de sus ancestros, aquellos que se batieron por Dios, por la patria y el rey —¿pero qué rey?, se seguían preguntando algunos, treinta años después—. Aunque no era su caso, por más que su boinita de cachemir fuese igual de colorada, Nines se había apostado desde las nueve tras los acebos de la casa Mikelarena, resuelta a librar una batalla no menos trascendental. Sobre y media vio salir a Pantxika con su misal y su mantilla. La viuda del apicultor, camisa vieja, no faltaría a la misa en las campas de Montejurra. El autobús salía a las diez en punto, no regresaría hasta la tarde. Como todas las *etxekoandres* del pueblo salvo las Echegaray, Pantxika siempre dejaba su puerta abierta y vivía sola, sin más compañía ahora que su ilustre huésped. Nines estaba decidida a asaltar a Corominas, tal como había hecho con Juan Cruz. Le pondría contra las cuerdas, le sacaría su

verdad. Que hablara claro de una vez, luego ya vería qué hacer con él.

Lejos de los nubarrones implícitos en su ultimátum, lucía un sol de campanas. Una mezcla de domingo de Pascua y jolgorio de *txerriboda*, la fiesta de la matanza. Cuando oyó el alboroto que venía del lavadero atronando la marcha de Oriamendi, Nines pensó más en lo primero que en lo segundo. Cambió de opinión al ver la cuadrilla que traía a rastras a un hombre con el rostro marcado a golpes. Era Garrincha, a quien se había señalado como el presunto asesino de Belzunce sin ninguna prueba de cargo. ¿Cómo era posible, si hasta entonces gozaba de la complicidad general? Solo cabía una respuesta: el Día de los Héroes servía a los carlistas la oportunidad de olvidar el presente y revivir antiguos odios. Por más que el viejo maquis hubiera desertado de su guerra, para ellos seguía siendo un rojo. «La vileza no tiene color» —les soltó una vez—, «los mismos que hoy lleváis camisas azules mañana os cubriréis con *ikurriñas* al viento». Nadie lo había olvidado. Ahora parecía mascullarlo entre dientes, desafiándoles con esa mirada tan suya y tan altiva, sin importarle que le llovieran los culatazos.

—Venga, hazle otro corte de mangas a nuestro pendón, si tienes cojones —le espetó el cabecilla de la partida, un tipo gordo, con manos de mujer, que había prosperado como un gallo en un montón de estiércol—. ¿Qué pasa? ¿Se te han encogido? Pues que sepas que nosotros los tenemos como melones de grandes.

Se trataba del patriarca de los Ubarrechena, uno de los prebostes de la Hermandad de Caballeros de la Cruz que levantaron en Pamplona el Mausoleo de los Caídos, en honor a Mola y Sanjurjo. Su bravata desató el regocijo general. O sea que era eso, Garrincha había vuelto a desafiarlos.

—¿Hace un Soberano a la salud de nuestros mártires? —siguió otro requeté, ya borracho a esa hora—. Venga, pardal, canta el *Gora Jainkoa* y te soltamos.

Gora Jainkoa, gora euskaldunak. —Viva Dios, vivan los vascos—, berreaba el coro. Garrincha apretaba los labios con la actitud del hombre que no se rinde ante nadie.

—Si no vas a vivir toda la vida, pobre diablo, y menos si te entregamos a los grises.

—Los grises son poco para este. ¿No véis que lleva la negra pintada en la cara?

Las puyas se sucedían al compás de los zarandeos. De entre la cuadrilla se destacó un cura de rostro cerúleo, boina con borla y sotana abotonada hasta los pies. Nines no lo conocía, debía de ser algún capellán de la Comunión Tradicionalista.

—Vamos, hijo mío, diles que te arrepientes y hago que te suelten —le exhortó con esa voz meliflua de los que te condenan a la hoguera con una bendición.

—¿Arrepentirme? ¿Arrepentirme, yo...? —No bien alzó la cabeza, Garrincha buscó los ojos del cura—. ¿Por qué no reniegas tú de tu Iglesia, la que adora a un dios

muerto clavado a la cruz, como si vuestro oficio fuera torturarlo? Sí, ya sé que resucitó, pero no para ponerse al frente de un batallón de carniceros.

Sus palabras abrieron un pozo negro en medio de la plaza. El ceño enrojecido del cura corroboraba el anatema:

—Eso que has dicho... es un sacrilegio.

Su vocecilla sonó a rebato, Garrincha no se arredró. Al fin y al cabo, también él estuvo a un paso de tomar las órdenes, antes de que lo repudiaran por su cojera.

—Yo te diré lo que es un sacrilegio: que albergues en tu corazón más odio que amor, que crucifiques al Nazareno con cada palabra que sale de tu puta boca, que conviertas a tu dios en un jodido muñeco al servicio del Régimen.

La bofetada del cura fue el preámbulo de un linchamiento brutal. Si Garrincha salvó la vida se debió al autocar con la bandera del aguilucho fijada al capó que, en ese momento, entró dando bocinazos por la calle mayor, y ya iban tarde. Una vez que los carlistas subieron, henchidos de ardor guerrero, solo quedó un despojo humano arrumbado contra el pilón. Nunca como entonces Garrincha, el Muerto Resucitado, hizo honor a su nombre. Se puso en pie y comenzó a caminar, tambaleante, hacia los *arkupes*. A cada paso parecía que fuera a caer de nuevo. Nines vaciló, tenía miedo de acercarse y, además, el tiempo corría en su contra. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Le conocía desde niña, en la escuela salía en su

defensa cuando los otros se reían de ella. Lo alcanzó justo en el momento en que parecía a punto de volver a derrumbarse, lo sujetó por el brazo, no podía con él:

—¿Te...? ¿Te encuentras bien?

Pese a su estado, con la cara tumefacta, el labio partido y un coágulo violáceo cerrándole el ojo izquierdo, Garrincha segregó una sonrisa medio descalabrada:

—Ya ves. Tanto ir de buda por la vida... y me han dejado hecho un cristo.

—Son unos cafres. Unos cafres... Para ellos la guerra no termina nunca.

—En eso tienen razón. Si quieres conocer el mundo, coge un libro. Pero si quieres conocer España, coge una pala: todos están debajo. —¿Lo decía por sus muertos? No, claro que no. Locuras tuyas—. ¿Sabes, Nines? Cuando era joven estaba dispuesto a luchar por todo. Creía que después de la guerra este país sería un paraíso del que nacería un hombre nuevo. Nada de política, no... Un hombre todo alma, tan poco apegado a la carne que debería ser inmortal.

Qué sarta de disparates, se le iba la cabeza. Nines le ayudó a sentarse en un banco.

—¿Quieres que te lleve a la casa de socorro?

—No, no, tranquila... Espera, espera un poco... Se me va a pasar.

Al fondo de la plaza, donde el frontón, unos peones camineros entonaban una copla de cantina sazonando cada estrofa con *irrintzis* y carcajadas. Garrincha

respiraba con dificultad, debía tener unas cuantas costillas rotas.

—La última vez que nos vimos te dije que no eras feliz, ¿te acuerdas? —Su voz hablaba desde otra herida, ella respondió con un cabeceo incómodo—. Claro que te acuerdas. No puedes olvidar, ni tú ni yo podemos olvidar. Vale, quita lo de la felicidad, yo tampoco le voy a lamer el culo a la vida para ser feliz. Y, sin embargo... Créeme, Nines: gracias a ti yo he recuperado la paz. La paz de los que perdonan.

Un escalofrío recorrió su espalda. La mirada de ese loco la atravesaba como si estuviera viendo, vitrificados en sus ojos, los rostros de sus víctimas. No, imposible, imposible, se repitió. Quien descubre a un asesino no puede decirle que gracias a él ha recuperado la paz.

—No te culpes, deja de torturarte... Tú no fuiste culpable de nada. —Garrincha cogió su mano, estaba más fría que la suya—. Fue el destino quien lo decidió, porque así estaba escrito. Y ahí acaba todo, ¿entiendes? No debes seguir adelante.

No le entendía o le entendía demasiado bien. El loco se había convertido en un profeta, pero solo para su desgracia, como acreditaban los hechos.

—¿Y tú... qué sabes tú lo que me quema a mí? —le dijo al fin, la cara vuelta, sin atreverse a mirarle—. Me alegro de que hayas alcanzado la paz, Mateo, pero a mí no me queda otra que seguir adelante. Yo sola, hasta donde sea.

Garrincha apretó su mano con fuerza:

—Escúchame, tienes que escucharme... Lo más terrible de la vida es que siempre está sucediendo algo en el cuarto de al lado. Algo que solo descubrirás demasiado tarde, cuando ya no puedas volver atrás. —Su voz se volvió acuciante—: Todos estamos perdidos, perdidos en la noche, Nines, buscando la luz. Te puedes equivocar, tropezarás, caerás... Pero si destruyes tus demonios también matarás a tus ángeles, y tu corazón se secará para siempre.

—Ya está bien, suéltame de una vez —Nines apartó la mano de un tirón, ese chiflado la estaba comprometiendo y el tiempo apremiaba—. Aplicate el cuento y deja que los demás nos cuidemos de nosotros mismos.

Al verla ponerse en pie, no hizo nada por detenerla. Su rostro se ensombreció como si aquello le doliera más que todos los golpes, pero no le retiró sus ojos.

—Nos estamos haciendo viejos, Nines, y es el rencor lo que nos seca el corazón. ¿No podríamos olvidar y perdonar? ¿No es el momento de hacerlo?

Era como si supiera todos sus secretos. Como si le hablara en nombre de Santúa, de quien se decía que era su padre, y le hablaba de perdonar —¿a Corominas?—, y tuvo miedo. Garrincha había conseguido levantarse, ella solo quería que desapareciese cuanto antes. Así lo vio alejarse, ya sin volver a mirarla, cojeando hacia los *arkupes* como un lord Byron maltrecho y harapiento. Parecía arrastrar a cada paso la desesperación del hombre

marcado que sabe que la vida ha de continuar.

¿Podría perdonarle?, volvió a preguntarse pensando en su amante. Pesaba el veredicto de su hermana: «Mejor odiar que sufrir, porque el amor solo conduce a la tristeza. El odio en cambio da fuerza, es real, clama venganza». Pero ¿y si su Román seguía queriéndola? Se lo decía el granate que calentaba sus noches al claro de luna. Acaso si le hacía ver el alcance de su bajeza, si se arrepentía del mal que les había causado, quizá podría perdonarle y hasta casarse con él, algún día.

Definitivamente, era una romántica hasta en sus instintos homicidas.

Acababan de dar las once en la plaza desierta. Nines empujó el portón de la casa Mikelarena. Desde el fondo de la sala le llegaba el sonido de un televisor, pero no había nadie en la planta baja. La perrita Marilín, esa caniche impertinente, ladraba a su compás de marioneta en la mano de Herta Frankel. «¡Buenos días, España!». La ventrílocua tarareaba un vals vienés a dúo con el simpático Franz Johan. Nunca se le había ocurrido pensar que pudieran ser dos prófugos del III Reich al amparo del Régimen. Con eso podría escribirse una buena novela, una al estilo de *El tercer hombre*. «Tres hombres mató a cuchillo», decía el mensaje de Román. ¿Sería el tercero? No dejaba de preguntárselo mientras remontaba peldaño a peldaño la escalera que subía al primer piso. La puerta de

la habitación para los huéspedes se veía entornada. Dio un par de toques, nada. Román parecía estar en la ducha. Volvió a llamar, y entonces... ¿Quién fue aquella mujer de la Biblia que, en castigo a su curiosidad, quedó convertida en estatua de sal? Desde luego, una muy diferente a la que respondió desde el baño. Porque quien lo ocupaba era una mujer. El cataclismo fue de tal magnitud que apenas alcanzó a entender lo que le decía.

—¿Ya estás aquí, Rosarito? ¡Qué pronto! —pareció jactarse—. Vale, salgo enseguida. Mientras acabo, echa un vistazo a lo que te he dejado encima de la cama.

¿Había dicho Rosarito? ¿Qué perversión era aquella? En la cama, sobre las sábanas revueltas, se veía un ejemplar de *El Caso* y un par de folios manuscritos. El semanario llevaba a portada la historia de una mujer que había asesinado a su marido diluyendo en la taza de su desayuno pequeñas dosis de un insecticida altamente tóxico a lo largo de tres años, día tras día, gota a gota. Pero este, a su vez, estaba haciendo lo mismo con ella desde que le detectaron un tumor maligno. El tumor de la asesina, cosa curiosa, desapareció tan pronto como enterró a su cónyuge. ¿Era eso lo que quería que leyera? ¿Eso o los pliegos manuscritos? Nines mantuvo la sangre fría, cogió los folios. «Begizko», se leía en correcto euskera en su cabecera. Abajo, también en mayúsculas: «La truculenta historia de laverna, la mujer lobo de Echalar». Ya no pudo dejar de leer:

Originaria de la Gascuña francesa, se cuenta que cruzó el Pirineo huyendo de las cazas de brujas dictadas por el inquisidor De Lancre a comienzos del XVII. Venía sola, aunque su patrimonio le consintió alzar una imponente casa-torre en Echalar. Cuando las persecuciones pasaron a España, dando lugar a los procesos de Zugarramurdi, en los que fue señalada, acabó siendo absuelta *ad cautelam* por su condición noble, y así evitó la hoguera. Cuentan, sin embargo, que María Laverna llevaba el fuego de la condenación en sus ojos. Algo de ese fuego sigue vivo en la copia de su retrato que se preserva en el ayuntamiento de la villa. Una mujer con algo de nínfula pero vieja como el pecado, de una belleza mórbida, rostro de gitana y un solo ojo a la vista, profundo como un abismo. El otro aparece cubierto por un parche de pedrerías, a la manera de la princesa de Éboli. «Para saber cómo era» —escribe un cronista—, «no tenéis más que observar a un gato hambriento espiando a un pájaro enjaulado». No le faltaba razón, pues todo su poder residía en su mirada. Laverna tenía una marca en forma de uña en la pupila de su ojo izquierdo. La garra del demonio, aseguraban quienes la veían pasar sin atreverse a mirarla. A tal extremo llegó el pavor que la forzaron a

permanecer enclaustrada en su torre, de la que solo salía para acudir a misa mayor. Cuando lo hacía, la precedía un atabalero que iba repicando su tambor al paso, para advertir a los vecinos, y la escoltaban dos corchetes, por si se le ocurría levantarse el parche a la luz del día.

Entre los vascos existe una palabra que nombra al mal de ojo —*begizko*—, y otra para denominar esa energía maléfica —*adur*—, que fulmina a quienes se cruzan en su campo de visión. Bastaba una mirada de Laverna para sentirla en carne propia. Solo el temor que inspiraba su presencia la salvó de ser quemada como una bruja. El temor... y el enorme lobo negro con quien compartía sus estancias.

Durante el día, la señora de Belle Ombre acataba la clausura impuesta por el corregidor pero, con la noche alta, ella y su lobo se evadían hacia un paraje conocido como la Gruta de las Lamias. En una ocasión les siguieron tres hombres del pueblo. Llegados a la espelunca, Laverna desapareció en sus entrañas y el lobo permaneció montando guardia. Al acercarse les enseñó los dientes. Pero, al pronunciar uno de ellos el nombre de Cristo, la fiera bajó las orejas, empezó a arrancar con sus zarpas unas hierbas parecidas al ajo y las devoró con avidez.

Lo que sucedió a continuación dejó sin habla a los hombres de Echalar.

Ante ellos ya no estaba la figura del lobo, sino un sujeto cetrino, de mirada llameante, que dijo ser un fraile poseído por un hechizo y haber sido el amante de Laverna. Arrepentido de sus crímenes, les contó que la mutación de lobo en hombre solo podía producirse en noches como aquella, de luna llena. Aunque no duraría. Apenas lo que tardase el sol en despuntar. «¿Cómo podemos ayudarte y matar a la diabla?», preguntaron los aldeanos. La respuesta del condenado volvió a confundirles: «Del cinturón de Laverna cuelga un espejo largo, en forma de puñal, templado por cien conjuros. Si conseguís mantenerlo ante mí hasta que amanezca, estaré salvado. Pero a ella...» — sus ojos brillaron más intensamente mientras su voz se volvía un susurro—, «...a ella no hay mano humana que pueda matarla, pues se trata de una encarnación de Mari, la Señora de la Noche, y es inmortal. A través de las eras muchos han intentado bajarla al infierno, prefiero no contaros cuál fue su final. Sabed que su belleza y su juventud son mera ilusión. Si pudieseis contemplar su verdadero rostro, desearíais no haber nacido».

Los lugareños vacilaron ¿Qué hacer? ¿Huir

para salvar su vida y abandonar a aquel desgraciado a su suerte, o quedarse y plantar cara a la bella bruja? En la duda encontraron su perdición pues, en ese momento, Laverna apareció en la boca de la cueva, soberbia en su majestad idolátrica, nimbada por el aura de su poder, sus ojos vueltos dos brasas infernales. «Caiga la maldición sobre Echalar» —exclamó con esa voz que era puro néctar pero de ultratumba—. «Caiga la maldición sobre vuestros hijos, pues a vosotros os he de dar mal de muerte». Según pronunciaba su conjuro ante aquellos hombres paralizados por su mirada, soltó el espejo en forma de cuchillo que pendía de su cinturón y, como un relámpago en la noche, segó las gargantas de los tres. No pudo evitar, sin embargo, lo que estaba escrito.

El primer rayo de sol comenzaba a perfilarse sobre las montañas. Un lobo enorme, el monje vuelto a su infame condición, se abalanzó sobre ella con un rugido. Laverna aún tenía su daga en la mano. Aquello fue un combate a muerte entre dos demonios. Rodaron sobre la hierba entremordiéndose a zarpazos, hasta que el puñal de Laverna atravesó el corazón del lobo. Pero, al alzarlo, un haz de luz destelló sobre su azogue y fue a dar de lleno sobre el rostro de la bruja. Laverna la Bella vio ante sí una faz

espeluznante, un hervor de gusanos, una calavera pútrida que debería yacer bajo tierra siglos atrás. Su cuerpo se contrajo, vio sus manos cubrirse de un crespo pelaje gris, de su garganta emergió un aullido. Se estaba convirtiendo en la bestia satánica que llevaba dentro. Sintió entonces un rumor sobre la hierba. El lobo moribundo que había sido su amante se arrastraba hacia ella buscando su boca. Laverna cerró los ojos y se dejó besar. Sabía que con ese último beso mordería su corazón. Y así quedaron, encadenados dentro del círculo del más fuerte de los hechizos por toda la eternidad.

¿Qué hay de cierto en la leyenda? ¿Qué queda de la memoria de Laverna de Echegaray en Echalar? Apenas una mansión alzada sobre las ruinas de su torre —Belle Ombre, Bella Sombra—, y dos mujeres sobre las que gravitan todas las de...

Nines no pudo continuar. En ese momento la puerta del baño cedió para dar paso, no precisamente a bruja alguna, sino a una Jean Harlow despampanante. Melena rubio platino, un cuerpo de diosa al desnudo, todo poderío, como templado a fuego lento en la lujuria de mil posesiones demoniacas. Nines no pertenecía a ese tipo de hembras por quienes cae Troya. Esta sí. La célebre Ana

Rosa respondía a su leyenda. «Joder las catalinas que se gasta» —le había oído decir a uno de los asiduos del Txinparta—, «subémelas al campanario y me hago de la adoración perpetua». Todo era cierto: o Venus en persona o el diablo hecho mujer.

—¿Y tú quién eres? —le espetó, sin molestarse ni en mirarla—. ¿La nueva sirvienta?

El estupor de Nines fue a más cuando la vio apartar de su bolsa de viaje un conjunto de lencería negra, de la blonda más fina que habían visto sus ojos.

—Podrías haberte estrenado subiéndome el desayuno —siguió la rubia ajustándose el sujetador sobre esas tetas que podían prescindir de él perfectamente—. Porque si tengo que seguir esperando a Rosarito, voy aviada.

El pudor mantenía los ojos de Nines clavados al suelo, apenas acertó a articular:

—¿Rosarito ha dicho, señora? ¿Es que...? —confusa, desubicada, le costaba encontrar el tono. Esa puta la había llamado sirvienta. La humillación le suministró el coraje para cerrar su pregunta—: ¿Es que la señora... ha venido con una amiga?

La carcajada, una carcajada llena de dientes, a cada cual más blanco y perfecto, dientes de loba, precedió a su respuesta:

—Normal que le confundas. Este pavo se me atusa más que Joselito antes de salir al ruedo. Pero no, hija, no. Se llama Rosario, un nombre raro para un tío, ¿verdad? Pues aunque te suene a beata del calvario es un rompecoños de

aquí te espero, además de un coñazo con las historias que me encarga para *El Caso*.

Nines, mutada en estalactita, creyó perder el sentido. ¡Quien firmaba aquellos artículos era él! ¡Se escondía detrás de un nombre falso! ¡No se llamaba Román, sino Rosario! ¡Rosario, y qué más? Ni rompecorazones ni rompesueños. «Rompecoños». Por más que le provocara un calambre de repugnancia, esa era la palabra. Tan vulgar como él, tan basta y grosera como ella. Le había mentido hasta con su nombre, le estaba chantajeando, se burlaba de su amor. Su romántico Román, su Romeo, un puerco «rompecoños» y nada más. Nines, con los folios en la mano, se agarraba al papel como si solo eso pudiera mantenerla en pie. Su corazón latía a golpes, pero si quería llegar hasta el final debía seguir preguntando.

—¿Y es esto a lo que llama sus historias, señora? — articuló agitando débilmente los pliegos—. Para mí que están muy bien escritas...

Ya en bragas y sostén, la rubia masajeó sus largas piernas con una crema muy perfumada, dibujó unos pasos hacia la ventana y se sentó a fumar un pitillo:

—Gracias por la parte que me toca, chata. Porque eso que estabas leyendo lo ha escrito esta menda, de pe a pa. Menudo trabajito, lo que se dice un completo. Menos mal que luego me lo paga como me lo paga.

—Pues vaya, qué chasco, fíjese... —Nines empezaba a encontrarse cómoda en su papel. Desenmascarar a ese canalla, saberlo todo, comenzaba a depararle una forma

de paz, dolorosa, pero paz al fin—. Aquí en el pueblo pensábamos que Rosario Landi era usted, la reportera de *El Caso*.

—¿Yo? No, no, guapa, de eso nada. —Volvió a sonreír de medio lado—. Aunque me veas de rubia, este cuerpo fetén que se van a comer los gusanos es el de la negra de Rosarito. Vamos, que me gano la vida poniéndole cachondo en la cama... y fuera de la cama. Porque soy yo quien le rastrea las exclusivas. No veas lo que me ha costado esta. Gracias a que tengo una prójima en Pamplona, la sobrina de Yzurdiaga, el cura que dirige el *Arriba*. Ni te cuento las novenas que tuve que tragarme para que me pusiera en la pista del crimen del Idiota. ¿Y todo para qué? Para que el capullo de Rosarito se cuelgue otra medalla a mi costa.

—¿Qué barbaridad! No me diga...

—Ya ves qué tontas somos las mujeres. De lunes a viernes pringada en el *Triunfo*, con los intelectuales, y los fines de semana, ¡hala!, a ponerme el liguero y a hacerle el servicio al pollo. Porque es quien es, que si no...

Nines no dejaba de mirar ese portaligas de encaje con puntillas y lacitos, francés sin duda, que se ajustó a su cintura como una caricia pecadora.

—¿Y quién es don Rosario, si puede saberse?

—¿Quién va a ser, si el Landi ya lo dice todo? El hermano tarambana de la *Dama del Crimen*. —Lo dijo con una mueca de burla que Nines apenas advirtió, prendida como estaba de esas piernas largas, sedosas, por

las que comenzaba a ascender una media color champán, como incitando al descorche—. Pero para crímenes, los de esa tal Laverna. Menuda elementa debió ser, ¿no?

—Desde luego que sí, señora, una mujer de armas tomar.

—Oye, ¿y tú sabes algo de ella? No sé, historias que se cuenten en el pueblo...

La rubia echó un vistazo a su reloj, Rosario estaba tardando demasiado. Nines pensaba lo mismo, su mente trabajaba a velocidad de vértigo en dos escenarios.

—Tampoco se crea todo lo que se cuenta. Con decirle que yo tenía oído que acabó en la hoguera... —repuso tendiendo sobre la cama los folios que desvelaban la historia de su tatarabuela—. La mataran como la mataran, para mí que solo fue una pobre mujer a la que se cargaron porque era rara y tenía un ojo a la virulé y ya está.

—Cierto... Tuvo su infierno aquí, en la tierra. Que Dios la haya perdonado.

—No dude que lo habrá hecho, señora. Dios es misericordioso.

—Y de la historia de ese espejo en forma de puñal, ¿tampoco sabes nada?

—Nada de nada, señora. Es la primera vez que...

En eso no mentía. Toda su sapiencia acerca de Laverna se limitaba al poder de su ojo y a los conjuros preservados en ese breviario que constituía su vademécum.

—Por lo visto lo llamaban el Espejo de la Verdad — continuó la rubia—, un espejo en el que se reflejaba el

fondo de cada corazón, el horror que los condenados llevan dentro. —Divertida por la cara de susto de Nines, dio un paso más—: Mira, ahí lo tengo —añadió, señalando un espejito sobre la cómoda—. Si no me crees, ponlo frente a mi cara —y forzando un tono fantasmagórico, declamó—: verás que también pertenezco a la inmortal fraternidad de las maléficas. No soy más que carroña.

Nines no necesitaba acercarle el espejo, lo sabía mejor que ella.

—¡Ave María purísima, señora!, no me diga esas cosas... —exclamó fingiéndose muy asustada y omitiendo, dadas las circunstancias, el «sin pecado concebida»—. Y el espejo ese, quite, quite..., mejor dejarlo boca abajo.

—¿Pues sabes en qué está ahora Rosario? —La rubia amagó una sonrisa compasiva, se tocó con la uña un lado de la boca y se quitó una hebra de la comisura—. Dice que los crímenes que se han producido en este pueblo tienen algo que ver con dos solteronas descendientes de esa bruja. Por lo visto hay rumores de que su casa está encantada, que se oyen psicofonías y hasta se ven comitivas de monjes fantasmas. Vamos, que todo un filón. Ahora anda sonsacando a una de ellas, la pequeña, que también debe ser la más lerda. —Pareció decirlo sin pensarlo, pero se corrigió al instante, demasiado rápido—. Ay, perdona, que igual las conoces...

Nines dejó de mirar al suelo y buscó sus ojos, una

mirada directa.

—Sí, señora, las conozco bastante bien... pero no me trato con ellas.

—Mejor, mejor, que nunca se sabe. Aunque Rosario está convencido. Hasta tiene un titular que lo clava para cuando consiga acabar de empapelarlas.

Nines sintió que su riego sanguíneo se paralizaba:

—¿Puedo preguntarle...?

—Secreto profesional, chata, eso no se cuenta ni a tu madre. Pero bueno... —el carmín se apartó de sus labios con un guiño—, ya que vas a tener la amabilidad de subirme un café... Porque me lo vas a subir, ¿verdad?

—Ahora mismo se lo subo, si quiere. Pero ¿no va a esperar a su... novio?

—Hace una hora que ha salido, según él a comprar unos bollos, y ya ves. Se habrá cruzado con alguna pastorcilla. En fin, ya sabes cómo son los hombres.

—Y usted que lo diga, señora —masculló Nines asintiendo—. Entonces el café, ¿lo prefiere con bollos o con *pantxineta*?

—¿Has traído *pantxineta*? ¡Qué cosa más rica! Anda, súbeme un buen pedazo, haz el favor, que me muero de hambre. Es lo que tiene estar toda la noche follando, dale que dale... Un horror. Pero bueno, un día se acabará, ¿no?

Cuando Nines se encaminó hacia la puerta ya tenía la decisión tomada. «Verás tú si se acabará. Sí, justo eso, dale que dale». Apenas se volvió para preguntar:

—Aún no me ha dicho qué título iba a ser ese que lo

clava...

La rubia chasqueó la lengua y cogió el espejo de mano.

—Ah, ya... Pero que esto quede entre nosotras y la mosca de la pared, ¿vale? «LAS MALÉFICAS DE ECHALAR», todo con mayúsculas. ¿A que es bueno?

—Y tanto, señora, como para hacerse cruces.

—De eso se trata: lo que da miedo, a la vez atrae.

Nines ya se retiraba cuando le alcanzó una última pregunta:

—Oye, ¿por qué has dicho «iba a ser»?

La respuesta de Nines le llegó mansa como una paloma:

—Porque lo mismo no se escribe, señora. Usted lo ha dicho, «nunca se sabe».

Sus palabras se reflejaron en el espejito que la rubia había vuelto a alzar frente a su rostro. La vio formar un óvalo con sus labios y fruncirlos como si diera un beso, como si dijera «Ooooh», como si sonriera, como si se asombrara y preguntara: «¿En serio?». Por último, besó un pañuelo de papel y respondió distraída:

—Bah, tonterías. No te quepa duda que Rosario lo escribirá sí o sí. No sabes lo cabezón que es cuando algo se le mete entre ceja y ceja.

Entre ceja y ceja. O mejor entre costilla y costilla. Un golpe seco, derecho al corazón. Su suerte estaba decidida. Nada más bajar a la cocina, Nines se aplicó a rebuscar en el cajón de los cubiertos un buen cuchillo. Mientras se hacía el café, el televisor al fondo la envolvió con el

soniquete publicitario del insecticida más popular del momento —«DDT Chas / DDT Chas / No hay quien te aguante / tú, como el gas / la muerte das / en un instante. / No hay ocasión / de salvación / donde tú estás / DDT Chas / DDT Chas / DDT Chas»—. Tenía gracia la cosa, casi se animó a bailarlo. Al compás del Chas dispuso una bandeja bien aparente. La jarra de Porcelanas Bidasoa, la lecherita a juego, y dos tazas. Sí, dos tazas, por si Rosario aparecía. El cuchillo de carnear despojos, grande, de un palmo largo, se deslizó en un amén bajo las servilletas. Poco después, remontaba la escalera tarareando la melodía del DDT. Era tan endemoniadamente pegadiza, no había manera de sacársela de la cabeza.

25.

Alguien a quien amar

Tal como había pronosticado Juana, el fervor de la primavera irrumpió con un golpe de viento sur bochornoso, al que siguió una semana de lluvias torrenciales estilo Ranchipur, pero a la vasco-navarra. El resultado fue una floración de una pujanza inusitada. El selvático jardín de Belle Ombre parecía restallar con la eclosión de los hibiscos púrpura, los macizos de hortensias azules y esos racimos malvas de la glicina que sombreaba el porche de su mansión. Hasta la palmera indiana, ennegrecida tras las heladas, se cuajó de pencas promisorias. A su amparo, entre la maleza, comenzaron a despuntar el beleño y la belladona, la sabina negra y la *errebelarra*, plantas de brujas, pero también un poderoso reclamo para las abejas. Juana las temía más que al diablo. Según remontaba la escalinata con un ramo de narcisos, hacía visajes de lo más cómico con la pabela sobre la que bordoneaba una escuadrilla de zánganos. A Nines no parecían afectarla. Recostada en una tumbona sobre la terraza, su bata de boatiné color melocotón

recogida hasta las corvas, ofrecía sus varices al sol y se llenaba los pulmones de aquellos aromas embriagadores.

—Ah, qué delicia —exclamó con esa vocecilla angelical, tan cercana al éxtasis místico—. Esta paz, este calorcito, los pájaros cantando. Es como la vida que vuelve.

—... A machacarnos. Porque tu calorcito es un suplicio —bufó su hermana—. Un suplicio para nuestra *amatxo*.

—Es verdad, no me acordaba...

—Sí, ya, no te acordabas. Como si no supiéramos quién da el callo aquí mientras tú vives como una marquesa. — Apenas franqueó la puerta, se quitó la pabela para emprenderla a manotazos con las abejas que zumbaban sobre su ramo—. Venga, entra tú también antes de que se nos metan dentro. ¡Qué pesadilla!

Nines la siguió cerrando el portón tras ella.

—Podríamos cerrar también las ventanas de arriba.

—Ni pensarlo. Con toda la humedad que se ha condensado durante el invierno, hay que dejar entrar el sol. Aunque bueno, al menos mamá tendrá este ramo para alegrarse la vista. Le gustan tanto los narcisos que ni sentirá las picaduras.

Una vez arriba, Juana encajó las flores en una de las dos carcacas de obús —recuerdo de la guerra— que hacían las veces de jarrones, sobre la chimenea. Los obuses flanqueaban un aparatoso reloj de hierro forjado coronado por Eros y Psique. Detrás, una cornucopia a medio cubrir por una funda de almohada reflejaba las

opulentas nalgas de la diosa y el diminuto sexo del efebo. Ciega a sus tórridos transportes, dio un paso atrás y evaluó su composición entornando los ojos:

—Precioso, precioso, precioso. No me digas que no parece un Regoyos.

El sol pincelaba trazos de miel, hasta la muerta pareció segregarse una suave sonrisa. Ahora, el olor que invadía la estancia ya no era el de la podredumbre. Pero abajo, en el jardín, el bordoneo de los insectos se exasperaba con el mediodía.

—Ya están ahí esos cabrones, vienen a chuparnos la sangre —suspiró Juana limpiándose el sudor con el dorso de la mano—. Anda, saca las tiras atrapamoscas.

A falta del DDT Chas que alegró su visita a la casa Mikelarena, Nines apartó del taquillón un cartucho enmohecido y extrajo dos tiras que colgó de sus orejas:

—¿Te acuerdas de cuando me las ponía como si fueran tirabuzones? Naná nanaaaá..., naná nanaaaá —canturreó, meciendo las tiras al compás—. Soy Melania, la de Lo que el viento se llevó.

—Por favor, Nines, un respeto. Que *amatxo* está delante.

La mayor se aplicó a fijar las tiras con chinchetas sobre la cabecera, también sobre las columnas y los cortinajes en punto de cruz. La alcoba mortuoria adquirió un cierto aire de fiesta, solo faltaba el confeti. El rictus risueño de su madre —Nines lo hubiera jurado—, refractó un guiño pícaro. ¿No era mejor así? Juana acabó celebrándolo:

—Ah, el hogar, la familia... ¡Vengan flores y más flores! Qué bien estamos aquí, las tres juntitas, y cuánto nos queremos. Aunque mamá, no sé... Tú, ¿cómo la ves?

La mirada de Nines divagó sobre los decrepitos muebles de palisandro roídos por la carcoma, ascendió hasta las manchas de humedad del techo, volvió a caer sobre el ramo de narcisos dentro del obús, y regresó a la difunta. Su calavera iluminada como un neón por el matacán de vírgenes fosforescentes, ese rostro de pergamino, las manos tan secas como sarmientos, igual que esas uñas como garras pintadas de un esmalte a juego con el colorete que engrumaba sus mejillas. Un ojo cerrado, el otro de pescado muerto, como se le quedó tras la hemiplejía y, arriba de todo, esa nariz tan afilada como una navaja multiusos, respirando el hedor a orín de gato que rezumaba el delantal de su primogénita.

—Yo la veo estupenda —exclamó—. Mucho mejor que la primavera pasada.

—Estoy pensando ponerle un par de inyecciones extra, ya sabes.

—Me parece que no nos queda formol. La del mes pasado era la última botella.

—¿Y me lo dices ahora, cabecita loca? Pues venga, a la farmacia a por otra.

Las palabras de la mayor provocaron un estremecimiento en la pequeña.

—Me da reparo, Juana. Ya sabes porqué...

—Tonterías, olvídate de ese bala perdida y a lo hecho,

pecho.

Nines dio un paso atrás, la cabeza baja, terne en lo suyo:

—Que no, que no voy. Y no me lo pidas más, que me vienen los nervios.

—Está bien, iré yo. Pero no te va a salir gratis. —Juana se llevó dos dedos a la mejilla, como meditando el precio a pagar—. Ya que has cogido tanto oficio, agarra el cuchillo nuevo y al corral. Esta noche quiero un buen capón para la cena.

Nines tenía sus razones para no acercarse a la farmacia, y no se debían a su frenético episodio con Juan Cruz. Desde tres días atrás, Etxalar vivía una especie de estado de sitio perfectamente compatible con el estado de *shock* en que había sumido al vecindario el espeluznante asesinato de la periodista a manos de su amante, el escritor. ¿Quién iba a pensar que ese caballero tan apuesto, el de los ojos egipcios y el bigotillo a lo Jorge Negrete, llevaba dentro semejante demonio?

A su regreso de la misa por los Caídos, la buena de Pantxika se había encontrado con una escena dantesca. La querida de su huésped, aquella rubia de toma pan y moja, yacía en medio de un albañal de vísceras, el vientre abierto, las tripas al aire. Siete puñaladas evidenciaban el ensañamiento del monstruo. Corominas ni se había molestado en deshacerse del arma homicida, un cuchillo

de cocina idéntico al que acabó con las vidas de Santúa y Belzunce. Aún lo tenía en su mano cuando Pantxika lo sorprendió, arrodillado junto a su víctima, el rostro, el cuello, la camisa, todo bañado de sangre, contemplándola con una mirada extraviada, la de un alma poseída por Belcebú. Como en los crímenes anteriores, hasta tuvo el cuajo de rubricar su aberración con una marca diabólica. Las manos de la interfecta, unidas sobre su pecho, sostenían un espejo roto donde había trazado con su sangre una eme mayúscula dentro de un pentáculo, el sello de Mari, la guardiana del abismo. A nadie se le escapaba el guiño macabro: pretendía recrear el episodio del espejo de la verdad, en la Gruta de las Lamias. El protocolo satánico se completaba con una pequeña cazuela donde aquel anticristo alucinado había vertido a saber qué pócimas del averno, papeles que todavía humeaban, calcinados y revueltos con un crucifijo al revés, el que hasta entonces tenía Pantxika sobre su cama.

Corominas no reaccionó ante sus gritos, ni opuso resistencia cuando aparecieron los números de la Benemérita. Solo a los dos días de verse en los calabozos de la comandancia de Vera comenzó a hablar. Naturalmente, animado por los protocolos habituales en la brigada político-social —no en vano su *alma mater*, Melitón Manzanás, fue colaborador de la Gestapo en sus años de esplendor—. Con palabras enajenadas, con argumentos que se caían por su peso, juraba que no había sido él, que a su Ana Rosa la quería más que a su vida,

que todo era una locura. Su pálida coartada apenas resistió un contraste. Corominas sostenía que en el momento del homicidio estaba en la panadería. Podía ser, porque Martina, la panadera, corroboró su versión. Pero, si eso había sucedido sobre las once de la mañana, y Pantxika no regresó hasta el atardecer, ¿qué estuvo haciendo durante todo ese tiempo? ¿Por qué no corrió a denunciar el crimen tan pronto como lo descubrió? ¿Por qué no se abstuvo de coger el cuchillo, cuando, de haber sido otro el asesino, aún conservarían sus huellas? Su sentencia estaba dictada: aquel émulo mesetario de Jack el Destripador no se libraría del garrote.

Con la caída de la tarde el bochorno se hizo aún más opresivo, hasta los robles se veían fatigados, con las hojas colgando laciamente, como la lengua de un animal exhausto. Así como ellos, el muñeco de caucho que presidía el escaparate de la farmacia parecía haberse abierto la cavidad abdominal para coger aire. Las arpías arracimadas en su interior hicieron lo mismo: tan pronto como sonó la campanilla y apareció Juana, fruncieron un rictus de compasión envenenada. No olvidaban los amoríos de su hermana con ese farsante diabólico que tanto les recordaba a El Jarabo.^[19] Tal vez Nines hubiera sido la siguiente de no haberse interpuesto aquella rubia verdaderamente fatal. Irune, la mujer de Culopollo, respondió a su solicitud con la fría asepsia de un médico

de cuerpos y almas:

—Lo siento, pero para esto te hace falta receta.

Juana se arrebujo en su chaquetilla de astracán, intensificando la peste a naftalina.

—¿Una receta para un frasco de formol? ¿Qué pasa? ¿Quieres que vaya donde Gorrochategui y me arrample diez duros?

Graxiana, la de la droguería Montecarlo, refrotó su pulgar con su índice:

—¿Diez duros? Pobrecita, debe hacer un siglo que no te pasas por su consulta. Ahora no te llevará menos de veinte.

—Más a mi favor —masculó la primogénita en su tono imperante—. Cien pesetas por firmarme un volante. Vamos, que me va a costar más que si fuera a comprárselo al Cerdo de Oro. Habrase visto...

—Que sepas que te entiendo —terció Margari, la mercera, no menos sibilina que su comadre—. Con el capital que os estáis gastando, veinte duros son veinte duros.

La alusión a sus visitas a la Caja de Ahorros no pasó desapercibida. Juana se mordió la lengua con los labios pegados, como si se los hubieran abrochado.

—¿Pero para qué quieres tanto formol? —insistió renuente la farmacéutica.

—No hay nada mejor para desinfectar la casa. Ya sabes el trajín que dan los enfermos. Si quieres tenerlos presentables, te pasas el día limpia que te limpia.

—Pero con formol... —Graxiana no parecía muy convencida—. Cuando mi pobre madre quedó postrada, me arreglaba con la lejía de toda la vida.

—Como si lo hacías con ajo y agua. Yo prefiero el formol.

—Tenemos lejía sanitaria —perseveró Irune—. Esa te la daría sin receta.

Juana empezaba a encrespase:

—No entiendo a qué viene tanta mandanga por una triste frasca de formol. Ni que estuviera pidiendo cianuro. Pues muy bien, si no quieres vendérmelo...

Irune apartó un envase de medio litro y se aplicó a envolverlo en papel cebolla retorciendo los extremos con una incomodidad palpable.

—¿Va mejor vuestra madre? Espero que no le deis más de tres aspirinas diarias.

Si lo dijo por decir algo, Juana lo interpretó como una intemperancia:

—Y tu hijo, qué... ¿ya se afeita? —Nada podía dolerle más que esa alusión a su adorado Jesusito, el lila. Y eso que el muy desnaturalizado iba por ahí diciendo que tras parirle a él, su madre se había hecho la ligadura de trompas. Impuesta la ley del silencio, añadió contemporizadora—: Pues mi madre nada, ahí sigue. Dando guerra, pero contenta.

La farmacéutica, con el rubor en el cuello, se parapetó en su tono profesional:

—... Con la primavera los crónicos suelen mejorar un

poco. —Juana pareció mascullar: «Sí, claro, igual que los moñas van a peor». No lo dijo, Irune perseveró—: Aunque como ya no me lleváis Trombogil ni Cardiorex, pues no sé...

—¿Y qué dice el médico? —Maritxu tomó el relevo del interrogatorio—. Porque supongo que seguirá viéndola.

—Sabes perfectamente que nuestra *amatxo* le dio con la puerta en las narices para los restos. No lo soportaba. Además, en su estado, los matasanos sobran.

Juana tendió su mano hacia el frasco, la farmacéutica no lo soltaba. La retiró, cauta, mientras Maritxu repicaba la suya sobre el tarro de los caramelos balsámicos:

—¿Qué edad tiene ya nuestra Palmira?

—El verano pasado cumplió ochenta y siete —graznó su hija, para corregirse de inmediato—. Ay, qué tonta, que han sido ochenta y nueve.

Margari pareció hacer la cuenta de la vieja con sus dedos:

—Un añito más y los de la Caja le regalarán otra. —¿A qué caja se refería? ¿A una caja mortuoria?—. Otra *kutxa*, [20] quiero decir. Tiene gracia: a partir de los noventa, ya nos van empotrando a todas dentro del ataúd.

—Eso sin contar que el año que viene celebramos los veinticinco. Me refiero a los veinticinco años de paz. —Graxiana se puso cáustica—. A ver con qué nos sale el Caudillo. Igual nos trae al guapetón de Kennedy y a *la Jackie*, como son tan católicos...

—Ay, Graxiana, qué poco puesta estás —la corrigió

Maritxu muy sobrada, pues, su cuñado, el de Radio Requeté, había prohibido a los Beatles en sus emisiones —. A tu guapetón se lo cepillaron los rusos del Ku-Klux-Klan el año pasado, hija mía.

—¡Jesús, María y José, estos comunistas, si es que no paran! Entonces seguro que vienen Balduino y Fabiola, que por algo tienen su palacete ahí al lado, en Elío.

—Anda lo que no darías tú por hacerte una foto con ese que es todo dientes.

Superado con nota su asalto a la alta política, y pese a que la alusión a su dentadura postiza no pasaba de venial, Graxiana se vio obligada a defender su honor:

—Sí, muchos dientes pero caparrón. No tienes más que ver la cara de la Fabiola. Desde que se casó, esa no sabe lo que es que le alegren el chimichurri.

Las tres rieron la gracia con la picardía de las menopáusicas, Irune la que más. Al llevarse esta la mano a la tabla del pecho, Juana, fulgurante como un guepardo, se apoderó del frasco y dejó dos duros sobre el mármol, lo que valía para ella el medio litro de formol. Las comadres la vieron alejarse al otro lado de la vidriera emplomada con el blasón familiar que constituía el orgullo de los Ubarrekena.

—Esta Juanita, qué carácter. Genio y figura. ¿Cómo tendrá a nuestra Palmira?

La jaculatoria recabó un responso bastante raspado:

—Crucificada como poco, de eso puedes estar segura. Con los fandangos que se traen esas *txotxolas*, la una

medio pilingui y la otra como un cencerro...

—Por lo menos ahora ya sabemos para qué querían el dineral que han venido sacando. —Las moneditas de la pulsera de Maritxu repicaron sobre el mostrador—. Para mí que en Belle Ombre se montaban unas orgías de aquí te espero, con el hortera de Madrid y la lagarta del culo en pompa. Seguro que ya sabéis lo último.

Seis orejas se alargaron hacia sus labios en reverente estado de alerta.

—Al Aspirinas, digo al Corominas, le han encontrado cocaína en la sangre.

—¿Y eso qué es...? —preguntó Graxiana, la menos docta en psicotrópicos, pese a su condición de droguera—. ¿Algún mejunje como la Coca-Cola de los americanos?

—No, mujer, no... —la ilustró Irune—. Es una droga que te pone como una moto hasta que te da el bajón. Entonces se te va la cabeza y eres capaz de liarla parda.

—¡Un «drogadito»! —La mercera volvió a santiguarse—. ¡Como los *jipis* que nos traen la *marijuana* y el libertinaje! Pobre Santúa, pobre Belzunce, pobre...

Antes de que pronunciase el nombre de la rubia —Ana Rosa, casi como la heroína del serial—, Graxiana tuvo un raptó de lucidez y lo soltó como le vino:

—Pero lo de Santúa, ¿no pasó antes de que nos viniera el periodista?

—Vaya, pues sí que llevas razón en eso —asintió la farmacéutica—. Y además, que yo recuerde, entonces les

cargaron el mochuelo a los gitanos de ese tal Estopa.

Maritxu parecía tener la respuesta guardada en el horno para la ocasión:

—Pero qué pardillas sois. El gitano y el español son de la misma calaña. Seguro que andaban compinchados. ¿No os huele raro que el periodista se calzara un nombre de mujer? ¿Qué pretendía ocultar? Yo lo tengo claro: el figurín apareció por aquí justo dos días después del crimen de Santúa. Y no digo más.

—Ni falta que hace... —corroboró Margari—. A ver si no cómo pudo salir la noticia en *El Caso*, como quien dice al día siguiente. Todo encaja, y de qué manera.

—¡Jesús, María y José! ¡Qué horror, cuánta perversión! —se exaltó Graxiana ya ganada para la causa—. ¡Y todo por seguir vendiendo ese papelucho!

—Sí, hija, sí, todo por «un puñado de parné» —punteó Maritxu, quien, pese a su ardua raigambre vascónica, tenía debilidad por la copla—. Pero, dime, ¿qué es el dinero comparado con la tranquilidad de conciencia?

No era la más indicada para decirlo. Hasta sus incondicionales tenían la sensación de que les sisaba cuarto y mitad con sus embutidos.

—¿Y de lo de Garrincha, qué me decís? —solo era una pregunta retórica.

—Pues que era tan inocente como las amapolas, si lo sabía todo el mundo.

—Cuánta maldad hay en la gente, Virgen de Iratxe, cuánta maldad.

Todas entendieron y todas callaron. Mentar a los *gudaris* de la Comunion Tradicionalista hubiera sido demasiado temerario y, al fin y al cabo, tanto Garrincha como los requetés, eran de su sangre. Nada mejor que apareciera otro victimario ajeno a la beatitud de las esencias autóctonas, un español, prácticamente un gitano de la tribu de Estopa. Las evidencias acumuladas venían a recrear un aquelarre de horror en estado puro donde el papel de Akerbeltz se ajustaba como un guante al perfil satánico de aquel galán de Cifesa venido de Madrid, como todos los males que afligían a Euskal-Herria. El asesinato ritual de su acólita, rubia tirando a pelirroja, como Mari. Su proceder, calcado del de Laverna la Diabla, valiéndose del Espejo de la Verdad, lo que valía por decir el de sus maleficios. La cazuela donde había quemado a saber qué resma de conjuros infernales, revolviéndolos con el crucifijo de Pantxika. Y ahora lo que faltaba, la constatación de que ese Barbazul sin escrúpulos, ese hombre de las mil caras que se hacía llamar Román o Rosario, nombre de mujer, la bisexualidad de Asmodeo, además de forzar a sus adoradoras al *osculum nefandum*, el beso nefando, ejercía como el gran mandarín de los cocainómanos. Un degenerado que se daba a las sustancias alucinógenas, a semejanza de los poseídos que se untaban sus partes de mandrágora y estramonio para volar por los aires y copular con Lucifer.

La cocaína debía ser más cara que el besugo. Según Irune, apenas unos gramos costaban un riñón. O sea, que

por ahí se fundía ese canalla las rentas de aquellas incautas. Al fin todo quedaba claro: por más que pesara sobre ellas la leyenda de su antepasada y todo el mal fario de su familia, las EcheGARAY no eran más que eso, dos desahuciadas abocadas a la conmisericordia general. A esa conmisericordia distante, fría, acusadora, cien veces más sanguinaria que un degüello. No faltaban beatas que hasta se santiguaban de pena al cruzarse con la pequeña. Seducida y esquilmada por ese rufián, pobrecilla. Así estaba pagando su locura de amor la infeliz. Igual que *La Dama de Urtubi*, de la que escribió Baroja. Si a esta le pasó lo que le pasó por no casarse con el bueno de Machain, todas las desgracias de Nines le venían por haber repudiado a Culopollo, cuando se le conocía como el Chico Piramidón. De los amores contrariados no se puede esperar otra cosa. Tarde o temprano el demonio ocupa el otro lado de la cama. Irune y Graxiana, Maritxu y Margari, y Martina y Regina y Rufina. Todas las mujeres del pueblo la habían visto llorar sus pecados a lágrima viva, como un Magdalena penitente, al salir del confesonario. No hacía falta que se vistiera de luto, bien que lo llevaba hasta la matriz. El deseo carnal, la culpa, la caída, todo eso se paga con un infierno. Ahora aprendería. Así como ellas, Nines acabaría amando a Dios y solo a Dios, porque ya nunca, nunca más en su vida, tendría otro hombre a quien amar.

[19] José María Jarabo, un vividor elegante, procedente de una familia acomodada y adicto a las drogas, asesinó a cuatro personas, incluida una mujer embarazada. Precisamente, sus crímenes fueron los que hicieron que la tirada de *El Caso* se disparara hasta el medio millón de ejemplares en 1958. (*N. del A.*)

[20] Arcón de madera labrada con motivos folclóricos tradicionales. (*N. del A.*)

26.

Tú como el gas, la muerte das...

Quizá la vida no sea mucho más. Un ciego empeño por convertir nuestros deseos en realidades, incluidos los más funestos. Transferir a los otros la expiación de nuestra parte maldita, y olvidar lo que queda atrás. A veces, sin embargo, eso que proyectamos se vuelve contra nosotros de una manera inquietante, o incita al capricho de un duende burlón. ¿Quién podía imaginar que las bendiciones vomitadas en aquella farmacia sonaran a música celestial entre las inquilinas de Belle Ombre? Con el paso de los días, y así como el tiempo acaba corroyendo la memoria para trivializar el horror, Nines Echegaray, aleccionada por su hermana, se impuso reducir a un episodio de radionovela las siete puñaladas asestadas a la amante de su amante. Una puta y su chulo, se lo merecían más que Judas. Pero, mientras se alejaba de la evidencia repitiéndose esas palabras, no dejaban de asediarla las de Garrincha —«Si destruyes tus demonios también matarás a tus ángeles»—, como si le estuviesen metiendo estacas en la cabeza.

Por supuesto, leyeron hasta la última coma la edición relámpago de *El Caso* en la que se desentrañaba el brutal asesinato cometido por Rosario Landi. Descubierta su adicción a la cocaína, lo atribuían a una crisis paranoide lindante con la posesión demoniaca. Un nuevo enviado especial había hecho un excelente trabajo de campo: «Lo veía pasar y me daba un repelús» —refería Coronación Yoldi, la celadora de la casa de baños, una de las gargantas profundas del pueblo—, «tenía el mal aire de un muerto a medio cocer». La evidencia se imponía. Aquel dandi petulante que vino a jactarse de sus misterios de ultratumba había acabado sucumbiendo al maleficio, convertido de hoz y coz en uno de esos espíritus errabundos —los *hilibiziak*, los muertos vivientes—, que poblaban el frondoso *pulp* autóctono.

Bastó que corriera el rumor para que una nueva Santa Compañía se aficionara a dejarse ver por los predios comunales. Aparecía con la noche alta, entre jirones de niebla y lúgubres *irrintzis* que resonaban como relinchos de caballos muertos. A la cabeza Santúa, el Idiota contrahecho bajo su saco de arpillera, un penitente más. Le seguía el tartamudo Belzunce, su mazo de revistas pornográficas en una mano, la otra encadenada a una lamia de sexo agusanado y ojos de culebra. No faltaba la comitiva de monjes negros revueltos con el cortejo carnavalesco de los *joaldunak*. Al compás de sus diabólicas esquilas, el diácono y los podencos de Mateo Txistu, que también podía ser Mateo Garrincha, tan cojo

como el lobo de Laverna la Diabla. Y, en fin, abrazados por Akerbeltz, cerraban la procesión Rosario y Ana Rosa, a un paso de merecer la inmortalidad como los trágicos Amantes de Etxalar.

Según la apabullante crónica de *El Caso*, el vecindario vivía aterrorizado. *Jaungoikoa zigortu gurekin* —Dios nos ha castigado—, clamaban elevando sus manos al cielo. *Jaungoikoa zigortu gurekin*. «Nada bueno cabe esperar de esta conjunción de calamidades» —concluía el reportero—: «Echalar, hoy, es un pueblo maldito».

Nines sufría en silencio cada párrafo que le iba leyendo su hermana. Juana acabó entendiéndolo. Un crujido de papel y el semanario quedó hecho un borujo.

—La culpa es mía, por traer esta purrela a casa —masculló mientras lo arrojaba al fuego—. Pues nada, se acabó el pisto. El muerto al hoyo y nosotras a lo nuestro.

Sabía por qué lo decía, su hermana era una débil mental. Podía pasar de la indiferencia a la congoja extrema y eso resultaba muy peligroso para las dos. No dejaba de vigilarla de refilón mientras enhebraba su aguja. Acurrucado en un cesto junto a su silla, Sultán asomaba apenas una oreja entre un ovillo de lencería.

—Es que me da mucha pena, Juana... Sobre todo él.

—¿Que te da pena? Pero, mujer, si ayer te importaba un bledo. Semejante canalla... Anda, pásame la enagua de *amatxo*, que le voy a dar un par de puntadas.

Nines pareció sacar la prenda de los intestinos del gato:

—A veces veo los ojos de la rubia. Uno cerrado, el otro

abierto, igual que mamá...

—Ni caso, que la muy zorra se lo estaba buscando. Mira la parte positiva: nos hemos librado de ese Landrú que te hubiera llevado por la calle de la amargura hasta arruinarte. Recuerda que era un drogadicto.

—No sé, Juana, no sé... Esto no se me pasa, me siento fatal.

—Pues métete dos luminales con un trallazo de orujo, que para eso sí tenemos receta. De qué sirve la desesperación, ¿eh? Aprende del dolor: nos enseña a no acercarnos al fuego, ni a las víboras cornudas —sorprendentemente, no añadió «ni a los hombres»—. Así que punto en boca: la cabeza alta y con Dios por delante.

—Entonces déjame que me vaya. Necesito irme de aquí, lo necesito... —La angustia dio paso a esa vocecilla que parecía desafiarla, la rebelión seguía latente.

Juana estuvo cerca de pincharse:

—¿Ya estás otra vez con la turra? Mira que te lo tengo dicho y no espabilas. ¿Qué ibas a hacer tú, sola, perdida por esos andurriales? ¿Es que no piensas en mamá? Acabarás por tener el escarmiento que te estás buscando.

Nines lo tenía todas las noches. Palmira se levantaba de aquella cama que era su ataúd, entraba en su habitación, se acercaba a su cabecera y se reía por lo bajo, como aquella vez. Cuando le confesó que había roto con Culopollo, se subió el camisón hasta las cejas como si fuera a arrancarse a bailar un cancán, y le escupió aquella chirigota envenenada —«pues dedícate a las *varietés*»—.

Entonces su cuarto se convertía en un cabaret atestado de individuos equívocos medio derrumbados en sillones y canapés, como esos moscardones azul zulú que suelen verse en África zumbando sobre la carroña, ebrios de sangre, sin fuerzas para echarse a volar. Un tropel de mujerzuelas reía en sus brazos. Otras avanzaban insinuantes, a cuatro patas, amarradas a collares de perro claveteados de diamantes. Corrían a mares el champán y la morfina. Alguien gritaba: «¡Toca *Granada*, adoro la música española con vodka!». Y al volverse descubría a aquel hombrachón monumental, con esos ojos como de niño avejentado y malicioso. Se trataba de Orson Welles. Todos sabían que cuando tenía el alcohol malo se sentaba al piano y se ponía a tocar cosas que te partían el alma. Empezaba con un *rubatti*, los ojos vueltos al cielo, a la caza de una inspiración que se hacía sentir no bien tornaba a hundir su testa en el teclado. Nines se emocionaba hasta las lágrimas pensando en su amor de perdición, su Román, su Romeo. «Me dice que soy su ángel y yo le digo que es mi pan. La esencia de la vida, ¿comprendes?» Nadie parecía escucharla. «¿Un virtuoso?» —se jactaba Welles, despachándose una botella que le chorreaba por la barbilla—. «Apenas soy un pobre organillero. Es lo único que me redime de haber nacido en la piel de un cerdo». Entonces lo veía de cuerpo presente, a él, a su Román, sentado en un diván con una mujer arrodillada entre sus piernas. Tenía los ojos de Laverna, verdes, moteados, ojos de serpiente. Era Ana

Rosa, vivía doblegada por sus poderes. Nines sabía que le iban a hacer sufrir.

Las píldoras para dormir producen a veces efectos extraños: paralizan el cuerpo mientras excitan la mente, como cuando se sufre un ataque y solo se pueden mover los ojos para decir sí o no. Román obligaba a su puta a hacerle felaciones. La agarraba con una mano por la nuca; con la otra marcaba el número de la centralita de Etxalar. Desde el envés del sueño, Nines se ponía al aparato. Él se sumía en un largo monólogo erótico, cuidándose de no dejar ninguna duda sobre lo que estaba haciendo y quién se lo hacía. En el momento en que su esperma inundaba la boca de Ana Rosa, ella lo sentía igual. Gritaba y dejaba caer el auricular, pero ya estaba hecho. Al día siguiente se levantaba con jaqueca y dolor de garganta.

Tenía que beber, lo que fuera con tal de que le quemara el recuerdo. Con el primer trago volvía a hundirse en aquel cabaret infernal. La música seguía sonando hasta que su padre venía por ella. No podía ver su rostro, solo su mano, grande, cálida, poderosa. Le cubría los ojos, la boca, los oídos. ¿Sería verdad que lo habían asesinado entre su madre y su hermana? ¿Sería verdad que su madre no era su madre? ¿Sería verdad que todas las mujeres de la familia eran hijas de Mari, las que matan cuanto aman mientras sufren la eterna condena de las malqueridas?

Las botellas de orujo y pacharán dieron paso al ron de

Cuba, al *whisky* escocés y también al americano. Con la música a todo trapo bajo la reproducción en falsa plata de *La última cena*, las Echegaray se forzaban a celebrar una imposible consagración de la primavera. Los éxitos de Luis Mariano —*Olé Torero*, *El Cantor de México*, *Tzarevich*—, atronaban día y noche en una verbena fantasmagórica que, sumada a los pronósticos de *El Caso*, tenía al villorio al borde del colapso. Hasta se propaló la especie de que Orson Welles iba a volver para rodar una versión autóctona de *Sed de mal*, con otra Ana Rosa que haría el papel de Janet Leigh y acabaría como la Vera Miles de *Psicosis*. Justo lo que veía Nines en sus pesadillas. Pero ¿a quién decírselo? Borracha perdida, se arrancaba a cantar a dúo con el príncipe de la opereta aquellas baladas tan empalagosas como los licores en que sepultaba su naufragio. El tormento se acrecentaba. Tras la agonía de Palmira, tantas veces muerta, tantas veces retorciéndose de dolor en su lecho, golpeando la tarima con su bastón, veía a la periodista convulsionándose en el suelo, los ojos desorbitados, la sangre manándole a borbotones de su vientre abierto, del tajo en la cara, en el pecho, en la garganta. Siete puñaladas, el diablo en el cuerpo.

Llevaba la escena tatuada a fuego. El día de autos, no bien subió de la cocina de Pantxika con la bandeja del desayuno, la sintonía del DDT Chas en el aire y el cuchillo bajo la servilleta, hasta le sonrió al servirle su café. Mientras Ana Rosa mojaba la *pantxineta*, ajena a la

cantinelas —«Tú, como el gas / la muerte das. / DDT Chas / no hay salvación / donde tú estás...»—, buscó su espalda, se santiguó encomendándose a Laverna y le hundió el cuchillo de trinchar arriba de la cerviz. La rubia se desplomó meneando su lengua azulada como una oveja en el matadero. Entonces se aplicó a apuñalarla. «DDT Chas, Chas, Chas». Una puñalada por cada beso, por cada mentira, por cada traición. El cadáver solo se rebeló al cruzarle los brazos sobre el pecho. De pronto, abrió los ojos. Algún nervio suelto, se dijo, y se los cerró sin más. Pero, cuando ya se retiraba, comprobó con desagrado que el izquierdo se había vuelto a abrir, igual que el de su madre tras la hemiplejía, como una muñeca dislocada, de mirada astuta. Volvió a bajarle el párpado y estuvo apretando fuerte para que no se abriera nunca más. Desde entonces volvía a abrirse todas las noches. «¿Qué haces hurgando en mis cosas?», le espetaba la difunta. Y Nines se veía registrando su bolso, revolviendo lápices de labios tan erectos como los diminutos sexos rojos de cien caniches desfallecientes de amor. Uno de ellos era su Román, dos guardias lo arrastraban al patio del garrote. Ella lo acompañaba sin verter una lágrima. Como si después de tanto hundir su mirada en el abismo, este se hubiera apoderado de su alma. Como si a fuerza de conjurar demonios se hubiera convertido en la reina de los condenados.

Menos mal que Juana siempre estaba ahí. Le hablaba de la fuerza de la vida, misteriosa y terrible, la fuerza que

nos impulsa a seguir adelante. Había en su obcecación una suerte de fatalidad. En su fatalidad algo indecible. En lo indecible algo muy turbio que merecía ser castigado.

Sucedió el día del santo de Palmira. En prueba de devoción, esa noche limitaron a dos tristes botellas su ingesta de licores espirituosos. Luis Mariano cantaba bajito *Aurtxo seaska*, esa nana enternecedora que nadie ha vuelto a cantar como él. Juana zurcía calcetines, Nines repasaba el álbum familiar a la luz de una palmatoria sobre la mesita de noche. El rostro de momia de la muerta, con su cabeza constelada de serpentinas, las mejillas embarradas de colorete y un matasuegras fenomenal pinzado entre sus dientes, parecía feliz. De tanto en tanto, Nines alzaba la cabeza del álbum y contemplaba el lento baile de las velas.

—Es curioso —sugirió en un susurro, la mirada extraviada—, el pabilo parece un pistilo, y la llama una flor... Una flor de fuego.

Juana dejó caer sobre su regazo el huevo de madera con el calcetín dentro:

—Es la cera que va subiendo por la mecha.

La explicación racional pareció decepcionar a la pequeña.

—No, es una flor de fuego que nos llega del otro mundo... con un mensaje.

—Quita, quita, déjate de tonterías y enciende la

lámpara de una vez, que me estoy dejando la vista con esta palmatoria. Otro de tus caprichitos, ni que estuviéramos en un velatorio. A ver si se nos van a levantar los santos de los últimos días.

—No sé qué decirte, Juana... Recuerda lo que nos soltó anteayer Mari Toñi.

La mayor apuró el último trago de su *bourbon* y se sirvió otro.

—¿Qué coño? ¿Esa gilipollez de los rostros satánicos? ¡Anda y que les den!

—Son ellos, Juana, ellos... Por más que refriegan las paredes, las caras de nuestros muertos vuelven y vuelven.

Un espanto más para su álbum familiar. Al aparecer el primer rostro en los retretes del Txinparta dijeron que era el demonio. Nines veía las facciones de Santúa. Su boca en un trazo y todo alrededor, como una mancha, las babas del caracol que engulló antes de besarla. El segundo rostro surgió poco antes de que detuvieran a Rosario. ¿Otro demonio? No, se trataba de Belzunce, con su jeta de membrillo viejo y sus partituras ensangrentadas. El tercer rostro acababa de manifestarse. El pavor de Nines llegó a tanto que ni aun pasada de copas se atrevió a verlo.

—Eso no es cosa nuestra —insistió su hermana, ella siempre iba a lo práctico—. Tu dinero está a buen recaudo y tú tranquila, que aquí nadie te ha acusado de nada. Belle Ombre sigue siendo la morada de las almas justas.

—Pero los muertos...

—Bien muertos están, no me hagas repetírtelo. Mira la

cara de felicidad de mamá, qué orgullosa está de nosotras. Si es que la tenemos como a una reina.

—Es por las inyecciones de formol.

—Pues no me digas más. Ahora lo entiendo. ¿Qué es el formol sino un alcohol destilado como los que nos metemos en el cuerpo? —Juana acompañó su exégesis científica con otro trallazo—. Así de jóvenes nos conservamos las tres, que los del pueblo no lo pueden soportar. ¡Cómo nos envidian!

—Será por eso que ya ni nos dirigen la palabra. Ayer, en la pescadería...

—¿Qué me vas a contar? ¿Otra vez lo de que te hicieron un corro de silencio? Así se pudran todas esas urracas: rabia rabiando, siembra miseria, que no tendrás pan. Por cierto, ¿les has echado los mendrugos a los conejos?

—¡Ay, no! Con tanto trajín...

—No pasa nada, *bihotza*, que tampoco se van a quedar tiesos porque lleven dos días a la luna de Valencia. Además, ya sabes que prefieren hacerlo de noche.

—¿Qué es lo que prefieren hacer de noche?

—Comer, hija, comer... —Juana le atravesó una media sonrisa burlona—. Hay que ver cómo te ha trastornado tu *affaire* con ese tunante. Si es que no piensas en otra cosa. Anda, anda, vete a echarles los mendrugos, que buena coneja estás hecha.

Nines cabeceó entre vivaracha y avergonzada, cerró el álbum, alzó la cortinilla bajo la fregadera. La bolsa del

pan duro rebosaba. Nada más cruzar la cancela del jardín le invadió la pestilencia que subía de la conejera. Pobres animalitos. Daba gusto verlos comer, sus hociquillos sonrosados, esos ojos como botones de inocencia. Echó una mirada a la calle. Ni un alma a la redonda. Pero algo, apenas un destello, se le quedó en la retina. Allá, en la ranura del buzón, despuntaba un sobre amarillo. Cerró los ojos, como si bastara eso para hacerlo desaparecer. No era su día de suerte. Al regresar a la cocina, con solo ver su rostro, Juana no necesitó preguntarle. En las torpes mayúsculas de los mensajes anteriores, la mano de todas sus pesadillas volvía a atenazar su corazón:

TRES HOMBRE MATÓ A CUCHILLOS LAVERNA
LA DIABLA
CON LA PUTA DEL PERIODISTA, TAMBIÉN
VOSOTRAS SUMÁIS TRES
EL PRECIO DE MI SILENCIO HA SUBIDO
AHORA SERÁN TRESCIENTAS MIL CALAS
EL MARTES, DONDE SIEMPRE
EL HOMBRE QUE SABE

El mensaje fatídico las envolvió como un torbellino. Todo el alcohol trasegado esa noche, la curda continua de las últimas semanas, la alegría de creerse a salvo, se evaporaron de sus venas para ceder a una sensación que conocían demasiado bien: la angustia, la enajenación, el delirio. Todo eso seguía ahí, latente y pulsante, al acecho.

El temblor de la vela acrecentaba aquella atmósfera irreal y cuanto había sobre la mesa —el cesto de costura, el álbum, los vasos—, en su aparente levedad, parecía cifrar una amenaza del más allá, donde las condenas no tienen fin.

Sultán se había puesto a ronronear, con el rabo tieso, entre las piernas de Nines.

—Viene tormenta —exclamó Juana con la carta entre las manos y la mirada perdida en el oscuro y tumultuoso cielo—. Ya sabes, Sultán no se equivoca nunca.

Desde lo alto de la escalera, donde pendía su retrato, Laverna la Bella parecía sonreír para sus adentros. Una sonrisa viciada, como si esperase ver aparecer ante ella, ascendiendo por las grietas de un espejo roto, algo abominable.

27.

Tres sobres amarillos y un *Narcissus* *Noir*

«De todas las criaturas, el hombre es la más detestable. Es el único que hace daño a conciencia y se complace en el sufrimiento de los otros, el único que posee una mente perversa». En la de Nines aquella cita de su amante, cuando iniciaban su idilio, ahora repicaba con acentos de funeral. Se lo decía el fantasma que la despertaba contando las piezas de plata, como si llevara otra cuenta que solo le concernía ella. Se lo decía el ronco jadeo de los fornicadores espectrales que asaltaban la cama de su madre, como si quisieran recordarle sus noches de pasión con su Romeo. Y ahora esto, otro mensaje de su chantajista, la tercera mota negra. Sonaba el clave desafinado de Laverna, un réquiem. Su enemigo no solo buscaba arruinarla, la había condenado a una muerte lenta. ¿Cómo no pensar que aquella carta cifraba un mensaje del destino? La venganza de los ángeles por haber sacrificado a sus demonios. Se sentía tan

terriblemente mal. Había vuelto a matar y de su crimen pronto se derivaría otro más y todos, todos eran inocentes.

—Te lo dije, te dije que el sacacuartos no era mi Román, y no me creíste. Mira lo que has conseguido. La sangre nos sube hasta el garganchón y seguimos igual que antes, o peor, y a él... —Su desgarró apenas le consentía hilvanar una frase—. Lo van a matar, Juana, lo van a matar...

La otra continuó cepillando su pelo de vieja como si se tratara de los bucles de Shirley Temple, blindada ante el desánimo como frente a la compasión:

—Pues que lo maten de una puta vez, que bastantes ha liquidado con su pluma. Tu donjuán era un mal bicho, igual que la rubia. Les importaba una mierda cargarse al sursuncorda con lo que escribían en ese rastrojal de inmundicias. Y además, ¿cómo sabes que no ha sido él quien ha escrito esta carta, eh? ¿Cómo lo sabes?

—Sí, claro, desde el cartelillo de Vera.

—¿Por qué no? Cervantes escribió su *Quijote* de prisión en prisión, y este necesita dinero para pagarse un picapleitos. Un buen montón de dinero, *bihotza*, el nuestro.

—¿Cómo puedes...? Estás paranoica, Juana, no piensas lo que dices.

—Es la única explicación que me cuadra. Marear la perdiz no lleva más que a hervirse los sesos. Hasta que acabas aceptando la evidencia o te pegas un tiro.

La exhibición de cinismo acabó por romper los nervios

de Nines:

—¿Aceptar la evidencia has dicho? ¿Qué evidencia? ¡Aquí lo único evidente es que le odias, le odias porque me quería, igual que odias a todos los hombres! ¡Y a mí también me odias! ¡No pararás hasta acabar con él! ¡Con él y conmigo!

Juana frunció una mueca de institutriz contrariada, dejó de peinarse y prendió un Chester con estudiado aplomo. Era una sabia maniobra que realizaba por instinto.

—Está bien, cálmate un poco. Quizá fuimos demasiado indulgentes con Culopollo.

—¿Qué casualidad, otro de mis pretendientes!

—Si quieres nos ponemos a vigilar al mangarrán de Zumbeltz o al Pitarras —se jactó parodiando la cara de lechuza del cabo—. ¿No eras tú la que decía que uno de esos dos pasmarotes, los que vinieron a interrogarnos después de lo de Santúa, se había llevado de extranjis nuestro violín del Sacamantecas?

—También te dije que la última vez que me crucé con Cipri, en la farmacia, tuvo una reacción muy rara. Al verme, se escurrió como una anguila en el barro.

—¿Otra vez con lo mismo? ¿Pero qué perra te ha dado con ese mamacallos?

—Tú fuiste la primera en ponerlo en el disparadero. Y recuerda: siempre que nos toca ir a la taberna, ahí que lo tenemos de cuerpo presente, dándole al mus.

—Muy bien, perfecto. ¿Qué me estás proponiendo? ¿Qué matemos al Matador para salvar al crápula de tu

novio? ¿Es eso lo que quieres?

Nines estaba muy confundida, las larvas de la duda la corroían tanto más que los remordimientos. Juana le quitó una calada a su cigarrillo y, como esos pescadores que por no espantar a su presa tiran lejos el cebo para ir recogiénolo luego poco a poco, se quedó mirando el humo que ascendía en lentas volutas hacia el techo:

—Tenemos que mantener la cabeza fría, eso es lo más importante. Sea quien sea el hijo de mala madre que nos está buscando, ya te digo que nos va a encontrar. Por mis muertos que de esta no sale vivo ese cabrón.

—Cuándo acabará esta pesadilla, cuándo, cuándo...

—Me temo que el Altísimo no tiene ninguna intención de resolverlo antes de que suenen las trompetas del Juicio y se levanten los difuntos.

—Sí, ya, pero entre trompeta y trompeta hemos soltado un dineral —Nines ya no medía su precio en sangre—: qué me va a quedar de mi herencia.

—Pues qué te diré yo: a mí nuestro padre no me dejó ni un duro. Ni lo que me correspondía por ley. ¿Qué será de mí cuando nos abandones? Bien que lo sé: no me quedará otra que prender fuego a esta casa y morir como una vikinga.

El tono melodramático se contagió a su hermana, aunque sin sombra de ironía:

—Por Dios, no me digas eso. Te quedará la pensión de la *amatxo*, toda entera para ti. Y si te hace falta más yo te lo daré todo, todo lo que me quede después de...

—Déjate de pamemas, que a mí no me engañas. Sigues con el siroco de largarte a París. En cuanto puedas lo harás y me dejarás tirada. Tirada con mamá.

Nines se llevó las manos a los oídos, negando con la cabeza:

—¡Calla, calla...! No me tortures más.

—Solo quiero que entiendas de qué va esta perra vida, hija mía. La victoria no se alcanza cruzando alegremente la línea de meta con tus competidores a lo lejos. No, *bihotza*, no. La victoria cuesta arrastrarse a cuatro patas, maldiciendo y resollando, con tus rivales royéndote las corvas y dejando cadáveres por el camino.

—Entonces seguro que vamos ganando. —Más que sentarse, Nines se desplomó en su silla—. Porque no salimos de resollar ni de arrastrarnos. Y los cadáveres...

—Corta el sermón y a lo que estamos. ¿Seguimos adelante o tiras la toalla?

—¿Qué entiendes por tirar la toalla?

Una calada más para dilatar su tormento, otro trago, y al fin lo dijo:

—Pues nada: te plantas en el cuartel, preguntas por el mandamás y le cantas tu serenata, como Luis Mariano. — Juana marcó un silencio teatral observando la agónica expresión de su hermana—. Seguro que dejas en bragas hasta a la Caballé, menuda apoteosis. Aunque no esperes que yo vaya a hacerte los coros a la trena.

—No, eso no... —El horror la ahogaba—. Me muero. No puedo, no puedo...

—Entonces, ¿seguimos adelante?

Nines claudicó con un susurro mortificado: «Seguimos».

—Mañana es el último día para ir a la Caja. Pero si queremos pillar a ese bastardo, oído al parche, no descartemos ninguna posibilidad. —Al ver que no objetaba nada, consideró que era el momento de asestarle la puntilla—. No te me sulfures, *bihotza*, pero sigo pensando que tu Rosario es el sospechoso número uno.

Su hermana agachó la cabeza, ya sin fuerzas para rebatirla:

—No puede ser, no puede ser... Y aunque lo fuera, ¿cómo va a hacer eso desde la cárcel? De acuerdo, la carta ha podido escribirla él, pero de ahí a...

—¿Recuerdas el último episodio de *Perry Mason* que vimos donde Felisa? —Nines negó con un mohín, hacía tanto—. Sí, mujer, el de ese presidiario que tenía un compinche fuera de Alcatraz. Lo mismo el coleguita de Rosario que acaba de llegar al pueblo está en el ajo. Y si te cuadra más, vale, pongamos que su testaferro es Cipri, el Matador. ¿No decía el meapilas de Bolinaga que ese solo quería apuntarse a la División Azul para arramplar el oro de Moscú? Vamos, que otro buitres de los que se entienden dándole al mus. Tu Romeo le pasa el soplo, Cipri va al cuartelillo de Vera, él le cuenta su plan, le suelta la carta. Y en fin, ¿qué problema tendría ese capullo en acercarse al Txinparta a llevarse la saca del dinero para repartírselo después? Cosas más gordas se han

visto. El famoso gabinete del doctor Caligari, por ejemplo, el que se ventilaba a sus víctimas por medio de sonámbulos.

—Eso son películas, Juana, yo no lo veo nada claro.

—Si hay algo claro en esto es que la única manera de sacarse un as de la manga es habérselo metido antes dentro.

Cada palabra parecía percutir en el corazón de su hermana como un goteo de vitriolo. Definitivamente rendida, Nines estaba dispuesta a hacer cualquier cosa:

—Me siento como un gusano adentrándose en una manzana podrida.

—Pues entonces no dejes que te la muerdan. Por más podrida que esté, esa manzana es lo único que tenemos.

Y así, a primera hora de aquel viernes primaveral que iluminaba su mundo como un martirio pero vistiendo sus mejores galas, Nines con el bolero que reservaba para las ocasiones, Juana con el caracol reluciente de brillantina bajo su sombrerito de medio luto, y ambas con tres copazos de ponche Caballero en el cuerpo, las Echegaray bajaron al pueblo cogidas del brazo, la cabeza alta ante el paisanaje, hasta que empujaron la giratoria de la Caja. Custodio carraspeó dos veces, se frotó las palmas en sus pantalones deslustrados, volvió a carraspear y esbozó una mueca crispada. Pese a haberla elevado al tuteo de los clientes preferentes, no pudo evitar que sus anteojos se le

descolgaran del puente de la nariz al oír aquello:

—¿Co... co... cómo has dicho, Nines?

—Me has oído perfectamente: trescientas mil calas, en billetes de quinientas.

—Será por hacerle un homenaje a vuestro abuelo, digo yo. —El cajero se forzó a contemporizar, tenía gracia que las Echegaray reclamaran su reintegro en esos billetes azules donde figuraba la imagen de nuestro primer Nobel de Literatura, pariente lejano suyo—. Pero sesenta mil duros... —silbó—, eso es un potosí.

El silbido coincidió con la entrada del padre Arozamena. O aquel clériman estaba menguando, o él crecía y se multiplicaba: el duro alzacuellos recordaba la cincha de un buey en torno a su papada. Las gafas de Juana seguían incrustadas en la calva del cajero, a la espera de que soltara el montante. Nines saludó por las dos.

—Vengo a traer la colecta del Domund —explicó el siervo de Dios blandiendo una hucha de plástico con una de sus sonrisas pastorales—. Si queréis animaros...

Juana se volvió con un ademán intemperante:

—Vamos peladas, padre, no insista.

Fue el momento que eligió Legaz para comenzar a acumular fajos de billetes sobre el mostrador. Los ojos del presbítero se abrieron como platos soperos.

—Ah, pues vaya... —musitó a un soplo de persignarse—. Quién lo diría.

—Es por nuestra pobre madre. Los cuidados cuestan un

Congo.

La cosa se estaba poniendo exótica —del Potosí a la jungla—, cuando apareció otro cliente como a ritmo de samba. Enfundado en unos vaqueros que destacaban todo lo que cabía dentro, el ombligo al aire bajo una camiseta psicodélica, el tupé a lo Sal Mineo, Sito Culoperdiz, el hijo de Culopollo, venía refrenando su contoneo de malvaloca y apestando a pachulí. A nadie se le escapaba su último escándalo. Él y tres de su cuerda habían sido sorprendidos haciendo «la cadeneta» en los mingitorios del teatro Victoria Eugenia en San Sebastián. La semana de calabozo no parecía haberle corregido mucho. Apenas advirtió al sacerdote, su cara de lagartija viciosa se contrajo en un guiño demasiado procaz para parecer inocente.

—Vaya, ¿qué hace un ministro del Señor en esta cueva de ladrones? ...Si hasta los perros levantan la patita cuando pasan por delante de la Caja.

Pese a su natural cachazudo, Arozamena enarcó una ceja en señal de alerta.

—Espero que tú no hagas lo mismo, hijo mío. —La hucha del Domund no tardó en tintinear ante el blasfemo—. Más te valdría contribuir a la postulación en vez de gastarte los cuartos en tus...

—No me conoce, padre. Aquí donde me ve, me estoy dejando las pestañas por evangelizar a un negrito... Y puedo asegurarle que no es el del Cola-Cao.

Hasta Legaz palideció al otro lado de la pila de billetes.

El único ciudadano de color en veinte leguas a la redonda era el diácono de Lekaroz, un guineano de lo más *abertzale*, pues comulgaba con la independencia de la Región Ecuatorial española.

—Que no, que no es su fray Escoba. —Culooperdiz tranquilizó al cura con una palmadita en la mejilla—. Tengo un amigo francés, de los que vinieron con el cine. Se creyó que todo lo que le pagaban era también en negro, y ahora me lo están friendo los de Hacienda. Vamos, que como no suelte la mosca, acaba en el trullo.

—Ah, ya, si es eso... —siseó Arozamena—. Al César lo que es del César.

—... Y al que nació para chivo, del cielo le caen los cuernos —Tras reír la gracia, se sacó de sus vaqueros un papel amarillo tan arrugado como una compresa—. A ver qué entiendes de esto, creo que es un requerimiento —le espetó a Legaz antes de girarse hacia las hermanas—: Porque vosotras, problemas con el fisco no tendréis...

Juana empinó el mentón y achinó sus ojos. En aquel tiempo en que mandaba el papel de barba, ¿quien más podía utilizar ese amarillo satinado? ¡Era el mismo que gastaba el miserable que las estaba esquilmado! Nines, cautiva de su calvario, solo veía los fajos que seguía apilando aquel oficinista pusilánime:

—Que no te engañen las apariencias, Sito. Aquí cada cual carga con su cruz.

—Pues mi Armand dice que no está por la labor. Tenías que verle, un pedazo de mandinga. Durante el

rodaje se las tuvo tiesas con los americanos. Y eso que es de los que por dinero hacen cualquier cosa. No sé si me entiendes, querida.

Si el cura y el cajero pensaron en lo que pensaron — una bacanal de perversiones—, las hermanas cruzaron una mirada muda, a la espera de que se retratase.

—Con decirte que estuvo a un tris de largarle al tal Rosario, el periodista de *El Caso*, las orgías que se cascaban en el *backstage*. —Nines palideció de golpe, su mano apretó el brazo de Juana. Sito chasqueó la lengua, que la tenía en punta, buscando los ojos de Arozamena—: Menudo putiferio el de los yanquis, padre, un horror. Y que sepa que nuestro *Ciudadano Kane* también le daba a todo.

Como el hombre de su tiempo por el que se tenía, el cura encajó la provocación con un parpadeo paliativo. Pesaba el rumor de que Welles iba a volver a Etxalar para rodar un *remake* de *Sed de Mal* y él, además de chapurrear algo de inglés, se daba un aire a lo Joseph Cotten. Si se divulgaba aquel sindió, adiós a todas sus pretensiones. Justo entonces resonó un trueno a su espalda. Era Legaz. Tras golpear el mármol con su calculadora Monroe, puso en pie su escaso metro cincuenta, la calva incendiada, la caspa cayéndole a copos, un tití lleno de ira:

—¡«Güeyes» es un genio! ¡Un genio! ¡Y si le da a todo, bien ganado se lo tiene! ¿Es que no viste el reportaje que nos dedicó en la BBC? —Se refería a *The land of the*

basques, una oda a la Arcadia vasca—. ¡Qué maravilla! La mística del pelotari, nuestra lengua ancestral y todos los mozos bailando la *espatadantza*.

—Sí, claro. Primero patas arriba, luego patiabiertos y al final el despatarre total. Pregúntale a Armand cómo acabó la fiesta de despedida. —Culoperdiz no precisó explicarse—. Normal que en esa peli nos compare con los pieles rojas del Far West.

—Por la paz, un avemaría, Sito, que también dice que Adán y Eva casi eran vascos.

La admonición del cura ayudó a que Juana recondujera el tema:

—Oye, y eso que has dicho, lo de que estuvo a punto de largarle todo eso al periodista de *El Caso*, ¿cuándo fue?

—Pues mira, justo una semana antes de que lo trincaran.

—Vaya, qué contrariedad —siguió astuta y cadenciosa, sin quitar los ojos de su papel amarillo, que seguía sobre el mostrador—. Hubiera hecho un buen negocio, ¿no? Con lo que cuentan que pagan por las exclusivas.

—Ya te digo, como tres veces lo que tenéis ahí delante. —Sito deslizó una mirada sobre los fajos de billetes—. Eso sin contar con las fotos, que van a parte.

—Y con lo apurado que va tu... Armand, ¿no se le ha ocurrido llevárselas al cuartelillo de Vera, para alegrarle la vista?

El cura y el cajero no entendían tanto interés en la

anécdota. Sito, pese a su natural deslenguado, tampoco. O quizá sí.

—¿Ir mi Armand al cuartelillo de...? —Su mohín resultó excesivo, demasiado teatral—. Por favor, antes muerto, que mi negro tiene su dignidad.

—Pero la pasta... es la pasta. Y, según has dicho, él la necesita como respirar.

—En eso estamos, querida. Yo aquí, y él subidito al expreso de medianoche para vender la historia al mejor postor. Por lo visto tiene un contacto en el *Paris Match*. Aunque no sé si fiarme. Para no levantar sospechas —eso me ha dicho—, Armand ha elegido un nombre en clave: «Narcissus Noir», como el perfume.

—¿...Y?

—Pues que eso suena como a una cita a ciegas. ...Y si te he visto no me acuerdo.

—Quita, quita, con lo que tú vales. Ya volverá, hombre, seguro que vuelve.

—No sé, a veces pienso que este tinte está arrasando todo mi atractivo —continuó Sito pasándose la mano por el tupé con semblante ensombrecido—. Tiene mercurio, o algo por el estilo, y se me está poniendo una cara de lombriz que...

—Eso te pasa por usar el de tu padre, que es un antiguo. —Su interlocutora no pudo evitar un cloqueo burlón—. Pero tranquilo, que con el pastizal que vais a sacar a cuenta de esa exclusiva, podrás comprarte el tinte de las estrellas.

—El dinero no lo es todo en la vida —puntuó el cura—. Moralmente...

—¿Moralmente? —le cortó Culoperdiz repitiendo la palabra como si le pareciera repulsiva—. Cuénteselo a esos que mean dólares y se follan hasta a Rintintín.

—Tranquilo, que así los descuartizarán los mastines de Satanás —aprobó Juana con el tono de quien rubrica un visto para sentencia—. Y aquí, bueno, vaya si vamos a ser famosos gracias a tu Narcissus Noir: primero los crímenes de ese periodista satánico, y ahora las aberraciones sexuales de Orson Welles, todo en Etxalar.

La tercera mención a su ídolo acabó de desquiciar a Legaz. Harto de todos, dio un respingo, se ajustó los manguitos y empujó el montón de billetes. Nines abrió su bolso y Juana fue introduciendo los cinco fajos sin que le temblara la mano.

—Con eso también a vosotras os da para una buena juerga, ¿no? —Sito acompañó su sorna con un guiño vengativo dirigido al cura—: A ver si además de las bendiciones, padre, va a acabar teniendo que leerles la cartilla.

—¿La cartilla? ¿Qué cartilla? —Fue el único momento en que Nines pareció despertar de su letargo ansiolítico: en un arrebató fulgurante, retiró su libreta del mostrador y se la llevó al pecho—. ¡Esta es mía, mía, y solo la leo yo!

—Dios misericordioso —masculló Juana elevando sus ojos hacia el crucifijo, junto al retrato del dictador—, cuánto cansa ser la única adulta de la familia.

Tal como lo dijo, el clac del cierre metálico de su bolso sonó como el ruido de una mandíbula al dar diente con diente, y ahí se acabó la comedia.

—¿Para qué querrán tanto dinero? —elucubró en voz alta Legaz, una vez que las hermanas desaparecieron—. En lo que llevamos de año no han ingresado ni un colín y han sacado casi un millón. A este paso...

Todo Etxalar estaba al tanto. Tras sucumbir al alcoholismo por la diabólica succión del periodista, las Echeagaray se habían precipitado en el infierno de la droga. No descartaban la posibilidad de que invirtieran aquella suma exorbitante, trescientas mil pesetas, en costearle los oficios de los mejores leguleyos de Madrid. En el runrún comenzaban a sonar los nombres de reputados supernumerarios del Opus Dei, pues no en vano el candidato a santo, José María Escrivá de Balaguer, había sido nombrado hijo adoptivo de Pamplona. Pero ¿era católico interceder por un asesino sin escrúpulos, capaz de degollar a un idiota inocente, a un no menos inocente funcionario y a su amante, por más que fuera un pendón?

—Es lo que tiene la modernidad —sentenció el cajero quitándose las lentes y restregándose sus ojillos ratoniles, irritados por el monto del reintegro—: se empieza yendo a Francia a ver lo verde y se acaba metiendo en casa a un *gigoló*.

A Culoperdiz no se le escapó la alusión a sus devaneos tropicales, pero ese chupatintas también tenía mucho que

ocultar:

—¡Sí! ¿Qué pasa? ¡Un *gigoló* y encima negro! Más te valdría tener uno que te llevara al Pasapoga a catar carne fresca, cara de acelga —le espetó al tiempo que recogía sus papeles con un aspaviento indignado—. Que te vas a desollar la mano muerta de tanto darle a la manivela donde ya sabes...

La calva de Legaz volvió a teñirse de púrpura. Siempre había pensado que sus hábitos masturbatorios durante las sesiones del casino —el último viendo *Niágara*—, no tenían testigos. Hasta el cura Arozamena parecía conocerlos:

—Falta caridad, Custodio, falta caridad —apostilló clavándole una mirada nada evangélica mientras volcaba de su hucha la magra suma de doscientas diez pesetas con cuarenta céntimos—. Y que tu mano izquierda no sepa lo que hace la derecha.

Legaz también sabía lo que hacía aquel cura en los cines de San Juan de Luz sin necesidad de ayudarse con las manos. Para eso estaba su asistente, la que se sentaba junto a él, precisamente en la fila de los mancos, pero prefirió callar. Sito ya culeaba en retirada y arriba de la pared, tocado con sombrero tirolés y pluma de faisán, el Caudillo parecía a un soplo de descolgarse de su retrato para dar comienzo a la cacería. Cinco años atrás, en una jornada mítica, llegó a abatir cuatro mil perdices, todas conspicuamente rojas, muy rojas. Demasiado rojas.

28.

Carta para un muerto viviente

Esa noche el doctor Gorrochategui y su esposa, Purificación Zorreguieta, se resignaron a perderse el episodio de la serie de moda —*Usted puede ser el asesino*—. Tocaba agasajar al matrimonio Damboriena, por aquello de las buenas relaciones entre médicos y boticarios. Resultaría un poco más arduo aplicar este principio magistral a sus cónyuges. Irune, la de Culopollo, no soportaba a Purificación —Puri para las amigas, Purazorra para las otras—, y no solo por su tendencia a acaparar la conversación con sus bikinis franceses o su muestrario de cosméticos aplicados —labios pintados de un carmín alarmante, sombras vampíricas en los ojos, uñas de pantera—. Había algo que le desagradaba todavía más, y esto era su inveterada inclinación a coquetear con cualquiera que gastase pantalones, incluido el esmirriado de su marido. Desde los aperitivos, y tomando a las Echegaray como pretexto, se las arregló para llevar el coloquio a su punto de cocción:

—Ninfómanas, un par de ninfómanas reprimidas, eso

es lo que son —graznó atusándose ese peinado que recordaba una fideuá al horno y en el que ella cifraba la apoteosis del glamur—. Tanto darse talco por pillar como poco a un notario y mira cómo han acabado. Perdiendo las bragas por ese... ese...

No encontraba la palabra, o tal vez le parecía impropio verterla sobre esa mesa donde, sobre un mantel estilo Balmoral, se exhibía un popurrí de crustáceos y una no menos selecta bandeja de ahumados.

—¿Por ese periodista? —la ayudó Culopollo, siempre en baba.

—Ni siquiera era periodista. —El doctor, clasista hasta la médula, administró su corrección como si le introdujera un supositorio por el recto—. Un buscavidas que encontró su mina de oro en esas pobres desahuciadas y nada más.

Entre langostino y langostino, Puri deslizaba el índice entre sus pulposos labios. Se lo rechupaba pensando a saber en qué y lo sacaba con un ruido de descorche:

—¿Cómo que nada más, Martinxo? —Si esperaban que glosara sus investigaciones sobre la Carmen de Merimée, no acertaron—: Menudo miembro debe tener el chispero. Según Pantxika, que una vez lo sorprendió en la ducha, con semejante badajo podría hacer sonar la campana de la iglesia desde el frontón.

—Lo que les faltaba a esas verracas en celo —siguió Irune, sin quitarle los ojos a su rival—. Caer en las redes de un erotómano compulsivo.

La nuez de Culopollo se estremeció, había estado

comprometido con las dos.

—... Y encima cocainómano, como Sherlock Holmes.

—¿A qué viene eso, pollito, a qué viene? —Cuando se ponía nerviosa, Irune motejaba así a su marido, sin cortarse. Ella tampoco había leído *El signo de los cuatro*, donde el célebre detective se inyecta cocaína diluida al siete por ciento—. Estamos hablando de un escándalo criminal de sexo, orgías y barra libre.

—Humm, vaya con las viejas cachondas... Casi me dan un puntito de envidia. —Puri volvió a chupetearse el índice, ahora con cierta delectación morbosa—. Quién diría que este pueblo fue la capital de la lujuria y el desenfreno en los tiempos de las brujas. Por no tener, ahora no tenemos ni chicas yeyé.

—Si os fijáis, hay algo de eso en esta historia. —Martín prendió su pipa, en plan doctoral—. Las orgías que atribuimos a esos tres, ¿qué son sino un calco de los viejos aquelarres? Al fin y al cabo, las brujas de Zugarramurdi también se untaban con psicotrópicos antes de besar el culo del diablo.

—Martín, por favor... —le corrigió su mujer declinando una caída de párpados que Culopollo, embobado frente a ella, no podía ignorar—. Aunque yo, desde luego, no sé de lo que sería capaz si me untaran lo que se dice bien untada.

Juan Cruz amagó un gesto de dolor que le hizo cerrar los ojos y morderse la lengua, todo a la vez. Irune acababa de asestarle un puntapié disciplinario bajo la mesa.

—A mí la que me preocupa es la madre —siguió el médico—. Ya no sé ni el tiempo que hace desde la última visita, si es que la he reconocido alguna vez...

—Tampoco llevas tanto aquí, cariño.

—Siete años, ¿no?

—Cuatro como mucho —precisó Irune, que recordaba muy bien los furores uterinos de Purizorra, antes de sacramentarse—. Tu predecesor, el doctor Gastaminza, murió a finales del 59 y tú tardaste año y pico en ocupar su plaza.

—Sí, puede ser —caviló el galeno—. Recuerdo que en el 60 murió Boris Pasternak, el de *El doctor Zhivago*, de un cáncer de pulmón. Y también Clark Gable, de un infarto, en el 59. Y a los cincuenta y nueve, precisamente.

El excursus cultural no prosperó. Irune era más de Marlon Brando.

—Pues con don Fermín, lo mismo...

—Cierto, falleció en plenos sanfermines, vaya por Dios.

La boticaria ignoró piadosamente la apostilla del galeno:

—... Me refería a Palmira. Desde aquel ataque que la dejó hemipléjica, ya no hubo manera de que entrase en su casa un estetoscopio.

—Bueno, al menos la visitaba el cura de entonces. —Puri volvió a echar su puñadito de pimienta al fuego. Nadie había olvidado el escándalo de las fornicaciones sacrílegas entre la viuda alegre y el ministro del culto—.

Lástima que el pobre acabara suicidándose, ...y de aquella manera. Qué espanto.

—¿Y si *la* Palmira que iba a palmarla experimentó una curación milagrosa gracias a él? —Culopollo, que tenía la suya en el ídem, creyó relajar la tensión. Nadie sonrió—. Lo digo porque, al poco, las hermanas dejaron de pasarse por mi farmacia.

—¡Anda, no digas sandeces! —protestó su costilla molesta por que se tomara la ciencia de Epicuro en vano, pese a que su formación no pasaba de un bachiller sin reválida—. La vieja arrastraba un historial que no cabría ni en el baúl de la Piquer. Fatiga cardiaca, insuficiencia renal, vértigos... Eso no se cura con tres avemarías.

Gorrochategui, que sufría en silencio una psoriasis genital con derivaciones anales —¿transmitida por un desliz de su cónyuge?—, improvisó una ocurrencia:

—Pues entonces..., vete a saber si sus hijas la tienen secuestrada.

—Hombre, Martín, no te pases. Aunque, las hermanitas... —todos pendían de las palabras de Culopollo, y más que nadie su atenta esposa— ...son muy peculiares.

—¿Peculiares? ¡Dos piradas como dos putas cabras, eso es lo que son! —Irene perdió la compostura, pero solo un instante. Como pidiendo disculpas, dedicó a su anfitrión una sonrisa zalamera—. Que no lo digo yo, lo dice todo el pueblo. Eso sin remontarnos a sus ancestros, que esos sí que eran para echarles de comer aparte.

—¿No se dice también que odian a todos los hombres?

La pregunta de la Zorreguieta incluía otra provocación evidente.

—Algo de eso hay —se evadió Culopollo, como quien resbala de la mayonesa a la salsa tártara—. Sin embargo, Santúa se llevaba muy bien con la pequeña.

—Idiota tenía que ser —masculló Irune—. Dios los cria y ellos se juntan.

Culopollo, el Chico Piramidón, afectó la puñalada. Hubo una de esas pausas en las que se dice que ha pasado un ángel. En este caso, un ángel del infierno.

—Pero los otros —continuó la boticaria—, la verdad es que no lo entiendo. No entiendo qué han podido hacerles para que los odien así.

—¿Qué han podido hacerles? —se jactó Purazorra gesticulando con la mano donde brillaba una esmeralda del tamaño de una croqueta y sonriendo de aquel modo perverso—. Seguro que ni buscarles las cosquillas. Precisamente por eso los odian.

—Con esos precedentes y tres muertes violentas en su entorno... es de temer que su crisis se agrave. —El matasanos recuperó su tesis tremendista—. Ay, qué cosas terribles pasan en estos pueblecitos aparentemente tan bucólicos.

—Y eso que tú no sabes de la misa la media, Martín. — Irune sirvió más vino en las copas. Primero en la suya—. Además de lo de *La casa de las chivas* y los asesinatos satánicos, ahora resulta que tenemos en el pueblo un

maniaco sexual.

—¿Otro? Lo digo por que si el escritorzuelo ese también...

—Este va de artista. Y actúa en los lavabos del Txinparta, donde Zumbeltz.

—¿Un exhibicionista entonces? —La Zorreguieta pestañeó deslumbrada.

—De momento se limita a pintar mamarrachos obscenos. Aunque nunca se sabe. Se empieza así, y lo mismo mañana tenemos que lamentar una violación.

Hablaban las mujeres. Culopollo seguía sin levantar la cabeza del plato, ahora peleado con un langostino particularmente coriáceo que acabó escupiéndole una rociada viscosa a la cara. Nadie se molestó en acercarle otra servilleta.

—¿Pero no decían que se trataba de un fenómeno paranormal?

Fue el único momento en que Purizorra pareció bendecida por la inocencia. Su marido cacheó su mano con unos golpecitos paternales. La alianza palideció.

—Nitrato y cloruro de plata, querida. Te apuesto lo que quieras a que las pintadas están hechas con eso. El mismo truco que usaban los del maquis para cifrar sus mensajes y volverlos invisibles a conveniencia.

—... Le dijo la sartén al cazo, porque, lo que soy yo, no pillo ni papa.

—Esta tarde me ha aparecido por la consulta Antxon, el mecánico. —La elipsis de Gorrochategui eclipsó a su

cónyuge—. Venía con sus partes como dos pelotas en llamas. Un sifilazo que, según él, ha pillado en los servicios del tren de los moros.

La Zorreguieta fue la única que no se sumó al coro de risitas malévolas. Pues sí que estaba su marido para reírse de nadie, con esa psoriasis verrugosa que la tenía en ayuno de cumplir con el débito desde ya ni recordaba cuándo.

—No me extraña —apostilló Irune—. El mes pasado se nos llevó seis tubos de pomada antibacteriana. Se ve que no han sido suficientes para...

—¡Irune, por favor! —rugió Culopollo—. ¿Qué pasa con el secreto profesional?

—Pues resulta que venía del Txinparta, precisamente —sentenció el médico.

—¡No me digas que ha pillado esa guarrería con *la Mari Toñi*! —El rostro de Irune se descompuso en una mueca de horror, como si temiera el contagio—. Será furcia...

—Que no, Puri, que no —ponderó el cornudo ajeno a las asiduidades de su cónyuge en el taller de chapa y pintura—. Que a Antxon le van las maduritas.

—¡Ah, o sea que ha sido con...! No me lo puedo creer —abundó su esposa perfectamente teatral—. Ese bruto en camiseta, con esas manazas negras de Castrol, trajinándose a las Echegaray por delante y por detrás. Hala, hala..., qué horror.

Si ella se llevó la suya al bocado de Adán, por

disimular, su marido engulló otra cucharada de cabracho, ajeno a la mirada conmisericordiosa de Irune.

—La cosa tiene que ver con lo que estabais contando. Lo de las pintadas marranas —siguió el doctor con la boca llena—. Por lo visto, ha aparecido otra aún más morrocotuda y Zumbeltz está que se sube por las paredes.

—Pues por seguir con lo de las manazas... Con esa que tiene Bocaseca, atiborrada de esquirlas de metralla, lo mismo explota y se arma la mundial.

—Bah, no te creas. —Gorrochategui desdeñó la agudeza del Chico Piramidón, era su sino—. Los de su cuadrilla se lo están pasando teta. Hasta hacen apuestas a ver quién es el Jabato. De momento, van nueve a siete los que señalan a Garrincha.

—¿Al Garri? —Purizorra, que había ido a preparar los cafés, respondió desde la cocina—. Pero si a ese la mandanga, ni fú ni fá...

—Ya, pero recuerda lo del nitrato de plata y los maquis. Y súmalo a eso la tunda que le propinaron los requetés el Día de la Victoria.

—Zumbeltz no tuvo nada que ver, él va de otro palo.

—Pues estuvo a esto de liarse a mamporrazos con nuestro santón. —El calzonazos segregó una risita de suficiencia—. Según tengo oído, Garrincha se dejó caer por la taberna al día siguiente y se pidió un mosto.

—¿Que Garri entró en el Txinparta? —preguntó incrédulo Culopollo—. Eso sí que es un milagro. Porque ese ahí está tan fuera de lugar como una trucha en una

butaca.

—Más a mi favor, o al de Zumbeltz, que andaba con la mosca. «¿Un mosto? No me jodas» —le espetó—. «¿Qué vas, de belén viviente? Pues ponte a mordisquear apio como los conejos que los hombres beben orujo y se van de putas».

—O sea, que no le sirvió el mosto —puntuó Irune.

—Peor que eso: le atizó un trallazo de Soberano, en plan desafiante.

—Justo lo que intentaron hacerle tragar los requetés.

—Si fue así, seguro que Bocaseca no estaba al tanto. — El médico volvió a prender su pipa—. «Venga, *motil*, métete esto», le bufó al tiempo que le empujaba la copa, «y enséñale a la cirrosis quién manda aquí».

—¿Y se la metió? —apostilló la Zorreguieta con un mohín delicuescente.

—Ya sabéis cómo es nuestro Garrincha. Muy templado, cogió la copa, la alzó como para un brindis, y soltó una de las suyas: «No somos gente del sur, no somos gente del sol y la alegría. Somos vascos, siempre pensamos que podría ser peor y estamos esperando que sea peor. Si vives un momento de felicidad, no te preocupes: pronto pasará. Así que a la salud de la Parca, que a mí la muerte me la trae floja». Y tal como se lo dijo, le escupió el coñac a la cara.

—O sea, que acabaron a hostias.

—Faltó un pelo, porque justo en eso entró Cresen, la cuñada de Garrincha, con su saquito de endrinas para el

pacharán de Bocaseca. Una santa que odia la violencia.

—¿Pero no tiene a sus dos hijos metidos en la ETA? —
La observación de Culopollo no pudo ser más
inconveniente, de esas cosas no se hablaba en el pueblo.

—... Y Bocaseca, claro, tuvo que amarrarse los machos
—continuó el médico—. Porque la última vez, cuando le
pilló sacándose uno de sus Infalibles del dobladillo, la
Cresen le arreó un revés de agárrate y no te menees con el
saco de las endrinas, y no era cosa de repetir. Pero al poco
¿quiénes pensáis que aparecieron?

—Espera, espera... —le cortó Irune—, que estábamos
con lo de las apuestas por las pintadas. Antes has dicho
que iban nueve a siete. Nueve a favor de Garri, vale. Pero
los siete puntos, ¿quién se los lleva?

—Justo las que entraron detrás de Cresen: las
hermanitas Echegaray. Porque según salieron, ¡toma!, otra
ración de mamarrachos como un cagajón de caballo.

—¡Coño con los de Logroño! —aulló la Zorreguieta—.
Y yo que estaba apostando por Chingurri, ya sabéis, el
que le robó las bragas a la Moreau.

—No te creas que no lo pensaron muchos, pero no:
Chingurri, imposible.

—¿Porque es un fetichista y esos solo se la cogen con
vaselina?

El doctor cebó su pipa con un suspiro, harto de las
proclividades de su esposa:

—Porque hace cosa de un mes, cuando andaba subido
al castañar de Arburúa, le falló una rama y se metió un

castañazo de órdago. Desde entonces va con los dos brazos en cabestrillo. Así que, para pintadas, las que lleva en la escayola y punto.

—Pero de ahí a acusar a las hermanas...

—No hay humo sin fuego —sentenció Irune—. Ayer, en la farmacia, Graxiana me aseguró que ya es la segunda vez que le compran pinturas. Si son ellas tampoco te creas que me cogerá de susto, con todo lo que se cuenta acerca de esos pingos.

—Zumbeltz me da un poco de miedo. —El doctor asumió su perfil más profiláctico—. Ese es capaz de cualquier barbaridad.

—Habría que alertar a las autoridades, aunque sea para evitar males mayores.

—Sí, claro, que les calcen un cinturón de castidad a esas mesalinas menopáusicas.

A las dos arpías les valía cualquier pretexto para desafiarse. Gorrochategui lo evitó poniendo algo parecido a una bandeja de calma junto a la de los postres:

—Bueno, bueno... Si pintarraजार un par de diablos empalmados en los váteres de una taberna las relaja, tampoco están matando a nadie, ¿no? A mí lo único que me preocupa de todo esto es lo de la madre. Si están majaretas, allá ellas, pero si privan de su asistencia a una pobre anciana, eso ya empieza a concernirme.

—Por favor, Martín, nada de escándalos —le previno su esposa irritada por el pésimo rendimiento de su cafetera. Pese a ser italiana, no acababa de subir el café ni

a la media hora de ponerla al fuego. Igual que el órgano viril (organillo más bien) de su marido.

—Tranquila, zorrita mía. —O sea que era así como la llamaba en la intimidad. Irune segregó una mueca triunfal que el doctor no pareció afectar—. Ya sabes que yo actúo con mucho tacto. —La mirada que le atravesó su «zorrita» prometía un buen bofetón, eso sí, todo tacto, tan pronto como estuvieran a solas—. Y seguro que es para bien.

—Dios te oiga, Martín, Dios te oiga.

Si Irune lo dejó caer con un semitono angelical, la Zorreguieta le pasó la primera taza humeante con un apenas audible: «Y que el Diablo te escupa dentro, cabrona».

Aquellas palabras acabaron de ser pronunciadas con las campanadas de medianoche. Las que repicaban en la torre de la iglesia de Etxalar doblaron en la de Vera. Se diría que el viento que empujaba las mismas nubes de valle en valle, tal vez el aliento de Akerbeltz, transformaron su aparente levedad en un mensaje de ultratumba. Sin saber por qué, allá en Vera, el vagabundo que dormía al amparo de los *arkupes*, bajo un amasijo de periódicos, despertó sobresaltado. Un perro rompió a ladrar, le siguió otro, y luego otro. En apariencia nada había sucedido. Nada fuera de ese ritual ordinario. La pareja de la Guardia Civil que venía de cerrar su ronda pasando por la estación, traía la

cartera del tren correo. El cabo la arrojó sobre la mesa de despachos y se sirvió un sol y sombra.

—Levanta el «jopo», Juan Breva, que hay carta para el muerto viviente —masculló, a media voz, la mirada distraída en el póster de Ursula Andress que alegraba su taquilla—. Habrá que abrirla, lo mismo le toca liar el petate.

El sargento amagó un bostezo en su tricornio y rasgó el sobre:

—Viene con el auto en firme —gruñó, impasible—. O sea, que se lo llevan.

—¿Puerta o penal? —preguntó el que montaba guardia al raso.

—Lo siguiente, *quillo*: a este se lo cepillan.

El cabo se perdió en el paisaje que se adivinaba tras la exuberante anatomía de la primera chica Bond. Un mar verde turquesa entre cocoteros.

—¿Y para cuándo tenemos que endilgarlo?

—Con el Corpus hay que bajarlo *pa'bajo*.

—Pues se le acabó la *choclera* al muerto viviente: le quedan tres días y luego... —El de la garita se cruzó el cuello con el índice—. A criar malvas.

El apelativo había prosperado. «Muerto viviente» era un epíteto que le sentaba bien a Rosario Landi, alias Román Corominas, el asesino inconfeso de un idiota, un tartamudo y una puta. Insomne en su celda, pálido, demacrado, se pasaba las noches maldiciendo su mal fario, aunque confiando todavía en que el despropósito

acabara por resolverse. Aquel despacho ya lo había resuelto: en el plazo de tres días sería conducido desde un provinciano cuartel de la Benemérita a las dependencias de la Dirección General de Seguridad, en Madrid.

Cinco años antes, al saberse condenado a la pena máxima, El Jarabo, uno de los criminales míticos del franquismo, pidió como última voluntad que le subieran la cena del Lhardy, una botella de coñac francés y una inyección de morfina, aunque se derrumbó ante la visión del garrote. Rosario, entonces, ni alcanzaba a imaginar que sus siniestros herrajes ya se estaban abriendo para recibirle a él.

29.

El Ojo de Caín

Desasosegada en su cama deshecha, sin poder conciliar el sueño, Nines contaba las horas que le restaban para acudir al Txinparta, quizá las mismas que permanecería su amante en el mundo de los vivos. Tres noches atrás, al subir a su cuarto, un destello rojo rubí la detuvo frente al retrato de Laverna. La visión le cortó el aliento. No podía ser, deliraba. En su mano izquierda, la que sostenía la calavera, hasta entonces desnuda, su antepasada mostraba una pulsera de granates idéntica a la que le arrancó Santúa la noche del crimen. Tuvieron que cortarle tres dedos para recuperarla. Desde esa fecha no había vuelto a ponérsela y no solo porque fuera el regalo de su padre el día de su primera comunión. El tormento se ensanchaba al recordar el colgante que le ofreció su Román —la misma piedra, el mismo corte en forma de corazón—, aquel otro día en que, como una segunda comunión, sellaron su amor con un beso. Pero esta, la del cuadro, parecía irradiar fuego líquido, como si goteara sangre. Tenía que ser una señal, la señal que esperaba. «Cede y procede». Su tutora

infernala convocaba desde las tinieblas.

Corrió escaleras arriba, al compás de aquellas campanadas que repicaban el toque de ánimas en Etxalar y en Vera. Las páginas del libro de conjuros volaron en un vértigo febril. Se detuvo en una iluminada por lo que parecía ser el ceño del demonio. «Dibuja un Ojo de Caín» —sintió que le dictaba, alzándose del pergamino, la voz de la Tuerta—, «clava un clavo en su pupila y cuenta tres días. El primero, colgarás un sapo cabeza abajo, le sajarás el vientre y recogerás su veneno en una concha de peregrino. Con la luna del segundo irás al cementerio y darás tres vueltas al revés sobre mi tumba. Llegado el tercer día, arrancarás el clavo y juntarás el veneno del sapo con tu sangre. La mitad de la poción habrás de beberla tú, la otra la verterás sobre el dibujo. Aquel en quien pienses sentirá un desgarró en sus entrañas y, según sea tu deseo, volverá a ti o será muerto».

Noche a noche, mientras consumaba los protocolos del ritual, su mente incubó un «todo o nada» delirante. Se lo decía ese otro clavo premonitorio que sostenía las vigas de Belle Ombre. Se lo decía el colgante de su donjuán, que parecía palpitar a golpes de sangre en el ojo de Laverna, el Ojo de Caín, tanto como en sus venas. La víspera, al cruzar la plaza, había oído al chófer de La Veloz soplarle al recadero que los guardias se iban a llevar al «pollo pera» a Madrid. Por su manera de apretar sus labios al verla, supo que aquel pollo pera no era Culopollo, sino su Romeo. ¡Iban a matar a un inocente!

De ahí el mensaje de la pulsera. Pero no, el sortilegio detendría la mano del verdugo. Román imploraría su última voluntad, verla antes de morir, y le declararía su amor eterno. Entonces Nines confesaría sus crímenes, él quedaría libre, sería ella la condenada. Por más que la agarrotaran en su lugar, moriría feliz, casada como Dios manda, aunque fuera al pie del cadalso.

Incluso cabía otra posibilidad, y todavía con el amargo sabor del veneno del sapo en el gáznate, tan pertinaz como el del amor, se aplicó a cumplirla. Apartó uno de los fajos que esa mañana habrían de sepultar en la cisterna del Txinparta, lo tendió sobre el dibujo del Ojo de Caín, y volvió hundir el clavo roñoso en el entrecejo de aquel otro Echeagaray que ilustraba el billete.

Su doble maleficio no podía fallar. El bastardo que no se cansaba de extorsionarlas abjuraría de su iniquidad. Ella correría a la comandancia de Vera. Rosario le multiplicaría sus protestas de amor, los guardias, enternecidos, se apiadarían, huirían juntos. ¿Qué contaba esa novela francesa que había atraído a su desventurado galán hasta su pueblo? «Su amante, el Tuerto, le dio una puñalada. Pues bien, Carmencita lo amaba cada vez más». Ella no iba a ser menos. Se transmutaría en la ardiente gitana de Etxalar. De un modo u otro salvaría a su «romí», emprenderían una vida nueva, allá donde nadie les conociera. ¿No había actuado de una manera semejante su tatarabuela, la que le transfirió su nombre, la que se fugó a Florencia con un poeta a lo Campoamor?

Rosario y ella se convertirían en dos prófugos románticos, su historia generaría una leyenda tejida de pasión y fatalidad. Aunque acabaran atrapándoles, morirían fundidos en un beso sin final, como en esas películas de Cifesa —*La reina mora*, *Locura de amor*—, consuelo de incurables, frenesí de almas en pena.

La tétrica vigilia del tercer día las hermanas desayunaron sin cruzar palabra —todo estaba decidido—. Sobre las once, Nines subió a su cuarto vigilada por las gárgolas en forma de cabeza de dragón que parecían guiñar sus ojos pérfidos al sol estival, preguntándose cuándo volverían las lluvias. Apenas ingirió la última dosis de su poción, Juana llamó a su puerta con su gato entre los brazos.

—Es la hora. —Su voz seca resonó como el puño del comendador, ella borró de sus labios los posos de la pócima—. Vamos a por ese hijo de Satanás.

Lo tenían todo dispuesto: la bolsa con las trescientas mil pesetas, las agujas de tricotar dentro, el Ojo de Caín en ascuas. Esta vez la estrategia sería otra. Nada de vigilancias desde el casino. Una vez volcada la bolsa, las dos hermanas se apostarían frente a los lavabos del Txinparta, hasta que su enemigo entrase a por el dinero. Al fin lo habían desenmascarado: solo podía ser Sito Culoperdiz, el hijo sarasa de Culopollo. «Tú lo has visto como yo» —había sentenciado Juana nada más salir de la Caja—, «el papel amarillo que le ha pasado a Custodio

era el de los anónimos». Sito, el muy maricón, se había delatado como el fulano que firmaba «El hombre que sabe». Todo encajaba: él y su Narcissus Noir estaban conchabados con Landi. Tanto daba que quien viniera por la saca fuese el sodomita o su chaperero. Si creía que no se iban a atrever, que se fuese preparando. Lo seguirían hasta acorralarlo en algún callejón y, en un visto y no visto, dos agujazos en la mitral, así, por la tremenda. ¿Qué tenían que perder, si ya lo habían perdido todo?

De camino, Nines sintió que su cuerpo se tensaba, como cuando su antepasada, la reina de las brujas, trazaba sobre su palma el pentáculo de Belcebú. Estaba convencida de que su conjuro le respondería, no podía fallarle. Así como el de Caín, el ojo fatídico de Juana parecía fulminar tras sus arlequinescas gafas negras a cuantos se les cruzaban. Solo faltaba el atabalero que precedía a Laverna la Diabla para anunciar que el mal farío estaba en el aire.

Los trémolos del ángelus les llegaban desde la iglesia, acababan de dar las doce en el reloj de la taberna. Juana apretó las mandíbulas, el corazón de Nines dio un vuelco. Solo había un hombre acodado a la barra. ¿Sito? ¿Tal vez Narcissus Noir? Ni uno ni otro, ni negro ni blanco. Custodio Legaz, el cajero incoloro de tan macilento, mareaba un vino aguado sobre un pincho de tortilla. O sea, que también él estaba en el pisto. ¿Cómo no lo habían advertido antes? Por más insignificante que pareciera, con su cara de comadreja, su calva casposa y sus gafitas de

alambre, Legaz no sería el primer villano que oculta su alma demoniaca bajo un aspecto ridículo. Y desde luego, si había alguien que lo sabía todo del vecindario —«El hombre que sabe»—, era esa rata avarienta corroída por una úlcera gastroduodenal.

Al verlas pareció encogerse, esbozó un saludo y volvió a hundir su nariz en el morapio. Ni Juana ni Nines respondieron. Serenas a la par que iracundas, enfilaron sus pasos hacia la última mesa, preguntándose dónde estaría Zumbeltz o, en su defecto, Mari Toñi. Pensar en ella y verla aparecer fue todo uno: la asistenta de Bocaseca salía de los váteres fregona en mano. Lejos de su costumbre, siempre tan abierta —sobre todo de piernas—, les lanzó una mirada tirando a torva y les apostrofó un «¿Qué va a ser?» que parecía cuajado de rencor.

—Dos Martinis bien secos —repuso Juana en el mismo tono—.

Y con su vocecilla de pitiminí, su hermana puntuó: «Agitados, pero no revueltos», porque esa frase se le había quedado en el caletre desde que vio a Sean Connery cara a cara frente al Doctor No. Aquel infecto chupatintas, el cajero, ¿sería su Doctor No? Sí, claro que sí: tanto como el maricón. Su desencuentro con Culoerdiz en la sucursal no fue más que un simulacro, un ardid para pasarle el papel amarillo con todas las claves. Seguro que el negro Armand les aguardaba fuera, con su haiga en punto muerto. Los tres integraban una banda criminal adiestrada en la extorsión de vírgenes indefensas. Las

hermanas ataron los cabos entre susurros, sin quitarle ojo, el Ojo de Caín. Al fondo, el televisor de las brumas perpetuas transmitía una actuación de los Xey. El simpático sexteto donostiarra cantaba a capela el «Oh, Pepita con el que triunfaron» en *Historias de la radio*. En medio del sincopado tartamudeo —«Ope-Opepé-Opepí-Opepiiii»—, y antes de que cayera el «taaaaa» final sobre sus Martinis, la voz de Zumbeltz hizo saltar las aceitunas en su copa. Aunque lo dijo bien alto, para que todos le oyeran, se dirigía a su asistenta:

—A ver, *neska*, ¿has cerrado bien con llave después de limpiarlos?

Mari Toñi respondió empujando el manajo de un lado a otro de la barra. Bocaseca traía una caja de cervezas El León al hombro, la calzó junto al petaco y siguió gruñendo, sin ninguna intención de saludarlas, salvo por alusiones:

—Tres veces van ya, y la última, joder, cuando pille al hijoputa que me los enmierda le arranco los *güevos*. — Legaz asentía según gestionaba su tortilla—. Que igual es una tiparraca de esas que se dan a la bebida. Pues si se creen que me voy a cortar porque lleven faldas, no saben con quién se la están jugando. ¡Por estas!

El gesto caló, aprendido de los gitanos que visitaban regularmente el pueblo, coincidió con la entrada del cabo Bastarrica.

—La amolamos, tía Paca —masculló Juana—, el que faltaba.

Al detallar su pistolón al cinto, las piernas de Nines comenzaron a temblar. No lo esperaba, algo estaba fallando. Volvían los nervios, la inseguridad, el miedo.

—Esto va a ser una encerrona. Lo saben, lo saben... —susurró al oído de su hermana al tiempo que apuraba su Martini de un trago para darse fuerzas—. Vámonos de aquí antes de que sea tarde.

Juana meció su copa y estiró los labios en una bisectriz siniestra:

—De aquí no me voy sin hundirle las agujas de la abuela al cabrón que nos está dando por el ojal. Y no me pongas esa cara, que te retratas —siguió, como si mordiera cada palabra—. Dientes, dientes, que vean que estamos de fiesta.

Bastarrica viró su panza hacia ellas, los botones de su guerrera a punto de estallar, con esa expresión achispada donde se mezclaban todos los chatos que llevaba a bordo y los ojos pitarrosos a causa de su alergia al polen.

—*Topa osasuna, arrebak!* —exclamó de lo más campechano, alzando también él su enésimo chiquito—. ¡A vuestra salud, hermanas!

Juana respondió con un cabeceo distante, Nines se sentía morir.

—Encima nos provoca... Míralo, el que no bebía en horas de servicio —farfulló indignada ilustrando su escasa tolerancia al Luminal—. Es un sádico, un sádico.

—Tranquila, que este nos lo va a poner más fácil. Fijate en el pistolón que calza.

—Como que no lo he visto. Para darnos matarile.

—Por mis cojones, *bihotza*. —Debió ser la ginebra del Martini. De otro modo, no se entendía semejante lenguaje en la primogénita de las Echegaray—. A nada que se descuide, le madrugo la cachimba y dejo frito al primero que se escurra en el váter.

—¿La has soltado ya...? —La mirada extraviada de Nines hacía temer lo peor.

—¿Qué cosa?

—La pasta...

—¿Pero qué hostias dices, si acabamos de sentarnos? Justo ahora viene lo bueno —masculló apartando la copa—. Venga, coge el bolso y mueve el culo.

—No puedo, no puedo, Juana, si es que no siento las piernas. Ven, ven conmigo...

Harta de sus memeces, pero sin declinar su porte de gran dama, Juana enlazó su brazo para ayudarla a ponerse en pie. Pese al punto étlico, no había olvidado que tendría que pedirle las llaves de los baños a Zumbeltz.

—Mi hermana se encuentra indispuesta, creo que va a regurgitar —exclamó con voz bien modulada una vez que la condujo medio a rastras hasta la barra—. ¿Serías tan amable de pasarnos las llaves?

—¿Qué coño es eso de reguchingar? —mugió el tabernero, poco dado a sutilezas.

Bastarrica entornó los párpados con un cabeceo versallesco:

—Echar la pota, hombre, echar la pota... Eso es

regurgitar en cristiano.

—... Seguramente por culpa de tu vermú —remató Juana no menos diplomática—, que a saber con qué matarratas te lo trajinas. Venga, la hostia, suelta el manojo.

Bocaseca frunció un mohín de fastidio, como resistiéndose:

—Acabamos de limpiarlos, a ver si me lo va a poner todo perdido.

—Como si te planta un zurullo y una tapa de callos. — Aunque no añadió «gilipollas», fue como si lo dijera—. Es tu obligación, esto es un lugar público.

—Por supuesto que sí —terció el cabo, muy en su papel de procónsul municipal—. ¡Marchando una de llaves para el trono!

La mirada iracunda de Zumbeltz buscó apoyo en Legaz, fue como si resbalara sobre una anguila. El pretoriano, cuestionada su autoridad, golpeó su chato sobre la barra. Solo entonces la temible manaza de Bocaseca, aquel bulto de carne cebado de metralla, empujó el juego de llaves hacia las hermanas.

—Que sea un entrar y salir, que si no voy yo a ver qué andáis ahí dentro.

—Merecerías que te lo descargara todo aquí, en tus putos morros. —Juana cogió las llaves estrechando a su cosanguínea como si fuera un pelele—. Tratar así a una señorita que ni hace pie, intoxicada por tus pútridos brebajes.

No, claro que no. No era el Martini, sino la poción de tripas de sapo y rabos de lagartija que había ingerido esa mañana al culminar sus rituales. El rostro de Nines se veía lívido, tirando a verdoso, había roto a sudar, se mareaba. Nade de todo eso impidió que Zumbeltz le marcara un guiño conminatorio a su asistenta.

—Voy con vosotras.

Si Mari Toñi lo dijo como a regañadientes, aunque ya saliendo de la barra, Juana se interpuso dándole un buen meneo al amortecido cuerpo de su hermana:

—Media vuelta y gracias, que para esto me basto y me sobro.

El enfrentamiento entre la autócrata y la inclusera amenazaba con ir a mayores cuando se escuchó la vocecilla de Custodio:

—A mí también me están entrando ganas...

—¡Ganas de qué! —bramó Zumbeltz.

—... Creo que de obrar —maulló Legaz—. Llevo dos semanas con el recto agarrotado por los balances y justo ahora... *Joé*, que me viene el apretón.

—Pues que yo sepa, ahí dentro solo hay un cagadero.

La refinada puntualización del cabo enervó a la primogénita de las Echegaray:

—¡Las damas primero! ¡A ver qué va a ser esto!

Apenas lo dijo, sintió las uñas de su hermana clavarse en su brazo.

—Que me voy, Juana, que me voy...

Se llevó la mano a los labios, los espasmos iban a más.

Juana dictó sentencia:

—¡... A tomar por culo!

El exabrupto de la tataranieta de Laverna la Diabla retumbó de tal manera que Bastarrica dio un paso atrás. Fue el único que lo hizo pues, tal como estaban, Mari Toñi con el trapo al hombro, Legaz agarrándose el bajo vientre, Juana sosteniendo a su cosanguínea y esta exangüe —como quien dice con su bolso en la boca—, se precipitaron hacia los váteres tal que los elefantes de Aníbal al cruzar los Alpes.

Nines entró trastabillando, ciega por regurgitar. Juana le cogió el bolso y, con la furia del arrebató, le dio con la puerta en las narices a Mari Toñi, que venía detrás. Un rugido volcánico, como de tripas a punto de estallar, le disuadió de insistir. El que se iba de verdad era Legaz. Arremetió contra la puerta con el coraje de un elfo transmutado en titán. Más que abrirla, la arrancó de cuajo. La escena que alumbró pasaría a los anales de Etxalar —en su sentido literal—. Nines yacía desfarrapada en medio de un escabeche de vómitos mientras su hermana, con el bolso al sesgo y las agujas de tricotar asomando, clavaba una mirada letal en la entrepierna de aquel contable plantado ante ellas con los pantalones en los tobillos y los gayumbos salpimentados de palominos a la vista. Lógico que, ante semejante panorama, nadie reparara en el preservativo que pendía de la cisterna, sobre el moño erecto de Juana: un Infalible puesto a secar y olvidado por su dueño.

—¡Cómo te atreves! ¡Cerdo exhibicionista! —barbotó la primogénita lanzándole cien rayos de condenación a través de sus gafas infernales—. ¡De esta te vas a acordar! ¡Violador! ¡Degenerado!

Desde luego que se acordaría, porque tan pronto como Juana volvió a darle con el batiente en los bellos, en su rostro se dibujó la expresión de un petirrojo masacrado en su nido y se lo hizo encima entre un huracán de pedorretas licuantes. Solo faltaba el acompañamiento de clarines y timbales. Lo suplió el puño de Zumbeltz aporreando la puerta. Sus juramentos electrizaron las tetas de las ninfas *art déco*, y hasta las del calendario Pegaso. Cuando volvió a abrirse, Juana sostenía a una Nines descompuesta y babeante, la pelambre en greñas, sus ojos saltones tan blancos como dos huevos duros. Una muerta, una mártir.

—¡Qué haces ahí mirando con esa cara de almeja, pedazo de subnormal! ¡Mi hermana se me va y todo es por tu culpa! ¡Llama a la ambulancia!

Hasta entonces Bocaseca no había pensado ni por un momento que aquello fuera en serio. También él, demudado y temiéndose lo peor, se apresuró a farfullar:

—A... ahora mismo la llamo y perdón, perdón, perdón...

Tendieron a la damnificada sobre una mesa. Mari Toñi se apresuró a preparar una manzanilla. Nadie se acordaba de Legaz, que reptaba sigilosamente hacia la salida arrastrando su maloliente ignominia. Al poco, desde la

lejanía, comenzó a oírse la sirena de la ambulancia. Juana enjugaba el rostro de su hermana con un paño —«pobre corderilla», lloriqueó, «no me tiene más que a mí»—. La escena no podía ser más desgarradora, la infusión llegó atropellada por un chirrido de neumáticos.

—Tómatela tú, que ya están ahí y yo quiero ir sola... —exclamó de pronto la moribunda con un hilo de voz, pero apretando la mano de su hermana mientras le clavaba una mirada digna del Ojo de Caín—: No repliques. Sé lo que me digo.

Tal fue el desconcierto de la primogénita al oír aquello que anuló por completo su capacidad de respuesta. En esa reacción autoritaria había algo que se le escapaba, no sabía qué, tal vez una variante insospechada de su hoja de ruta. Sin embargo, aún sin fiarse de ella, le siguió el juego.

—¿De verdad que estás mejor, *bihotza*?

—Sí, sí, no te preocupes... Todo esto se va a quedar en un susto, ya lo verás.

Bastarrica interrumpió el fraternal idilio:

—¿Pero cómo vas a ir sola, mujer? Al menos deja que un hombre...

—Es su voluntad, hay que cumplirla —sentenció Juana tajante.

—Ya, ya, aunque esto de las últimas voluntades... —El cabo buscó su oído, muy confidencial—. Piensa que lo mismo tu hermana está de parto y no quiere...

Su sentencia cayó como la cólera de Jehová sobre el

templo de los filisteos. Todos en el pueblo estaban al tanto de las fornicaciones de la pequeña con aquel fauno asesino. Un embarazo por la brava era lo menos que cabía esperar.

Los enfermeros tendieron a su hermana en la camilla. Juana ya no la veía. Cogió la botella de Martini y le quitó dos tercios a palo seco mientras sacaban a la hipotética parturienta tan en volandas que estuvieron cerca de sufrir otro percance. En su precipitación, los sanitarios no repararon en la persona que entraba mientras ellos empujaban la puerta sin ver otra cosa que las de su ambulancia al otro lado. El recién llegado los esquivó de chiripa. No pudo hacer lo mismo con la mirada que le enfrentó, midiéndole de pies a cabeza. En el espejo negro de las gafas de Juana se iluminó el perfil de Culopollo, el farmacéutico.

Traía una pequeña bolsa de deporte con los aros olímpicos enlazados a la Loba capitolina. Tanto hubiera dado que fuera el lobo cojo que sembraba la fatalidad en la comarca, o que hubiera echado a correr como Abebe Bikila, el etíope que eclipsó al mundo corriendo descalzo la maratón de la Olimpiada que conmemoraba su bolsa, la que definitivamente le delataba. ¡El miserable venía a por su botín!

Ni Sito Culoperdiz, ni el mandinga de Narcissus Noir, ni el Matador, ni Custodio, el cajero de Lucifer. El hijo de mala madre era él. Juana, muy afectada por el subidón de Martinis, vertió despacio el contenido de la tetera dentro

de su bolso, sin dejar de escrutarle. La infusión caldeó las agujas de tricotar que aguardaban su momento en su interior. Ajeno a sus poéticas ensoñaciones, Culopollo pidió un café y, con el primer sorbo, se dirigió a los lavabos sin sospechar ni por lo más remoto que podía estar firmando su sentencia de muerte. A lo lejos, la sirena de la ambulancia recordaba el gemido de cien brujas camino del infierno.

30.

Aunque no me quieras... cástate conmigo

En principio, su guion no tenía nada de bizarro: fingir un desmayo, de modo que Zumbeltz no pudiera negarles las llaves de los baños, lanzar a la cisterna la bolsa con las trescientas mil pesetas y plantarse a esperar, con sus agujas en ristre, hasta que saliera el chantajista. No contaban con el apretón de Legaz, si es que no era tan fingido como el suyo, menos aún con las trapisondas de Bocaseca y Mari Toñi. Todo lo demás, era cosa de Nines. ¿A qué obedecía esa exageración del arrechucho? ¿Qué razón oculta le llevó a desbaratar su intriga? ¿Un embarazo? Por favor... Entonces, ¿por qué no rechazó la ambulancia? Menos mal que en el último momento había atemperado la zapatiesta pidiéndole que la dejara ir sola y suplicándole que se quedara —naturalmente, montando guardia, con sus agujas asesinas al quite—. De otro modo, Juana se hubiera visto obligada a abofetearla.

La bofetada se la dio ella misma al concebir otra

posibilidad no menos tremebunda. Nines estaba loca por largarse a París, donde las cigüeñas. El fantasma del embarazo psicótico volvió a la carga sobre el de aquella fuga no menos fantasmática, y ambos se aposentaron en su entrecejo como un ave de mal agüero. Pero tampoco. Ni en mil años, ni en cien vidas reencarnadas, hubiera podido imaginar Juana Echegaray Iruleguibeitia de Aurrecoechea y todo lo que venía después, lo que había tramado la calenturienta mente de su hermana putativa. Menos aún el chófer de la ambulancia que doblaba ya la infinita sucesión de curvas y más curvas hasta el cruce de Peña Plata, donde enlazaría con la Nacional 121, en dirección a Pamplona. El frenazo delató el cruce. Fue entonces cuando la vocecilla de Nines se hizo oír dentro del aséptico cubículo:

—A Pamplona no. *Llevarme a Vera.*

El enfermero que la acompañaba atribuyó el desvarío a los sedantes.

—Sí, claro, guapa. Donde tú nos digas.

La ambulancia cerraba el giro de la rotonda. Al atisbar el rótulo de Pamplona por la escotilla, aquella Nines expirante y despeluchada se incorporó como empujada por un resorte, agarró al sanitario por las solapas y con otra voz, la de Laverna la Bella desde su trasmundo de horror y tinieblas, le increpó mirándole al blanco del ojo:

—Diles a los gurriatos de ahí adelante que tiren para Vera o te arranco los huevos a lo vivo. ¡Venga! ¿A qué esperas, cara de boñiga? ¡Arreando y a chorromorro!

Demudado ante la némesis flamígera en que se había transmutado la presunta interfecta, el de la cara de boñiga descorrió el portillo interior. Su compañero y el chófer estaban al tanto. Pero si en un principio sonrieron, como si aquello no pasara de una ocurrencia ansiolítica, lo que vieron en su rostro cambió la expresión del suyo. Lo mismo aquella loca llevaba debajo del refajo un Kaláshnikov o una granada de mortero. No había más que ver sus ojos inyectados en sangre:

—¡O me lleváis a Vera o me tiro en marcha y de cabeza, capullos!

Había abierto la puerta de atrás, la ambulancia rodaba casi a cien. Aquello iba a ser un suicidio y toda la responsabilidad caería sobre ellos.

—Está bien, está bien —cacareó despavorido el enfermero—. Te llevaremos a Vera, pero vete diciéndonos a qué sitio...

—¿Al dispensario de allá? —inquirió el chófer algo más que tenso.

—¿...O prefieres el paritorio? —puntuó su asistente, un gracioso.

El tercer cañonazo los clavó en sus asientos:

—¡Al cuartel de la Benemérita, pedazo de morcón, y cagando leches!

Corrían tiempos difíciles, ya lo hemos dicho. Además de por los crímenes satánicos, la merindad vivía sobrecogida

a cuenta de los primeros atentados de ETA. ¿Cabía la posibilidad de que esa loca estuviera integrada en algún comando de los *berezis* y hubiese decidido inmolarse estrellando su ambulancia contra la comandancia de la Guardia Civil? Comenzaron a temerlo a medida que el arrebato de Nines iba a más. Con la puerta trasera abierta, la mano en el tirador y un pernil al aire, como si fuera a lanzarse a bailar un *aurresku*, no dejaba de increparles para que apretaran el acelerador. De cien pasaron a ciento veinte, a ciento treinta. Hablamos de los años 60. ¿Quién, salvo el mismo Akerbeltz, podía atreverse a rodar por las comarcales de entonces a esa velocidad demencial? El chófer ejecutó —en su sentido literal—, veinte adelantamientos a tumba abierta. La ambulancia volaba con todas las luces encendidas y la sirena vuelta un clamor. Los caseríos, los árboles, hasta los montes desaparecían como borrados por un relámpago sobre ruedas que eran ellos. Frain, Lesaka, Nabaz, los nombres deflagraban apenas un instante sobre el retrovisor, sin tiempo ni de leerlos, y despegaban como vencejos en vuelo. Alcanzaron las inmediaciones de Vera en un tiempo digno de figurar en los registros olímpicos que decoraban la bolsa deportiva de Culopollo, a cien leguas de distancia. Tras cruzar por delante de la casa del «Hombre malo de Itzea» —así llamaban entonces los buenos vascos a Pío Baroja—, avistaron enseguida la bandera roja y gualda sobre el cartelillo de la Benemérita. Una alambrada lo circundaba y sus puertas,

defendidas por gruesos barrotes, se veían cerradas. Todavía con la trasera de la ambulancia abierta, Nines recuperó su tono más encantador:

—Que parezca un accidente.

—¿Có... cómo dices? —gorjeó el chófer, que en ese tiempo no se había atrevido a levantar ni un milímetro el pie del acelerador—. ¿Cómo que parezca un...?

—Si es muy fácil, hombre: enfila el portón y *p'alante*, como en los sanfermines.

—¡Y una polla, puta loca de mierda! —gritó el copiloto en el punto omega de su desesperación—. ¿No ves que nos viene de proa un furgón como un miura...!

Cierto, venía uno, y bien grande. Solo para exacerbar la fiebre de Nines:

—¡Es él! ¡Es mi prometido! ¡Y se lo llevan a matar! ¡Acelera que te degüello!

Fue lo que hizo el chófer encomendándose al Santo Cristo de Sasturriain, al San Juan Xar de Yanci, a Mateo Txistu y a toda la Santa Compañía, dándose ya por tan muerto como quienquiera que fuese el gañán que llevasen a bordo. La ambulancia impactó como un obús contra el flanco oeste de la verja, la atravesó llevándose veinte metros de alambrada sobre el capó en medio de un estruendo chirriante y, solo gracias a un quiebro providencial, consiguió esquivar el furgón que venía de frente. Este frenó en seco, provocando una deflagración de tricornios contra el parabrisas. Nines saltó a tierra y echó a correr, decidida al abordaje. El sargento que salía

de la comandancia a trote cochinerero seguido por media docena de picoletos, la vio abalanzarse contra las puertas del ómnibus:

—¡Abran! ¡Abran o me tiro debajo de las ruedas! ¡Mi hombre es mi vida!

—¡Pero qué *cohone*'...! Será *malafollá* la tía. ¡Queda detenida!

La había cogido del brazo, Nines se zafó para caer de rodillas ante sus botas:

—¡Por el Señor de los Ejércitos, agente, tenga piedad de esta mujer enamorada!

¿En qué episodio de *Ama Rosa* había escuchado unas palabras semejantes? Ella no lo recordaba, pero aquel sargento de rostro cetrino, bigotes de spaghetti western y ojos de Macarena tal vez sí, pues, como si fuera el mismísimo Guillermo Sautier Casaseca, cambió de tercio adoptando un tono perfectamente melodramático:

—Haber empezado por ahí, *mi arma*, que antes que guardias *semos* personas.

Lo de «*mi arma*» confundió a Nines aún más que lo de «*malafollá*». ¿Acaso le estaba amenazando con la suya? Pero no, tras dar dos palmetazos contra la puerta del furgón esta se abrió para mostrarle la cuerda de presos que llevaban al matadero. Dos gitanos, un joven barbudo con pinta de activista sedicente y un dandi demacrado que, en ese momento, fumaba despacio un Farias.

—¡Román, mi Romeo...! —clamó aquella Julieta postrada de hinojos—. ¡Dime que me quieres! ¡Dime que me quieres aunque sea un poco y lo confesaré todo!

Landi dejó que su voz se apagara y chascó la lengua con un gesto de hastío. La muerte de su amante sumada a un mes de calabozo y abyección salpimentado de bofetadas, parecían haber extirpado de su rostro el menor atisbo de compasión. La miraba desde el envés de sus ojos color mala suerte, como sin reconocerla.

—Román... Román, vida mía, dime algo...

—Que no se llama Román, señora, que este chuloputa *chuchurrío* es *el* Rosario —apostilló uno de los guardias hundiéndole al detenido la culata del subfusil en las costillas—. El Rosario de la aurora... donde se lo van a trajinar.

—No me seas bruto, Jiménez —le corrigió el sargento —, que aunque el Caudillo tenga la mano floja, si el palomo lleva muelas primero hay que sacarle la del juicio.

Landi movió de un lado a otro su mandíbula y cargó su mirada de insolencia:

—¿El juicio? Tanto da que me juzguen, la sentencia ya está dictada.

—¡No, eso no, Román, eso nunca! —prorrumpió Nines deshecha en llanto—. ¡Aunque te dejaras tentar por el pervertido de Sito y su negro, tú no has matado a nadie! ¡Mira, mira cómo se lo grito a estos! ¡Mi Roman es inocente! ¡Fui yo, solo yo! ¡Fui yo quien asesinó a la rubia! ¡A la rubia y al idiota! ¡Y también al tartaja!

—Dígale que en el mismo lote *s'a llevao* por delante a Rita la Cantaora, al Camborio y hasta a Manolete — apuntó el sargento con una media sonrisa inconsecuente —, que igual le hace más impresión al señorito.

Pero tampoco, «el señorito» no parecía por la labor. Tras quitarle otra calada a su Farias, le echó el humo a la cara:

—Estás tronada, vieja bruja. No sé si me das más pena que asco o al revés. ¿Qué te creías? —continuó en su tono atormentador—. ¿Que te hacía la corte por la mierda que vales? Solo me servías para sacarte historias acerca de tu puta tatarabuela, la Laverna esa de los cojones y nada más. Pero ya te digo que cuando pillen al cabrón que mató a Ana Rosa, por más que me agarroten volveré desde mi tumba para arrancarle la cabeza a ese hijo de Satanás.

Sus palabras hicieron la noche en pleno día. Nines se quedó sin habla. Todo su cielo se oscureció y, en la negrura súbita, sintió como un deslumbrador y doloroso relámpago atravesando su alma. Aquel a quien creía su príncipe azul la llamaba vieja, loca, bruja..., y no daba ningún crédito a su confesión. Más crudo lo tenía el sargento, ignoto seguidor del serial *Ama Rosa*, que se encontraba de pronto ante otra Ana Rosa, esta de verdad, aunque ya fiambre. Los guripas habían abatido sus metralletas poniendo esa cara inefable, la de «¿me he perdido algo?». El gitano viejo del furgón le pidió un pito al etarra. Este concedió musitando un desangelado *Jo ta ke* —la consigna incendiaria de la banda—, hermanos al

cabo en el infortunio. El de Nines iba a más. Anonadada ante la puerta, mirándole sin verle, pasaban por su mente imágenes de martirio. «Usted sabrá disculpar a un extraño...», así se presentó aquella primera vez su Romeo, cuando sus miradas se cruzaron en el cementerio. El idilio fue tan fulgurante como los de los cuentos de hadas.

—¿En qué estás pensando? —le susurró, muy tierno, el día que se reconciliaron, después del episodio de Roncesvalles.

—Es tan raro... —repuso ella arrebatada de pasión—. Ahora estaremos juntos años y más años. ¿Crees que tendremos bastante de qué hablar, amor mío?

—¿Hablar? —sonrió el galán—. ¿Para qué?

La tenía entre sus brazos, la acariciaba, ella se dejaba arrullar.

—No te burles, Román, que te lo digo muy en serio. Soy una chica de pueblo, no tengo mundo, ni clase, ni estudios... Ni siquiera conocía a Merimée.

—¿Sabes por qué me gustas, Ángela? Precisamente por eso.

—¿Por qué no sé nada de Literatura?

—Porque eres diferente. —Sus dedos enhebraron un zarcillo con su pelo—. Y en cuanto a la Literatura, déjame que te lo diga: las personas como tú, ya son poesía.

Y volvió a besarla en la boca, y ella entonces cerró los ojos, para que no la viera llorar. Iban a ser la pareja perfecta —«predestinada sería la palabra»—, tanto que

hasta podrían pasar por el ojo de una aguja y subir al cielo. ¿Qué le había llevado a convertirse en ese monstruo sin sentimientos, a engañarla con otra, a negarle incluso al borde de la muerte esa última brizna de amor? Un maleficio, sí, tenía que ser eso, un maleficio más poderoso que todos sus conjuros. Y este solo podía venir de Laverna. «¿Por qué me haces esto? ¿Por qué, vieja bruja?», masculló para sus adentros. Otra voz pareció responder por ella: «Había leído la inminencia de la destrucción en sus cartas adivinatorias, en las estrellas, en los posos de café» —así describe Merimée el desenlace fatal que lleva a *Carmen* a dejarse matar por su romí—. Nines no dejaba de recordarlo, repitiéndose las tres dramáticas palabras en euskera que susurra la gitana antes de morir —«*Laguna nire bihotsarena*», amigo de mi corazón—. El suyo no dejaba de desgarrarse, ya no sabía lo que decía:

—Por última vez te lo pido, Román. Aunque no me quieras... cástate conmigo.

«¿Casarnos, para qué?», había replicado él, tanto tiempo atrás. «Porque si no, viviríamos en pecado». «Me encanta vivir en pecado. Y a ti, ¿no te tienta?». Entonces se lo dijeron ganados por una deliciosa complicidad. Ahora todo era silencio, un silencio frío, oscuro, letal. La figura de su amante, noble y huraña en su aspecto externo, perversa e hipócrita en el fulgor de sus ojos, recordaba al Satán de Milton. Pero Nines tampoco había leído *El paraíso perdido*, volvió a su ruego mortificado:

—Aunque no me quieras, te lo pido de rodillas, te lo suplico... Cásate conmigo.

Era como una batalla invisible entre *Carmen* y *Ama Rosa*. Nines había sido poseída por aquel melodrama que todos —enfermeros y guardias, penados e impunes—, seguían con el alma en vilo. Todos salvo Landi. Sus delgados labios formaron un anillo de humo, luego otro. Hasta que los borró con otra cuchillada:

—Que te jodan, coñocaliente. Antes me casaría con este gitano que contigo.

El caló más joven soltó un juramento, el otro enseñó sus dientes podridos. ¿Qué importaba ya que fuera aquel Fulgencio Estopa, a quien imputaron el asesinato de Santúa? En el corazón de Nines se había firmado una sentencia de muerte con un solo candidato. Ahora lo sabía, al fin sabía por qué su conjuro había fallado. Su amante era el demonio, el demonio en persona, el amo de Laverna y no a la inversa. La reina de las brujas nunca tuvo ningún poder sobre él. Y en cuanto a ella, no había hecho otra cosa que utilizarla para destruirla. Sin dejar de mirarle, se puso en pie sostenida por todo el aplomo que le faltó hasta entonces:

—Román, Román... mi Romeo. —Las lágrimas habían dejado surcos en sus mejillas, pero ya no lloraba—. Si me hubieras querido un poco, la mitad de lo que yo llegué a quererte... nada de esto hubiera sucedido.

Landi arrugó su bigotillo, su Farias entre los dedos, como una bandera rendida:

—Nada de lo que cuentas ha sucedido, cretina, todo son putas locuras tuyas.

«Nil bastarda carborundum» —no dejes que los bastardos te pisoteen—. Tantas veces se lo había repetido su hermana, cuánta razón tenía. Hasta entonces se sentía como una peregrina del amor a punto de morir de sed en un desierto. Había alcanzado ese límite donde hubiera podido salvarle una gota de amor... una sola lágrima.

—Es verdad, ahora lo veo —sentenció ganada por una serenidad terrorífica—. Todo han sido locuras mías. No fui yo quien degolló a tu puta, sino la mano de Dios, su voluntad. Y, sin embargo, amor mío, te juro que iba a sacrificarme por ti.

Mientras desgranaba aquella patética confesión, tan nítido como lo veía a él, al fin en su verdadera naturaleza, su amor se le escapaba de los ojos como si abriera su mano y ya no hubiera nada, ni sombra ni huella de la felicidad prometida. Solo dolor y calamidad, un destino fatal que acabaría de cumplirse en el patíbulo.

Hubo una pausa en lo que todo parecía pender del silencio del reo. Landi arrojó lo que le quedaba del Farias al cemento, la midió con una mirada despectiva, y con una media sonrisa amarga, casi demoníaca, ya solo dijo:

—Tú también estás muerta, ojos de rana, tan muerta como yo.

Desde esos ojos de rana ahora le miraba el Ojo de Caín. Nines dio un paso atrás sin quitarle la cara, luego otro y otro. Aquel epíteto con que le había señalado la

maledicencia, «El muerto viviente», hacía honor a su nombre. Aún respiraba pero un paso más, y lo sepultaría para siempre en ese cementerio donde nació su amor, un amor de muertos vivientes. «Primero yo y luego tú» —volvía a dictarle la voz de *Carmen*—, «Ahora ya no amo nada, y me odio por haberte amado». Porque el amor es algo que se merece, y él nunca lo había merecido. Porque al igual que los místicos, había accedido a la visión profunda de la vida como algo que existe en un estado de total indeterminación, tan maduro para la más negra vileza como para el éxtasis. Todo dependía de cómo cayeran los dados. Ella le había ofrecido un camino de espinas hacia el cielo, él acabó por elegir una autopista al infierno.

—Bueno, qué, señora... ¿Le parece que vayamos cerrando?

La voz de uno de los guardias, el puño echado a la manija, pareció llegarle desde otro mundo. La respuesta de Nines hizo el mismo efecto en él:

—¿No cree usted que cuantos más policías hay, más crímenes se comenten?

—Será al revés, señora —ponderó el sargento—. Cuantos más policías, menos *jardazos*. Eso sin contar con la Benemérita, que para eso estamos, digo yo.

—Sí, puede ser —Nines juntó las manos sobre sus labios, como si se dispusiera a una plegaria—, pero yo me refería a los crímenes de la conciencia. Matamos sin saber que matamos, y si nos salvan... Si nos salvan, volvemos a

matar.

La puerta del furgón se cerró con ese epitafio. A través de la chapa, Nines seguía viendo los ojos encendidos de su amante, dos brasas diabólicas merecedoras de la condenación eterna. Cuando arrancara, su vida se iría con él. Ya no haría nada por salir de esa tumba donde quedaban enterrados todos sus sueños. Nunca el silencio escribió un himno más dramático, un himno a la muerte del amor.

Los guardias acabaron de retirar el tramo de alambrada enganchado a la ambulancia, el furgón aguardaba al ralentí. Nines ya solo miraba el hueco. El mundo al otro lado parecía oscilar como un barco a la deriva.

—Siempre hay agujeros —murmuró para sí, las manos caídas, como muertas—. Cada vez veo más el mundo como un enjambre de gusanos en un cubo, retorciéndose, buscando agujeros... Agujeros por donde escapar.

Así atravesó la brecha abierta en la alambrada, con los pasos de una sonámbula, sin volver la vista atrás, sin que nadie le preguntara hacia dónde.

Dentro del cuartel, la radionovela buscaba un epílogo:

—La lealtad de las mujeres es como *pa' mear* y no echar gota —se escuchó decir a uno de los guardias—. Cuanto peor es el gachó, más ciega la *mujé*.

—Y mira el pendejo *desaborío* ese si la tenía *rendía* —siguió otro—, pero él dale que dale, igual que el gallo de

Morón, sin plumas y cacareando.

—Que las mujeres son así, Jiménez, una *jartá de locas* —remató el sargento barriéndose el bigote cortijero con la última estrofa de *María de la O*—: «Serás más que reina; me dijo a mí el payo, y yo le creí...». Cuánto malaje.

Desde el interior del furgón, Estopa secundó el ripio con un palmeo al compás —«Castigo de *Dio*’, castigo de *Dio*’, que ha quedao *usté* de oreja y vuelta, *mae’tro*»—. Tanto le daba que lo ejecutaran como que lo liberaran si el periodista acababa cargando con todas las condenas: también él era un incondicional de la copla.

Una nube de pétalos amarillos arrastrados por el viento iba cayendo al compás sobre el capó según se alejaba, parecía un carruaje fúnebre. Nines siguió su rastro, caminando por la carretera general a pequeños pasos, perdida, como si fuera la única superviviente de una catástrofe planetaria y ya no hubiera más mundo a su alrededor que el que agonizaba envuelto en llamas dentro de su corazón.

Cuentan que quienes caen en el campo de batalla no sienten el dolor. Continúan avanzando por pura inercia, hasta que se derrumban sin saber que ya están muertos. Ella aún no era consciente de que acababa de cometer su último crimen, un crimen contra sí misma. La mano de Dios, su voluntad —como había dicho—, volvía a alcanzarla mientras se abrían ante ella las puertas del infierno dejándola sin posibilidad de redención, solo con su culpa.

31.

Dos cruces

Al otro lado de aquellos recargados muebles de palisandro, vestigio de los años prósperos, sin reflejarse en los espejos cubiertos con fundas de almohadas, los postigos cerrados, igualmente corridas las cortinas en punto de cruz, su rostro encendido por las llamaradas que subían del fogón, como si su cocina fuera la de Pedro Botero, Juana desollaba el último de sus conejos. La pobre bestezuela parecía una alegoría de su hermana mientras escuchaba.

—Un desastre, un completo desastre, Nines, y todo por tu tontuna. —Le hablaba sin volverse, peleada con sus pellejos sanguinolentos—. Si no te hubiera venido la ventolera de largarte así, de sopetón... Para patatús el mío, hija. ¿Sabes lo que llegaron a decir esos babilias? Que estabas de parto a cuenta del rompecoños. Virgen santísima, lo que tiene que aguantar una.

Nines perseveraba en su mutismo, se diría catatónico. Sentada mano sobre mano en la silla de respaldo recto, contemplaba como un pez al borde de la asfixia los ojos

del conejo abierto en canal, luego los de Sultán, achinados y amarillos, fijos en la presa cuyas tripas no tardarían en caer sobre su plato.

—... La cosa se desmadró cuando apareció Culopollo con su bolsa de deportes. ¿Para qué la traía? Pues para arramplar con lo nuestro, a ver si no. O sea que este también moja en el pisto, me dije, conchabado con el negro y el maricón, y hasta con el pichafloja de Custodio. Ay, hermanita, lo vi tan claro... —siguió Juana, muy en su papel de matarife—. Tanto que te quería y ni te miró cuando te estaban subiendo a la camilla. ¿Sabes qué hizo? Pues lo de a río revuelto. Apretó el culo y se escurrió en los váteres con su bolsa. Se tomó su tiempo, una eternidad. Ahí seguían Zumbeltz y el Pitarras, porque Legaz ya se había evaporado con su cagalera auestas. Ahí estaba yo, con las agujas al quite. Y Mari Toñi, fregando el charco de purrela. Un fregoteo providencial, *bihotza*. Porque según salía, el Chico Piramidón patinó en el enjuague y se metió un leñazo de órdago a la grande. «Joder, qué día de hostias», escupió Bocaseca mientras levantaban al Culopollo. Yo me fui derecha a por su bolsa, decidida a rescatar nuestra pasta. ¿Te puedes imaginar qué había dentro? Échale bemoles. ¡Un muestrario de lencería para putas sadomasoquistas! Como te lo cuento: corsés de cuero con púas, látigos forrados de terciopelo, y hasta un manojito de bragas con la cara del Papa. El muy cerdo es un perverso sacrílego, un degenerado. Pero dentro de su capazo, ni las raspas de lo

nuestro. No entendía nada, aquello era una locura, el diablo se estaba burlando de nosotras. Y como para demostrármelo, justo entonces, en medio del follón, ¡zasca!, va y aparecen...

Juana prolongó la pausa lanzándole una mirada de reojo a su hermana, a ver si reaccionaba. Pero ni por esas. En el rostro de Nines parecía haberse agotado toda capacidad de emoción. Su aspecto resultaba preocupante.

—... Ni más ni menos que los carcamales de la Comunión Tradicionalista, mira tú, que iban de romería para desagraviar al Pretendiente, ya sabes, ese aventurero. ¿Se llama Sixto? —Nada, la postración de Nines podía con todo—. Sí, eso es, Sixto de Borbón. Otro que tal baila. Con decirte que anda planeando apuntarse a la Legión con un nombre falso para parecer más español.^[21] Joder con los requetés, comparado con ellos hasta el Caudillo va a resultar un comunista. Más de veinte, ni sé cuantos, ahí que entraron en tromba pidiendo zurracapote. Qué más quería Zumbeltz, que además de sietemesino es «sixtino» de nacimiento. Entre ronda va y ronda viene, se armó la de Dios es Cristo. En medio del jolgorio, vaya, que se me aflojaron las verijas y tuve que volver al baño. ¿Y con qué me encuentro?

Como si le mentara el tercer secreto de Fátima. Nines seguía *in albis*.

—Ay, cuántas veces me acuerdo de lo que le soltó *amatxo* a la tía Patro cuando estaba a un soplo del oremus: «A tus hijas no les dejes ni las mantelerías, que

no te van a ir a las misas». Pues con nuestro dinero igual. Había volado por arte de magia. Lo hemos perdido todo, hermanita, pero no desesperemos. Pruebas como esta nos recuerdan que nuestra recompensa está por venir.

Cierto, sumadas a las otras tantas, esas trescientas mil pesetas fulminaban cuarto y mitad del patrimonio de su hermana, la herencia de las dos. La templanza de Juana ante el fiasco no podía resultar más admirable. Sultán dilató un maullido, Nines permanecía tan muerta como el conejo. Con un tirón decidido, su cosanguínea acabó de arrancarle las vísceras y las arrojó a la fregadera. El gatazo saltó desde la alacena y avanzó hacia su manjar, relamiéndose, con el rabo tieso.

—Cadáveres, nada más que cadáveres... Eso es lo que somos.

¿Era la voz de Nines? No podía ser otra. Hablaba al fin, apenas un susurro, como un niño encerrado en un cuarto oscuro que conjurase su miedo con palabras. Juana se lavó las manos, se las secó meticulosamente y acercó una silla a su lado.

—¿Cadáveres? ¿Tú, hablando de cadáveres...? —La mente de la primogénita se inundó de imágenes descabelladas a cuenta de aquel otro rumor, el del embarazo de su hermana: abortos, fetos sangrantes—. Ay, Jesús, no me digas que... Eso tiene que ser porque te han hecho algo gordo en Pamplona o donde allá cuernos hayas ido, si es que vas a contármelo de una vez.

Silencio. La ostra había vuelto a cerrarse, Juana

recurrió a la terapia habitual. Cogió la botella de Chivas y sirvió dos lisos hasta el borde.

—Anda, bebe. Te sentirás mejor.

Nines apuró su vaso de un trago. Luego fue ella quien volvió a colmarlo.

—No he ido a Pamplona —articuló, lacónica—. Vengo de Vera.

—¿... De Vera? ¿Y qué tenías que hacer tú en Vera?

—Tenía que matar a don José Lizarrabengoa, el amante de la gitana de Etxalar. Y lo he matado dos veces. Una por él, otra por mí.

Juana tuvo una reacción contradictoria: respiró aliviada y arrugó el ceño, su hermana estaba desvariando. Le había dado por creerse que era la Carmen de Merimée. ¿Qué vendría después?

—Ah, ya... Me estás hablando de tu...

Nines no la dejó continuar. El relato de su infortunio cayó como a lentos hachazos sobre el hule azul tachonado de cerezas. Sultán engullía despacio el hígado verdoso del conejo, tanto daba que fuera el de su Romeo en los infiernos. Juana la escuchaba sin interrumpirla. Todos los demonios de un pasado atroz parecían manifestarse en aquella cocina ganada por una atmósfera decididamente sepulcral. Mientras ella contaba, su padre llamaba a la puerta. Tenía el rostro de Rosario, las manos de Román, la peluca de la vieja Palmira, los labios pintados de un carmín tan denso que parecía sangre coagulada. Llamaba a la puerta con su mano de esqueleto, alguien la empujaba

para impedirle entrar. Podía ser su madre desconocida, o Laverna la Diabla, o Uxue la ahorcada. Los golpes a la puerta seguían. Ahora sonaban sincopados con el bastón de Palmira desde el piso alto, con las puñaladas que acabaron con la vida de Santúa, de Belzunce, de Ana Rosa. Era como si todos aquellos espíritus sin sosiego se hubieran conjurado para hundir más y más en la madera el clavo de su calvario. Un talión implacable, un desquite sin final. Nines no concluyó su letanía hasta que cesaron los golpes. En el silencio recobrado, la mano de Juana soltó el vaso y acarició la suya. La sintió helada:

—Pues mira, no hay mal que por bien no venga —le dijo con palabras tiernas, casi maternas—. Estaremos en la ruina, pero nos hemos librado de ese Judas para los restos. Así lo maten, que se habrá ahorcado la cuerda con la que ahorcarse.

El viacrucis de Nines había alcanzado su Gólgota:

—Pero yo le quería, Juana. Le quería con todo mi corazón... —Y como encendida por esas palabras ahogadas, un ascua de dolor pareció iluminar las profundidades de aquella alma en pena—. Ahora lo sé, ahora que lo van a matar. Sé que le querré siempre. Y que en el momento en que lo maten, yo moriré con él.

En otras circunstancias, Juana la hubiera arrastrado por los pelos hasta el pilón para restregarle la boca con el estropajo, como solía en su infancia, cuando Nines soltaba una palabrota. Su demonio interior se lo estaba exigiendo: «¡Cómo te has atrevido, desgraciada! ¡Ir a la cárcel,

ponerte de rodillas delante de ese buscavidas! ¡Y decir que le quieres, que le sigues queriendo, que morirás con él! ¡Si serás perra! ¡Una perra mal jodida, eso es lo que eres!»». Dada la atrición de su hermana, se tragó la catarata de abominaciones y optó por una reconvención jesuítica:

—Qué vergüenza, qué vergüenza, Nines. ¿Es que no te das cuenta? Nos debemos a un apellido, piensa en mamá, piensa en mí. ¿Cómo has podido...?

—He podido y puedo. —El tono sumario se volvió tajante.

—Pero al menos... En fin... —La primogénita se mordía los labios por no saltarle a la yugular—. Supongo que, bueno, que no te habrás acostado con él, allá en la trena, por aquello de satisfacer la última voluntad de los condenados.

La posibilidad del embarazo seguía gravitando, no había nada que Juana temiera más. Lo mismo esa imbécil se había dejado trajinar en un vis a vis suicida. Su hermana volvió hacia ella sus dolientes ojos y pronunció como en trance:

—Si no lo hice, fue porque él no me lo pidió.

—¡Y aún tienes cuajo para decírmelo! —Juana acabó por estallar—. ¡Más le hubiera valido a Dios despacharte en cuanto saliste del vientre de nuestra madre!

Nines no se alteró, ya no le quedaban fuerzas salvo para ser sincera:

—Sabes que mi madre no es la tuya, la que me parió a mí no te parió a ti.

—A Dios gracias. Pero ya que te pones tan digna, te voy a contar cómo fue lo tuyo. —Esa mirada turbia, ese fulgor de odio, era como si hubiera esperado toda una vida para vomitárselo—: Cuando tu padre preñó a esa fulana francesa, ¿sabes qué hizo? Intentó abortarte bebiendo aguarrás, y así naciste, que daba asco verte.

Demasiado para ella, y para cualquiera. Nines cerró sus ojos y fue declinando la cabeza, despacio, las manos abrazadas a su cuerpo.

—Ojalá me hubiera matado entonces, porque esto, esto...

El llanto comenzó a manar. Unidas en la desgracia, aunque solo fueran eso, hermanastras. Juana acabó por reconocerlo, había sido demasiado cruel con ella.

—Bueno, ya, ya... *Lasai*, tranquila, y tiempo al tiempo: lo superarás, igual que lo otro, que lo pasado pasado está. Todo lo superaremos juntas. Juntas tú y yo.

La vio cabecear lenta pero categóricamente, con los ojos cerrados:

—No lo superaré, nunca lo superaré... Estamos condenadas, esta casa es nuestra condena. Esta casa y esta sangre. Maldita sangre la nuestra.

No la soportaba, con ella no había manera. Juana prendió un mentolado. La llama destelló sobre el espejo negro de sus gafas con una mueca de desdén:

—Pues muy bien, sigue soñando con ese mangarrán hasta que te pudras. Ya lo pagarás. En esta tierra a los hombres se les perdona todo. A las mujeres, jamás.

—... Yo lo veía perderse, lejos, muy lejos, pero seguía sintiendo su corazón latiendo dentro de mi pecho. —La voz de Nines le llegó en un tono aún más bajo. Había vuelto a abrir sus ojos y le miraba—. ¿Lo entiendes? ¿Puedes entenderlo? —Juana no respondió—. Un corazón negro, tan abrasado como el tuyo... Una herida que nunca se cerrará. No pudimos elegir, Juana, no es nuestra culpa. Es la maldición de Laverna, la que destruye todo lo que ama. Igual que nuestros padres, igual que tú, igual que yo. Nacimos marcadas y así moriremos. Sin nadie que nos quiera, sin consuelo, y sí, claro que sí, también sin perdón.

Aquellas palabras sonaron como el veredicto de dos vidas. No dejarían tras de sí más que la ronda de sus muertos, torbellinos en los que todo cuanto soñamos, y tuvimos o perdimos, promesas rotas, amores malogrados, acaban siendo vestigios de ese mundo oscuro que nos rodea por doquier y al que pertenecemos sin saberlo. El humo de su cigarrillo envolvió a Juana como un oráculo:

—Puede que tengas razón, puede que estemos malditas. ¿Y qué? Cuéntale a Adán lo del pecado original. Yo he aguantado lo mío, he mortificado mi cuerpo, se lo he ofrecido a Dios, y lo único que he sacado es una excelente preparación para el día del Juicio. Que vengan los cuatro jinetes, que no me cogerán de susto.

Nines no replicó, ya solo se oía la minuciosa masticación del felino engullendo sus despojos. Eso y algo más, algo que no era el punteo del reloj de pared, ni

el rumor del viento, ni mucho menos el galope de los caballos de Armagedón. Estaban habituadas a los pasos de baile que parecían arrastrarse sobre la tarima del cuarto de su madre, algunas noches, incluso a los acordes dislocados del clave de Laverna. Aquella música también venía del piso alto, pero era real. Una melodía lenta, torturante, a la que no tardó en sumarse la voz de Luis Mariano. Interpretaba una copla inmortal compuesta por el vasco, hoy olvidado, Carmelo Larrea: «Sevilla tuvo que ser;/ con su lunita plateada;/ testigo de nuestro amor;/ bajo la noche callada.;/ Y nos quisimos tú y yo/ con un amor sin pecado;/ pero el destino ha querido;/ que vivamos separados...».

¿Qué burla era aquella? ¿En el cuartelillo de Vera el fantasma de María de la O, y ahora esto? La música crecía envuelta en arpegios de guitarras y violines, dulce, dulcísima, y a un tiempo absolutamente tétrica. Juana alzó la cabeza hacia la mancha de humedad del techo. Nunca su rostro se había visto tan lívido:

—¿Qué... qué es lo que se oye?

—*Dos cruces* —repuso su hermana sin inmutarse.

—Sí, claro, *Dos cruces* —corroboró la mayor incapaz de articular una palabra más.

La melodía lo hizo por ella. Tras la entrada que ubicaba el drama en una Sevilla de postal —«Ay, barrio de Santa Cruz / ay, plaza de doña Elvira»— aquella voz de clavel varonil subió tres octavas para atacar su inconfundible estribillo: «Están clavadas dos cruces;/ en el Monte del

Olvido / ;por dos amores que han muerto...»

—No ha dicho «sin haberse comprendido» —musitó Nines en su tono demente.

—Sí lo ha dicho, lo que pasa es que no lo has oído.

—Ah, pues vaya... Ni que fueran las tórtolas de la Inmaculada.

—Pero qué putas tórtolas ni que...

La lámpara oscilaba levemente, siguiendo la cadencia, en la vertical del dormitorio de su madre. Ningún tocadiscos puede funcionar sin una mano que lo accione, sin una mano que coloque el vinilo sobre el plato, sin una mano que deslice la aguja. ¿Quién podía haberse atrevido a tanto allá arriba? ¿Quién y por qué? La tercera estrofa estaba en el aire. Esta vez ambas escucharon el «sin haberse comprendido» antes del retumbante «Están clavadas dos cruuuceees», que volvía.

—Es por nosotros, es por mi Román y por mí.

Aquel tono agónico que parecía complacerse en su tormento, su mirada extraviada, el suave cabeceo con que acompañaba la copla. Juana ya no pudo más. Aplastó la teba del mentolado, se puso en pie armándose de valor, también del cuchillo con que acababa de destripar al conejo, y comenzó a remontar la escalera.

Al cruzar ante su retrato, el ojo de Laverna pareció cobrar vida, como diciéndole: «Ocurra lo que ocurra, lo lamentarás». Bien que lo sabía. Aunque hacía siglos que se había convertido en polvo, preservaba intacto su poder de destruir. A través del tragaluz, una luna en carne viva

proyectaba sombras movedizas. A cada paso sus piernas temblaban como si estuviese caminando por un lago helado. Temía que la asaltara la comitiva de los monjes malditos, sus rostros de niebla entre cruces y ciriales, Akerbeltz al frente de su corte infernal, con el idiota acuchillado, con el tartamudo degollado, con aquella puta cosida a puñaladas. O quizá algo peor: su madre dejándose llevar por aquel cura mujeriego y fornicador, el que se cortó las venas, los dos muy acaramelados, fundidos en un pasodoble sin final, el de las almas perdidas. Llegó arriba como imantada por los caracoleos del Rey del Falsete, la copla ascendía hacia su colofón: «...Por dos amores que han muerto / que son el tuyo y el mío. / Aaaayyy, aaaayyy, / que son el tuuuyooo y el miiiioooo».

Solo cuando volvió el silencio, cuando ya solo se oía el crujir de la aguja en el surco, se atrevió a empujar la puerta. Lo primero que vio, al fondo, entre los cortinajes de su cama de dosel, nimbado por el matacán de vírgenes fosforescentes y las tiras atrapamosacas hervidas de insectos, fue el rostro momificado de su madre en la penumbra. No le prestó atención, se la absorbía toda el desafío que parecía irradiar aquel tocadiscos Phillips color crema, de altavoz desmontable, a los pies de la difunta. El disco seguía girando, cada vez más despacio. El Maligno estaba ahí, oculto, gravitante, envolviéndola en esa sinuosa espiral de locura.

—No puede ser, no puede ser... —se dijo y se repitió

angustiada, los ojos clavados en el tortuoso girar del vinilo—. Oh, tú, Señor, que pones a prueba a los justos, dime por qué. Dímelo o me volveré loca, loca de atar, como mi hermana.

Aterida, temiéndolo todo de aquel escenario encantado, se volvió hacia el cadáver. Una leve sonrisa parecía dibujarse en sus labios violáceos. Y la miraba, la miraba con sus ojos de liebre en el cepo, vitrificados, pero bien abiertos. No pudo soportar esa mirada, se acercó a bajarle los párpados:

—Ya está mamá, ya está... —articuló, como si su voz se oscureciera al hacerlo, como si la muerta fuera ella—. Duerme, sigue durmiendo.

Entonces lo vio. Nada más apagar el fuego de sus ojos, advirtió que volvía a prenderse más abajo. Sobre su camisón, a la altura del pecho, destellaba una pequeña joya, un granate en forma de corazón. No formaba parte del ajuar familiar, Juana nunca lo había visto hasta entonces. ¿Qué clase de regalo del trasmundo era aquel? ¿Quién se lo había puesto al cuello? Todavía resultaba más perturbador lo que la difunta sostenía en su mano izquierda. La brasa de un pitillo ya casi consumido parecía pinzada de esa garra larga y sarmentosa, decididamente satánica. Y en la derecha... ¿Qué había en la derecha? Algo brillante y metálico. Le abrió los dedos uno a uno, crujieron como madera seca, pero no estaban fríos. Igual que el encendedor que apresaban: un Zippo americano. Los agujijones del terror se le hincaron hasta

las raíces del pelo, su corazón bombeaba como si estuviera a punto de salirse del pecho. Que ella supiera, su madre no fumaba. Ni viva ni muerta. Poco le faltó para llevarse el cigarrillo a los labios. Pero no. Lo apagó temblando y se guardó el encendedor. Al momento, sintió como una caricia por la espalda. Se volvió, demudada, dando por cierto que había llegado su hora. Pero tampoco. Solo eran los visillos que la brisa hacía flotar en esa atmósfera de miel rubia y horror afelpado. La ventana estaba abierta y los postigos también.

—No he sido yo. Imposible, imposible... Hace tres días que no abro esa ventana ni para ventilar. La abro los sábados, solo los sábados y hoy... Hoy es martes, sí, martes... —musitó casi con alivio, un alivio relativo, pues la obligaba a una segunda reflexión—. Entonces... —continuó, con miedo a concluir la frase—. Entonces es que alguien ha entrado aquí, por esa ventana, para poner la música en el aire, y el granate en forma de corazón, y ese pitillo del demonio en la mano de *amatxo*, como quien dice fumando espero... Para seguir torturándonos.

Decidida, avanzó hasta la ventana. No había nada. Ni la escalera obligada para alcanzar la segunda planta desde el exterior, ni huellas de pasos sobre la maleza del jardín, ni indicio alguno de que alguien hubiera forzado la verja que lo defendía, donde seguían férreamente abrazados sus tres candados.

Fuera, desde lo alto de la colina hasta el Lago de las Ánimas, reinaba un silencio tenso, expectante. Era como

si viniera a anunciarle el hundimiento de Belle Ombre bajo el peso de su decadencia. Sería engullida por el bosque. Primero la hiedra, medrando entre las hendiduras, abriéndose paso por las ventanas rotas. Luego los líquenes se ramificarían en brazos fantásticos, entrarían miríadas de murciélagos, blandas telarañas envolverían sus lunetas. Y, al final, todo se vendría abajo. Los muertos, sus muertos, tenían que ser ellos. Al compás de esa canción —*Dos cruces*—, habían desencadenado su tarea final de disolución en la nada. ¿Cómo se atrevían? Tantas veces había deseado unirse al Viejo Linaje. Sentía la llamada de los espíritus, pero cuanto más lo pedía, menos parecían escucharla. Ahora hasta se permitían burlarse, martirizándola con aquel infierno musical. Elevó el mentón, frunció los labios en un gesto de orgullo, decidida a reconstruir su fortaleza. Está bien, que así sea —se dijo entre dientes—, si no me aceptáis, también acabaré con vosotros. Desde tres siglos atrás, su estirpe se había alzado en rebelión contra Dios. Lucifer lo intentó y fue calcinado. Pero ángel o demonio, su raíz siempre fue la de un hombre. Juana estaba firmemente convencida de que, siendo mujer, podría superarle. No alcanzaba a imaginar que aquel fenómeno no tenía nada de portentoso, y bastante menos de paranormal. Aunque, a decir verdad, también esta vez había un muerto resucitado por medio. Y he aquí cómo.

[21] Efectivamente, un año después, en 1965, Sixto de Borbón Parma, el pretendiente carlista, se alistaría en el tercio Gran Capitán con el nombre de Enrique Aranjuez. Llegó a jurar bandera, pero al descubrirse su identidad fue expulsado de la Legión y de España. *(N. del A.)*

32.

El tesoro de Akerbeltz

Enclaustrada en Belle Ombre desde que abandonó el Txinparta, Juana ignoraba lo que había sucedido en ese antro de lujuria y perdición al poco de que siguiera sus pasos la horda de carlistas irredentos. Bocaseca delegó en su asistente la tarea de recoger los botellines y enjugar los lampazos de vino, cerveza y mugre que testificaban la impronta de los héroes de Montejurra. También él, pletórico de ardor guerrero hasta la próstata, se atusó sus bigotes de pirata normando y, majestuoso como un edecán, desfiló hacia los retretes. Apenas cruzó la puerta, aquello fue como si retronaran todos los cañones de la batalla de Oroquieta, sumados a los de Oriamendi y aun a los de Waterloo. El gigante salió en tromba, echando centellas por los ojos, la granada incrustada en su zarpa al rojo vivo:

—¡Serán hijas de puta las Echeagaray de los cojones!
¡Esas puercas han vuelto a cagarse en mis muertos!

A Mari Toñi se le descolgó la mandíbula, le miraba sin entender ni papa.

—¿Que se han cagado en qué... queee... quién...?

—¡En el coño de la Bernarda y en mis váteres! — Zumbeltz la encaró, hecho un basilisco—. Porque tú viste a la mayor entrar por segunda vez, ¿verdad?

—Pues igual... Cuando acabé de limpiarlos, sí, creo que se escurrió por ahí.

—Y te pasaste por el forro lo de cerrar con llave, claro, para tocarme las pelotas.

—Anda ya —repicó una voz gangosa desde el rincón del petaco—, que la *neska* solo cierra con llave cuando le empitonas uno de tus Infalibles.

Bocaseca ni se volvió, sabía que se trataba del Matador, ese impotente vengativo.

—Es que... —siguió Mari Toñi, rascándose una nalga, nerviosa—. Como los de la Santa Comunión no paraban de mear y remear, pues...

A medida que se defendía su estatura parecía ir menguando, su mentón buscó su pecho —más bien naufragó entre sus tetas—, sus ojos se eclipsaron.

—¿Y no te dije yo que fueras detrás de cualquiera de esas brujas a olerles la panocha, tanto si entraban una vez como cien? ¿No te lo dije, no te lo dije?

—También me dijiste que me pusiera a servir los vinos y a cobrar las raciones, porque no dabas abasto. ¿Es o no es así? A ver entonces, ¿eh? A ver... Si es que los *txapelgorris* se traían un desmadre con el zurracapote que, joder...

—¡No es una excusa! —El puño cargado de dinamita

impactó sobre la barra—. ¡Pasa ahora mismo y ponte a fregar! ¡Y más te vale dejarlo como una patena, que si queda una puta cagarruta, por estas que la refriego con tus morros!

La inclusera se tragó la rabia, cogió el cubo y la fregona, se apretó una botella de lejía en el sobaco y enfiló los baños por tercera vez en esa mañana.

—Espera, no. No los limpies todavía. —La voz de Zumbeltz le alcanzó antes de que entrara—. Déjalo como está. Será la prueba de cargo.

Tal como lo dijo, marcó a golpes el número de la policía municipal. Mientras explicaba el caso, con ese ruido de jabalí que producía el roce de las cerdas de su mostacho contra el auricular, su asistente penetró en el lugar del crimen.

La escena hibridaba lo irrisorio con lo escatológico, lo obsceno con lo demoniaco. ¿Qué era aquello? ¿Un castigo divino a cuenta de sus efusiones venéreas con su patrón, tan «infalibles», tan incorregibles, tan intolerables? Sobre la pared frontal se veía una figura humana desnuda, de panza porcina y patas de cabra, toda ella encapsulada en lo que parecía ser un preservativo gigante, sodomizando a otra, esta con piel de cordero, aunque de rostro tan inequívoco como la primera. Por si cabían dudas, a la manera de los iluminadores medievales, el autor o la autora del mamarracho habían rotulado sus nombres a sus pies. «Zumbeltz, el que se la mama a Akerbeltz», decía el epígrafe de la izquierda. Y a su derecha: «Gorrocha, el

que la tiene pocha», en una clara alusión al venerable matasanos local. La trinidad luciferina se completaba con una no menos sangrante caricatura de su augusta esposa, Purificación Zorreguieta, Purazorra, embutida en uno de sus bikinis franceses y meando champán en una copa que más parecía un cáliz. Todo ello mientras besaba el culo del tabernero a la manera de las suripantas de Zugarramurdi en el introito de sus aquelarres.

Una leyenda en la lengua vernácula, escrita con excrementos todavía frescos, acreditaba la filiación satánica del grafiti: «Auza han baduk gauza, baina neok ezin har», lo que, vainas aparte, se traduce como «En Auza hay tesoros, pero nadie los puede tocar». ¿Qué significaba aquella sentencia sicalíptica?

Los dos agentes de servicio, Txipía y Untxigorri, el del labio leporino, no tardaron en personarse. Lo peliagudo del enigma aconsejó apelar al cura, que por algo había estudiado latines y exorcismos. A petición de Mari Toñi, quien, pese a su putanesca condición seguía teniendo algo de creyente, se trajo la estola, el hisopo y una botellita de Cinzano con agua bendita. Arozamena solo lo hizo por caridad cristiana. Hombre de su tiempo, como subrayaba su clériman postconciliar, receleba de las supercherías aldeanas, y hasta de las patrióticas, incluido el contubernio judeomasónico ancestral.

—Es fácil —exclamó parado frente a la *performance*

con un zurito, gentileza de la casa—: alude a la historia del demonio que aterrorizaba Urepel, ahí —precisó señalando las cumbres—, donde el monte Auza. Akerbeltz se le apareció a un tal Juan Monako, del caserío Biurretxiki, diciéndole que subiera con él a la montaña, pues quería regalarle un buen pellizco del oro que ocultaba en una cueva.

—Algún favor le habría hecho, digo yo, porque ni Cristo da nada por nada.

El apólogo de la inclusera se diluyó sin que nadie lo considerase.

—Naturalmente, Juan fue con el cura de Urepel, y este con una hostia consagrada por delante. Akerbeltz les esperaba en la boca de la caverna, escoltado por una serpiente y un chivo. Los cinco descendieron no se sabe cuánto, como si lo hicieran a través de los intestinos del diablo, hasta que llegaron a un hondón repleto de calaveras. Allá abajo, las antorchas iluminaron un tesoro formidable.

—El tesoro de Akerbeltz, ¿no es eso? —se impacientó el tabernero—. Joder, y yo que me creía que estaba enterrado en Zugarramurdi.

Txipía, que había sido pelotari, la gloria del *Jai-Alai*, improvisó una dejada:

—No pierdas la esperanza, Simón. Que de las cuevas de Zugarramurdi a las de Urepel, no hay más que una mañanera, aunque sea bajo tierra.

—Pues mejor que no sigáis su ejemplo —les previno el

cura mordiendo una media sonrisa—. Porque con solo meter las manos en el tesoro, el tal Monako las sacó tan abrasadas como si las hubiera metido en una caldera de carbones. Todo era una trampa para empujar al cura a los infiernos. Y si este se salvó, fue por la hostia.

—¡La hostia! —replicaron al unísono los dos municipales.

—... De ahí viene la leyenda. Porque según salían, Akerbeltz le espetó al mosén: «Gracias a eso que llevas al pecho te vas, que si no, aquí te habrías de quedar». Y la serpiente acabó de bordar el ripio: «Aquí hay tesoros, pero nadie los puede tocar».

Por más que Arozamena hubiera descifrado el jeroglífico, nadie alcanzó a entender su sentido oculto. ¿Cabía la posibilidad de que aludiera a las trescientas mil pesetas escondidas en la cisterna de aquel retrete infecto con hechuras de caverna de Akerbeltz? Tal vez. Pero ¿quién podía saber que las Echegaray venían sepultando en esa sima bolsas repletas de billetes que desaparecían en un visto y no visto? Contemplemos otra alternativa: que la pintada, si es que era obra de las hermanas, apuntase a volcar una suerte de maleficio admonitorio sobre su chantajista. No obstante, si el día de autos tenían tres candidatos en el punto de mira —Legaz, Armand Narcissus Noir y Culooperdiz—, ¿cómo se justificaba el escarnio individualizado del tabernero, junto con el del

médico y su promiscua esposa?

Desde luego, Zumbeltz no estaba para acertijos. Una hora después invadía las dependencias policiales decidido a plantar una denuncia. El teniente Marculeta, la máxima autoridad municipal, primo del alcalde, y también del notario, y del maestro y... —bueno, dejémoslo ahí—, ni se molestó en descruzar las suelas que sombreaban su mesa de despacho. Bocaseca no dejaba de ser un plebeyo, mientras que las Echegaray —bastaba ver su mansión, una mansión señorial, por más descuidada que estuviese—, pertenecían al patriciado de Etxalar. Hasta los Windsor eran pastores cuando sus antepasados se sentaban en el trono de Navarra.

—No se puede acusar a nadie así como así, sin más pruebas que tu palabra contra la suya. Tienes que entenderlo, Simón, eso tienes que entenderlo.

Su manera de jugar con su pluma, sin decidirse a incoar la imputación, estaba acabando con la paciencia del vinatero:

—¡Tengo todas las pruebas del mundo! ¡Y testigos! ¡También tengo testigos!

—Sí, ya veo —profirió Marculeta echando una mirada displicente a su espalda, luego a la puntera de sus zapatos—. Todos esos, ¿y cuántos más?

Ni Culopollo, ni el Matador, ni Caracaldero, ni siquiera su hermano Prudencio, el Sieteboinas, le acompañaban. Zumbeltz se estrujaba las meninges en busca de un argumento convincente. Entonces le vino eso que había

facturado en una ocasión Legaz, el cuentaduros, hablando ya no recordaba de qué, y lo soltó como le vino:

—¡Es igual, tengo la convicción moral!

—Ah, mira, qué interesante. La convicción moral... Muy bien, Zumbeltz, qué nivel. ¿Y eso, cómo se come?

La humillación iba a más, pero el tabernero era astuto: guardaba un as en la manga.

—Pues se come con las *babarrunas* que le serví la otra noche a tu parienta. Joder, dos raciones, y otra de *piparras*. Porque el fulano que venía con ella traía un hambre de lobo. Y ya ves tú, resulta que era el Garri.

Oír aquello y sufrir una decoloración súbita fue todo uno en el hasta entonces sanguíneo Marculeta. Sus zapatones se apearon de la mesa buscando un suelo donde sostenerse, algo rugió en sus tripas, el preludio de un cólico diarréico o algo peor. Era un secreto a voces en el pueblo que, antes de la guerra, Garrincha y la Bittori se entendían. Sabía y toleraba que se encontrase con aquel loco, a veces, siempre que fuera en la sacristía, con la hermana de don Jacinto ejerciendo de carabina, para pasarle víveres y las cartas de su familia. Pero de ahí a ese flagrante desafío a su autoridad marital, con nocturnidad y alevosía, cenando *babarrunas* en una taberna, mediaban tres babilonias. Por la caridad entra la peste, tantas veces se lo había dicho, y ahora, toma. Con ella ya se arreglaría en casa, lo prioritario era cerrar la boca de Bocaseca. El mismo Bocaseca a quien tampoco se le había ocurrido pensar que el autor de las pintadas pudiera ser su némesis,

el propio Garrincha. Pero no, imposible. Si ese *txoriburu*^[22] desbarrancado del comunismo al budismo de los gurús y las menestras de verduras frecuentaba su garito, lo hacía para provocarle y nada más. Bastante tenía con el dramón de la muerte de la que acabó siendo su mujer, con ese hijo que salió de su vientre cuando a la pobre infeliz ya le habían dado tierra y al que acabaron bautizando de mala manera, como para exorcizarlo, con el nombre de Crisanto —Santúa—, el idiota del pueblo.

En el tenso silencio, nada de todo eso cruzó la mente de Zumbeltz, firme en su presa. Menos aún la de Marculeta, hervida en el oprobio de su alta dignidad, tanto como en los pujos de su bajo vientre, tras la insinuación del recalcitrante.

—Está bien —acabó claudicando—, registraremos tu denuncia como escándalo público. Pero si luego te sale el tiro por... por ahí —gruñó, obsesionado con su colon irritable—, no me vengas con pejugueras. ¡Untxigorri, ponte a la mesa de fornicar!

El lapsus —fornicar por formica—, apenas desdibujó el bostezo de su ayudante. Se acopló con la desgana de oficio a la mesa sobre la que se asentaba una Olivetti Lexicon de la alzada de un gorrino, y comenzó a teclear con dos dedos sin preguntarle nada a Zumbeltz. Se lo sabía de memoria. En las pausas que marcaba el duro claqueteo, junto con los retortijones intestinales del intendente, comenzaron a escucharse los improperios de un vagabundo. Golpeaba las rejas con una taza

desconchada, exigía un trago de vino.

—Ahí tienes a la morralla de verdad, no como esas pobres hermanas —insistió Marculeta, buscando apiadarle—. Si le plantas tu denuncia a ese atorrante, lo mismo las cosas acaban por arreglarse. No sé si me entiendes...

Zumbeltz le entendía demasiado bien. No sería la primera vez que un pecador pagaba por cien justos. Que el encausado fuera un borracho, obraba a su favor:

—Las cosas no se arreglarán hasta que vea a esas putas tocapelotas en la trena. Un consejo de guerra si hace falta, con un par, y que se las follen bien folladas, qué cojones. A ver, Fermintxo, ¿lo has anotado todo?

El ayudante chasqueó la lengua dejando al aire un incisivo purulento:

—A ver... He puesto lo de los soplapollas dándote por culo, ya no sé en qué orden, si todos a la vez o por turnos, si tú mamándosela al médico o de morros en el cipote de su prójima, la Purizorra. Apunto también que es la tercera o cuarta vez que te lo ponen todo perdido de lefa. ¿Vas servido con eso?

Jamás hasta entonces el intendente Marculeta le había escuchado ese lenguaje procaz al flemático Untxigorri —¿no ejercía de acólito vestido de romano en la procesión del Corpus?—. Rojo de ira y vergüenza, Zumbeltz echó un vistazo a los tres pliegos encartados en papel carbón para las pertinentes copias.

—¿Dónde tengo que firmar?

—Ahí abajo.

—Justo en el infierno.

Marculeta respiró medio aliviado al ver que se retiraba y corrió a doblar su alivio en el inodoro. No se le iban de la cabeza las diligencias a las que habría de proceder. Nada menos que personarse en Belle Ombre, la mansión de las Echegaray, para notificarles la denuncia. Pero esa tarde, como todos los martes, tocaba meterse una copa con las fuerzas vivas. Menos mal que se reunían en el casino. De haber tenido que empujar la puerta del Txinparta, solo por no aguantar a Zumbeltz, se hubiera quedado en casa por primera vez en veinte años, apechugando con su Bittori y el *Consultorio Francis*, como un calzonazos.

A su cita de los martes acudía vestido de paisano, a su pesar. Desprovisto de sus correaes, el estómago se le desbordaba en un amasijo de lorzas dignas del muñeco Michelin. Su perfil castrense, su aire marcial, se descuadernaban con la oscilación de aquel vientre flácido que iba midiendo sus pasos como un tambor. Pero bueno, una vez sumergido en la humareda, delante de un pacharán y escuchando los *bogabogas* del ochote local, que partieran la baraja, ya era uno más. Allá estaban el doctor Gorrochategui y Juanito Ojanguren, el notario. También Legaz, y hasta Domejón Ubarrechena, el alcalde, con su insignia del Movimiento destellando en el ojal. Veinte años en el cargo, que interpretaba como vitalicio, no conseguirían arrebatarla hasta que, veinte

después, con la democracia, la permutó por una de la UCD. «Roja, blanca y verde, igualita que la ikurriña», solía decir, para hacerse perdonar su pasado, pero esa es otra historia.

Los cuatro próceres ya ni contaban los cercos húmedos de las copas que se acumulaban sobre el mármol. Naturalmente, la comidilla del día giraba en torno a las pintadas escatológicas. Y, por supuesto, estaban más que al tanto de la denuncia interpuesta por Zumbeltz. A ninguno se le escapaba que iba a ser un mal trago para Marculeta y, en principio, prefirieron derivarlo hacia el runrún del posible regreso de Orson Welles. Ojanguren, que tenía una hija en Madrid, de cajera en una mercería colindante con la productora de Emiliano Piedra, no lo veía fácil:

—... Ya sabéis que cuando vino aquí estaba rodando a la vez *La isla del tesoro* en Alicante, y preparando una obra de teatro. Pues por lo que me cuenta Amaya, que se codea con la crema, otra vez anda en líos con mil historias y con todo cristo.

—Pero seguro que le han pasado los recortes con los tres crímenes, y todos en este valle que para él era como el paraíso —abundó el médico, muy interesado en que no se abordara el otro tema; su vida era un infierno desde que un alma caritativa le había susurrado cómo aparecían él y su distinguida esposa en los váteres del Txinparta—. ... Vamos, que, con lo que le priva el cine negro —añadió sin mucha convicción—, tiene materia para otro películón

estilo *La dama de Shangay*.

—Para damas de Shangay las que nos trajo, manda huevos —puntuó Legaz, ajeno al copo de caspa que planeó mansamente de su calva a su copa—. ¿Os acordáis de los andares de la Vlady? Si hasta parecía que tenía un mortorcito justo ahí.

—Y qué culo, joder, para meterle un obús.

—Y qué tetas, y que todo...

—Todo lo que no catarás en esta vida, Juanito, porque a esas gachís ya las has visto. Se pasan la vida de hotelazo en hotelazo, a todo lujo, y si te miran, es como si te confundieran con los botones que les sacan los caniches a mear.

—Vanidad de vanidades —filosofó el alcalde—. El mundo de la *tarántula* es así.

—A esas putas cómicas solo les calienta la pasta.

La alusión del galeno al vil metal que idolatraba Legaz, precipitó la primera puya:

—Pues igual que las Echegaray, entonces, y no lo digo solo por el dineral que se están ventilando. —El cambio de tema abrió un abismo candente—. Si son capaces de pintar esas cochinas en un lugar público, ¿qué no harán en la intimidad? Tengo oído que beben como cosacas, y que hasta mean champán.

Marculeta aprovechó el rubor rabioso del médico a cuenta del espumante —justo lo que desaguaba su Purizorra en las pintadas—, para anticipar su neutralidad:

—Lo del pimple no es delito. Y lo del pastizal, bueno,

si me trajerais pruebas de que están montando un *puticlú* o colaborando con los de la ETA, entonces ya veríamos. Pero sin pruebas, punto en boca y prudencia, mucha prudencia.

O sea, que ese cerdo se lavaba las pezuñas, como Pilatos ante el Sanedrín. Gorrochategui se mordió la lengua mientras Legaz clavaba otro clavo en su cruz:

—Pues ya me dirás con cuáles has dado por buena la denuncia de Zumbeltz.

—La policía lo sabe todo —se evadió el centurión, antes de apurar un trago bien seco, como era él—. Tenemos nuestros métodos.

El cajero le miró poniendo cara de «¿qué sabrás tú?, gilipollas, si no sabes de la misa la media». El viso torcido de Gorrochategui resultaba bastante más drástico: «A ver si vas a ser tú el de las pintadas, pedazo de cabrón. Escarnecemos a mi mujer y a mí, solo para encubrir el lío de la tuya con ese balarrasa de Garrincha». Los cornudos, todo el mundo lo sabe, mueven a la piedad. Fue el tono elegido por Ojanguren para echar más sal sobre su herida:

—Por cierto, ¿os habéis enterado de lo último del Garri? —¿A qué venía ese «por cierto», si nadie lo había mentado? Todos entendieron, el silencio se hizo atronador—. Pues que ahora le ha dado por la licantropía.

Marculeta respiró en falsete —se temía algo bastante peor—. El alcalde, celoso de su autoridad, llevaba mal que esta no alcanzase hasta el diccionario:

—¿Y qué cojones es eso?

—Lo de los *gizotsoak* de aquí —puntuó Legaz, muy puesto en todo lo que afectara al frondoso folclore autóctono de enemigos de la propiedad—. Los hombres lobo.

—Sito, el hijo de Culopollo, no sale del susto —insistió el notario—. Según cuenta, hace tres noches, al volver de las fiestas de Urdax por la carretera vieja, vio un bulto agazapado entre esas rocas del tiempo de los gentiles, donde el Lago de las Ánimas. Uno del pueblo que estará durmiendo la mona, se dijo. Se acercó... Y con solo rozarle la paletilla, joder, le volvió un rostro todo pelos y colmillos. El del Garri hecho una fiera, según él. Si iba a decir algo, le salió un rugido que mandó al pobre Culoperdiz allá donde Cristo dio las tres voces.

—Para mí que ese maricón ve visiones desde que se lio con aquel negro que le daba por donde amargan los pepinos —masculló el Centinela de Occidente con una sonrisa de suficiencia—. Por lo visto, el tal Narcissus Noir se ha largado a París y si te he visto no me acuerdo. Cuentan que les ha dejado peladitos, a él y a su padre. Que a la chita callando, el Culopollo le adelantó un buen montón de duros.

El comentario, de ser cierto, validaba las tesis de las hermanas. Marculeta se limitó a esputar un gargajo mientras el notario continuaba:

—Pero es que hay más testigos. Visi, la *serora*, que andaba la víspera por allá, cogiendo calas para la Virgen, jura que vio al lobo cojo que merodea por el pueblo desde

lo de Santúa saltar la verja de las Echegaray y escurrirse por su jardín.

—¿Y tú te crees esas mandangas? Vamos, hombre...

Caracaldero, el edecán del casino, venía con otra ronda. Tres Veteranos y un Espléndido Garvey, su viva imagen. No obstante, pese a su alcurnia espirituosa, los alcoholes no propiciaron el sortilegio. El lobo que decía haber visto Visitación saltando la verja de Belle Ombre, el mismo que sorprendió Sito Culoperdiz en el dolmen del Lago de las Ánimas, ¿podía ser el autor del asalto al dormitorio de Palmira, la noche en que su hija descubrió a su madre oyendo aquella copla de tormento —*Dos cruces*—, con un cigarrillo en la diestra y un encendedor en la otra?

—Según la leyenda, el lobo cojo se aparece siempre que se va a cometer un crimen. Tres muertos, tres aullidos. —Ojanguren meció el licor y hundió la nariz en su copa—. Claro que, de ahí a imputar al Garri..., hay un trecho.

—Lo que hay es una panda de patanes supersticiosos —sancionó el médico, harto de todos ellos—, débiles mentales que no han salido de la Edad Media. A este paso, acabaremos prendiendo las hogueras del Santo Oficio para quemar a los diferentes. Garrincha, Sito, ¿...y cuántos más?

—Las hermanitas del diablo, sin ir más lejos —rezongó Marculeta—. Si es verdad que son ellas las de las pintadas, aquí va a arder Troya.

—Con que no ardan tus bigotes, vas listo. Y amárrate

los machos, Diego Valor. —El cajero espumó el coñac en sus encías, disfrutando de la quemazón—. Esas dos maniáticas te recibirán a sartenazos y luego lo negarán todo, ya lo verás. ¿Cómo puedes pensar que van a desembuchar algo semejante? Te dirán que es un montaje, que la gente las odia, y ya tienes liada la del pulpo.

—Yo que tú, me iba con el practicante y que les meta un par de optalidones —sugirió Caracaldero, que no acababa de retirarse—. Por si les da un perrenque.

—Sí, claro —se jactó el notario—. Igual que ese periodista asesino que se tiraba a la pequeña. De buena se ha librado, manda narices con el rajapellejos.

—Tranquilo, que ya está en capilla. El otro día se lo llevaron a Madrid y a lo dicho: de Madrid al cielo. —El alcalde frunció una mueca sarcástica al tiempo que se cruzaba la yugular con el índice. Luego mojó en su copa el prepucio del Montecristo que sostenía entre sus dedos sin encenderlo, y ya bien empapado, le prendió fuego—. Nines debe estar hecha una furia. Ándate con tiento, que lo mismo del perrenque pasa al arretrato... y te salta al cuello.

En un gesto reflejo, Marculeta se llevó la mano al cinturón, donde debería colgar su pistola. Al no encontrarla, disimuló el gesto sacándose el pañuelo para enjugarse el sudor que perlaba su frente. Hacía calor, el verano estaba a las puertas. No, él no temía por su vida, pero llevar a la ignominia pública a esas dos mujeres, invadir su casa con una denuncia, si acaso tener que

vérselas con su madre, una anciana moribunda. La suya la conoció, fueron buenas amigas, igual que él y las hermanas. Ahora no parecían otra cosa que dos vírgenes fatuas. Sobre todo la mayor, siempre vestida de negro, con ese sombrerito de medio luto y esas gafas terribles. No hacía tanto, en su juventud, llevaba vestidos de flores, y a veces hasta le sonreía. ¿Cómo había podido estropearse de esa manera? No pasaba de los cincuenta y parecía una vieja. Una vieja amargada, rencorosa, intratable. Y de su hermana mejor no hablar. Todo el pueblo la había visto humillarse ante ese fantoche madrileño al que iban a ejecutar. Como para no perder la chola. Después de todo, el sentencioso Ojanguren tenía razón. Aparte del measalves de Culopollo, al que le habían dado calabazas las dos, las Echeagaray no habían conocido el amor de nadie. Solo sus agruras, sus tormentos y sus condenas. Pero ¿quién no sabe que el buen Dios prueba a sus elegidos en este mundo, y no en el otro?

[22] Literalmente, «cabeza de pájaro», el apelativo de los extravagantes o de los lunáticos. (*N. del A.*)

33.

Tres manzanas

Se decía que nació en la sepultura, dentro de la tumba de carne que ya era para él su madre cuando la enterraron. En las pálidas noches de verano, a la hora en que Venus brilla como un grano de cebada, salía de su agujero y vagaba entre las cruces del camposanto detrás de las luciérnagas. Por esas fechas, Lucre, la hermana de Garrincha, encontró a la puerta de su casa a un niño de ninguna parte al que adoptó como propio. Tal vez no era el mismo, tal vez sí. Pero en Etxalar se tuvo por cierto que ese niño era Santúa, y Garrincha su padre, y hasta él acabó por creérselo. Mediaba la leyenda de los neonatos enterrados sin bendición, según la cual estos jamás alcanzarían la paz hasta que murieran en los brazos de una virgen.

Desde entonces Garrincha, el hombre que siguiendo los pasos de su hijo espectral sería conocido como el Muerto Resucitado tras escabullirse de tres penas de fusilamiento y convertirse en topo durante la posguerra; el que años atrás fuera rechazado en sus pretensiones de ordenarse

sacerdote por ser cojo; el mismo que se quedó cojo por dar un puntapié a una calavera al pasar junto al cementerio —tal como refirió Nines a Landi en su relato sobre la Cena de los Muertos—, por más que derivara hacia la excentricidad y las filosofías orientales, no dejaba de atormentarse, encadenado a la larga noche de su expiación. Hasta que, con la muerte de Santúa, entendió que el diablo se había cobrado su tributo, y él y su hijo podrían volver a abrazarse, algún día, aunque fuera al otro lado de la vida.

Solo él fue testigo de aquel crimen inocente, la noche en que Nines, virgen a sus cuarenta años malcumplidos y a punto de ser violada por el Idiota, al intentar zafarse, hundió en su espalda el cuchillo con que segaba la hierba para los conejos, su violín del Sacamantecas. «Ha sido la mano de Dios», solía decirse, mortificada por la culpa. Nadie podía rubricarlo mejor que Garrincha: su hijo había muerto en brazos de una virgen, como dictaba la leyenda. Al fin la redención prometida.

¿Cabía la posibilidad de que fuera él quien las estaba extorsionando? No, Garrincha no albergaba en su corazón otro sentimiento que el de una doliente gratitud. Tantas veces quiso decírselo, contarle su verdad, y la de su hijo, y la de esa muerte accidental que para él cifraba un mensaje de la providencia. Tantas veces quiso prevenirla en pago, revelarles quién era su amante, apartarla de ese fuego que la estaba devorando. Desde aquella primavera, tanto tiempo atrás, cuando ella era una cría y él un

miliciano, y se le ocurrió pedirle baile en la verbena del pueblo, Nines lo rechazaba como a un apestado. Garrincha no había dejado de quererla en secreto, sin ninguna esperanza de que le correspondiera. Ahora su vida peligraba, una nueva amenaza se cernía sobre la maldición de su sangre, y solo él lo sabía.

Un atardecer, al poco del prendimiento de Landi, se acercó a Belle Ombre. Saltó la verja como una sombra, cruzó el jardín, cauto, agazapado. En la penumbra de la cocina las hermanas rumiaban su mal fario, convocaban difuntos, todo era dolor dentro de aquel caserón condenado. Si no podía hablar con Nines a solas, le dejaría un mensaje. Para un maquis como él no fue difícil ganar la única ventana que se veía entreabierta, en el segundo piso. La glicina le consintió escalar sin problemas. La suerte se alió con su audacia: esa ventana era la del cuarto de Nines. Sobre la cama había un Zippo y una cajetilla de Winston. También una cadenita de oro de la que pendía un granate en forma de corazón. Se guardó el colgante, prendió un cigarrillo. El tiempo pasaba y Nines no aparecía. Salió de su dormitorio, caminó unos pasos, empujó otra puerta. Así descubrió el cadáver de Palmira. No se sorprendió, aunque la estuvo mirando lleno de pena. La difunta se le impuso como una evidencia paralela a la muerte de su hijo. Recitó una plegaria budista por su alma y, como un homenaje, le ajustó el colgante al cuello. Si hubiera llevado puesta su dentadura postiza, seguramente Palmira le hubiera dado

las gracias, pero sus dientes flotaban dentro de un vaso, sobre el velador. Al volverse vio algo más: a los pies de la cama había un Phillips y una pila de discos de Luis Mariano. Entonces le vino la idea. Puso uno muy elocuente, ese en que el rey de la opereta cantaba *Dos cruces* —una por ti, otra por mí, mi hijo y tu madre, tú y yo—. Le pareció una manera sutil de convocar a Nines. Oiría la música, subiría a ver qué pasaba, hablarían.

Todo salió mal. Al poco, fue la voz de su hermana la que le llegó por el hueco de la escalera. Esta no entendería nada, montaría en cólera, cargaría contra él. Nervioso, sin saber qué hacer con el Winston y el Zippo, los hundió entre los dedos de la muerta, abrió la ventana y saltó al jardín. Pocó le faltó para romperse la pierna que le quedaba sana. Mientras Juana perdía el viático ante la visión de su madre fumando —«caer en el vicio a estas alturas»—, Garrincha se alejó renqueando por la parte del Lago de las Ánimas y no regresó jamás.

Dos semanas habían corrido desde entonces, desde la tarde en que Visitación, la *serora* del pueblo, le sorprendió saltando por esa ventana «como un hombre lobo». Naturalmente, nadie la creyó. La cultura positiva que adornaba a las rectas conciencias de Etxalar, vedándoles creer en lo sobrenatural, otorgaba al diablo grandes ventajas. Tampoco era la primera vez que la beata juraba haber sido testigo de apariciones demoniacas,

como cuando dijo haber visto a la Pasionaria, la del «No pasarán», proclamar en un mitin que quería «una España más española». Visi era la caraba, y, por lo que se refiere a Garrincha, ¿quién no sabía que aparecía y desaparecía a voluntad? Nunca había dejado de ser un extraño en aquel paraíso infernal, como lo hubiera sido en cualquier parte del mundo.

Ajena a su incursión fallida y a todo lo demás, esa tarde Belle Ombre parecía celebrar el esplendor del verano. En un rincón del jardín, a la sombra de la palmera indiana, entre las adelfas de un intenso rojo sangre de Cristo, se alzaba un caballete. Aunque la vegetación no permitía averiguar si se trataba de la pequeña o de la mayor, una de las hermanas Echeagaray se ocupaba en pintar un cuadro. Un soplo de brisa apartó las pencas de la palmera, revelando su perfil. Era Nines. De niña dibujaba bien. Emboscado entre las enredaderas, al otro lado de la verja, el intendente Marculeta recordó que siempre fue la primera de la clase en eso. El cabo Bastarrica respiró quitándose el agobio. Por lo menos se la veía relajada.

—Parece que está pintando unas manzanas, ¿no? —
siseó el primero.

—Otra prueba de cargo —sentenció el intendente parco y directo.

—No le entiendo, jefe. ¿Qué cargo ni qué niño muerto?

—La denuncia va contra alguien que pinta, pedazo de

borrico.

—Pero unas manzanas no le hacen daño a nadie. Si fueran nabos, aún...

—Según como se mire, Ina, según cómo se mire — filosofó Marculeta—. Piensa en Adán y Eva. Perdieron el paraíso por una manzana.

—Y con una manzana envenenó la bruja a Blancanieves, no te jode...

—Un respeto, Pitarras, un respeto que te abrocho.

—Lo decía en serio, jefe.

—Pues entérate de una puta vez, la manzana es la fruta de Satanás. Mira esas: redondas, tersas y prietas, como culos de novicias. Lo oí la otra noche en *Alfred Hitchcock presenta*. Y joder, con lo que me gusta la compota, que no pegué ojo, oye.

Cierto, lo más cercano a las teorías de Sigmund Freud que podía entrever el intendente Marculeta pasaba por esa serie de culto presentada por el mago del suspense. Hurtada al debate entre los polizontes, pero tal que si les oyera, la artista apretaba la lengua entre los labios mientras extendía su pincel sobre las deletéreas curvaturas de tres manzanas, las mismas que tenía ante sí, sobre una mesita plegable. Rojas como la de la bruja de Blancanieves, como los labios de Galtzagorri, el que hunde sus largas uñas sepulcrales en la pulpa de las vírgenes, las noches de *sabbat*.

Marculeta carraspeó para atraer su atención. Nada. Volvió a carraspear. Peor aún. Justo entonces, desde el

piso alto, comenzó a escucharse la voz de Luis Mariano.

—*Acapulco*, qué películón —exclamó Bastarrica, transido de nostalgia—. ¿Sabía que estuve en el rodaje, en San Sebastián? Aquello fue la monda, jefe. Con decirle que las escenas finales se montaron en un Acapulco de pega en la playa de Ondarreta... Pero coño, qué buena estaba la Tilda Thamar.

Se refería a uno de los iconos sexuales de los 60, también conocida como «la bomba rubia» o «la vampiresa de Buenos Aires», a cuenta de sus raíces. A tanto llegaron sus escándalos que, tras el estreno de *Novio, marido y amante*, Evita Perón, pese a ser de origen vasco y «del oficio», le prohibió regresar al país del Plata.

—Me parece que te estás confundiendo con *El cantor de México*. —Marculeta tenía razón y, además, a él le ponía bastante más Ava Gardner, la que fuera celebrada, con permiso de las vacas autóctonas, como el animal más bello del mundo.

—Vale, puede ser. Pero la canción se la baila en esa película, eso seguro.

—Tanto me da. Por más que sea medio vasco, Luis Mariano es un moñas con más pluma que el que canta el *Porrompompero*, otro maricón.

—Tengo entendido que entre hoy y mañana va a pasar por el pueblo, de camino a su casa en Iparralde. Dicen que se trae de visita al americano, al Orson «Güeyes».

—Pues por mí como si se van a la luna de Valencia, a que les den.

—Lo digo porque podría ser una buena excusa para ganarnos a estas chifladas. No sé si me entiende, jefe... Ya ve que adoran a Luis Mariano.

Los gorjeos del irunés acompañaban las pinceladas de Nines sobre el cartón. Marculeta, saturado de divagar por los océanos de la alta cultura, empezaba a impacientarse.

—¡A ver, Nines! —prorrumpió al fin—. Que venimos a hacerte una visita.

Sus hombros se estremecieron, pero no se volvió. Con toda intención, parecía oponer a los agentes aquel moño impresionista que continuaba meciéndose al capricho de las musas. Marculeta tuvo que reincidir:

—¡No te hagas la longuis, Nines! ¡Sabes que estamos aquí!

Al fin la artista volvió hacia ellos un rostro hermético, de loca peligrosa en formato expectante, levemente tiznado de bermellón:

—Vaya, qué sorpresa, las fuerzas vivas... —Lo dijo como si se limitara a constatarlo, sin mostrar otra emoción fuera de un vago mohín de contrariedad—. Pues venís en mal momento, porque mi hermana está descansando y sus siestas son sagradas.

El volumen de la música parecía contradecirla. Los agentes prefirieron ignorarlo:

—Tú nos vales igual. Se trata de que nos eches una simple firmita.

—Lo siento, aquí es Juana la que pincha y corta —repuso casi ingenuamente—. Ella se ocupa de todo y todo

lo tiene en orden. Si por la noche una hormiga se pasea por una cucharilla, se da cuenta nada más levantarse. La busca, acaba con ella, y vuelve la paz. Porque en nuestra casa hay más amor que en cualquier iglesia.

—Déjate de milongas, Nines, lo sabemos todo —contrató Bastarrica—. El tres es un número interesante, y las manzanas ni te cuento.

Le faltó añadir que eran cosa del diablo. Pero el astuto Bastarrica iba a lo práctico. Lo había aprendido de sus asiduidades detectivescas, vía *Perry Mason*. A veces basta con dejar caer una frase al tuntún para que el sospechoso se traicione. Y acertó. En la mente de Nines cada una de sus manzanas se transmutó en el rostro de un cadáver: Santúa, Belzunce, Ana Rosa. Y hasta ahí. Porque ella también era una profesional, una gran dama del crimen. Contenido el primer sofoco, picoteó su pincel fingiendo interesarse en los efectos de luz sobre su bodegón.

—Entonces, ¿qué venís a hacer aquí, si ya lo sabéis todo?

—Te lo contaremos cuando nos abras. Ábrenos, Nines, déjanos pasar.

—Juana no quiere hombres en su casa y menos de uniforme. A mí tampoco me han gustado nunca los uniformes, que lo sepáis. Me traen a la memoria que existen los que mandan y los que obedecen.

La tirada anarcoide dejó a los tribunos sin recursos, lo que aumentó su irritación.

—Estamos siendo muy pacientes contigo, Nines — continuó Marculeta cada vez más tenso—. Y si te digo que lo sabemos todo y tú sigues resistiéndote a la autoridad, atente a las consecuencias.

—Muy bien, a mi cuenta —perseveró firme en sus trece—, ya le pasaré el parte a Juana cuando esté presentable. Que ya os he dicho que yo aquí no pinto nada.

Mentía, evidentemente, y no solo porque estuviese dándole a la brocha como si tal cosa. Aunque mantuviera el temple, en su mente habían comenzado a coagularse aquellas imágenes de pesadilla. El rostro dislocado de Santúa, su boca rebosando grumos de sangre. La garganta de Belzunce abierta en canal. Las siete puñaladas que le asestó a la amante de su amante, esa rubia que se parecía tanto Tilda Thamar, igual de puta, igual de vampírica.

Los gendarmes se anclaron a la verja, las manos en los barrotes.

—Por última vez, Nines..., que esto ya pasa de castaño oscuro.

Una vaga sonrisa afloró en sus labios. Una sonrisa entre el temor y el placer, la de una niña que contempla a los gorilas en su jaula del zoológico. Una de las zarpas de aquellos orangutanes resbaló sobre el hierro y cayó desalentada.

—Piensa en tu madre. —Marculeta había comenzado a sudar, su rostro goteaba como una ciruela en almíbar—. Con tanto jaleo aquí abajo vas a conseguir que se entere...

Y no le va a gustar.

—Un poco de jaleo nunca viene mal. Que la vida es muy triste y hay que alegrarse.

—Venga ya, Nines, deja de marear la perdiz. —El cabo inspiró profundamente con un ruido como de fuelle—. Esas mamarrachadas no te hacen justicia.

Se refería, naturalmente, a las de los retretes del Txinparta, la única razón de su visita. Ella lo interpretó como una afrenta directa a su acuarela:

—No son ninguna mamarrachada, lo que pasa es que vosotros no salís de las romerías de Kaperotxipi. Esto es arte naif, el estilo que causa sensación —la artista entrecerró los ojos para admirar su obra—. Nuestra *amatxo* es muy moderna, le encantan las manzanas y el naif. Pero si os la cruzáis en los *arkupes* de la iglesia no le digáis nada, ¿vale? Es una sorpresa. El sábado celebramos su cumpleaños.

«¿Cruzarnos con la vieja en los *arkupes*...? Pero si no sale desde hace mil años. Se está quedando con nosotros», elucubró el tribuno. Harto de ella, elevó el tono:

—¡Te hablamos de lo de Zumbeltz y me has entendido perfectamente!

—¿Lo de Zumbeltz? —Nines puso cara de entender todavía menos—. Pues me da en la nariz que estáis desbarrando. Mamá pertenece a la Liga de la Templanza.

Sus palabras acabaron con la poca que le quedaba al intendente:

—Bueno, ya está bien: que sepas que Bocaseca os ha

puesto una denuncia.

—¿...Una denuncia? ¿Que ese jabalí encima nos ha puesto una denuncia? —El corazón de Nines dejó de latir, solo pensaba en el tesoro sepultado en las cisternas del Txinparta. ¿Quién dijo que la mejor defensa es un ataque? Fue lo que hizo—: Lo que me faltaba por oír, ese borracho asqueroso que se tira a su asistentita.

—... No intentes escabullirte, Nines, los cuchillos están en el aire.

La segunda frase a lo *Perry Mason*, otra diana casual en el arqueo de Bastarrica, fulminó a la imputada. ¿Había dicho los cuchillos? Entonces, sí, aquello era el final. El malnacido que las estaba llevando a la ruina había entregado a la fuerza pública su violín del Sacamantecas. Ahora podía sentirlo hundido hasta la empuñadura en sus entrañas. Pálida, desencajada, se mordió los hígados por sobreponerse. Apenas lo consiguió. Cuando volvió a llevar el pincel al cartón, su mano temblaba. Marculeta casi se apiadó, pobrecilla, tal vez se estaban excediendo.

—Piensa en tu madre, Nines, piensa en tu madre — redundó en su letanía—. Si nos obligas a entrar por la brava le va a dar un soponcio.

—Dinos al menos cómo se encuentra... —abundó el cabo por desdramatizar.

—Pues tirando... Aunque estos calores, uf, le sientan fatal. —Quería mostrarse indiferente, pero aquel susurro nervioso la traicionaba—. Menos mal que el médico no deja de visitarla. Cómo la atiende. De maravilla. ¡Qué

gran doctor tenemos!

Los agentes volvieron a mirarse con una expresión que lo decía todo. Sabían que ningún médico había entrado en esa casa en diez años, como poco.

—¿El doctor? ¿Qué doctor?

—¿Quién va a ser? Don Fermín, el de toda la vida. Una eminencia.

Marculeta elevó sus ojos al cielo. ¿Qué sentido tenía recordarle a esa tronada que don Fermín había muerto cinco años atrás? Él mismo lo había visto hecho fosfatina dentro de su dos caballos tras ser arrollado por un camión sin frenos en la carretera de *Yanci*. Necesitaron un soplete para liberar de aquel amasijo de hierros retorcidos lo que quedaba del buen doctor Gastaminza.

—Es la prueba de que está tarumba —susurró Bastarrica—. Igual que su madre y que su hermana. Las tres están para encerrarlas.

Marculeta pareció no oírle, creía haber encontrado un resquicio:

—Entonces déjanos entrar para que la saludemos. Solo eso y nos vamos.

—No puedo —repuso Nines, ahora todo delicadeza—. Es Juana quien tiene las llaves de los candados del jardín. Cosas de la patria potestad.

—Pues sube a pedírselas, anda.

—Me tiene prohibido molestarla durante su siesta, ya os lo he dicho. Se pondría furiosa... Bueno, eso ya lo estaba de antes —continuó, como una adolescente pillada

en falta—. Hemos discutido a cuenta de mi viaje a París.

—¿Cómo que tu viaje a París? —Bastarrica no pudo disimular el espaviento.

—Mi prometido me espera en la ciudad de la luz. Sabe que soy muy romántica y piensa como yo, que si se unen los cuerpos han de unirse las almas. Así que vamos a casarnos —susurró recatada, amusgando los párpados, aunque al final soltó una risita pícaro—. No se lo contéis a nadie, porque las gestiones nos las está haciendo Narcissus Noir, el novio mandinga de Sito, y Juana no los traga, a ninguno de los dos. Pero ya os avanzo que va a ser una boda de relumbrón. En el *Sacrequé*, nada menos. Con decirnos que Luis Mariano figura entre los invitados.

Marculeta envainó sus manos en su cinturón, tentado al sarcasmo:

—¿... Y qué os va a cantar?

—Mi canción, naturalmente. *Angélica Sérénade*.

El cabo escrutó los rasgos avejentados de Nines, sus ojos saltones de muñeca barata, esa nariz cuya relación con los idilios recordaba la del culo y la camisa, y volvió hacia Marculeta una mirada piadosa: «Pobre infeliz, acabar así». Ellos no eran como esos esbirros sin escrúpulos que se ensañan con los detenidos como las moscas con las tripas de un caballo muerto, pero tampoco podían rendirse:

—Entonces no nos lo pongas más difícil, coño, que esto solo es un trámite, como lo de tu boda. Venga, Nines, no nos obligues a pasar a mayores.

Nada parecía arredrarla. De nuevo encastillada en su dignidad, con las manos hundidas en los bolsillos plastrones de su bata para ocultar el temblor, y una mirada astuta, casi perversa, parecía burlarse:

—Según tengo entendido, para entrar por la fuerza en una casa se necesita una orden judicial. ¿La habéis traído? A ver, a ver... Quiero verla.

Marculeta estrujó el pliego de la denuncia hasta reducirlo a un gurullo. Porque tenían que entregarla en mano y llevarse el resguardo firmado, que si no... Nines no esperó más para darles la espalda. A pequeños pasos, meneando el culo al compás de la música tropical, enfiló la escalinata que subía al porche. Una vez arriba, abrió la puerta, les lanzó un beso soplado desde la palma con un guiño guajiro y cerró a cal y canto.

—¡Esas putas locas! —gruñó el intendente, poco habituado a que le dieran con la puerta en las narices—. Pues muy bien, iremos a por esa orden judicial, claro que sí. Y ahora mismo, Inda, cagando leches.

—Mejor que mejor, jefe. Con los virutas nunca se sabe, que lo mismo se nos asoma por la ventana con el mosquetón del abuelo.

No obstante, mientras se retiraban, Marculeta no pudo contener el arrebató y se volvió hacia esa ventana tomada por los gorgoritos de Luis Mariano:

—¡Ni Acapulco, ni México, ni una hostia más! —bramó, puño en alto—. ¡Por la madre de los apóstoles que os voy a meter en la trena a las dos! ¡Lo sabemos todo!

¿Me habéis oído? ¡Todo!

«Tener o no un final feliz» —solía repetir el viejo Welles—, «depende de donde decidas detener la historia». Pero eso ya no estaba en manos de nadie. Aquella música festiva se había trocado en una danza macabra y, más allá, sobre las rojas colinas, en la hora indecisa en que acaba el día y el diablo hace sus cuentas, un sol de sangre aullaba el calcinamiento de las almas.

34.

La Mano de Dios

«¡Lo saben! ¡Lo saben todo!», jadeaba Nines mientras se precipitaba a trompicones escaleras arriba, la mirada extraviada, el corazón en un puño. «¡Lo saben todo!», se repetía histérica, sin querer ver el rostro que la contemplaba desde el vano, la mano en la calavera, la cadena de granates asomando, como si su esqueleto empezara a arrancarse del lienzo. «¡Lo saben todo! ¡Todo!». Laverna callaba. Solo respondían los maullidos de Sultán, agazapado en el rellano, la pelambre erizada, vertiendo sobre ella los carbones encendidos de sus ojos amarillos. Una advertencia, no debía seguir adelante. Acaso la comitiva de monjes espectrales y almas en pena iniciaba su ronda. Nines se hubiera sumado a la procesión sin vacilar. Que se la llevaran de una vez, solo entre los condenados alcanzaría la paz que tanto le faltaba desde ya ni recordaba cuándo y más que nunca entonces.

Esa mañana había vuelto a discutir con Juana de la peor

manera y, sin embargo, lo primero fue un augurio maravilloso. Tras superar otra noche de fiebre, el amanecer le pareció un milagro bendecido por la luz del sol. Hasta el agua color gris elefante del Lago de las Ánimas fluía limpia y clara, arrastrando todas sus agonías nocturnas. Al asomarse, tuvo la sorpresa de que los jacintos acuáticos habían florecido y ahora, liberados, flotaban corriente abajo. Incluso durante su desesperación, la vida mantenía sus promesas.

Aquello era una señal. Huiría de una vez y para siempre de Etxalar y de todos sus recuerdos, igual que esos jacintos acuáticos, como quien emerge de un sueño pantanoso y se deja llevar de la mano de un ángel hacia el paraíso. Tiró de la maleta bajo su cama. Sacó unas sandalias de tacón y un Balenciaga, todo lentejuelas y colores pastelosos, aunque de caída flácida, porque el lamé estaba húmedo. Poco faltaba para que le crecieran hongos, lo que acentuaba su aire grotesco. La voz de Juana la sorprendió mientras se pintaba los párpados de verde. Un verde horrible. Nines respondió sin dejar de examinarse en el espejito de su polvera:

—Un momento, que me estoy arreglando.

Había olvidado correr el pestillo, la invasión de su hermana resultó brutal. En vez de decir «me encanta tu conjunto», se llevó una mano al cuello, como si se ahogara:

—¿Pero qué carnaval es este? ¡Tú, vestida como una fulana! Ah, ya... ya entiendo —Tras el sobresalto, tan

fingido como todo en ella, masculló, agria como era—: Sigues con la perra de largarte a que te follen por ahí. Pobrecilla. A los hombres les gustan las putas jóvenes, y aún más las caras. Y tú no eres ni lo uno ni lo otro. Vamos, que si te metes a puta ya te digo yo que mueres virgen. Anda, quítate ese trapo, que pareces la de la ensalada de frutas en la cabeza saliendo a bailar el bayón.

El escarnio la ayudó a cargarse de razones. Estaba más que harta. Recorrió su cuarto con la mirada, como si fuese una prisión de la que pronto huiría.

—Pues de puta a puta, zapatazo, que me voy con ella.

—Cuidado con lo que sueltas por esa boquita, cretina. No olvides que soy la que te unta el pan. Si sigues adelante, y te lo digo por última vez, te vas a arrepentir.

La conminación no hizo mella en Nines. Vestida así, como una reina de la alta costura, se atrevía incluso con esa víbora:

—Si hay algo de lo que me arrepiento es de todo lo que me he perdido por tu culpa. Pero punto final: tú ya no mandas sobre mí. Ni tú ni nadie.

Juana prendió un mentolado con el Zippo de su hermana, otra provocación:

—¿Sabes, querida? Las putas de París son más putas que las de *Las mil y una noches*. No hay otras como ellas cuando se trata de volver loco a un hombre. —Vertía su provocación despacio, mientras daba vueltas a sus anillos —. Saben hacer el amor de mil maneras, a la indochina, a la bereber, a la rusa. Su coño es como una central eléctrica

de los misterios gozosos. Pueden estar toda la noche chorreando miel y trinando avemarías. Dale que dale, dale que dale...

Nines se tapaba los oídos, hasta que acabó por estallar:

—¡Calla! ¡Cállate de una vez, maldita! ¡No te soporto más! ¡Vete al infierno!

Juana le clavó una sonrisa sarcástica y, sin declinarla, fría, retadora, extendió el cigarrillo hasta hundirlo en su Balenciaga. La quemadura fue instantánea, absolutamente irreparable. Tanto como la bofetada que descargó la pequeña contra su rostro. Fue como si el tiempo se detuviera y un mundo se viniera abajo.

—¿Qué...? ¿Qué has hecho, desgraciada? —Lívida de rabia, Juana se llevó su mano a la mejilla—. ¿Cómo te has atrevido? Esta no te la paso, esta me la vas a pagar...

Tras sus arlequinescas gafas negras sus ojos parecían proyectar las llamas del averno, esa mirada que podía convertir en piedra a quien la dirigiese. Nines dio un paso atrás, el suelo se hundía bajo sus pies. «A mí, que te he salvado la vida. A mí, que te he protegido de todo. A mí, que me lo debes todo...». El responso de tinieblas continuaba, y a cada invocación parecían alzarse los cien demonios de Belle Ombre. Nines ya no pudo más. Se arrojó a los pies de su hermana, abrazando sus rodillas, suplicando su perdón. Juana consintió en silencio. Si esa imbécil se iba, ¿qué sería de ella? Se quedaría allí, sola, pudriéndose, con su odio en las entrañas. Tras un paréntesis calculado, la primogénita deslizó su garra

manchada de vitíligo sobre su cabeza, le dio unas palmaditas, acabó besándola en la frente. Todo quedaba perdonado, lo que equivalía a dar por cierto que todo seguiría como siempre. Nines volvería a cerrar su maleta, nunca la abandonaría. París no había existido jamás.

Esta es otra de las astucias del diablo: nos hace tomar nuestros fracasos por éxitos. A partir de ahí, ya tiene ganada la partida y quien se cree más libre no es más que un instrumento a su servicio. Ese mediodía comieron juntas, felices de haberse reconciliado, como tantas veces. Luego Juana subió a echarse la siesta y Nines sacó sus acuarelas al jardín. Nada en la quietud del aire traslucía lo que estaba a punto de suceder. La aparición de los municipales la fulminó como si hubiera caído sobre ella el tajo del verdugo. Ante ellos había conseguido mantener el tipo. Luego fue el pánico. Echó a correr escaleras arriba, perseguida por sus imputaciones, buscando amparo, llamando a una madre que no era su madre. Abrió de golpe la puerta del cuarto de Palmira. La voz de Luis Mariano envolvió su desesperación en una cascada de almíbar. Ni reparó en lo que cantaba. Se trataba de su balada fetiche, esa *Angélica Sérénade* que parecía haber sido compuesta solo para ella:

—¡Lo saben todo, mamá...! ¡*Amatxo* querida, nos van a matar!

Fue entonces cuando advirtió que había alguien más en

la estancia, y lo que vio le paró el corazón. Sentada en escorzo a los pies de la cama, medio eclipsada por los cortinajes de damasco púrpura, su hermana le dirigió una sonrisa tan beatífica como la que se dibujaba en los reseco labios de la muerta.

Ahora era ella quien lucía sus mejores galas. Un vestido negro azabache, todo cintas y bodoques, perfecto para ser la reina de la fiesta en una noche de ánimas. Pero ¿qué era eso que sostenía sobre su regazo? ¿Una maleta? Sí, una maleta. Su maleta de los sueños. La misma que tras su última refriega había vuelto a ocultar bajo su cama como quien sepulta el secreto de una vida. Sus conjuntos por estrenar, sus joyas de pacotilla, sus bolsos, sus perfumes, todos sus tesoros, los que alentaban ese viaje siempre inminente y siempre postergado, su fuga hacia la tierra prometida, se veían desparramados por el suelo. ¿Qué había entonces dentro de la maleta? Billetes, fajos y más fajos de billetes. Y algo más. Un enorme cuchillo de cocina, de mango de asta y hoja un poco mellada: el violín del Sacamantecas.

El *shock* la dejó sin habla. El *chansonnier* de sus entretelas lo hizo por ella. Como un fantasma cernido de arpegios al otro lado de un túnel muy oscuro, profundo, aterrador, pronunciaba su nombre una y otra vez: «C'est un poème, un peu bohème / sur ce vieux thème: l'Amour. / Un air de danse, un romance / qui recommence toujours

/ chanson des fleurs, Angélica sérénade / Chanson du cœur, Angélica sérénade. / Chante pour moi, / oh, mon amour, Angélica sérénade...». La melodía se iba apagando como un fuego suave, el suyo acabó por incendiarla. Lo entendió todo en un relámpago de tenebrosa lucidez. Se soltaba de una pesadilla para caer en otra cien veces más abominable. La voz le volvió en un desgarró:

—¡Eras tú...! ¡Eras tú, maldita, maldita, maldita...!

Se le iba la cabeza, su mundo giraba en un vórtice alrededor de aquella maleta rebosante de billetes nuevos. Un poco lívido, con su rostro teñido de azul tras sus anteojeras, el vejestorio que los ilustraba, su egregio antepasado, don José de Echegaray, el catastrófico dramaturgo impunemente galardonado con un Nobel, parecía contemplarlas atónito. Sus descendientes rendidas al becerro de oro y solo para odiarse aún más de lo que se venían odiando. Aquello sí que le servía para cualquiera de sus tragedias tremendistas, una cosa híbrida entre *La hija natural* —Nines lo era—, o *Morir por no despertar*. El espanto que destilaban los ojos del senador vitalicio ensanchó el de Nines. Tantas semanas de terror, de angustia, de martirio. Tantos muertos para acabar así.

—Convocaste a todos los demonios de nuestra condenada estirpe, desataste el gran aquelarre, toda esta orgía de sangre y más sangre...

No pudo continuar, las palabras ya no significaban nada. Sin moverse del pico de la cama, Juana parecía un

ídolo ancestral decidido a aplastar a todo aquel que contraviniera su voluntad y, más que nadie, a su sierva. Su memoria retrocedió hasta las ciénagas de su infancia, esos cuentos macabros que le susurraba su hermana antes de dormir, las leyendas de sus ancestros, la fantástica dinastía de maléficas, todas brujas, hechiceras, aojadoras. Juana había jugado con ella como se juega con la muñeca más fea, su muñeca de vudú, esa a la que tanto da que le claves alfileres o le saltes un ojo. Mientras lo haces te vengas de la vida misma, hieres un corazón. A la luz azulada que perfilaba el cadáver de su madre, los labios repintados, la calavera empastada de polvos de arroz, descubría un monstruo cien veces más aterrador.

—Pero por qué, Juana, por qué....

Lentamente, el rostro en la penumbra se volvió hacia ella. No la miró a la cara, sino al hombro, como miran los que dicen ver muertos a nuestro lado:

—No tenía otra, *bihotza*: pensabas abandonarnos a mamá y a mí. Sin ningún respeto, sin ninguna consideración —comenzó a decirle con esa serenidad que nos invade cuando ha sobrevenido lo irremediable—. Nunca fuimos hermanas, pero nuestras sangres se acompañaron hasta el punto de que nos bajaba la regla el mismo día, como si formásemos un solo cuerpo. Y tú... tú solo querías amputarme de tu vida. —Su voz se lentificó, ronca, vengativa—. He llegado a matar por ti, me he condenado por ti. ¿Para qué? ¿Para que ahora me lo pagues con una puñalada?

Nines no podía sacar sus ojos de la maleta. Sí, ese era el pago. *Un millón para la mejor*. La muy cínica. Era ella quien estaba decidida a dejarla tirada tras arruinarla — ¿por qué otra razón se había vestido con sus mejores galas?—, era ella quien la había traicionado desde el principio.

—Tantas veces como fuimos al antro de Zumbeltz con esas bolsas llenas de dinero. Tantas noches con el alma en vilo, temiéndolo todo... Y eras tú quien se las llevaba, igual que eras tú quien escribía los anónimos. ¡Quién sino tú!

La acusación impactó en su rostro como contra un escudo, apenas le afectó:

—Dios nos ha puesto en este mundo con un propósito, querida. Gracias a ti, he descubierto el mío. ¿No está escrito que el Señor nos conoce antes de crearnos? También está escrito que el primogénito servirá al benjamín, pero ese versículo siempre me pareció un tanto excesivo: solo el arcón sabe lo que pesa el muerto.

—Hablas como un demonio, estás poseída...

—Puede ser, sí, puede que lo esté —le concedió, muy concentrada en alisarse la capellina de su vestido, como una mantis sus élitros—. Pero ¿sabes qué te digo? Mejor odiar que sufrir, el odio me ha inmunizado contra las cabronadas de esta perra vida. Ha sido duro, he tenido que templarme a fuego, como si me metiera una aguja al rojo vivo hasta el corazón. Ahora quiero mi venganza. Y también quiero amor, me cueste lo que me cueste. —Su

mano se hundió en su tesoro—. Sí, Nines, ser amada a cualquier precio y humillar al amor que tanto me ha faltado, igual que a ti. ¿Cuánto cuesta un Romeo como el tuyo? Pagaré por cien y a los cien los haré pedazos, porque sé que solo seré feliz odiando.

—Como me odias a mí, ¿verdad? Siempre, siempre me has odiado.

Juana ya no parecía escucharla, miraba sus manos escamosas, casi tumefactas, con venas tan gruesas como gusanos. Para ella seguían tan tersas como el día de su primera comunión. Merecían engalanarse con las joyas más preciadas, rubíes, topacios, diamantes almandinos.

—Es curioso que no tenga ni una hebra gris, ¿no te parece? —exclamó retocándose el cabello recogido en un ovillo atroz. Era cierto, su pelo, asombrosamente negro, acentuaba su palidez—. He hecho un pacto con el diablo, hermanita: mi alma a cambio de la eterna juventud. Ya solo le pido que cumpla mi voluntad —continuó volviendo hacia ella una mirada demente—. Y por los cuernos de Belcebú, ten por cierto que se cumplirá.

—No me extrañaría que te brotaran en la frente, si no los tienes ya. —A Nines le temblaba la comisura de la boca, pero sostuvo el desafío—. Eres el mismo Akerbeltz encarnado en el cuerpo de una maldita hija de Mari, maléfica, codiciosa...

—Cualquier cosa es mejor que ser como tú, que vas por ahí mendigando un hombre que te folle con tu jodido corazón en la mano. Guárdatelo. Da asco.

Como a fogonazos, la mente de Nines se pobló de imágenes dislocadas. Su madre bailando sola, la cabeza perdida, envuelta en un frufú de sedas y pompones —«Ah, el cuplé, qué delicia»—. Su padre clavando en la viga maestra ese clavo que habrían de quitar tras su funeral. Y otra vez Palmira, ahora inyectándole la muerte en sus venas. La jeringuilla era el clavo. Nunca se atrevieron a arrancarlo, tanto temían que Belle Ombre se viniera abajo arrastrada por la maldición.

—¿Que mi corazón te da asco, es eso lo que has dicho? ¿Es eso...?

—Todo lo tuyo me da asco, sabandija neurasténica. Ves un caniche y piensas: siempre está llorando. Igual que tú. Eres débil, siempre has sido débil. No sabes más que gimotear y arrastrarte como una puta babosa para lamerle la entrepierna a cualquier crápula que te haga un poco de caso.

Nines había comenzado a avanzar hacia ella, la miraba como si al fin hubiera llegado el momento de arrancar ese clavo:

—¿Te acuerdas, Juana? De pequeña, cuando mamá y tú me llevabais al cine y aparecía una escena subida de tono... ¿Te acuerdas de lo que me decías?

—Vuélvete, Nines —se jactó impostando una voz irrisoria—. Debes proteger la inocencia de tus ojos.

Nines ya no veía otra cosa que aquella maleta colmada de fajos y más fajos de billetes. ¿Podía haber algo más obsceno, algo más brutal?

Juana no debió haber mantenido esa sonrisa torcida, la de Laverna encarnada en ella, en ese ojo izquierdo donde se le marcaba la uña del diablo, el ojo de Caín. Tal vez si hubiera reconocido sus abusos, el incalificable delirio al que la había abocado. Si le hubiese pedido perdón, apenas con una palabra. Pero no, la primogénita de las Echegaray mantuvo esa mueca envenenada de perfidia mientras Nines daba un paso más hacia ella. Sobre los montones de billetes seguía destellando el violín del Sacamantecas. Su hoja parecía rasgar un *pizzicato*, atraía a Nines como un amante. Le susurraba aquel tema que le cantaba su padre a su madre, en los días felices, con la voz de Luis Mariano: «Maite, si un día sabes / que muero ausente / de tu querer, / del sueño de la muerte / para adorarte / despertaré...». Ahora sonaba distorsionado, como en una tétrica reverberación de ecos que se hundían en el túnel de su memoria. Así fue como su padre despertó en ella. Regresaba del sueño de la muerte para saldar una vieja deuda que comprometía a su entero linaje. Solo un último sacrificio, un verdadero sacrificio ritual, podría redimirla. Solo así podría sobrevivir a la maldición de su sangre, al horror de sus amores contrariados, al lento zozobrar de aquellas dos existencias amarradas a una misma condena.

Juana la vio acercarse sin declinar su gesto altivo. Pero Nines había roto de una vez y para siempre el círculo mágico de todas sus potestades. La gran furia, como un licor añejo, requiere una larga fermentación. Aquella fue la gota que desbordó el cáliz. La mano que iba a desclavar

el clavo se hizo con el cuchillo sin que Juana moviera un músculo por evitarlo.

—Vaya, pensaba que ibas a soplar-me la pasta. —La voz raspada de la primogénita acentuó su desprecio, una vena retorcida palpitaba en su frente—. ¿Qué vas a hacer con eso, pequeña ridícula? ¿Cortarte las venas... o solo las uñitas de los pies?

—Tú, que tanto te llenas la boca con ellas, seguro que recuerdas eso que dicen las Escrituras. Que la espada es el camino más corto de un corazón a otro.

—Lo que dicen es: siento que no te amaré hasta que te haya matado. Pero vuelves a equivocarte, *bihotza*, porque ya te digo que la mano de Dios no me matará.

—No, claro que no, de eso puedes estar bien segura.

—¿Ah, sí? ¿Y tú cómo lo sabes?

—Me basta con mirarte. Te miro y veo en tu sangre que Akerbeltz es el verdadero Todopoderoso. Siempre gana él.

«Sané su alma cuando expulsé a sus demonios», esta hubiera sido la cita idónea para sentenciar aquel veredicto tatuado en su sangre desde los tiempos de Laverna la Bella. Landi se atrevió a recordárselo en su último artículo: «Mató a cuchillo y morirá por el cuchillo». Juana nunca hubiera podido imaginar que el ejecutor de esa sentencia ancestral pudiera ser su hermana, por más que ella misma lo hubiese profetizado al reprocharle que le

pagaría en puñaladas.

El plazo se había cumplido y eran muchos los demandantes. Surgida de entre los cortinajes, atravesando espejos y paredes, la ronda de sus víctimas comparecía a su cita, ya no como sombras, sino encarnadas, corpóreas, como si acabaran de levantarse de sus tumbas. El idiota Santúa, la cabeza hundida en su saco de arpillera, resoplando pesadamente a cada exhalación. El tartamudo Belzunce con su garganta cortada y los ganglios a flor de piel. Tras él, Corominas, encogido, marchito, el rostro más blanco que la tiza. Igual que su puta rubia, las pupilas dilatadas en una mirada de horror. ¿Y cuántos más? También papá y mamá estaban ahí, sus mortajas en jirones, el pecho abierto, sus corazones palpitando entre larvas negruzcas. Todos avanzaban hacia ella al lento compás del violín que Nines mantenía en suspenso. Sus labios parecían desgranar una oración.

Juana se quitó las gafas creyendo que podría detenerlos con el poder de su mirada. Solo vio fulgurar la hoja de un cuchillo enorme, presto a cumplir la sentencia de Laverna —«Cede y procede»—. El primer golpe resbaló sobre su clavícula. Al intentar defenderse, el segundo le atravesó la mano derecha y le desgarró el pómulo. Con el tercero, el violín del Sacamantecas alcanzó su pecho. Por un instante su lúgubre melodía quedó en el aire y todo se detuvo. Nines dio un paso atrás, Juana miró el cuchillo clavado en su esternón como si no lo sintiera. Luego alzó sus ojos hacia su hermana y, apretando los labios en un gesto

desafiante, lo aferró con fuerza para hundírsele hasta la cepa. No sería Nines quien la mataría, sino ella misma, dueña y señora de su muerte como lo sería de las vidas de las dos hasta el final.

Todo era cierto. Fue Juana quien ocultó el cuchillo tras el asesinato de Santúa, igual que jugaba a hacer aparecer y desaparecer la pulsera de granates, solo para mantener a su hermana amarrada a su tiránica voluntad. Cada vez que la descubría sacando su maleta de su escondite. Cada vez que salía a relucir la herencia de su padre. Y aún más cuando apareció el crápula de Madrid, Juana afilaba su violín entre sus labios, redactaba un nuevo mensaje de extorsión..., y elegía una víctima.

Ahora aquel violín, el cuchillo de trinchar demonios, había cumplido su destino. Como debía de ser, como siempre había sido. Ya no lo soltó, ni habría manera humana de desclavárselo. Entre espasmos de sangre, sin dejar de sostenerle la mirada, Juana siguió empujándolo hasta el fondo de sus entrañas ahogada en ese torvo resollar que coagulaba todas sus aberraciones. Por un momento, su agonía pareció acercarla al éxtasis, un éxtasis infernal. A medida que se vencía, esos jadeos surgidos de la garganta del diablo se quebraron en un gruñido que vomitaba más rabia que dolor, los ojos desorbitados, las tripas en la boca, hasta que se desplomó con un golpe sordo, como el de un saco al caer, y nada

más.

La ronda de los muertos se fue con ella. Se impuso un silencio opresivo, apenas quebrado por los maullidos de Sultán, llamándola desde el otro lado de la puerta. Una vez que atravesó la cuña de luz con pasos amortiguados, se aplicó a lamer la sangre que se expandía como una emanación del Lago de las Ánimas, mientras sobre el cuerpo de su dueña seguían cayendo billetes y más billetes, semejantes a las hojas marchitas de un otoño que ya solo era carroña.

Dos días después, cuando los agentes Marculeta y Bastarrica forzaron los candados que defendían Belle Ombre provistos de la pertinente orden judicial, encontraron a Nines abrazada al cadáver de su hermana, a los pies de la cama donde yacía el de su madre con los ojos abiertos. Las manos de Juana seguían aferradas a ese cuchillo hundido hasta la empuñadura en su pecho, tenaz aún más allá de la muerte. El sol del mediodía atravesaba la ventana y dibujaba una mancha de luz sobre la tarima. Recogidas en el centro de aquel claro perfilado de sangre, las hermanas semejaban dos sibilas custodiando las puertas del infierno.

Si el suicidio de la mayor parecía evidente, el resto era un enigma. Sobre su cadáver y por toda la habitación se expandía aquel mar de billetes ensangrentados, todos con los ojos de Echegaray maniáticamente perforados. Una

aguja de tejer sobre la alfombra explicaba el procedimiento, pero ¿qué sentido tenía aquello? Aunque nunca llegarían a averiguarlo, Nines no había hecho sino replicar el conjuro con el que pretendió cegar a su amante. Arponeando los ojos de su antepasado, sentía como si empalara el corazón de todos los miembros de aquella raza maldita, tanta codicia, tantas infamias. Como si redimiera la culpa de cien generaciones de maléficas. No entendieron nada, solo habló el espanto. Más allá de los ojos vacíos de aquel ejército de Echegarays, en los de Nines se había vitrificado una mirada terrible. Una mirada que no se olvida, ojos de ciego. «Te miraba y era como si no existieras» —apuntó Bastarrica en el informe—. «He visto ojos así durante la guerra. Son los ojos de los que han mirado al demonio cara a cara».

Durante la instrucción del proceso Nines intentó autoinculparse del crimen: «Fue como si el violín del Sacamantecas me estuviera llamando. No me dejaba en paz, no se cansaba de repetirme su canción. Acaba tu trabajo, me decía, acábalo de una vez y la gloria te será revelada». Por supuesto, no la creyeron. El espeluznante suicidio de Juana la había trastornado más de lo que estaba, cualquiera podría entenderlo. De todo lo demás, Nines no recordaba nada. El horror que había vivido no tenía voz, nunca saldría de sus entrañas. Dentro de sus ojos seguía viendo el rictus de su hermana mientras la

llamaba sanguijuela neurasténica. Y tras ella, la momia de la vieja Palmira parapetada tras el matacán de vírgenes fosforescentes, entre las tiras de papel atrapamoscas que pendían del techo. Parecía segregar la misma sonrisa vengativa. El eco de esa risa atroz que nunca dejaría de escuchar, así volviera a vivir cien vidas. Siempre estaría bajo sus huesos, en su misma tumba.

Marculeta ratificó que la habían encontrado acurrucada en el suelo, junto a su hermana, apoyada en una de las columnas de la cama donde yacía su madre desde quién sabe cuándo, con el gato sobre su regazo. Cabeceaba como una niña mientras tarareaba una canción de Luis Mariano que hablaba de príncipes encantados, ruiseñores cautivos y noches de pasión en Granada.

—Venga, Nines, vente con nosotros.

Apenas le tendió su mano, se puso en pie y se dejó esposar sin ofrecer resistencia. «Si es que lo mío no tiene arreglo» —musitó, con una mirada que mendigaba su aprobación—. «Solo sirvo para hacer y deshacer maletas... Y nunca me voy de viaje».

Epílogo

Solo el final es lo que cuenta

Para las rectas conciencias de Etxalar nunca dejó de ser un misterio la terquedad con que Nines se acusaba de haber asesinado a su hermana, cuando resultaba obvio que se trataba de un suicidio. Esta inmovible certeza jurídica, corroborada por los hechos, la eximió de los cargos que se empeñaba en acumular contra sí misma, atribuyéndose todos los crímenes acaecidos en la comarca desde el asesinato de Santúa. Tanto como el del Idiota, el de Belzunce, o el de Ana Rosa Clamores, tales atrocidades resultaban inconcebibles en una criatura tan angelical como Ángela EcheGARAY. Por el contrario, no acababan de entender que, sobreseída la única imputación cierta que pesaba sobre ella —la ocultación del cadáver de su madre—, se obstinase en negar un delito tan venial como el de las pintadas en la taberna de Zumbeltz, que seguía constituyendo el incipit del proceso. Cuando el juez de instrucción o los psiquiatras mencionaban el asunto, Nines se arrebatada de cólera: ella solo entraba en esa «Cueva de Belcebú» para dejar la bolsa con el dinero

que luego le sustraía su hermana, a quien, en sus alegaciones, comenzó a llamar «la puerca hija de Mari Beltza» o, directamente, «la Bestia».

Tres semanas después, un sábado de finales de septiembre, sucedieron dos hechos muy sorprendentes. Rosario Landi, el periodista de *El Caso*, se salvó de la muerte en el garrote en virtud de un indulto tramitado de urgencia —jamás se supo a instancias de quién, aunque se conjeturaba la mediación de un mandamás del Régimen—. Pues bien, esa tarde, y pese al arresto de Nines, apareció una nueva tanda de obscenidades en los evacuatorios del Txinparta. ¿Sería cierto que se trataba de una emanación demoniaca de sus paredes, semejante al sortilegio de las Caras de Bélmez? La incógnita apenas se sostuvo media hora. Mari Toñi había tomado una precaución: cambió la pastilla de jabón del lavabo por un trozo de madera recubierto de betún. Cuando vio salir a Juan Cruz Damboriena, alias Culopollo, corrido y cabizbajo, intentando ocultar sus manos, esas manos delatoras, pringadas de aquel engrudo excremental, el enigma quedó definitivamente resuelto. De nada le sirvió aducir que lo suyo era un caso clínico provocado por la frigidez de su esposa y la ignominia de haberle dado tres hijos tirando a mortecinos de los que se burlaba todo el vecindario, lo que le llevó, también a él, a odiar al conjunto de sus fuerzas vivas, desde el alcalde al

tabernero. Tan pronto como lo tuvo a tiro, Simón Bocaseca descargó el quintal de metralla enquistada en su puño sobre la faz del Chico Pyramidón, quien, esa misma noche, cerró su botica, abandonó la comarca y nunca más volvió a saberse de él. Aunque a su hijo mayor, Sito Culoperdiz, no le fue tan mal: un año después triunfaba en el cabaret más acreditado de San Sebastián, La Malmaison, donde salía a escena, emplumado e incombustible, cantando los grandes éxitos de Dalida.

Para entonces, los primos de Vera, los Chapartegui, ya habían hecho rotular sobre el panteón familiar los nombres de Palmira y Juana. Aun contra su voluntad, la madre y su primogénita fueron a reunirse con el padre y el esposo execrado.

No muy lejos de allá, en el jardín de Belle Ombre todavía se pudo ver hasta el otoño siguiente, fijado a su caballete con pinzas roñosas, amarilleado por el sol, ajado por las lluvias, aquel cartón donde, un mediodía de verano, Nines Echegaray comenzó a pintar tres manzanas rojas, como las tres damas luciferinas de la vieja canción —*Iru Damatxo*—, que dieron comienzo a esta historia.

Tras un mes de detención preventiva fue ingresada en el asilo psiquiátrico de Nuestra Señora del Camino, en Pamplona, popularmente conocido como La Casita, cuya atención corría a cargo de las hermanas Hospitalarias. Parafraseando *La Divina Comedia*, se sabía cuándo se

entraba en La Casita, pero jamás cuándo se producía la salida, si esta llegaba a producirse algún día. Pese a que en su gran mayoría se veían agujereados, todos a la altura de los ojos, los fajos de billetes que acompañaron su ingreso entre las monjas manicomiales le garantizaron una acogida más que digna en la sección reservada a los pacientes pudientes.

Nines nunca dejó de comportarse como la distinguida señorita por la que se tenía y no daba más que satisfacciones. Todas las mañanas, antes del desayuno, hasta se brindaba a barrer ella sola el corredor que se asomaba a los comedores. Desde allá veía las cestas que traían el pan. Como cuando era una niña en el internado de las Esclavas del Calvario, pegaba su rostro a los cristales para ver a las monjas cortarlo con esos cuchillos relampagueantes, absorta en la consumación del sacrificio cristiano, tajando el cuerpo de Cristo en rebanadas. La palabra se transmutaba en carne, el vino —la sangre— vendría después, aunque a ella se lo tenían prohibido. Entre tanto, los cuchillos se alzaban y embestían con peristáltico poder de sugestión, como el amante entrando en la amada.

Hubo quien dijo, alguna paciente de confianza, que mientras asistía al ritual, Nines hablaba sola, oía voces que le forzaban a una respuesta. Sus diálogos no tenían ningún sentido. «Vieja antepasada, virgen de los infiernos unida a mí por el pacto de la sangre, a ti te invoco: sálvame del mío». Así decía, con palabras suplicantes.

Luego, con otra voz, ronca, terrorífica, la de Laverna la Bella, se respondía: «Porque eras juventud y ojos brillantes no quise enseñarte cuanto sabía, porque las mías son enseñanzas de tinieblas, y yo no quería corromper tu inocencia, tu alegría, tus sueños. Tú sola violaste mi libro de conjuros, y así te perdiste. Ahora te oigo pero no puedo verte. Oigo tu corazón, pero no puedo hacer que te perdonen». Nines lloraba en silencio, imploraba: «Entonces perdóname tú y todos los demás lo harán contigo. Laverna de mis sueños, llévame lejos de este mundo de dolor, llévame lejos, muy lejos». Su otra voz, la más tétrica, no tardaba en responder. «Si estás decidida, toma mi mano y escucha: aun cuando los hombres te abandonen y las mujeres se rían de ti y el mundo entero te dé la espalda, sigue la luz, Nines, sigue la luz más allá de la noche donde todo cesa y todo vuelve a ser de nuevo. Una vez que cruces esa puerta poco importará dónde vayamos, pues quedarán para siempre atrás el dolor y la pena».

Así hablaba Nines Echeagaray, sola en su rincón, sintiendo una rara calma, el regreso tal vez de la pureza como una profunda claridad, como si se hubiese convertido en un ser sin deseos, sin angustia, clara como una estrella, sin verse envejecer, añorando ese anhelante retorno que es la muerte, esa aspiración al silencio, a la gran nieve, donde todo se desvanece. Y así parecían desvanecerse ante ella el retrato de Laverna la Diabla, los rostros de los monjes espectrales, los ojos ardientes de

Akerbeltz. Era como si esos espíritus descoloridos flotaran a su alrededor. Como si intentaran enviarle un mensaje antes de desaparecer para siempre. Como si quisieran decirle que todo lo terrible no es más que lo desvalido que nos pide ayuda. Tal vez entonces su hermana, Juana, perdida en su trasmundo, venía a recordarle lo que le dijo aquella vez: «En tanto el Todopoderoso demore su Juicio Final, somos nosotras quienes tenemos que escribir el nuestro».

Nines lo escribía con palabras de niebla —«Oh, Juana, Juana... Qué difícil es no sufrir»—, en las frías mañanas en que un sol anémico atravesaba los ventanales y se tumbaba a sus pies, como si fuera la sombra cariñosa de Sultán. Ella lo acariciaba mientras parecía escuchar una música lejana. Día tras día, noche sobre noche, año tras año, sepultada como una muerta en vida en esa oscuridad densa, aplastante, que sellaba la desolación de su existencia y, acaso, su eterna condena.

Ninguno de sus parientes la visitó jamás, ni sus primos de Vera, ni su amante, el periodista, ni una sola de sus entrañables vecinas de Etxalar. Apenas una vez, y es posible que esto sea leyenda, un vagabundo que decía llamarse Garrincha, ya muy viejo, apareció con un ramo de rosas. Ensimismada en su banco bajo los fresnos, las mejillas arrasadas de lágrimas secas, Nines ofrecía una imagen patética, el aspecto de una viajera en tránsito esperando un tren que no vendrá jamás. Al verlo, se limitó a salmodiar con aquella voz tan ausente que no parecía de

este mundo: «Déjeme volver a casa, señor, tengo que cuidar de mamá». Pero cuando Garrincha le ofreció sus rosas, cambió de cara, una sonrisa enfermiza afloró en sus labios, la sonrisa de la loca por amor y, con un guiño cómplice, le intimó entre susurros:

—Me las manda Luis Mariano, ¿verdad? Sí, seguro que sí, y bien que lo sabes tú, que eres su cómplice. Esta noche vendrá a Etxalar para llevarme a París.

Garrincha asintió con un guiño triste y la dejó perderse en un monólogo aún más triste, sin decirle una palabra acerca de su perdón por la muerte de Santúa. ¿Para qué, si ya todo estaba escrito? La acompañó hasta la hora en que debían retirarse las visitas. Luego se fue cojeando a su manera bironiana, envuelto en su gabardina ajada, azotada por el viento. Jamás regresó. Pero esa noche, una comitiva de automóviles de alta gama cruzó Etxalar sin detenerse. A la cabeza iba el inconfundible Rolls Royce blanco marfil con que Luis Mariano venía de celebrar su recepción ante el presidente de la República francesa, Georges Pompidou. Por efecto de la velocidad, el cartel fijado al capó, donde se veía al Rey de la Opereta abrazando a Gloria Lasso bajo el rótulo de su último éxito —*Ay, amor, no me quieras tanto*—, voló por el aire y fue a enhebrarse sobre las verjas en punta de lanza de Belle Ombre, casi rozando la acuarela de las tres manzanas.

Nunca hubiera podido imaginar que también a él, en la plenitud de su carrera, le restaban apenas cinco años de vida. Esa noche, al llegar a su villa de Arcangues, sufrió

su primera hemiplejía. Sobre su fachada había inscrito una leyenda que justificaría cualquier vida a la deriva: «Solo el final es lo que cuenta». Un 14 de julio de 1970, mientras Orson Welles volvía a España para rodar *Al otro lado del viento*, esa película que nunca acabaría, el cantor de México y la última de las Echegaray abandonaban este valle de lágrimas envueltos en un perfume de violetas imperiales. Cogidos de la mano, rumbo a las estrellas.

Colofón:

Por el mar corren las liebres...

Por el monte las sardinas. ¿Vamos a contar mentiras? Toda ficción lo es, a su manera. Pero esta me obliga a una deuda con el pueblo de Etxalar, uno de los más queridos para mí por mil razones. Cierto es que fue aquí donde Merimée emplazó la leyenda de Carmen, donde nacieron los antepasados de un presidente del gobierno y donde, cuatro siglos atrás, se vivió una considerable psicosis colectiva a cuenta de las cazas de brujas. Ahora bien, ninguna de ellas se llamaba María Laverna de Echegaray, de la misma manera que todos y cada uno de los personajes alzados en esta novela, como la historia misma, no son otra cosa que criaturas de mi imaginación. Siendo esto así, cualquier coincidencia con la realidad obedece a un capricho del azar sin otro objeto que hacer literatura. No dudo que el acreditado ingenio de los

etxalartarrak sabrá entenderlo y me seguirán considerando un buen amigo. Brindo en su honor por todos ellos.

Colofón

Por el mar corren las liebres...

Por el monte las sardinas. ¿Vamos a contar mentiras? Toda ficción lo es, a su manera. Pero esta me obliga a una deuda con el pueblo de Etxalar, uno de los más queridos para mí por mil razones. Cierto es que fue aquí donde Merimée emplazó la leyenda de Carmen, donde nacieron los antepasados de un presidente del gobierno y donde, cuatro siglos atrás, se vivió una considerable psicosis colectiva a cuenta de las cazas de brujas. Ahora bien, ninguna de ellas se llamaba María Laverna de Echegaray, de la misma manera que todos y cada uno de los personajes alzados en esta novela, como la historia misma, no son otra cosa que criaturas de mi imaginación. Siendo esto así, cualquier coincidencia con la realidad obedece a un capricho del azar sin otro objeto que hacer literatura. No dudo que el acreditado ingenio de los *etxalartarrak* sabrá entenderlo y me seguirán considerando un buen amigo. Brindo en su honor por todos ellos.

Agradecimientos

Maribel de Miguel, que me acompañó en mis vagabundeos por la comarca mientras daba curso a esta narración. A Begoña Ameztoy, que fue la primera en leerla y apuntar un sinfín de correcciones. A José Luis Daza, que incorporó otras tantas acerca de la época. A Isabel del Portillo y a Hugo, que pusieron nombre a un personaje capital. A Luis Mariano, cuyas canciones componen la banda sonora de mi relato. Y por supuesto, a Pío Baroja, cirujano de cuerpos y almas en todo cuanto afecta a la antropología de su soñada República del Bidasoa, el genuino *mundus imaginalis* al que pertenece esta historia.

GLOSARIO DE PERSONAJES

LAS HERMANAS ECHEGARAY: Vírgenes y mártires, rebasada la cuarentena, Nines y Juana viven una existencia mortecina allá en Belle Ombre, su caserón anclado junto al Lago de las Ánimas. La maldición se remonta a su linaje. Descienden de una dinastía de brujas míticas que, en tiempos de los aquelarres de Zugarramurdi, tenía aterrorizada a la comarca. Juana, la primogénita ha heredado su marca en el ojo —capaz de fulminar a quien desafíe su mirada—. Nines, aparentemente la más débil, algo bastante más letal. Mejor si callamos el secreto de Palmira, la adusta matriarca que vela por la castidad de las hermanas.

LAVERNA DE ECHEGARAY: También conocida como Laverna la Bella o Laverna la Tuerta. De ella solo se conserva un retrato tenebrista que la presenta como una suerte de Condesa de Éboli en su versión maléfica. La bruja que fundó la dinastía preserva sus poderes de tinieblas cifrados en un viejo grimorio. Nines habla con ella, a veces se le aparece al frente de una comitiva de monjes fantasmales, con el cáliz de la calavera en la flor

de sus labios.

ROMÁN COROMINAS: Periodista y escritor, un galán estilo Cifesa aparece en el pueblo un día después de que se produzca el primer crimen misterioso. Pero él solo viene a investigar la leyenda de Carmen, la gitana de Etxalar. Nines Echegaray, adicta a las canciones de Luis Mariano, ve en él a su príncipe azul. El idilio será fulminante; sus consecuencias, funestas.

JUAN CRUZ DAMBORIENA, CULOPOLLO: También conocido como el Chico Piramidón —por su condición de farmacéutico—, antes de que sus idilios frustrados, primero con Juana, luego con Nines, le abocaran a casarse con Irune Ubarrechana, la unigénita del rico del pueblo.

JESÚS DAMBORIENA, CULOOPERDIZ: Uno de los tres hijos «raros» del matrimonio Damboriena-Ubarrechana. Homosexual a lo *Flor de Otoño*, se exhibe en compañía de un cimarrón espectacular, uno de los que vinieron con la troupe de Orson Welles para rodar *Campanadas a Medianoche*.

ANA ROSA CLAMORES: Corresponsal de *El Caso*, el semanario de sucesos más popular en la época. Una pulposa y desprejuiciada bomba sexual cuya irrupción en la recatada vecindad de Etxalar desencadenará un escándalo.

MATEO GARRINCHA: Último superviviente del maquis local, desencantado de la revolución y reconvertido al budismo en su versión anarcoide. De él se

cuenta que tuvo un hijo que nació muerto y resucitó como *hilibizia*, un muerto viviente. El apelativo se empareja con el del propio Garrincha, también conocido como el Muerto Resucitado, tras escapar de tres penas de fusilamiento.

ANASTASIO BELZUNCE, TASIO: Secretario del ayuntamiento y melómano confeso.

SIMÓN *BOCASECA* ZUMBELTZ: El tabernero del pueblo, garganta profunda donde las haya, amancebado con su asistenta, Mari Toñi. Su antro etílico, el Txinparta, derivará en una sucursal del infierno.

INDALECIO *PITARRAS* BASTARRICA: Cabo de la guardia municipal, un Sherlock Holmes entronizado en una Arcadia rural donde nadie es inocente. Si bien sus pesquisas derivan invariablemente hacia lo calamitoso, en no menos de tres ocasiones se encontrará cara a cara con el asesino en serie que tiene aterrorizada a la comarca, sin sospecharlo.

MARITXU MAIZKURRENA / GRAXIANA OJANGUREN: Dos de las comadres más acreditadas de Etxalar. La primera regenta una carnicería; la otra, la droguería Montecarlo. Presiden el concierto de maledicciones que, a la manera del coro en las tragedias griegas, llevará a las Echeagaray a la perdición.

Table of Contents

Prólogo

1. Campanadas a medianoche

2. El violín del Sacamantecas

3. Un crimen ritual

4. Los violines no vuelan

5. La mano cornuda

6. Pasión gitana

7. Encuentros en el cementerio

8. No apto para diabéticos

9. Zure aita, il da

10. Los poderes de la Piedra Imán

11. El hombre que sabe

12. Los designios de Dios y los de Garrincha

13. Me alegro de que estés muerta

14. Si bebes de este cáliz

15. Matarratas y Conjuros

16. El Arreglito

17. A sangre fría

18. Cogiendo al demonio por la cola

19. Mamá tampoco fue una santa

20. Nil Bastarda Carborundum

21. El diablo en el cuerpo

22. Bizcochito, ¡manifístate!

23. Tres hombres mató a cuchillo

24. La historia de Laverna la Bella

25. Alguien a quien amar

26. Tú como el gas, la muerte das...

27. Tres sobres amarillos y un Narcissus Noir

28. Carta para un muerto viviente

29. El Ojo de Caín

30. Aunque no me quieras... cástate conmigo

31. Dos cruces

32. El tesoro de Akerbeltz

33. Tres manzanas

34. La Mano de Dios

Epílogo Solo el final es lo que cuenta

Colofón

Agradecimientos

GLOSARIO DE PERSONAJES